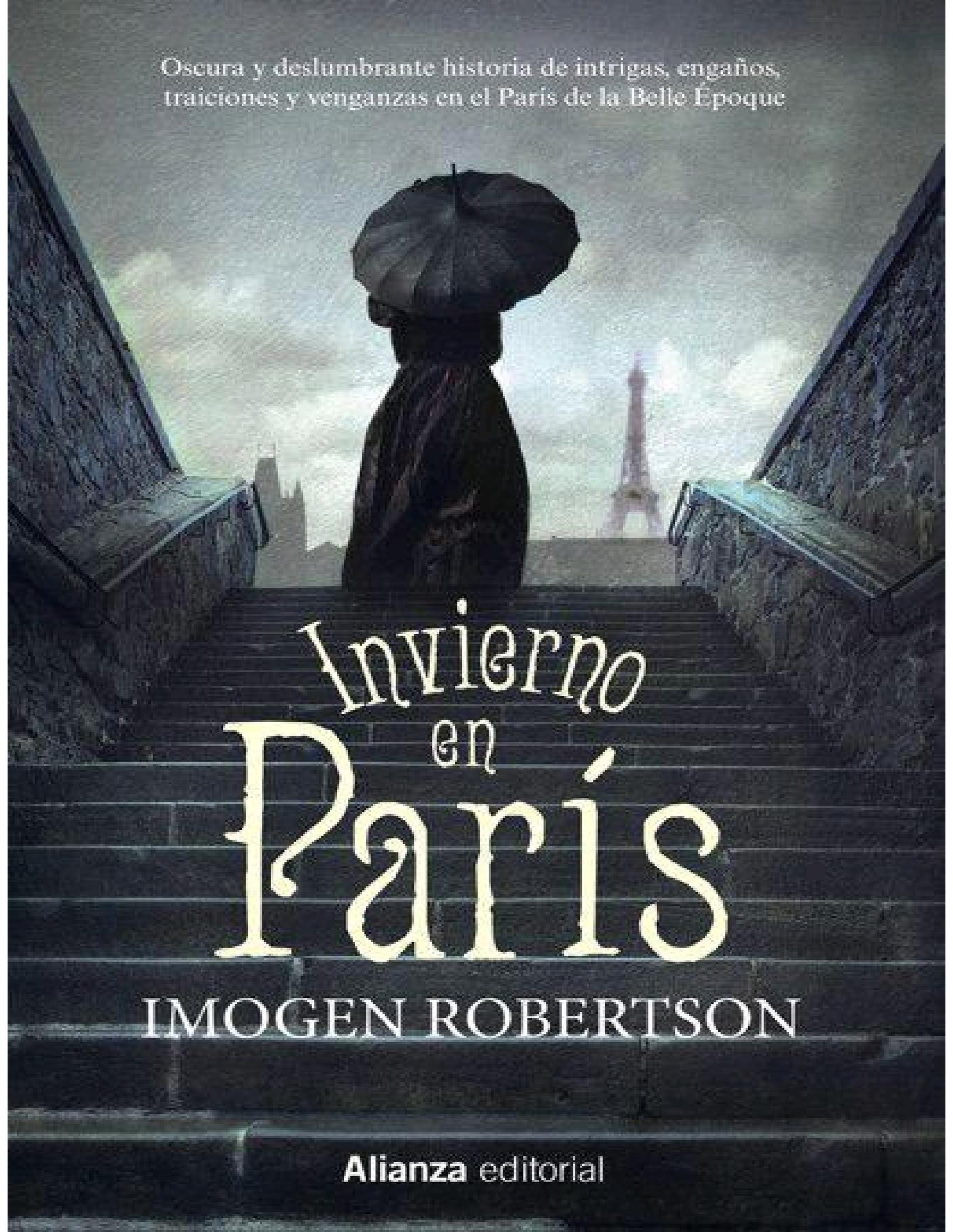


Oscura y deslumbrante historia de intrigas, engaños,
traiciones y venganzas en el París de la Belle Époque



Invierno
en
París

IMOGEN ROBERTSON

Alianza editorial

Imogen Robertson

Invierno en París

Traducido del inglés por Paloma Tejada Caller

Alianza Editorial

Índice

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Testimonios históricos](#)

[Créditos](#)

Para Gran, Gillian y Hazel, con cariño.

Agradecimientos

Si escribimos es gracias al apoyo de amigos y familiares; las cartas, los e-mails y demás mensajes que envían los lectores lo hacen entretenido. Vaya desde aquí mi agradecimiento inmenso a Annette Green, mi agente, a Flora Rees, mi editora, y a todos los que trabajan en Headline, por sus consejos y apoyo. Mención especial merecen David Downie y Alison Harris, por la destreza con que nos guiaron por París; las artistas Caroline de Peyrecave y Claire Zakiewicz, por contarme cómo fueron sus años de aprendizaje y su posterior carrera profesional; Richard Campbell de Lucie Campbell en Bond Street, por mostrarme diamantes; Hervé Guyot, por compartir conmigo su colección de fotos de las inundaciones parisinas, y Ahren Warner y Susan Powell, por ayudarme en la investigación. Gracias también a Ned, mi esposo, que se ocupó prácticamente de todos los detalles de la boda mientras yo vivía en 1909. El libro está inicialmente inspirado en mis abuelas y tías abuelas, que viajaron por Europa, ellas solas, a principios del siglo xx.

Prólogo

En la Academia Lafond. Óleo sobre tabla 29,3 × 23,6 cm

Este encantador estudio, pintado a grandes trazos, muestra el desarrollo de una clase de pintura. A la izquierda se nos muestra a la modelo, aunque el motivo del cuadro sean realmente las estudiantes: aburridas, afanosas, nerviosas. Una de ellas parece estar echándose aliento en las manos para calentárselas. Lafond empezó dando clase a jóvenes artistas, hombres y mujeres, en 1875 y en 1890 abrió su primer taller solo para mujeres, siete años antes de que estas fueran admitidas en la Academia de Bellas Artes. Como profesor tuvo gran éxito en los distintos estudios de pintura que tuteló hasta su muerte, en 1919. Los estudiantes salían con una formación muy completa en óleo y con una particular disposición hacia la experimentación y la creatividad en el uso del color y de la perspectiva.

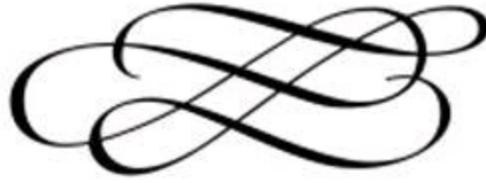
Este cuadro muestra una gama tonal muy estrecha, de colores fríos. La modelo resulta casi invisible y las estudiantes están situadas caprichosamente en la composición. Con ello el artista da la impresión de haber captado con toda espontaneidad un momento cualquiera de una mañana invernal. Adviértase el aspecto burgués de las mujeres retratadas. Lafond cobraba precios elevados a las mujeres, pero su reputación era irreprochable.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

PRIMERA PARTE



Capítulo 1



Sábado, 20 de noviembre de 1909. París

Las estudiantes de la Academia Lafond se enteraron de que su compañera Rose Champion se había suicidado, una mañana invernal, mientras estaban en clase, poco antes de las diez. El calor de la salamandra, negra y escandalosa, aún no llegaba a todos los rincones de la sala y las mujeres que ocupaban los lugares más alejados tenían que calentarse un poco las manos con el aliento para poder pintar. Maud Heighton era siempre de las primeras en llegar, lo cual quiere decir que todos los lunes, cuando elegían modelo para la semana, podría haber colocado su caballete en el mejor sitio de la sala. Pero a la inglesa le gustaba sentarse al fondo, en el ala oriental del estudio. Era como si le complaciera el reto que suponía observar el pedestal que ocupaba el modelo, ya fuera hombre, mujer o niño, desde aquel ángulo, y semana tras semana volvía a colocarse en el mismo sitio, cuando había otros más cálidos o más cómodos, que ofrecían una perspectiva más fácil.

Allí estaba Maud aquella mañana, callada y concentrada como siempre, cuando oyó que alguien subía atolondradamente por las escaleras y entraba anunciando que Rose había muerto. Por eso fue de las primeras en enterarse. Fue una pena —algo terrible, incluso— que las estudiantes recibieran la noticia de manera tan cruda y precipitada, pero hasta en las instituciones mejor regentadas estas cosas ocurren.

Fue la casualidad la que quiso que las mujeres que pintaban en Passage des Panoramas se enteraran de la tragedia de manera tan rápida y tan brutal. Uno de los estudiantes de Lafond, un joven inglés y romántico llamado John Edwards, vivía en la habitación contigua a la de Rose Champion en un destartado edificio que había detrás del boulevard Clichy. Era un edificio incómodo, sin gas ni electricidad, con un solo grifo, que tenían que compartir todos los inquilinos. Sabía que su vecina de habitación estudiaba en uno de los talleres de pintura organizados solo para mujeres, pero no era lo suficientemente guapa como para fijarse en ella, sobre todo cuando las calles estaban llenas de francesas que ponían todo su empeño en deslumbrar miradas masculinas. Y es más, suponía que, por ser mujer, apenas tendría nada interesante que contar sobre arte. Cuando alquiló la habitación, sin embargo, sí se fijó en que Rose era una chica limpia y que tenía su armario siempre bien aseado, por humilde que fuera, y aquello le gustó, pero aparte de eso no pensó más. Durante el mes en que fueron compañeros de piso, mantuvieron una breve conversación en la escalera sobre la Academia Lafond. La interrumpieron cuando John le pidió que le enseñara su obra y Rose le contestó que no la iba a entender. Como el joven solo había pretendido ser educado, se sintió ofendido ante semejante

negativa. Y ya no volvieron a hablar.

Las paredes que separaban una habitación de otra eran muy delgadas. Aquella mañana John estaba despierto por casualidad, esperando a que la luz gris mate del amanecer parisino empezara a filtrarse y a iluminar el cielo. Eran justo la hora y la estación del año en que la ciudad se mostraba segura de sí misma. En plena oscuridad los cenáculos y cabarés brillaban como diamantes. En ese momento la ciudad era una mujer vestida de noche, convencida de su elegancia, eternamente fascinante. El aire olía a castañas asadas, y la música que salía de los cafés, desde los más humildes hasta los más fastuosos, invadía las calles. A plena luz del día París era chic e incontestable. Las tiendas, refinadas, eran puro color y tentación, y cualquier esquina ofrecía motivos que plasmar en un lienzo. Era moderna, sin caer en la vulgaridad, exquisita, sin rayar en la rigidez o el hastío. Únicamente a esta hora, justo antes del amanecer de una mañana de invierno, la ciudad resultaba realmente un tanto mustia, un tanto deslucida. Los toldos estaban recogidos, y los cafés, todos cerrados, o a punto de cerrar. En las calles no había casi nadie, solo algún que otro individuo, de rostro enrojecido y demacrado por el alcohol y el tabaco, buscando taxi en la Place Pigalle, o mujeres maduras que limpiaban las aceras con cepillos de cerda.

Sentado junto a la ventana, con una manta por los hombros y la pipa bien sujeta en la boca, John Edwards pensaba en Matisse, en esos sólidos bloques de color que en ocasiones resultaban tan feos, pero de una fealdad más noble que la belleza. Se veía a sí mismo exponiendo esta idea ante los poetas y pintores que se reunían en el Lapin Agile de Montmartre; se los imaginaba a todos asintiendo con rostro severo y comentando a sus amigos que habían conocido a un inglés inteligente, de gran talento. Lo presentarían a los marchantes más interesantes de la ciudad, a los mejores coleccionistas y críticos. Escribiría un manifiesto...

Cuando estaba disfrutando de la inauguración de su primera y soberbia exposición individual, oyó que se caía una silla y el crujir de una sogá. Estaba claro de dónde venía el ruido. Se quitó la manta, salió corriendo al pasillo y empezó a golpear la puerta, gritando el nombre de la mujer, mientras giraba frenéticamente el picaporte. Estaba cerrado por dentro. En el momento en que intentaba abrir la puerta con el hombro, todos los demás vecinos ya estaban en el pasillo mirando, asomados por los barrotes de la barandilla, medio dormidos. Por fin saltó el pestillo y el joven accedió bruscamente a la habitación. La mujer había colgado la cuerda de una de las vigas centrales. Su cuerpo aún se balanceaba un poco, como un péndulo justo antes de detenerse. John tuvo que chillarle en plena cara al atontado camarero que vivía en la otra habitación de su misma planta para que le ayudara a bajarla. Demasiado tarde. Lo más probable es que la mujer estuviera muerta antes de que el joven empezara a llamarla a gritos.

La pusieron sobre la cama, mientras una de las mujeres iba a Le Rat Mort, en la Place Pigalle, para avisar a la policía. El joven se quedó junto al cuerpo hasta que llegaron. La amargura de la habitación le oprimía, como si Rose Champion hubiera dejado tras de sí un espíritu desesperado, que le susurraba al oído lo inútiles que eran sus vanas ambiciones.

Cuando llegó la policía, John Edwards ya no era ni joven ni romántico. En cuanto los gendarmes hicieron acto de presencia y el coche fúnebre se llevó el cadáver a la morgue, guardó todas sus cosas en el baúl y se marchó de la casa para siempre. Se acercó a la Academia Lafond para informar a su profesor de lo que había ocurrido y decirle que pensaba irse de París, pero el maestro no estaba, y la manera en que la señora Lafond le contestó, un tanto a la ligera, terminó de sacarle de sus casillas. En vez de dejar una nota, le contó sin más a la señora lo que había pasado, quizá con más detalle del necesario y sin tener en cuenta que había una criada delante. No pudo quitarse de la cabeza el rostro desencajado de la muchacha mientras organizaba todo para regresar a la confortable casa de su

madre en Clapham y retomar allí su puesto de funcionario de la Compañía Aseguradora Howarth, en la city londinense. La verdad puede ser excesiva.

La criada que estaba en la habitación era la encargada de atender a las damas en el taller de Passage des Panoramas. Antes de que la señora Lafond pudiera decirle que no divulgara la noticia, la muchacha salió disparada de las oficinas de rue Vivienne; por eso la noticia se extendió, extraña, inquietante, destilando amargura.



Pese a que las mujeres que estudiaban en la Academia Lafond pagaban dos veces lo que los hombres, las instalaciones del estudio no pasaban de suficientes. La única luz que había entraba por el acristalado de la cubierta, y, como la sala era estrecha, de techos altos, a veces daba la impresión de que las modelos estaban posando en el fondo de un pozo. La estufa resultaba imprevisible y parecía siempre malhumorada. Pero a pesar de todo, merecía la pena pagar ese dinero y estudiar arte. Los estudiantes varones eran tan groseros que al final las mujeres de clase media no pudieron trabajar en grupos mixtos; y compartir modelos al natural con los hombres terminaba por provocar desagrado. En los estudios de mujeres, las chicas conseguían formarse como artistas sin sacrificar su dignidad, ni su reputación, y aunque los profesionales que las visitaban no se entregaban con el mismo afán a la hora de orientarlas, al menos iban, de manera que una chica normal podía progresar lo suficiente, y sus familias sabían que, pese a ser artistas, sus hijas estaban razonablemente protegidas. El suicidio de una estudiante abría un interrogante en lo que se refiere a la respetabilidad de este tipo de estudios; con lo cual, si se hubiera comunicado con discreción, lo más probable es que la noticia no hubiera trascendido. Sin embargo, las cosas fueron como fueron y la noticia salió de la oficina de Lafond, voló por las escaleras y desembocó en la sala donde Maud Heighton y sus compañeras estaban trabajando.

Al oír el lamento de estupor de la instructora, Maud, que estaba encaramada en su taburete con la paleta en la mano, volvió la cabeza. Mademoiselle Claudette se hizo varias cruces en el pecho. Cerró los ojos con fuerza —unos ojos almendrados—, durante unos segundos y ayudó a la criada a depositar la tetera de agua sobre la estufa. Una vez que el objeto estuvo a salvo, apoyó la mano sobre el hombro de la muchacha.

Maud frunció el ceño, abstraída como estaba en aquella expresión, en aquel gemido de estupor. El sonido le recordaba algo. Y entonces le vino a la cabeza. Era el mismo que había emitido su cuñada, Ida, la mañana del fuego. James, su hermano, paró el coche justo al lado de Maud, que estaba de pie, delante de una multitud de gente absorta, con el pelo todo despeinado y la cara llena de hollín. Ida se había bajado del coche sin esperar a que James le abriera la puerta y, al ver las ruinas humeantes de la casa de subastas y el edificio donde se habían criado los hermanos, produjo el mismo suspiro, la misma expresión de estupor.

Maud se volvió hacia mademoiselle Claudette justo en el momento en que la mujer apoyaba la mano sobre el hombro de la muchacha. La instructora era normalmente una mujer de movimientos bruscos y nerviosos, y por eso este gesto resultaba dulcemente íntimo. Maud tenía ganas de chascar los dedos para que el mundo se detuviera, como si pudiera captar la imagen e inmortalizar lo que

estaba viendo; las demás jóvenes, haciendo caso omiso de la modelo, habían apartado sus acicaladas cabezas de los caballetes y fijaban sus miradas en las dos mujeres que estaban de pie, juntas, al lado de la estufa. Maud se formó la composición final en su mente: una conversación titulada «La noticia». El haz de luz que se filtraba por el techo cruzaba la espalda de mademoiselle Claudette, dejando el rostro de la muchacha en sombra. ¿Sería posible plasmar el desconcierto en una pintura?, se preguntaba Maud, ¿ese momento en que uno percibe que hoy no va a ser como los demás días?

Mademoiselle Claudette acompañó a la muchacha a la puerta del estudio y cerró al salir. Todavía se cernía sobre las mujeres el ambiente de concentración medio sagrado que allí reinaba; las mantenía en silencio, aunque nadie volvió a dar ya una sola pincelada. Estaban inmóviles, como sirenas bajo el agua, esperando que una de ellas se atreviera a salir a la superficie, a respirar la incertidumbre del aire.

—¡Ha muerto Rose Champion! —dijo por fin Francesca.

Ya estaba. Por la sala corrió todo tipo de exclamaciones. Los elevados muros reproducían el eco de las paletas y los pinceles abandonados a un lado, mientras todas las mujeres dirigían la vista a la prusiana regordeta que había roto el silencio. Tenía los ojos húmedos y le temblaba el labio inferior. Con la blusa de cuello alto que llevaba, parecía una botella de champán a punto de estallar.

—La criada dijo que se había suicidado. Que la encontraron colgada en su habitación esta mañana. ¡Dios mío!, ¡ten piedad de nosotros! ¡Pobre Rose! —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Cuándo la vimos por última vez?

—Yo creo que fue en verano —respondió una rubia de caderas estrechas, una de las americanas que en francés mantenía un acento inequívocamente yankee—. Este año no ha vuelto, ¿no? —Las demás asintieron—. ¿Alguna la ha visto desde entonces?

—Yo la vi una vez —dijo por fin Maud, acordándose de aquel hecho mientras hablaba. Sintió que todas las mujeres se volvían hacia ella, que hablaba tan de cuando en cuando—. Estaba en los jardines de las Tullerías, haciendo un boceto del señor Pol con sus gorriones. —Sus compañeras asintieron. Pol era una institución en París, que todo el mundo conocía; estaba siempre a la puerta del Louvre, con su canotier, silbando a los pajarillos y llamándolos por su nombre—. Hará un mes. Estaba más delgada, pero... como siempre.

Una de las estudiantes se puso a preparar té y el agua hirviendo salpicó un poco. La chica soltó un taco en su lengua, suspiró, retiró la tetera y sacó una moneda para pagar la multa. Claudette usaba ese dinero para comprar pastelitos y pastas para los recreos de la mañana. Cuando escaseaban los fondos, se multaban unas a otras si usaban un lenguaje inapropiado. En el mundo del arte parisino se decía que las chicas de Lafond pintaban como verdaderos académicos y hablaban como princesas.

—Pobre Rose —dijo Francesca en un tono más suave. Las demás suspiraban o movían la cabeza consternadas.

La sala empezaba a llenarse de susurros y de humo de cigarrillos. *La pauvre, la pauvre...*, las palabras se repetían como un eco, como una oración comunitaria.

Maud miró a ver si todavía había algún cuadro de la señorita Champion colgado de las paredes. Más o menos una vez al mes el señor Lafond, que visitaba a sus estudiantes dos veces por semana, asentía complacido ante el trabajo de una de ellas y le decía: «cuélguelo, querida». Esto suponía un gran honor. Francesca llegó a chillar cuando Lafond seleccionó uno de sus cuadros. Aún no había seleccionado ninguno de Maud. A principios de año Maud había presentado una pintura al Salón oficial de París —el retrato al óleo de una compañera de clase de medio cuerpo— y había sido admitida, pero aunque los académicos reconocieran en ella un estilo cuidado y bien trabajado, digno de la exposición del Grand Palais, Lafond no consideraba que la chica hubiera producido nada lo

suficientemente atrevido como para adornar las heladoras paredes del aula que tenía en el ático.

Maud había escrito a su hermano y a su cuñada contándoles que tenía un cuadro en la exposición. Aunque todos, hasta en el nordeste de Inglaterra, habían oído hablar del Salón de París, la reacción de James no fue la que ella esperaba. Si se hubiera mostrado orgulloso o impresionado, le habría pedido un préstamo para pasar el verano en Fontainebleau y recuperarse así del calor y el polvo de la capital. Parece que las demás mujeres que estudiaban con ella tenían dinero para hacerlo. Pero su hermano lo único que le había preguntado era si veía probable venderlo, recordándole que aún le debía diez libras. Su pequeño hermanastro Albert, sin embargo, le había mandado un dibujo con un grupo enorme de hombres con sombrero, parados alrededor de un cuadro y gritando ¡hurra! No hubo venta. El retrato que había hecho estaba colgado muy arriba y, entre tantas otras obras parecidas, pasó inadvertido.

Sí que había un lienzo de Rose Champion. Representaba la Place Pigalle al amanecer. Las figuras humanas quedaban apenas esbozadas, imprecisas, difusas en el movimiento. Uno de los nuevos autobuses de dos pisos, solo identificable por el tamaño y el color, circulaba por el boulevard Clichy. Junto a la fuente se entreveía borrosamente un grupo de figuras femeninas, las modelos, la mayoría italianas, algunas francesas, que se reunían allí todas las mañanas esperando a que las contrataran los artistas de Montmartre y Pigalle. Estaban dispersas, como hojas caídas bajo los árboles desnudos de finales de otoño. Rose había volcado su atención en la luz. En cómo transformaba la claridad de los enormes edificios de piedra en tonos melosos; en el vigor y el volumen de los hoteles y los bloques de apartamentos, las sombras purpúreas y verdosas, los reflejos de las rejas de los balcones, negras como el carbón. La americana tenía razón: Rose no había vuelto al estudio desde el verano, pero allí estaba su cuadro. El señor Lafond debió de comprarlo para él. Maud sintió como si alguien le estuviera oprimiendo el corazón, apretándoselo entre las manos. La chica había muerto y, aun así, estaba celosa.

—Estaba enferma —le dijo la americana a Francesca—. Fui a verla antes de irme a Bretaña este verano. Dijo que todo lo que había hecho era un desastre y que no le quedaba... —siguió, frotándose las yemas de los dedos— ...dinero. Nunca he visto a una mujer tan orgullosa y tan pobre. La mayoría de las chicas son una cosa o la otra, ¿no os parece?

—Yo la vi hace una semana —dijo una mujer algo mayor, que se sentaba junto a la modelo. Era un poco cargada de espaldas—. Estaba en la puerta de la galería Kahnweiler. Parecía preocupada, pero no me dijo nada.

Maud se preguntaba si Rose habría visto algo especial en las pinturas salvajemente angulosas que vendían en Kahnweiler, que ella no lograba reproducir, y si esto habría sido suficiente motivo para suicidarse. O ¿fue el hambre? Más probable. El hambre dilapida todas tus esperanzas. Maud estiró el brazo para verse la mano. Le temblaba. Odio ser pobre, pensó. Odio tener hambre. Pero sobreviviré. Un año más y podré pintar como realmente me gusta y la gente comprará mi obra y comeré lo que quiera y no pasaré frío. A ver si consigo pasar otro invierno.

Levantó la vista, con esa extraña sensación de que alguien estaba escudriñándole el pensamiento. Yvette, la modelo que esta semana trabajaba para la clase de pintura al natural, la observaba, mientras fumaba, sentada en el estrado, con la túnica descuidadamente echada por los hombros y sacudiendo con los dedos el cigarrillo de manera mecánica para echar la ceniza al suelo. Era una de las favoritas del estudio, siempre complaciente, aunque le pidieran que posara en ademanes difíciles, muy controlada y hierática cuando trabajaba, pero animada y siempre dispuesta a hablar con ellas sobre otros estudios, durante las pausas. Yvette era algo mayor que algunas de las chicas y Maud se preguntaba qué pensaría de ellas cuando las miraba desde el estrado con sus enormes ojos azules,

qué sería lo que miraba mientras ellas intentaban reproducir la mímica juguetona de la luz, proyectada sobre sus hombros desnudos, sobre sus pronunciados pómulos. La modelo hizo una leve inclinación de cabeza dirigiéndose a Maud y desvió la mirada. En su rostro, desde esa perspectiva, se podía ver que estaba sumida en un pensamiento profundo e íntimo.

Mademoiselle Claudette regresó al estudio y se dio cuenta al punto de que la noticia que iba a dar ya se conocía. Los hechos que podía aportar no hacían sino reproducir lo que Francesca había oído.

—¿Alguna de ustedes sabe algo de la familia que tiene la señorita Champion en Inglaterra?

—Creo que tenía una tía en Sussex con la que vivió de niña —dijo Maud en medio del silencio reinante—. Pero no tengo ni idea de la dirección. ¿No se ha encontrado ninguna carta?

—Algo encontraremos, espero. Muy bien. —La mujer se miró el reloj—. Faltan diez minutos para la hora. Volvemos al trabajo a y diez. El señor Lafond me ha dicho que les transmita que a la vista de tan desgraciado acontecimiento se reserva hasta mañana el placer de venir a verlas. —Por la sala corrió un rumor de contrariedad colectiva. Mademoiselle Claudette hizo como si no lo oyera, aunque frunció el ceño mientras cerraba su reloj y se volvía hacia la mesa del té.

—¿Es que teme que se produzca una cadena de suicidios si nos dice hoy que somos unas desgraciadas y unas zoquetas? —dijo Francesca, un poco en alto. Las estudiantes empezaron a levantarse y a estirar las articulaciones y fueron acercándose a la mesa en la que estaban las tazas apiladas junto a unos platitos de pastas.



—¡Queridas mías, buen día! ¿Cómo estáis esta desventurada mañana? ¿Por qué tenéis todas ese gesto tan terriblemente abatido?

Tatiana Sergeevna Koltsova entró rodeada de una nube de pieles y perfumes. Maud sonrió. Daba gusto mirarla. Pese a que era rusa, a Maud le parecía que Tanya representaba el verdadero espíritu parisino, un lugar en el que Maud no había podido introducirse: brillante, bello, moderno, luminoso. Hablaba con Yvette, bromeaba con el propio Lafond y todos parecían encontrarla encantadora. Si bien no era del agrado de todas las estudiantes —a nadie con buen aspecto, talento y dinero le faltan enemigos, —Tanya parecía mantenerse en una bendita ignorancia ante cualquier inquina que pudiera haber contra ella.

Francesca, que estaba cogiendo algo de la mesa, se incorporó.

—Sé un poco más amable con nosotras hoy, cielo. Se nos ha muerto alguien de la familia.

La rusa se tapó bruscamente la boca con el guante de terciopelo que llevaba en la mano. Al tiempo hizo un ligero contoneo para liberarse de las pieles, dejándolas caer sin más, mientras la vieja y robusta criada que la acompañaba se apresuraba a recogerlas antes de que rozaran el suelo, todo manchado de pintura. Maud observaba la escena mientras Francesca explicaba los hechos en voz baja. A la rusa se le inundaron los ojos de lágrimas. Eso era lo que pasaba con Tanya. Se sentía realmente conmovida con el sufrimiento ajeno, incluso cuando se quitara la capa despreocupadamente, sabiendo que siempre había una criada detrás para recogerla. Llegaba tarde todos los días y cuando entraba aún irradiaba a su paso el bienestar de unas sábanas sedosas y el aroma a chocolate caliente. Después se ponía a pintar, totalmente absorta, durante horas hasta que

terminaba la clase y las mujeres empezaban a recoger. Se sacudía un poco la pintura y miraba a su alrededor con una sonrisa, satisfecha de ver el lienzo vibrante y colorista.

Yvette se abrochó la bata, bajó del escaño de modelo que había en el estrado y pasó por la mesa para coger un pastelillo salado, mientras tiraba la colilla al suelo. Con el hojaldre en la mano, se dirigió hacia la rusa, la agarró del brazo y la sacó del grupo para llevarla al otro extremo de la sala. Fue como si el movimiento hubiera despertado a Maud. Se levantó y se acercó a la comida para servirse algo, intentando no moverse con demasiada brusquedad ni coger demasiado. Empezó a comer lo más lentamente que pudo.

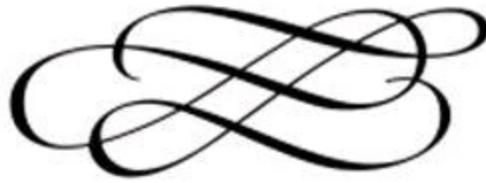
Mientras Maud estaba aún relamiéndose los labios, la rusa apareció de pronto a su lado, como si fuera un espíritu.

—¿La señorita Heighton? —En medio de su desconcierto, Maud consiguió musitar un «buenos días». Nunca había mantenido una conversación con Tanya, solo la había observado de lejos, como si entre ellas se levantara una mampara de cristal—. Sé que no es el día más adecuado para pasear, pero ¿le importaría dar una vuelta conmigo después de que hayamos recogido aquí? Quiero preguntarle algo.

Maud contestó que estaría encantada. Tanya le sonrió, mostrando su bella dentadura, y volvió a su sitio, perdido en medio del frondoso bosque de caballetes. Maud también regresó a su sitio, al otro lado de la sala, y se quedó mirando fijamente el lienzo que tenía delante, pensando en qué querría la rusa de ella. La modelo volvía a su posición en el estrado. Miró a Maud y le guiñó un ojo. Maud sonrió sin demasiada confianza y cogió el pincel.

De nuevo en la sala empezó a reinar el acostumbrado aire de concentración, con Rose Champion ya, hasta cierto punto, olvidada. A Maud el refrigerio le había abierto el hambre, más que quitársela, o al menos eso parecía. Cerró los ojos un momento, hasta que se le pasó la punzada que le horadaba el estómago, y se puso a pintar.

Capítulo 2



—¡Vladimir! ¡Cuando quieras!

Maud pensó que Tanya hablaría con ella en la acera, justo donde terminan las arcadas del Passage des Panoramas y empieza el amplio boulevard de Montmartre, con sus filas de árboles a los lados. Pero no fue así. Tanya se cogió del brazo de Maud y con la otra mano hizo un gesto para avisar a un precioso coche azul, que esperaba con el motor ralentizado bajo el esqueleto invernal de un castaño de indias. El coche se dirigió suavemente hacia donde estaban y paró justo al lado. Cuando el chófer se bajó del vehículo para abrirles la puerta de atrás, Maud se fijó en que el color de la librea hacía juego con el azul oscuro del propio coche. La criada de Tanya se montó delante con los utensilios de pintura; Tanya invitó a Maud a subirse detrás mientras le decía algo en ruso al conductor. Maud oyó las palabras *Parc Monceau* y el chófer hizo un movimiento de cabeza, les cerró la puerta y ocupó su asiento.

—Espero que no te importe, Maud; por cierto, ¿puedo tutearte? Bien. Necesito un poco de naturaleza después de haber estado ahí encerrada toda la mañana. Luego te llevaremos donde nos digas.

La rusa se quitó los guantes de cuero y se recostó en el mullido asiento del coche, dando un suspiro. Maud contestó algo educado y se puso a mirar por la ventanilla observando cómo se incorporaba el coche a la circulación de vehículos, autobuses y carruajes. ¿Qué quería de ella esta princesa? ¿Querría que diera clase de pintura a alguien? En una ciudad abarrotada de artistas hasta los topes, era difícil encontrar alumnas, pero, si fuera así, esos francos extra al mes le vendrían de maravilla. De solo pensarlo se le encogió el estómago, que seguía rugiéndole de hambre.

París era una máquina de tragar dinero. La pintura y los lienzos devoraban dinero. Las clases de Maud devoraban dinero. París engullía hasta el último céntimo que tenía y no le reportaba más que soledad y dolor de huesos. Era como si nunca hubiera llegado del todo, como si se hubiera quedado a la entrada de la Gare du Nord, y París, el verdadero París, se hubiera escondido detrás de una esquina, dejándola a solas con todas aquellas manos pedigüeñas. Estaba en el lado oscuro del espejo, arrinconada, pero a la vez seducida por la delicadeza, por la espléndida seriedad natural de una ciudad que se alzaba al otro lado del cristal invisible. Pasaba las tardes sola, en alojamientos baratos, leyendo y dibujando con escasa luz. Cuando el invierno pasado se puso mala (comía poco y apenas encendía la chimenea, aunque la humedad del río se filtraba por las rendijas), tuvo que gastar francos a espuestas. No podía volver a enfermar, porque ahora tenía todavía menos dinero. A veces pensaba que simplemente en venir había agotado ya todas sus reservas de valentía y arrojo.

Aunque el invierno estaba a las puertas, el bulevar bullía de actividad. Se veían chicas jóvenes, de compras, deambulando por las calles sin rumbo fijo, con sus faldas cortas y sus sombrereras, envueltas en papel de celofán a rayas, colgadas del brazo, y mujeres con chaquetas entalladas de última moda, acompañadas por caballeros que les cedían el paso en restaurantes donde los recibía el camarero con una reverencia.

—Dime, —intervino Tanya—, ¿conocías mucho a la señorita Champion? Quizá al ser las dos inglesas...

Maud negó con la cabeza. Tenía muchas cosas en la cabeza, pensamientos que iban y venían, y le costó hacerse cargo de dónde estaba. Parpadeó y se encontró mirando fijamente a los enormes ojos negros de Tanya. Pensó en Rose, angulosa y siempre airada.

—No, muy poco. La encontraba, más bien... un tanto cruel, de hecho.

Tanya sacó una polvera de metal del bolso y se miró el rostro, mientras se retocaba un poco la pintura con el dedo. En París la mayoría de las mujeres salían a la calle aderezadas con un maquillaje llamativamente pálido y un rojo brillante muy artificial en los labios. En comparación, el maquillaje de Tanya resultaba muy sutil, pero a Maud, según la habían educado, seguía resultándole chocante; de ahí que se sintiera avergonzada de su falta de mundo. Hasta que llegó a París se creía bastante ducha en costumbres mundanas. Pero cuantos más días pasaba aquí, más cuenta se daba del riesgo, porque empezaba a perder ese buen concepto que tenía de sí misma.

—Me alegro de que digas eso, —dijo Tanya, cerrando la polvera—. Sabe Dios que me duele ver que haya alguien tan desesperado como para herirse a sí mismo, pero Rose era terriblemente mezquina. Una vez le pedí que comentara un boceto que estaba haciendo. Tuve yo la culpa, la verdad. No me interesaba realmente lo que pensaba, pero como la admiraba, quería que alabara mi trabajo. Y todo lo que me dijo fue: «Deja de pintar».

Maud se echó a reír, llevándose una mano a la boca.

Tanya sonrió.

—Ya lo sé. Te he reconocido que la culpa fue mía, pero... aun así, ¡vaya cosa me dijo! Rose pintaba de maravilla, creo, y honradamente tampoco iba presumiendo demasiado por ahí.

—Sí, si le decías algo, te miraba como si te despreciara —contestó Maud—. No nos consideraba artistas a ninguna. Y puede que tuviera razón.

—¡Qué bobada! —dijo Tanya con tono rotundo. Maud se sonrojó—. Hay mujeres en la Academia Lafond que seguirán toda la vida pintando naturalezas muertas horribles. Pero hay otras más serias. Tú eres seria, Maud. Y yo. Al menos en lo que se refiere a mi trabajo. —Metió la polvera en el bolsito bordado, que tenía en la mano—. Ya me callo, y así miras un poco por la ventana.

La sensación de que te llevaran en coche era muy agradable. Maud había ido en el coche de su hermano varias veces, pero no entendía qué es lo que su hermano veía en él. Aquel cacharro daba tirones, vibraba mucho y hacía mil ruidos horribles. Este coche, sin embargo, era muy distinto. Iban como deslizándose por las calles y el rumor regular del motor sonaba como el complacido ronroneo de un gatito. Estas semanas de atrás atravesar la ciudad andado para ir de clase a la pensión habían sido un suplicio más que un placer. Hacía un frío intenso, que se te metía hasta los huesos, y Maud no tenía dinero para comprarse un abrigo grueso; también se necesitaba dinero para hacer un alto en los cafés y sentarse un rato al calor de las estufas, en una mesa protegida del viento con cajoneras de aligustre perfectamente recortado. Pero ahora, Maud se encontraba a cobijo, tras las ventanillas de un coche, con una mantita de piel por las piernas, observando la grandiosidad de París desplegada ante sus ojos, como en una película.

El coche fue abriéndose paso entre los demás vehículos y carruajes, pasó por las cincuenta y dos

columnas corintias y las escalinatas de la nueva iglesia de la Madeleine, giró por el boulevard Malesherbes y dejó a un lado la cúpula de Saint-Agustin. Todo era bullicio; todo distinto. Vendedores ambulantes y paseantes refinados, mujeres con sus carrmatos de verduras o de arenques. El encantador y animado rostro de un París que quedaba a dos mil kilómetros de distancia de la inhóspita habitación en que vivía Maud, en una de las callejuelas traseras de la Place des Vosges, en una casa a la que apenas quedaban visos de respetabilidad, con aquellas sábanas raídas y aquella patética colección de minoristas fracasados y pobres viudas, que por las tardes se reunían en torno a la mesa de la patrona, fingiendo que las sopas y los desleídos guisos que les daba eran suficiente para sobrevivir.

Tanya se calló y dejó que Maud disfrutara del panorama hasta que llegaron a Parc Monceau y el coche se paró delicadamente cerca de la columna. Tanya se bajó al momento, antes de que al chófer le diera tiempo a abrirle la puerta.

—¡Árboles de verdad! ¿No te pasa a veces que en París te encuentras como una mariposa pinchada en una vitrina?

Maud la siguió por el camino.

—Supongo que un poco. Aunque las mariposas de las vitrinas están para que se las mire, y a mí no me mira nadie.

—A mí me encantaría salir por ahí tranquilamente de vez en cuando sin que nadie me observase —comentó Tanya como de pasada, mientras se volvía para decirle algo en ruso a la criada. Pues podrías probar a ser pobre, pensó Maud. La conversación con la criada se convirtió en un prolongado y apasionado debate que terminó con Tanya dando un pisotón en el suelo y la criada cruzándose de brazos con el ceño fruncido. El chófer se había vuelto a meter en el coche y mantenía la vista al frente, absolutamente impasible—. Mi criada Sasha está convencida de que el agua estancada es insana —le explicó Tanya, agarrándose del brazo de Maud para encaminarse hacia el pequeño lago—. ¡Y me jura que si cojo las fiebres tifoideas no piensa cuidarme! Y aunque no lo creas, no es que le haya dicho que me iba a dedicar a nadar durante horas, como si me propusiera recorrer el Sena entero a nado antes de almorzar; lo único que le he dicho es que voy a pasear un poco contigo.

Con el enfado a Tanya se le habían puesto los ojos muy brillantes y aún mantenía la barbilla levantada. A Maud le recordaba algo al pequeño Albert, que con seis años siempre tenía razón y siempre se sorprendía de la enorme estupidez y la mezquindad moral que demostraban los mayores.

—¿Es la que te cuidaba de pequeña?

—Sí, y la verdad es que yo era muy enfermiza. Ahora me paso horas y horas todos los días intentando convencerlas a ella y a mis tías de que ya no estoy mala. ¿No tienes frío?

—No, no, señorita Koltsova.

—Bueno, soy Tanya. Llámame así mejor. Me encanta pasear por aquí. Es el parque más respetable de París; que no se queje mi vieja escolta de gatitos, no como Sasha.

—¿Gatitos?

—Mis dos tías que viven conmigo y velan para que me comporte *comme il faut*. Si viene alguien a casa, Vera Sergejevna es capaz de decirte cómo tienen que sentarse los invitados en cuanto los ve, es una experta en protocolo, y Lila Ivanovna, la hermana de mi difunta madre, está aquí para corroborar todo lo que Vera dice. ¡Papá no me habría dejado venirme a París sin ellas! ¡Dios mío! ¡Lo que he tenido que llorar para que me dejara venir sin más! Aparentemente son mis ángeles de la guarda. Gárgolas protectoras, más bien, a mi modo de ver. —Se detuvo un instante; Maud pensó que a lo mejor estaba preparándose para comentarle justo ahora lo que ella quería oír: que había alumnas

ricas que necesitaban que les dieran clase de pintura durante largas horas en casas confortables. Pero Tanya continuó—. Las mejores familias parisinas mandan aquí a las ayas con los recién nacidos para que tomen el fresco.

La rusa siguió dando pequeños brincos, como si estuviera a punto de ponerse a saltar o de echar a correr. Los pliegues de la larga falda que llevaba bailoteaban a su alrededor. Maud empezaba a pensar que se había equivocado en lo referente a dar clase de pintura. Si se tratara de eso, podrían haberlo hablado mientras iban por el Passage des Panoramas, eso seguro, y percibía cierto nerviosismo en la conversación. Bueno, ya se lo preguntaría. Mientras tanto, como Maud no había ido nunca a ese parque, estaba encantada mirando a su alrededor los enormes árboles, tan robustos, y los senderos serpenteantes. Comparadas con esto, las Tullerías parecían un desierto.

El lago estaba rodeado de un semicírculo de columnas corintias, no tan monumentales como las de la Madeleine pero con la misma decadencia clásica, fustas estrechas terminadas en elegante follaje. La hiedra había trepado por las columnas formando grandes bandas a modo de románticos festones. Y eso llevó a Maud a pensar lo ordenado y lo elaborado que resultaba París. Los amplios bulevares parecían llamar al orden, con las raíces de los árboles enclaustradas entre enrejados, como para que no escaparan. Aquí la naturaleza recibía un control más suave. Sentadas en sillas metálicas, esparcidas aquí y allá, unas cuantas mujeres elegantemente vestidas leían, con el rostro oculto bajo la cimbreada ala de sus sombreros. Maud las observaba, los ángulos del cuello, de las manos, la naturaleza física del mundo. Mirando el lago había un caballero vestido con toda formalidad, chistera de seda incluida; estaba fumándose un puro y era como si creara su propio banco de niebla. Ataviadas con largas capas y cofias de muselina, las amas de cría iban paseando con los cochecitos por los senderos de grava, y al reconocerse se saludaban con una leve inclinación de cabeza, como si fueran auténticas damas de sociedad y estuvieran en el Bois de Boulogne.

—Se puede saber lo rico que es el bebé por la capa y la cofia del aya —dijo Tanya mirando atentamente a una joven que pasaba por su lado con aire un tanto altivo—. ¡Fíjate qué lazos! El niño debe de ser un príncipe o un americano, lo cual aquí es más o menos lo mismo, claro. Estas chicas seguro que son unas esnobs tremendas.

Maud deseaba decir algo trivial e inteligente para mantener la conversación, pero empezaba a cansarse y las mujeres que había por allí le hacían sentirse desmañada e insegura. A juzgar por lo que veía, a las francesas les enseñaban desde la cuna ciertas gracias de estilo. Las *trottins* que hacían los recados a las modistas y sombrereras no debían de ser más ricas que Maud, pero daba la impresión de que sabían cómo arreglarse para estar guapas y atractivas. Uno de los estudiantes que iba a la Academia Lafond le dijo que los gendarmes franceses adivinan la nacionalidad de las que se suicidan en el río por la ropa; las inglesas siempre van mal vestidas. Maud no sabía qué reacción esperaba el joven de su parte, pero simplemente con verle la cara el chico se disculpó y se retrajo de inmediato.

—Si te digo algo, ¿me prometes tratar de no tomártelo como ofensa? —le preguntó Tanya.

A Maud se le cayó el alma a los pies. Esto no parecía la manera más normal de empezar una conversación sobre alumnas de pintura, y si la rusa le decía algo realmente ofensivo, tendría que irse a casa inmediatamente, con el hambre que tenía y estando como estaba más lejos que si se hubieran quedado en el estudio.

—Intentaré interpretar lo que me digas sin dobles intenciones —contestó con voz queda.

—Muy bien, querida —dijo Tanya, dándole una palmadita en el hombro.

Maud la miró. Aunque el sombrero le apagaba algo la cara, uno no podía dejar de fijarse en los refinados y afilados rasgos de su rostro. Tenía el pelo de un negro espléndido. No debía pasar de los

veintidós años.

—Estoy algo preocupada por ti, Maud. Estás demasiado delgada y muy pálida, sobre todo ahora, de cara al invierno que se avecina aquí en París. Me temo que te estás gastando en pinturas el dinero que tendrías que invertir en comida.

Maud notó que se ruborizaba y se irguió todo lo que pudo. Tanya hablaba muy deprisa, mirando al frente.

—No hay nada de lo que avergonzarse, claro. Los hombres pretenden convencernos de que la pobreza en sí ya te convierte en genio, pero ellos lo tienen más fácil. Muchas chicas llegan a París y la encuentran mucho más cara de lo que habían presupuestado; es París, a fin de cuentas. ¡Yo me paso la vida firmando cheques para fundaciones humanitarias que solo buscan poner el dinero a buen recaudo antes de que les pase cualquier cosa con él!

Señal de que Maud tenía hambre y de que lo que decía Tanya era cierto, la cosa es que la discreción y los buenos modales de Maud no reprimieron su lengua.

—¿Quiere pagarme el billete de vuelta a Inglaterra, para que no me convierta en una rémora o no me busque algún ilustre protector, señorita Koltsova?

Tanya se detuvo bruscamente y se quedó mirando a Maud con ojos atemorizados, abiertos de par en par.

—¡Dios santo! ¿Es tan malo eso? ¡Me parecía únicamente que empezabas a encontrarte mal! Pero ¿no estarás a punto de hacer ninguna de las dos cosas, no?

—No, desde luego que no, pero...

—¡Me alegro de que lo digas! ¡Qué sensación tan horrible!

Parecía tan impresionada que Maud se echó a reír. Una de las damas que estaban leyendo levantó brevemente los ojos del libro. Tanya suspiró profundamente y agarró a Maud del brazo otra vez, para atraerla un poco más hacia sí.

—No me tomes el pelo de esa forma. ¡Puedo tener pesadillas!

—No te estaba tomando el pelo. Lo que intentaba decirte es que no te metieras donde nadie te llamaba, ¡pero me has cortado!

Tanya se sintió un poco culpable.

—Supongo que me he excedido. Lo siento. ¿Sigues queriendo que no me meta donde nadie me llama?

Maud negó con la cabeza.

—No; creo que me he quedado sin fuelle. Pero tengo suficiente dinero para comprarme el billete de vuelta, así que no necesito acudir a ninguna de esas fundaciones de las que habló. No quiero volver, Tanya. Aquí la vida me resulta... difícil, he de admitirlo, pero tengo tanto que aprender, y en casa no hay estas oportunidades. Tendría que vivir con mi hermano, que intentaría casarme con uno de sus anodinos amigos.

—¡Uf!, de esos también hay en Rusia. Cuando me case, me decidiré por un estupendo americano, moderno. Son tan atractivamente aseados. —Se detuvo un momento para pasarse la mano por la frente—. He planteado las cosas al revés, y después he seguido el derrotero equivocado. Recibí una educación terrible, ¿sabes? Y ahora digo lo que pienso. Eso sería impensable en Inglaterra, ¿no?

—Desde luego —contestó Maud, pensando en su cuñada Ida, la absoluta reina del eufemismo.

—Menos mal que estoy en París, donde me ven como una excéntrica adorable. Lo de mi tía mayor es mucho peor. Después de decirle a todas las mujeres que parecen prostitutas vistiendo, al final ha terminado teniendo cierto éxito social.

Tanya siguió andando, arrastrando con ella a Maud.

—Creo que podría ayudarte; y en ningún momento he pretendido decir que volvieras a casa. Pero ¿realmente crees que te queda tanto por aprender? Me refiero a cosas que tienen que enseñarte; no a lo que uno encuentra en su interior a base de trabajar. En mi opinión, pintas de una manera muy prometedora. Quizá lo que te falte sea algo de confianza en ti misma. Ser un poco más libre. ¿No te parece que Manet y Degas ya han roto nuestras cadenas? Tenemos que aprender a desentumecernos.

A Maud la cabeza le daba vueltas, y le costó concentrarse en lo que iba a contestar.

—Pues espero que eso se pueda aprender, porque de momento no confío en mí misma. Creo... Creo que si me quedara en París hasta el verano que viene, puede que... Pero no quiero recurrir a la caridad, señorita Koltsova, por bienintencionada que sea. No me lo perdonaría.

Fue como si Tanya no la hubiera oído.

—¿Conoces a los Stein de la rue de Fleurus, cerca de los Jardines de Luxemburgo? Bueno, tengo que llevarte esta tarde. ¡Tienen unos cuadros! Absolutamente salvajes, todo innovación y nuevas ideas. Como si ya no hubiera normas. A mi modo de ver, mientras haya pintores que vayan como locos, como toros acosados, arrasando todo lo que se les pone por delante, siempre tendremos espacio para pintar como nos guste.

—Tanya...

La rusa se paró de nuevo, y dijo algo sonrojada:

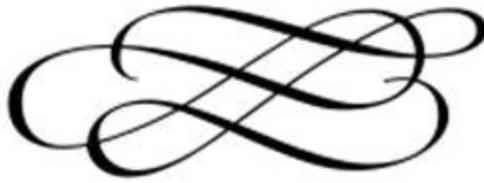
—Te pedí que vinieras conmigo de paseo porque quiero presentarte a alguien esta tarde. Es la señorita Harris; tiene una casa en la avenue de Wagram en la que acoge a chicas inglesas y americanas que se encuentran desamparadas en París. Pero ¡no vayas a saltar otra vez! Gestiona una lista de empleos y, sí, en el pasado la ayudé con la financiación. Estoy segura de que tiene algo que te vaya bien, clases de inglés o así. Ya sabes, en París hay muchas señoras que pagan un buen sueldo para que les den unas horas de conversación a la semana. Con lo que te he dicho, no te sentirás ofendida, ¿no? Vamos a ir ahora mismo.

A Maud la idea de pedir ayuda, incluso aunque se tratara de una simple recomendación por parte de una desinteresada señora inglesa, la echaba para atrás. Le podía el orgullo. Si había llegado hasta aquí por sus propios medios, ¿por qué iba ahora a deber nada a nadie? ¿Qué diría su hermano si supiera que al final se había visto obligada a mendigar unas cuantas horas de inglés a la semana? Si Tanya le hubiera pedido que diera clase a algún joven de su familia o a algún amigo, Maud sí habría aceptado tener unos francos más al mes, creyendo que era ella la que hacía el favor. Si iba a ver a esta mujer, estaba admitiendo abiertamente el fracaso. Notó como si toda la actividad que se desarrollaba en el Parc Monceau se congelara de pronto; como si todo el mundo, las señoras que estaban leyendo, las ayas con sus criaturitas, la estuvieran mirando para comprobar si admitía la derrota. A propósito o sin querer, con la charla habían dado la vuelta al lago, y en este momento se encontraban de nuevo junto al coche de Tanya. El chófer ya se había bajado y tenía la puerta de atrás abierta para que subieran.

Normalmente los días que tenía clase en la Academia Maud no desayunaba e intentaba aguantar hasta la hora de la comida con los pastelillos. Después, por un franco, se tomaba una tortilla con un poco de pan y un vaso de vino de la casa en uno de los cafés que había cerca del estudio. Y eso la mantenía hasta la noche, o casi. No había manera de exprimir más el dinero, lo sabía por experiencia. Como tenía que haberse tomado ese tentempié hacía ya casi una hora, tenía un hambre cada vez mayor y más perentoria. La idea de tener que ir a otro lado, sin atender al dolor de estómago que sentía y a la debilidad que iba notando en las piernas, le resultaba imposible, pero tampoco podía negarse a ir, ni decirle a Tanya que se moría de hambre. Aceptó la invitación de volver a montarse en el coche, oyó que Tanya daba una dirección al conductor y se arrellanó en el asiento con la mirada

baja.

Capítulo 3



Estaba muy cerca. Al salir del coche Tanya, la cogió del brazo; Maud notó que se desequilibraba un poco y caía ligeramente contra ella. Tanya interpretó el gesto como muestra de cariño y le apretó el brazo a modo de respuesta. Maud miró a su alrededor. Estaban delante de un edificio bastante grande. La fachada reflejaba esa elegancia contenida del París de Haussmann. Clásica, severa, como las demás avenidas y bulevares principales, no daba muestra alguna de la pobreza o el miedo que se escondían en los patios y callejuelas traseras. Educación inglesa en piedra.

Tanya condujo a Maud hasta la puerta, miró hacia arriba y, protegiéndose los ojos de la claridad gris del cielo, saludó con la mano. Maud siguió los movimientos con la mirada y asomada al balcón del segundo piso vio a una mujer de unos sesenta años, de ojos vivos, bien abrigada con una bata verde oscura hasta los pies, que las saludaba efusivamente.

—¡Señorita Harris! —gritó Tanya, mientras tocaba el timbre—. Venimos a verla. ¿Podemos subir?

—¡Claro, querida! —contestó la señora con tono expresivo, y en ese momento la cabeza canosa desapareció del balcón, mientras se abría la puerta. Delante de ellas apareció una criada, con aspecto bastante odioso, calzada con unos robustos zapatos negros. Detrás se veía un suelo de baldosas blancas y negras y una escalera empinada. Todo estaba limpio y ordenado. Una mujer de estilo un tanto monacal cruzó el pasillo con un montón de periódicos en la mano y Maud oyó que sonaba un teléfono en algún lado.

—La señorita ‘Arris no está —dijo la criada, empujando la puerta para que se cerrara—. Si desean apuntarse para algún trabajo, toquen el timbre de atrás. El albergue está lleno y los horarios de las cenas gratuitas y del estudio de la Biblia están ahí. —Señaló con el dedo una cajita que había atada a una reja con folletos que ondeaban con el airecillo frío y húmedo de la tarde.

Tanya se mareó un poco y puso la mano en la puerta.

—¡Bobadas, mujer! Acabo de ver a la señorita Harris en el balcón.

—La señorita ‘Arris lleva trabajando desde las seis de la mañana —dijo la criada con aspereza sin moverse un ápice de donde estaba—. La señorita ‘Arris está tomando el fresco. La señorita ‘Arris no está en casa.

Desde el balcón la dama dijo:

—Simone, anda, sé un poco razonable. Te juro que llevo aquí veinte minutos. Ya he tomado bastante el fresco. Deja que pasen las chicas y ábreme la puerta del despacho, que quiero entrar.

La criada salió a la calle y, mirando hacia el balcón, dijo enojada:

—¡Diez! ¡Lleva solo diez minutos!

—Simone... —La voz de la dama parecía encerrar cierta frialdad en este momento. La criada levantó los brazos.

—¡Muy bien! Dejaremos pasar a estas señoras, dejaremos que usted siga trabajando hasta que se muera y después nos moriremos todas de hambre ahí tiradas en la cuneta y engrosaremos las listas de defunción. Mucho mejor que decirles a estas señoras que esperen o que se vayan por la puerta de atrás. Sí, ¡mucho mejor!

Simone se echó a un lado para que pasaran Maud y Tanya y luego cerró la puerta de la calle con tal fuerza que el jarrón que había en la mesa del vestíbulo se tambaleó. Abrió de par en par una puerta que había a la derecha, por la que se accedía a un pequeño despacho con una mesa, unas sillas y varios archivadores, y las condujo a la siguiente estancia, más o menos del mismo tamaño, con una mesa enorme, decorada con una serie de acuarelas de escenas enternecedoras. La mayoría, de niños y perros, al parecer. Simone agarró dos sillas y las plantó de mala manera delante de la mesa de despacho. Después, mirando agresivamente a Tanya, le susurró con el dedo índice levantado:

—¡Diez minutos! ¡O nos morimos de hambre! —Una vez que consideró que había dejado claro su argumento, dio un profundo suspiro, se sacó una enorme llave del bolsillo del delantal, la miró con abatimiento y desapareció.

Tanya parecía un tanto achantada; en cualquier otra circunstancia, a Maud la escena le habría divertido, pero de momento tenía bastante con mantener la calma lo más posible. Se sentó, por miedo a desmayarse. A los pocos minutos apareció la señorita Harris, con el rostro encendido y desabrochándose la bata. La colgó descuidadamente en el perchero que había junto a la puerta, cerró, se atusó la falda y les tendió la mano a las dos. Maud se tambaleó ligeramente al levantarse y tuvo que agarrarse al respaldo de la silla. Aunque la señorita Harris estaba estrechando la mano de Tanya entre las suyas, Maud tuvo la sensación de que se había dado cuenta de su inestabilidad. Cuando Tanya hizo las presentaciones oportunas, saludó a la señorita Harris y notó que la miraba de arriba abajo con aquellos ojillos oscuros.

—¡Siéntense, queridas! Siéntense. Les ruego disculpen a Simone. Siempre me promete que no va a dejarme fuera encerrada y ¡zas! En cuanto me doy la vuelta, veo que ha echado la llave. Lo hace con buena intención, desde luego.

La mujer se acomodó detrás de la mesa. Delante tenía un montoncito de papeles con anotaciones, y a cada lado dos pilas de facturas y recibos, tan altas que casi le llegaban a la cabeza. Mientras revisaba descuidadamente las notas de la mesa con una mano, echó la otra hacia atrás para coger el intercomunicador que salía de la pared. Sin dejar de leer los papeles, silbó por el interior del tubo y cuando oyó un farfallo al otro lado, dijo:

—Té con sándwiches y fiambre de carne, por favor, lo antes posible. —Taponó el tubo y, lo colgó otra vez en su sitio. Con la mano derecha libre, cogió una pluma y empezó a hacer anotaciones con una caligrafía minúscula en los papeles que tenía delante. Desde que conoció a Tanya, era la primera vez que Maud, mirándola por el rabillo del ojo, la veía un tanto insegura. La señorita Harris no dijo nada más hasta que la criada de cara antipática apareció con la bandeja y la dejó sobre la mesa, justo delante de Maud.

—Siento mucho haberla molestado, señorita Harris —dijo Tanya con voz acongojada—, y más cuando iba a cenar.

—No seas absurda, hija —contestó la señorita Harris muy serena—. La comida es para la señorita Heighton. —Y sonrió a Maud, frunciendo la nariz—. Cómetelo todo antes de que te desmayes, chiquilla. Y a ver, Tanya, querida, a tu izquierda tienes el *Times* de ayer. Me gustaría que me leyeras la sección de correspondencia mientras yo termino estas notitas y la señorita Heighton recupera algo

el sentido.

Tanya cogió el periódico mientras lanzaba a Maud una mirada entre sorprendida y ofendida.

—Maud, ¿por qué no me dijiste que tenías hambre?

—Pero, ¿qué querías que dijera? —intervino la señorita Harris rápidamente—. Me temo que yo he tenido más ocasión que tú de averiguar cuándo tienen hambre las chiquillas, Tanya. Tú lee, anda, si te manejas con el inglés.

—Claro que me manejo —contestó Tanya, y mientras leía unas cuantas cartas muy despacio y con voz clara, Maud comía lo más pausadamente posible, sin intervalo alguno entre bocado y bocado. No recordaba cuándo había comido carne por última vez, y pan bueno, que no supiera a tiza; parecía que este té le iba entrando directamente en vena, como una auténtica medicina, entonándola y confortándola poco a poco. Sentía mucha paz en aquella habitación, mucha seguridad, mientras se tomaba todo lo que le habían traído, con el soniquete al fondo de la voz de Tanya, su acento ruso, y el ruidito que hacía la señorita Harris al escribir. Cuando terminó, se echó para atrás en la silla, dando un suspiro.

La señorita Harris cerró la pluma al instante con un toque profesional y llamó al timbre que tenía al lado. Se abrió la puerta y entró la jovencita que habían visto antes en el vestíbulo. Llevaba un vestido muy oscuro y de corte austero. Se quedó de pie, muy erguida y muy seria. Llevaba el pelo retirado de la cara, hacia atrás, y gafitas redondas. Tanya dio un respingo.

—Charlotte, querida, retira la bandeja, y aquí... —la señorita Harris hizo un montoncito con las notas que había escrito, dejándolas sobre la bandeja junto a las migas— están las respuestas a los mensajes y los encargos de esta mañana. —Movi6 la cabeza—. A veces me encantaría no haber contratado un teléfono. ¿Hay alguien esperando, Charlotte?

La joven seria asintió.

—Dos chicas nuevas y el señor Allardyce.

La señorita Harris hizo un gesto con la mano.

—Que les den de comer. Las veré después. A las chicas, quiero decir. No creo que al señor Allardyce le apetezca un té con fiambre y sándwiches.

Charlotte no sonrió.

—Ha venido para ver si le tiene que encargar algo desagradable esta tarde.

—Pues sí, claro que sí. Dile que pase cuando termine con estas damas y haya visto el fichero de la señorita Knight. Seguro que nos ayuda con eso.

Charlotte anotó algo en su libreta, recogió la bandeja y salió de la habitación, mientras la señorita Harris se arrellanaba en su asiento.

—¡El buen señor Allardyce! ¡Qué joven tan servicial! La señorita Knight tuvo que dejar el equipaje en la pensión en la que estaba y el casero se empeña en no dárselo. Cuando Charlotte fue a reclamarlo, supongo que lo amenazaría con las iras celestiales y el hombre se rió de ella. Pero al señor Allardyce, como trabaja en un periódico, le bastará con mencionar el nombre de unos cuantos funcionarios que conoce para impresionar al casero.

La señorita Harris se echó hacia delante, encorvando la espalda para hablar más bajo.

—Indudablemente, nuestro insigne Creador es el que nos ayuda en último término, pero los métodos del señor Allardyce son realmente eficaces. Es como un regalo caído del cielo. Yo le pedí a Dios soluciones prácticas y al día siguiente apareció el señor Allardyce, que quería escribir algo sobre lo que hacíamos para un periódico americano. Y lo puse a trabajar al instante. No sé por qué la gente no cree en el poder de la oración sincera, para mí es lo más fiable. —parpadeó radiante, como si Dios fuera un comerciante de confianza—. ¿Cómo está Yvette?

—Bastante bien —contestó Tanya sin percatarse lo más mínimo de lo sorprendida que estaba Maud—. Esta semana posa para nosotras en Passage des Panoramas.

Maud se sentía confundida, como se advertía en su rostro, aunque no pudiera expresarlo con palabras. La señora Harris asintió con la cabeza, se colocó bien una cruz de oro que llevaba colgada en el cuello y alcanzó otra pila de papeles del montón que tenía al lado. Empezó a revisarlas.

—Yvette es un alma casi divina, aunque, si me oye, se reiría de mí. Fue ella la que inicialmente animó a la señorita Koltsova a ayudarnos con sus dádivas.

Tanya refunfuñó, con lo que Maud adivinó que Yvette había abordado la cosa de manera algo más brusca.

—Estoy segura de que fue Yvette la que le dijo a Tanya que la trajera aquí hoy, señorita Heighton. —Tanya se ruborizó ligeramente.

—¿Cómo la conoció, señorita Harris? —preguntó Maud. Era maravilloso sentir el bienestar físico que proporciona una buena comida. Empezó a fijarse más claramente en los detalles de la habitación, en los pequeños destellos de la lucecita del timbre metálico que tenía la señorita Harris al lado del brazo. El marco de plata con la fotografía de la reina Alejandra en la pared, pintada de un verde pálido.

—Yvette vino para contarme que un italiano de nefasta reputación estaba contratando a tres inglesitas en la Place Pigalle para que trabajaran de modelos. La mayor tenía doce años. El señor Allardyce y yo fuimos a ver al caballero y nos llevamos a las niñas. El italiano estaba indignadísimo. Había ofrecido a los padres cinco libras por las tres hermanas; las compró en Londres, en Gray's Inn Road. Al final las adoptó una familia absolutamente respetable del norte de Gales y de vez en cuando me siguen mandando postales, muchas muy bien escritas. Bueno, y ahora que veo que ya ha tenido suficiente tiempo para relajarse, señorita Heighton, ¿qué desean ustedes de mí?

Maud se dio cuenta de que toda la charla, la sección de correspondencia del *The Times* y los piropos al señor Allardyce habían sido una estrategia para darle tiempo a que se recuperara un poco. Se sonrojó, pero, a la hora de contestar, era como si se le hubiera hecho un nudo en la lengua. Tanya tomó la palabra por ella.

—La señorita Heighton necesita unas horas de trabajo remunerado para pasar el invierno. Algo que no interfiera con sus clases en la Academia Lafond, y además quiere seguir estudiando por las tardes, al menos parte de la semana. ¿Tienes entre tus papeles algo que resulte adecuado? ¿Alguien que quiera clases de inglés, quizá?

La señorita Harris se reclinó un poco.

—Querida, me temo que París está inundado de ingleses, y de inglesas, deseando dar clases. Lo único que tengo de momento son puestos de gobernantas, criadas o chicas de los recados.

Maud se mordió el labio. No era ella la que había querido venir, pero venir para saberse inútil y no deseada resultaba ya humillante. Le vino a la cabeza la figura de un artista que a veces veía en el boulevard Saint-Michel, con su chaqueta de pana abrochada hasta arriba para que no se le notara que llevaba la camisa sucia, que vendía óleos con colores muy vivos, muy violentos, del Jardín del Luxemburgo. El hombre se pasaba allí el día entero, detrás de su tenderete, vendiendo cuadros por unos cuantos francos de cuando en cuando. Si una mujer hiciera lo mismo, la mirarían todos y la gente se burlaría de ella, y los pocos turistas que podrían ser sus clientes la evitarían.

—Tiene que haber algo —insistió Tanya, casi ofendida—. ¿No hay ninguna señora mayor que necesite compañía por las tardes?

—En París todas las señoras mayores tienen sus perros falderos y el Bois de Boulogne —contestó la señorita Harris. Pero de repente se le iluminaron los ojos como a un perrillo que ve un conejo

corriendo por delante de él. Empezó a revolver los papeles que tenía a la derecha, con energía, un tanto descuidadamente—. Espera. Había algo que vi el otro día... Charlotte lo apartó por alguna razón. Alguien de compañía, compañía... —Mientras seguía revolviendo los papeles, llamó—: ¡Charlotte, Charlotte, querida!

La chica de aspecto monjil apareció por detrás y suspiró al ver el lío de papeles.

—¿Fue ayer o anteayer? ¿Alguien de compañía?

Maud pensó que las dos mujeres debían de llevar tiempo trabajando juntas, porque les bastaba con esa comunicación entrecortada.

—El señor Christian Morel. Una señorita de compañía interna para su hermana menor, la señorita Sylvie, una joven que desea pasarse horas pintando las calles de París y necesita a alguien respetable que vaya con ella. Quería una dama que tuviera cierto conocimiento de arte. —Pasó para atrás unas cuantas páginas de su cuadernillo negro—. Rue de Seine. Comida y alojamiento. Y una asignación semanal.

La señorita Harris resplandeció.

—Entonces, ¡perfecto! Bendito Dios, que lo ha vuelto a arreglar todo. —Si la deidad hubiera estado presente, la señorita Harris le habría dado una palmadita en la espalda—. Envía una tarjeta al señor Morel, querida, diciéndole que una tal señorita Heighton se pasará el lunes después de comer para concretar los detalles del trabajo.

Maud recuperó por fin la palabra.

—Pero ¿y mis clases...?

La señorita Harris hizo un gesto con la mano.

—Estoy segura de que el Señor también ha pensado en *eso*. Ya lo verás. Dales la dirección a estas damas, Charlotte, querida. —Aparentemente la señorita Harris vio algo en la expresión de Charlotte que la detuvo—. ¿Qué pasa?

—El señor que vino sonreía mucho —dijo Charlotte, con la mirada baja, clavada en su cuadernillo, como si tuviera miedo de parecer boba—. Y ofrece un dinero excesivo.

La señorita Harris se cruzó de brazos.

—La señorita Heighton es una joven sensata. No va a permitir que pase nada que llegue a empañar su reputación o la nuestra, estoy segura.

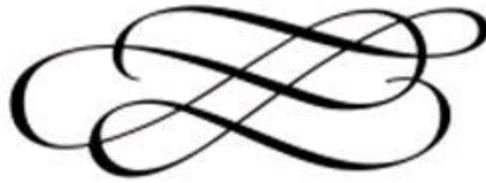
El vestido. Óleo sobre lienzo 64 × 41 cm

Si lo comparamos con el cuadro realizado sobre el natural de la Academia Lafond, esta obra aparece desprovista de figuras humanas. Ahora la atención del espectador va dirigida a un deslumbrante traje de noche rosa, que se nos muestra colgado junto a un espejo, en un vestidor blanco. Es un ambiente de lujo: nótese el dorado de los paneles de la habitación, el candelabro que asoma por la parte superior del marco, el papel de seda y las cajas a rayas que se despliegan por el suelo alrededor del espejo, incluso el brillo de las lentejuelas del vestido. Y sin embargo, es el vacío lo que resulta fascinante. ¿Quién lucirá ese vestido que alguien ha elegido para la ocasión? Cualquier otro pintor habría convertido la obra en una instantánea de intimidad femenina. Sin embargo, en este caso, pese a la delicadeza del colorido, la imagen resulta fría y yerma. Se ha prescindido de la mujer, que debía ser el centro al que se dirigieran todas las miradas, y con ello se consigue una imagen de fútil vanidad y exceso.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección

de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

Capítulo 4



La puerta se abrió de par en par y se vieron ante una mujer rechoncha y bajita que las miraba.

—¿De parte de quién vienen?

Maud no consiguió enterarse del nombre que dio Tanya, pero al parecer fue del agrado de su anfitriona. La mujer sonrió, les dio la mano y las hizo pasar. Entraron en una habitación enorme, de muros encalados hasta el techo, muebles muy recargados, traídos de acá y de allá, arrimados contra la pared, en los que se amontonaban los lienzos más extraños y desconcertantes que Maud había visto nunca.

Tanya la cogió del brazo.

—¿Estás contenta de que hayamos venido?

—Sí.

Como el día había sido tan desconcertante, a Maud le parecía normal terminar allí. Tanya no había querido dejarla sola cuando salieron de casa de la señorita Harris y le sugirió pasar la tarde juntas. Maud aceptó, un tanto agradecida por la clara amabilidad de Tanya, y al cabo de una hora se vio envuelta en el esplendor de la casa de su mentora, en rue Chalgrin. Tanya la invitó a subir por la enorme escalera que conducía a su habitación. Era una habitación inmensa, resplandeciente en blanco y oro, pero antes de que Maud pudiera reponerse, se vio arrastrada hacia el vestidor, que era casi tan enorme como la habitación. Llamaron a la criada francesa que tenía Tanya y entre las dos convencieron a Maud para que se probara todos los trajes de noche que quisiera. Tanya la dejó sola quería telefonar a un par de chicos que tenían la aprobación de sus tías para que las acompañaran a casa de los Stein y después las llevaran a cenar. Maud se encontraba realmente al otro lado del espejo, no cabe duda, pero estaba tan aturdida que no había sido capaz de decir si le apetecía el plan o no. Se veía ceñida en un elegante vestido tras otro, mientras Tanya correteaba por aquí y por allá, encantada, ofreciéndole todo el rato cosas de comer, sobre todo chocolate.

—¡El rosa, Maud! Sin duda alguna. Tienes que ponerte el rosa.

Tanya estaba arrellanada en la tumbona, vestida con un traje largo, de color dorado y adornado con pedrería negra, que brillaba cuando se movía. Maud sentía las manos de la muchacha dándole palmaditas rápidas para ajustarle el traje que Tanya había decidido que se pusiera. Tenía los brazos desnudos, y los notaba fríos.

Tanya observaba a la muchacha y dijo en inglés:

—¿Qué te pareció ese joven, Maud?

Se giró un poco y la criada suspiró. Tanya estaba quitándole el papel a otra chocolatina; dejó el

envoltorio dorado en la caja y se quedó mirando el candelabro.

—¿El americano, el señor Allardyce? Me pareció muy agradable.

Tanya frunció el ceño.

—¿Agradable sin más? ¿No te pareció guapo?

Maud sonrió. —Sí, guapo también—. Era *muy* guapo, ahora que lo pensaba. Se habían visto un momento en el vestíbulo, cuando salían de la casa de la avenue de Wagram, y, pese a lo aturdida que estaba, Maud había visto cómo miraba a Tanya. ¿Sería que a veces las cosas pasan así? A ella nunca le había ocurrido.

Tanya empezó a rebuscar por la caja de bombones para ver si daba con otro que le gustara, pero, cuando lo encontró, lo dejó.

—Tiene bonita voz, para mi gusto.

La criada le trajo a Maud un par de zapatos de tacón bajo, de un color que iba bien con el vestido. Cuando se los estaba poniendo, llamaron a la puerta y entró una mujer corpulenta con un amplio vestido de color púrpura totalmente desfasado, aunque aparentemente recién sacado de la caja. Se dirigió a Tanya en ruso, en un tono elevado; no parecía muy contenta. Detrás de ella apareció otra señora, algo más pequeña, vestida con un traje similar pero de seda amarilla. Fue esta segunda mujer la que vio primero a Maud y murmuró algo a la señora de morado. La titana se calló y Tanya habló en francés.

—Queridas tías, ¿me permitís que os presente a la señorita Maud Heighton? Vamos a salir esta tarde; es un sitio muy respetable, medio París va al Steins.

—Ya; pero ¿qué medio? —contestó la mujer de morado, con un francés engolado y difícil, como los bombones de papel dorado de Tanya.

—Maud, mis tías, Vera Sergejevna y Lila Ivanovna.

Maud hizo una ligera reverencia y Vera Sergejevna se quitó los impertinentes para mirarla bien; después hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Y ¿quién puedes ser tú? No te conozco.

Iba a contestar, pero Tanya se le adelantó.

—La señorita Heighton es una compañera de la Academia. —Vera Sergejevna abrió los ojos de par en par—. Mijail Pavlovich Perov nos va a llevar esta noche a casa de los Stein —continuó diciendo Tanya sin dar tregua. La mirada de Vera se tornó hacia su sobrina, mostrando una expresión algo más dulce. Tía y sobrina hablaron brevemente en ruso y luego las dos damas se marcharon algo más tranquilas. Al salir, Vera se limitó a hacer un gesto con la cabeza para despedir a Maud; la otra mujer le sonrió más afable.

Cuando se fueron, Tanya se desplomó en el sofá, suspirando profundamente.

—Menos mal que he hablado con Perov. Se pasan el día dándome la lata para que acepte sus invitaciones, así que ahora no tienen de qué quejarse. —Sonrió mirando a Maud—. Supongo que no tienes un primo aristócrata, ¿no?

—No, no. ¿Les has dicho eso?

A Tanya se le iluminaron los ojos, grandes e inocentes.

—Sí. Y que acabas de llegar a París, y que te han perdido el equipaje. Tenía que hacerlo, porque si no mañana Vera ya estaría escribiendo a mi padre para decirle que me rodeo de gente vulgar, aunque ha sido Perov el que nos ha salvado. ¿Estás segura? Yo creía que en Inglaterra todo el mundo tenía un primo aristócrata.

—Pues todo el mundo no, Tanya.

—Bueno, supongo que tú lo sabes mejor. Y ahora ¿qué te hacemos en el pelo?



La gente que se reunía en el taller de los Stein era tanto o más interesante que los cuadros y, según Maud, más fáciles de observar. Mientras se arreglaban, Tanya le había contado lo que sabía sobre aquel sitio. Dos hermanos americanos, que se llamaban Leo y Gertrude Stein, se entretenían comprando los cuadros más atrevidos de las nuevas tendencias artísticas; los conseguían en estudios y en marchantes especializados y después los sábados por la tarde hacían una exposición en su casa de la rue de Fleurus, para gente conocida, que quedaba en general consternada.

Cuando llegaron las chicas acompañadas de sus escoltas, en la sala ya había mucha gente; unos iban vestidos de etiqueta, a la última, y otros *à la bohème*: pantalones amplios y chaqueta para los hombres, y falda campestre y blusa para las mujeres que iban con ellos, agarradas del brazo y quitándoles el cigarrillo de la boca, si les apetecía dar una calada. A su alrededor Maud oía hablar alemán, francés, inglés y lo que debía de ser húngaro, según ella. Intentó no mirarlos y fijarse en los cuadros. Eran estampas salvajes, animalistas, que en los últimos años habían irrumpiendo con fuerza en las galerías; representaban los colores de la naturaleza de manera violenta y estridente, con las figuras estilizadas al máximo, hasta que se convertían más en una idea de lo humano que en pura imitación. Había un retrato de la anfitriona, con la cara laminada en planos, como si fuera una talla. Maud estaba de pie, del brazo de Tanya, pero al final se enfrascó tanto en lo que estaba viendo que dejó de preocuparse del traje que llevaba o del modo en que la criada de Tanya le había arreglado el pelo.

Las chicas fueron deambulando por la sala hasta que sin decirse nada se detuvieron ante un cuadro que representaba a unos acróbatas de circo, una madre y un padre sentados, con su bebé en brazos y un mono a sus pies, mirándolos. Tenía algo navideño, de escena de natividad, cierta sensación de calma, la suave calidez del colorido. A Maud le parecía que estaba casi interfiriendo en el conjunto, de tanto mirarlo. El padre arlequín llevaba un traje del mismo rosa pálido que el vestido que le habían prestado a ella.

—Ahora tendremos que quitarlo, supongo —dijo en inglés alguien detrás de ellas. Maud se volvió y vio a la anfitriona, la señorita Stein, un rostro amplio de rasgos fuertes, iluminado con una intensidad casi religiosa—. Ahora pinta de manera totalmente distinta. Si queréis, podéis ver la enorme revolución que se ha producido en la pintura comparando el lienzo que estáis mirando con ese otro de allí. —Y señaló con el dedo la imagen de una mujer, descompuesta en planos geométricos, de formas definidas y curvas negras, que acechaba, como un animal, al espectador, un rostro que resultaba una máscara salvaje. Tanya se puso a mirarlo con detenimiento, estirando un poco el cuello para ver mejor a la luz amarillenta del candil; las piedras del collar que llevaba centellearon.

—Cuando veo esto, me parece que alguien está enfadado conmigo —dijo por fin.

La señorita Stein se echó a reír por todo comentario.

—Se lo diré a Pablo, pero es el futuro. Él y Matisse son los únicos pintores que hay en la ciudad. —Y añadió en voz más baja—: Me temo que vuestros hombres se están aburriendo, chicas. Sacadlos de aquí lo antes posible, no sea que digan cualquier bobada y algún artista les dé un puñetazo. Suele ocurrir una vez al mes, por lo menos.

Se dio la vuelta para saludar a alguien que acababa de llegar; Tanya miró por encima del hombro. Los dos chicos a los que había telefonado para que las acompañaran estaban apoyados en la mesa que había en el centro de la sala con cara de desgana, como si no les interesara nada el arte. El señor Perov se miraba las uñas y el señor Lebedev bostezaba con una boca enorme. Tanya entrecerró los ojos.

—Santo Dios. Creo que tiene razón y que los tenemos que sacar de aquí antes de que se pongan groseros. —Volvió a mirar la figura despiezada del cuadro—. ¿Es ese el futuro, tú crees? Parece muy cruel.

—El mío no creo, Tanya.

La rusa asintió con la cabeza.

—Sí, espero que siempre haya alguien en el mundo que busque cuadros que representen cosas del mundo real. No todos los americanos son como los Stein, ¿no? Puede que algunos prefieran incluso lo que pinto yo.

Maud no sabía si Tanya estaba otra vez pensando en el señor Allardyce.

—Seguro que sí, Tanya. —La rusa sonrió de oreja a oreja y salió seguida de Tanya hacia donde estaban sus aburridos escoltas.



A la mañana siguiente Maud se despertó en su reducida habitación pensando si lo que había vivido el día anterior habría sido un sueño. Hasta que vio el traje de noche rosa palo, con sus lazos y tan profusamente labrado en pedrería, no terminó de creerse lo que había ocurrido. Rose Champion muerta. La señorita Harris. Aquellos cuadros tan extraños y después cena en Maxim's. Le sobrevenían las imágenes como refractadas a través de un cristal y era como si la banda de swing que habían oído anoche siguiera tocando la misma música, recurrente, en el interior de su cabeza. Champán, humo y risas. Mirara donde mirara, había hombres y mujeres riéndose a carcajadas, inclinando la cabeza hacia atrás, desternillados. Se le habían vuelto a aparecer en sueños, rozando como borricos hasta que encontraban unas orejas peludas que los escucharan. Los dos rusos habían encargado la cena y se entretenían burlándose de los cuadros que habían visto en casa de los Stein.

—Pero ¿quién se supone que va a comprar esas cosas? —dijo Perov, que seguía aparentemente fascinado con sus uñas. Llevaba un bigotito rubio muy fino, que le perfilaba las comisuras de los labios—. Prefiero esta copa de champán a cualquier cuadro de los que había allí colgados. ¡Y la gente! Por lo menos aquí ves seres humanos vestidos como Dios manda.

Tras una risita histérica, llamó con la mano a uno de los camareros impecablemente vestidos que les atendían y le pidió más champán, mientras Maud se sumía en el abatimiento al ver el regocijo que reinaba a su alrededor. Había muchísimo ruido. Todos parecían hablar en un tono artificialmente elevado, y las mujeres se movían mucho al hablar, echando los hombros hacia atrás, aunque estuvieran reclinadas hacia delante, y gesticulaban continuamente con las manos. Maud notó que con esos movimientos las lentejuelas de sus vestidos resplandecían y que la tenue luz eléctrica se reflejaba en los diamantes que lucían en la cabeza y en las manos, lanzando arcoíris de colores al aire. Quizá por eso lo hacían. Las paredes eran doradas, y las columnas, de mármol o forradas de

espejo, de manera que todo el mundo, lo quisiera o no, obtenía siempre un montón de imágenes deformadas de sí mismo entre la multitud.

La mujer de la mesa de al lado llevaba un tocado de plumas de avestruz sujetas en la base por un diamante de tamaño regio.

—Falso —dijo Lebedev, inclinándose hacia delante. Maud no sabía si se estaba refiriendo a ella, si había descubierto el engaño de Tanya y su criada y que la remilgada inglesita no tenía aristócratas en la familia—. Los brillantes —añadió. Y entonces ya supo que se refería al brillante que había estado mirando antes—. La mayoría, vaya. La mitad de los que están aquí son unos falsos, simples fraudes. Mera apariencia. —Y volvió a arrellanarse en su silla. Es lo único que dijo en casi toda la noche.

Mientras observaba a los distintos clientes habituales que se acercaban a la mesa para saludar a Tanya o a alguno de los dos caballeros, iba tomándose el champán a pequeños sorbos; sabía amargo. Había un ruido infernal, y el humo del puro que se estaba fumando el señor de al lado le daba ganas de vomitar. Tiene que haber algo más, pensó. Algo entre el famélico tugurio en que había vivido hasta ahora y esto. Veía unas fuentes enormes de viandas exquisitas y espléndidas salsas, que se quedaban frías ante aquellos comensales, vestidos de seda y terciopelo. Pasada una hora, empezó a preocuparse por si estaba enferma. Tanya tuvo que insistir para que los caballeros accedieran a acompañarlas a casa, sin demasiada elegancia. El chófer, que fue con ella hasta el portal de la pensión en que vivía y esperó a que abriera, le dio un paquetito con la ropa que llevaba puesta al principio. A lo mejor los Morel le podían ofrecer algo donde encontrarse a gusto, algo a medio camino entre la insinuante y retorcida exuberancia del café de rejas torneadas que abrumaba como una pesadilla y la frialdad de su habitación, entre la anarquía salvaje de los pintores que servían a los Stein y los trabajos fáciles que adornaban las academias. Todo ello era una esperanza que se iba forjando en su interior, impaciente, mientras dormitaba ese domingo por la mañana, enferma de abundancia, más que de hambre, pero enferma en todo caso, y contemplaba el vestido rosa desde la cama.

A la hora consiguió salir de la cama, vestirse y pasar un rato dibujando en su cuaderno hasta que llegó la hora de comer y después salió de la pensión para pasar el resto del domingo en el Louvre. El señor Pol estaba allí, como siempre, en los jardines, y, al verlo ahí, silbando, pensó en Rose Champion. Los pájaros se le posaban en el brazo y en los hombros y piaban sin cesar, en respuesta a las canciones que silbaba. Los gorriones intentando ser canarios. Cerró los ojos y confió en que la rescataran.



El lunes por la mañana Maud tardó más de lo habitual en arreglarse para ir a la Academia Lafond. Intentó ponerse el vestido lo mejor posible, se cepilló el pelo y se lo recogió tres veces antes de quedarse satisfecha con la imagen que le devolvía el desvencijado espejo. Nunca le servía de nada decirse que debía mantener la calma; su imaginación había empezado a dispararse. ¿Y si no les gustaba al señor Morel y a su delicada hermana? ¿Les parecería demasiado joven? Quizá una señora más oronda le resultara más adecuada para acompañar a su hermana. Pensó en las tías mayores —los

gatitos— que cuidaban a Tanya. A lo mejor podía decir que tenía veinticuatro años y no veintitrés. Sonrió ante el espejo. «Encantada de conocerla», se dijo a sí misma, y se apartó del espejo con un mohín. Se sentía como un niño delante de un maestro estricto. ¿Y si fueran los propios Morel los que no resultaran del todo bien? ¿Que fueran groseros o desagradables?, ¿maleducados o frívolos? Intentó decidir qué grado de respetabilidad podría soportar para estar cómoda, ¿cómo se iba a tomar las cosas la tímida señorita de provincias que llevaba dentro? A lo mejor el señor olía a alcohol. O ella. La cabeza le bullía con pensamientos encontrados, lacerándola, mientras se encaminaba a la Academia, y así estuvo también durante toda la primera hora.

En el primer descanso de la mañana se quedó en su sitio, demasiado nerviosa para tomar algo y demasiado distraída como para hablar de bobadas con sus compañeras. Tanya estaba aún por llegar. Analizó el retrato que estaba haciendo y pensó en aquellos cuerpos recortados, tan extraños, que vio en casa de la señorita Stein. Le parecía que hablaban más del pintor que del sujeto, de un pintor que intentaba ver todo al tiempo y agotarlo, y no captar una cosa para comunicarla. Mojó el pincel en aceite de linaza y después en el rojo garanza de la paleta y empezó a hacer las sombras más densas, para que la palidez de Yvette resultara más frágil con el contraste. Cuando Yvette se dirigió a ella, se asustó.

—¿Señorita Heighton? Esperaba encontrarla algo más animada esta mañana. Me pasé por casa de la señorita Harris ayer por la tarde y me enteré de que tenía algo que pudiera servir.

—¡Huy! Buenos días, Yvette. —Maud parpadeó, apartó los ojos de la pintura y se dio cuenta del trajín y el murmullo que reinaban a su alrededor. La modelo, cubierta por una bata de seda bastante raída, tenía el cuerpo ladeado, apoyado solo sobre una cadera, y un cigarrillo en la mano. Mostraba algo infantil en aquel rostro delgado, cierta vivacidad, unos ojazos que parecían absorberlo todo, temblorosos como los de un animalillo. Más zorruna que gatuna—. Sí. Esta tarde tengo que pasarme por casa del señor Morel con la señorita Koltsova. A lo mejor no les gusto.

—Seguro que sí. Ya sabe que el inglés es lo último. La mitad de las chicas que conozco y que se ganan la vida cuidando cachorritos ahora no encuentran trabajo, porque las madres quieren que sus pequeños aprendan «*cockney* auténtico». Cualquiera francés estará encantado de que su hermana tenga una señorita de compañía inglesa.

Yvette se inclinó para ver en el caballete el retrato que le había hecho Maud y al observar la reproducción de su piel desnuda exhaló una larga bocanada de humo sobre el cuadro.

—Va avanzando, señorita Heighton. —Se incorporó de pronto y se echó algo hacia atrás, cogiéndose las manos en la espalda. Maud pudo ver el tinte azulado de su piel a través del cuello de la bata, que se le había abierto un poco—. Está mejorando mucho su sentido del color, pero fíjese en las líneas del codo de la modelo, señorita Heighton. ¡anatomía!, ¡Anatomía! ¿Es Yvette una persona o un caballo? Porque esa articulación es más de un caballo que de una hermosa mujer francesa.

Maud se echó a reír. Era un buen comentario propio de Lafond. Extendió la mano.

—Llámeme Maud. —Yvette le devolvió el saludo, con una pequeña reverencia, muy propia también de Lafond—. Imagino que fue usted quien le sugirió a Tanya que me llevara a casa de la señorita Harris. Gracias. Si soy del agrado de este señor Morel y de su hermana, usted me habrá hecho la vida mucho más fácil.

Yvette frunció la nariz.

—Le gustará, y Tanya le podrá decir si es un sitio apropiado para una señorita como usted. Sus tías le han inculcado eso bien, creo yo. Es una pena que no lo entienda. A veces ve las cosas en blanco y negro y solo se mueve por lo que es bonito o agradable. No está mal ser así, pero supone que como a ella no le falta de nada, todo el que habla bien tiene también de todo, como ella. Nunca

se ha parado a pensar en lo distinta que puede ser la vida para alguien como usted si consigue un trabajo respetable. Ni se había dado cuenta de que usted es muy digna y está muy sola como para pedirlo.

Maud tenía los ojos fijos en la paleta, una madera que le resultaba tan familiar como sus propias manos.

—¡Qué bien nos conoce, Yvette!

La modelo desentumeció los hombros.

—Me paso la mitad de la mañana ahí arriba, observándolas, y sé lo duro que puede llegar a ser París.

Maud frunció el ceño de repente, cayendo en la cuenta de algo.

—Yvette, ¿intentó usted ayudar a Rose?

La modelo se sintió algo turbada, como si Maud le hubiera dicho algo hiriente; se giró un poco, con expresión inquieta y preocupada.

—Le hablé de la señorita Harris, pero me colé y ella me insultó.

—¿Por eso le pidió a Tanya que hablara conmigo? ¿No pensaría que yo fuera a insultarla, no?

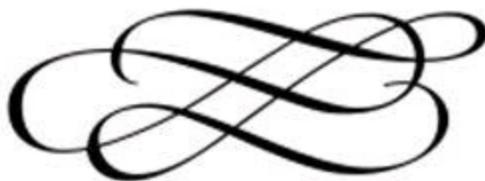
—No, pero... —Se rascó el cuello—. Como veía que admiraba a Tanya, pensé que si ella hablaba con usted, eso ayudaría. ¿Habría aceptado que alguien como yo le diera consejos sobre cómo moverse en la vida?

Maud intentó imaginar qué habría hecho si Yvette se le hubiera acercado. Seguro que se habría sentido ofendida.

—Casi mando a Tanya a freír espárragos, así que posiblemente, no —admitió—. Pero intentaré no ser tan estúpida en el futuro.

Yvette le sonrió con toda cordialidad. Al otro lado de la sala, mademoiselle Claudette dio unas palmadas con sus manos huesudas y las estudiantes empezaron a dirigirse de nuevo a sus sitios. Yvette tiró el cigarrillo y se volvió al estrado. Maud la observaba. Era una mujer joven todavía, no debía de pasar de los veinticinco, pensó Maud, pero tenía caderas y hombros de chiquillo, y un punto cauteloso que Maud normalmente identificaba con mujeres mayores. Cierta reserva, incluso cuando estaba de broma. A lo mejor no siempre. Al rato, cuando llegó Lafond a revisar el trabajo de sus alumnas y le dijo que tuviera cuidado con la estructura del brazo, Maud miró a Yvette. La modelo tuvo que morderse el cuello de la bata para contener la risa. Maud consiguió guardar la compostura bajando los ojos y concentrándose en lo limpios que llevaba el profesor los zapatos.

Capítulo 5



Christian Morel era un hombre guapo, de unos cuarenta y tantos años, a juzgar por las patas de gallo; iba perfectamente afeitado, aunque llevaba el pelo largo, oscuro, hasta el cuello de la camisa, de un blanco impecable. Desde el momento en que les abrió la puerta a Tanya y a Maud, se comportó como si fueran él y su casa los que tenían que pasar la prueba, como si estuviera haciendo propaganda para conseguir el privilegio de que Maud se quedara con ellos. A Maud se le disiparon los nervios al ver que les sonreía desde el principio, que estaba pendiente de que se encontraran cómodas y que parecía realmente implorante.

Empezó disculpándose por el imponente piso. Quería haberse quedado en el club, pero su primo, con quien se iba a quedar supuestamente su hermana mientras él estaba fuera, se había puesto enfermo, así que apenas habían tenido tiempo de encontrar algo en el centro que les resultara adecuado a los dos. Tanya corroboró su pesar, pero para Maud la casa era palaciega. El cuarto de estar era estrecho, pero muy largo, con altos ventanales vestidos con visillos que dejaban pasar la luz en invierno, y una chimenea a cada lado de la habitación. Sobre las chimeneas había dos espejos estelares. En el ala meridional de la estancia había un diván, un piano y unos cuantos sillones tapizados de amarillo; al otro lado, dominaba el espacio una mesa de comedor vestida con un mantel de encaje y un aparador. Los muebles, de madera clara, trazaban líneas dúctiles y prolongadas; junto a las mesitas había lámparas indirectas. Maud pensó en los muebles tan oscuros que había en casa de su padre; el color les daba un aspecto abultado y antipático. Aquí el ambiente era alegre, sin resultar agobiante, cómodo, sin ostentaciones. Estaba encantada.

—Hay un cuarto de servicio —iba diciendo Morel—, pero preferimos no tener interna. La asistenta viene por las mañanas y nos deja la comida hecha. Por las noches encargamos algo en el café de la esquina. —Miró a Maud, para ver si le parecía bien—. Tienen un buen cocinero. No es el *Café Anglais*, pero ¿quién podría tomarse todo eso a diario? Llevamos una vida sencilla y cenamos pronto. Espero que esto no sea un inconveniente, señorita Heighton.

—No, en absoluto —contestó Maud con cortesía. Mientras Morel las conducía hacia el pasillo principal, Tanya le pellizcó a Maud en el brazo. Maud se volvió y abrió los ojos de par en par. Tanya contuvo la risa. Morel se paró delante de una puerta, la primera del pasillo, según se entraba al piso. La abrió suavemente con la punta de los dedos.

—Si la señorita Heighton aceptara quedarse el invierno con nosotros, esta sería su habitación. Con una leve reverencia, la invitó a pasar delante de él. Al verlo, Maud notó que estaba a punto de llorar. Qué bobada ser tan sentimental, pero era justo la habitación que se había imaginado que

tendría en París cuando cogió el tren en Alnwick, hace dos años. Era enorme. La cama de barrotes, amplia y con sábanas blancas, el lavabo color ceniza, el suelo cubierto de mullidas alfombras en rojo y marrón. En el rincón reinaba una sombra muy agradable, que se prolongaba sobre la cama. El señor Morel la observaba expectante.

—Qué tonto soy; no puede ver nada. —Entró en la habitación y abrió las contraventanas. El aire y la luz se precipitaron al interior; fue como si la estancia despertara. Para Maud fue como si le estuviera dando la bienvenida. Se acercó a la ventana para ver el exterior. Daba a un patio trasero del edificio, con paredes encaladas que recogían el sol de la tarde y lo reflejaban hacia su habitación. Había un cobertizo a la entrada de la bodega y una chica sentada en un taburete. Estaba pelando un pollo para el guiso, con un mandil rojo, un toque de color sobre el contorno de tierra. Maud se asomó para verla, apoyando la mano en el poyete de la ventana—. La habitación normalmente es algo oscura por las mañanas, pero entiendo que las damas suelen estar en otros sitios a esas horas. —Bajó los ojos—. La señorita Harris me ha dicho que tiene clase todas las mañanas, señorita Heighton. Quiero que sepa que eso no es ningún problema, ninguno, si acepta quedarse con nosotros. Mi hermana se pasa la mañana en la cama.

Maud se dio cuenta de que estaban esperando a que contestara algo.

—La habitación es preciosa —dijo—. Preciosísima.

Morel pareció aliviado. Y al momento, en cuanto oyó el tintineo de tazas en el cuarto de estar, continuó:

—Huy, el té. Vamos a tomar algo.



Durante el té, servido a la inglesa, Tanya empezó a interrogar a Morel. Maud la miraba disimuladamente. Yvette tenía razón cuando dijo que le ayudaría a averiguar si había algo que pudiera dañar su reputación. Se mostraba educada, pero inquisitiva, sonreía al preguntar por el pasado de la familia Morel y asentía mientras escuchaba las respuestas. Su tía habría estado orgullosa de ella.

Morel nació en 1867 en Luxeuil-les-Bains, hijo único de un rico comerciante local y de su primera esposa. Esta mujer murió en 1871, pero el padre de Morel se volvió a casar y en 1889 tuvo una hija, Sylvie. Cuando les contó el accidente de coche de 1904 en que murieron su padre y la madre de Sylvie, Morel adoptó una seriedad y una contención propias de los ingleses. En aquel momento Sylvie iba con sus padres y las heridas que sufrió la dejaron delicada de salud. Incluso ahora, se cansaba enseguida. Morel se quedó encargado de mantenerla y de cuidarla. Y así, una vez que terminó de dar explicaciones sobre su situación, cambió de tema y empezó a hablar de lo impresionado que estaba con la señorita Harris y de todo el bien que hacía. Confiaba en que Maud y Sylvie hablaran inglés entre ellas. Quería ir a América en primavera, les dijo, para ver si le salían unos negocios prometedores, y quería llevarse también a Sylvie. Si conseguía refrescar el inglés y hablarlo con soltura, le sería mucho más fácil moverse por allí.

Esto le dio a Tanya oportunidad de preguntarle por el tipo de negocios a que se dedicaba. El señor Morel sonrió, haciendo un gesto con la mano.

—¡Nuevo dinero! Trenes, automóviles, el telégrafo y ahora el teléfono. El dinero tiene que adaptarse al nuevo ritmo de esta época moderna. Pero es un trabajo muy aburrido comparado con el suyo. Hablemos, mejor, de ustedes, las jóvenes artistas. —Se volvió hacia Maud—. ¿Usted es artista, señorita Heighton? Cuénteme qué piensa su familia de que viva con tanta independencia y tan lejos de casa. ¿A sus padres les pareció bien que se viniera?

Maud dejó la taza en el plato.

—Mi padre trabajaba en una casa de subastas al norte de Inglaterra, señor Morel. Murió hace tres años. Mi madre murió cuando yo tenía doce años.

—¿Otra huérfana, como mi pobre hermana y como yo? Pero no estará sola en el mundo, imagino.

—James, mi hermano mayor, es abogado en Darlington. Tengo otro hermano pequeño, de seis años, del segundo matrimonio de mi padre. Ahora vive con James y su mujer.

—¡La mujer ideal! —dijo, levantando las manos y mirando al cielo en gesto de agradecimiento—. Entonces entenderá usted lo unidos que estamos Sylvie y yo.

Pensó en Albert, con su carita redonda, siempre sucia, y sus ojazos azules.

—Claro.

—Y, a mi juicio, nadie mejor para negociar que un abogado inglés —siguió Morel. Parecía más relajado ahora que cuando llegaron. Cogió la taza y arqueó una ceja—. Uno siempre sabe lo que van a decir. Creo que podría imaginar fácilmente lo que dirían de una joven que vive sola en París. —Frunció ligeramente el ceño—. O ¿me equivoco?

Maud negó con la cabeza, intentando no sonreír.

—No, está totalmente en lo cierto. James piensa que París es muy peligroso y su mujer cree que las ciudades esconden amenazas mortales y que el arte es cosa de mujeres solo si lo practican con moderación. Puede que tengan razón. Sin embargo, no tienen mucho que decir al respecto. Mi padre tenía la casa asegurada y el dinero lo dividimos a partes iguales entre los tres. Como ingreso, no es mucho, pero me mantengo mientras estudio, hasta que ya empiece a ganar dinero.

Vio que el señor Morel se estaba fijando en los puños deshilachados que llevaba, pero no comentó nada. Él, al sentirse observado, la sonrió con toda cordialidad.

—¡Vaya! Pertenece al grupo de la nueva mujer. Independiente de pensamiento y obra. Estupendo.

—¿Christian? ¿Hay visita?

Una voz de mujer. Se pusieron de pie, volviéndose hacia ella. Ahí fue cuando Maud vio a Sylvie Morel por primera vez.

Era mucho más pálida de piel que su hermano, con el pelo casi blanco, recogido, y una tez nacarada. Estaba apoyada en el quicio de la puerta, como si hubiera salido de un cuadro de Burne-Jones. Llevaba un traje informal, de seda, color marfil, que marcaba su delgadez y tenía algo de túnica clásica. Era como si la *Psyche* de Canova, esa escultura de mármol que había en el Louvre, se hubiera despertado y apareciera vestida. Maud retiró la vista, sintiéndose de repente algo cohibida.

—Querida, te hemos despertado —dijo Morel—. Lo siento mucho. Ven, siéntate aquí con nosotros, por favor. —La joven se acercó despacio, sin mirar apenas a ninguna de las invitadas—. Esta es la señorita Koltsova. Señorita Koltsova, mi hermana.

—Encantada —dijo Tanya, extendiendo la mano. La señorita Morel la estrechó y repitió la misma fórmula, con una sonrisa amplia, como si disfrutara con el gesto.

—Y esta es la señorita Heighton —siguió Morel—. Espero que si las dos creéis que vais a estar a gusto, la señorita Heighton pase el invierno con nosotros. La tendremos de invitada.

Mademoiselle Morel se volvió hacia Maud y tras unos segundos la sonrió aún más cordialmente. Maud extendió la mano y retuvo los dedos de mademoiselle Morel durante unos segundos entre los

suyos. Los tenía fríos.

—Creo que me va a gustar la idea —dijo Sylvie—. ¿Se quedará? Puede que le resulte aburrido, pero haremos lo posible para que se sienta muy bienvenida.

—Si es así, me quedo —dijo Maud, retirando la mano.

—Muy bien. Venga mañana si puede. Es tan aburrido estar aquí, con Christian todo el tiempo fuera de casa. Perdóneme. Tengo que volver a mi habitación. Hoy no es mi mejor día. —Se dio la vuelta para irse, girando la cabeza al salir. No sé si querrá hacer de modelo conmigo, pensó Maud. Tendría que diluir la pintura para crear simplemente una insinuación de color—. ¿Puedo preguntarle cuál es su nombre de pila?

—Maud.

—Muy inglés, me gusta. *Queen rose of the rosebud, garden of girls ...* —recitó en inglés, con un acento que daba al verso un aire muy nuevo.

—Mi madre admiraba mucho a Lord Tennyson.

—Le va muy bien. Yo me llamo Sylvie. —Y se marchó, arrastrando ligeramente las zapatillas por la tarima.

—Entonces, ¡arreglado! —dijo Morel, con gesto triunfante y muy relajado. Dudó si añadir algo más y miró con aire inseguro a una y a otra de sus invitadas. En ese momento Tanya extendió la mano hacia él.

—Hay una pequeña librería encantadora en la esquina, que he visto al venir. ¿Le resultaría muy grosero si aprovecho para echar una ojeada a ver qué tienen? No hace falta que me acompañe. Maud, estaré fuera cuando termine.

Morel hizo una reverencia tomándole la mano y no volvió a hablar hasta que oyó que se cerraba la puerta.

—¡Qué mujer tan encantadora! ¿Son muy amigas?

Maud sonrió.

—Eso espero.

Morel carraspeó.

—Querría ofrecerle una asignación de cinco luises a la semana, señorita Heighton, más el alojamiento y la comida. ¿Le parece bien?

—Es demasiado —contestó Maud con toda sinceridad. Con eso vivía ella un mes.

—No vaya tan rápido —dijo—. Por favor, quédese un minuto más.

Maud volvió a sentarse frente al té, ya frío. Morel se metió la mano en el bolsillo y sacó una pitillera de esmalte azul, decorada con un circulito de diamantes. Le pidió permiso para fumar levantando una ceja y ella asintió con la cabeza. Maud notó que estaba sujetando el bolsito que llevaba con demasiada fuerza. Volvía a asaltarle el temor de que hubiera algo que le impidiera conseguir esa habitación, esa gente en un punto medio tan elegante entre el champán y las gachas. Se estaba tan bien aquí.

Morel encendió un cigarrillo y exhaló el humo; las volutas ascendieron por el aire de la habitación.

—Mi hermana... Sylvie... —Cruzó las piernas y volvió a descruzarlas—. Esto es un tanto delicado. Mi hermana tiene una debilidad que en algunos sitios, aquí en París, la gente tolera pero que a mí me parece mal. Puede que estos últimos años no la haya cuidado como merecía, pero, mientras yo estaba fuera, frecuentó malas compañías. Yo pensé que trayéndola a París rompería con esas personas que la estaban pervirtiendo, pero veo que ahora todavía no puede dejar de... —Se le fue la voz, mientras se rascaba intensamente la barbilla.

Maud movió la cabeza.

—Lo siento mucho, señor. Pero no le entiendo.

—Claro que no me entiende. ¿Usted sabe que el láudano alivia mucho los dolores?

—Sí, había oído que puede hacer mucho bien.

—Y lo hace, y lo hace, y bien administrado, bajo la supervisión de un médico, de un profesional, a mi hermana la ayudó muchísimo. Después una amiga le enseñó a tomar la droga en forma vaporizada, es decir, a fumarla, como hacen en Oriente.

Maud se quedó perpleja.

—¿Opio? —dijo con un hilo de voz. Del opio solo sabía lo que había leído en las novelas baratas que su madrastra se dejaba por la casa. En las ilustraciones salían unas pocilgas del Londres más tenebroso, llenas de figuras consumidas, cadavéricas, y de chinos siniestros frotándose las manos. Algo que no parecía cuadrar mucho con este piso tan elegante y esa joven tan guapa. Aunque sí era un poco espectral, como si estuviera perdida en sus propios sueños.

—Se ha quedado pasmada, naturalmente. Igual puedo reanimarla un poco. Yo compro el veneno para mi hermana y me ha jurado que solo lo va a usar en casa. En París no conoce a nadie. A usted no la va a llevar a ningún sitio lóbrego ni peligroso, señorita Heighton, se lo aseguro. Aquí no viene nadie de visita y nadie la va a molestar. Con todo, admito que como se droga, Sylvie es bastante reacia a salir de casa por las tardes. Me encantaría que usted saliera de vez en cuando, si yo estoy en casa, porque me temo que para usted esto va a ser muy aburrido. Sin fiestas, sin teatros ni cabarés. Si la asignación que le he ofrecido le parece algo alta, digamos que lo hago en compensación por privarle en gran medida de los placeres que depara París durante el invierno.

Los miedos de la señorita Charlotte ya estaban claros. Maud se sintió aliviada. No solo podía pasar aquí el invierno. También podría ayuda a la encantadora joven y a su preocupado hermano. Distrería a Sylvie con el dibujo y hablándola en inglés y la vigilaría.

—Por favor, señor Morel. Vine a París para estudiar arte, no por los cabarets. Yo tampoco conozco a casi nadie en la ciudad. No me está privando de nada.

El hombre pareció enormemente aliviado. Quedaron en que sus pertenencias llegarían a la rue de Seine al día siguiente.



Más tarde, después de comer, Tanya y Maud fueron paseando del brazo, viendo los puestos de libros de segunda mano que había en el muelle frente a las sólidas torres de Notre Dame. Había aclarado un poco y estaban las dos un tanto aturdidas de lo bien que les había ido. Se bebían el aire frío de la tarde, como si estuvieran en el desierto y de agua fresca se tratara. Para Maud era raro. Nunca había hecho amigos fácilmente, porque de niña estuvo muy aislada y de joven era muy reservada. Le habría encantado que ahora la vieran aquellas compañeras de colegio que la consideraban tan rara, siempre enfrascada en sus dibujos y alejada de sus chismorreos y rumoritos; que la vieran así, junto a esta chica rusa tan estilosa, recorriendo las aceras parisinas como si les pertenecieran. Le parecía como si se hubiera desprendido de su antigua piel y se veía de pronto aparecer, fascinante y original como el propio París, en algún punto de la historia, entre el momento del té con sándwiches de la señorita

Harris y cuando estrechó la mano al señor Morel.

—Pero ¡qué he visto! ¡Qué belleza! Declaro aquí mismo que la odio —dijo Tanya. Y al ver que Maud se reía de ella—: Sí, ¡la odio! Se supone que nosotras las morenas tenemos que ser indómitas, inteligentes y apasionadas todo el tiempo. Es agotador. Pero con ese tono suyo, lo único que tiene que hacer mademoiselle Sylvie es reclinarsse en un diván y con eso el mundo ya se rinde a sus pies, mudo de admiración. Es muy, muy injusto.

—A mí no me dais pena ninguna de las dos, tan ricas y tan guapas —dijo Maud.

—No seas tan dura. —Tanya se soltó del brazo de Maud para ojear un volumen de Baudelaire del *bouquiniste* que tenían delante, pero leyó unos cuantos versos y, haciendo un gesto de desinterés, lo dejó en su sitio—. ¡Puff!, menos mal que soy pintora. Los poetas son poco optimistas, aunque no todos los escritores son iguales, ¿no? El señor Allardyce es periodista. —Maud sonrió mirando a Tanya y esta se sonrojó—. Así que tu padre, el señor Heighton, ¿trabajaba en una casa de subastas?

—Era un borracho —dijo Maud, sorprendiéndose a sí misma.

—Ah.

—Y no se llamaba Heighton, sino Creely. Heighton es el apellido de soltera de mi madre.

—Querida Maud, eres un saco de sorpresas. ¿Por qué te lo cambiaste?

En la acera, detrás de Tanya, un hombre mayor, de patillas largas, bien arregladas y con abrigo negro, casi hasta los pies, estaba regateando el precio de un volumen con el librero. Los dos hombres estaban inclinados hacia delante y esgrimían sus argumentos nariz con nariz. Junto al caballero, y aparentemente esperándolo, había una joven muy guapa, vestida a la moda, con un perrito diminuto. Llevaba los labios pintados de carmesí oscuro y tenía un cuerpo que llamaba la atención de los taxistas que pasaban.

Maud también miró, con el mismo atrevimiento que si fuera parisina de nacimiento, y, mientras registraba la escena en la cabeza, contestó:

—No te sorprendería nada si hubieras conocido a mi padre o si hubieras visto la tienda. El apellido Creely me recuerda a él y a ese lugar infame. Estaba encantada cuando se quemó. Incluso alentaba las llamas. Todos pensaban que me había vuelto loca. Pobre señorita Creely, perdió a su padre, y ¡ahora esto! Pero era lo único que podía hacer para no echarme a reír. Fue un incendio maravilloso. No se pudo salvar nada.

El hombre del abrigo negro terminó de negociar y, resoplando un poco para retirarse el bigote de la boca, extendió unas monedas. La joven dama se le agarró del brazo y siguieron andando por la calle. Llevaba una falda recta, tan ceñida a partir de las caderas que apenas podía dar más que pasitos cortos. Sus movimientos parecían acompañar a la perfección el trotecillo del perro que iba a su lado. El hombre con el libro; ella con su falda y su perro. El dinero se pagaba y las colecciones se completaban, las pasiones se satisfacían. Maud se creyó muy graciosa y estaba muy divertida con el espectáculo callejero, pero de pronto sintió una punzada inesperada por dentro: el lejano aviso de que se aproximaba una tormenta. Todo había ido demasiado rápido, demasiado perfecto.

—Tanya, ¿qué te parecen, de verdad? —preguntó—. ¿Estoy actuando bien? ¿No hay algo un poco... raro en ellos?

A Tanya no le había dicho nada del opio y Morel parecía realmente un caballero, un hermano preocupado, y Sylvie, tan joven. ¿Peor era la bebida, probablemente? Pensó en los ataques de furia que asaltaban de repente a su padre y en el arrepentimiento posterior.

—Para mí son suficientemente respetables. Sí te diría que no parece que vayas a divertirme mucho, pero, a juzgar por la velada que pasamos en Maxim's, eso no te importará demasiado.

¿Sonaba Tanya algo molesta? La rusa la había metido en casa, la había vestido y le había mostrado

un lado de París que, de no ser por ella, nunca habría visto. Maud estaba avergonzada.

—No quiero ser desagradecida, Tanya.

—Bueno, ¡ni yo quiero que estés *agradecida!* —Se mordió el labio—. Maud, ¿crees que puedo ser buena pintora y al tiempo seguir disfrutando de la moda y la vida nocturna?

—No veo por qué no —dijo Maud, sorprendida por su repentina vulnerabilidad—. Creo que eres una pintora estupenda, Tanya. No lo dudes.

—No. —Pero sí parecía dudar—. Es difícil encontrar el momento de ponerse a trabajar cuando tienes que ir un día sí y otro no a la modista y cambiarte de ropa tres veces en una tarde. Mis tías consideran que menos que eso sería llevar la desgracia a la familia. Y cuando además tenga familia, ¿de dónde voy a sacar el tiempo para pintar? Y sí, quiero tener familia.

Maud no sabía qué contestarle. Tanya parecía pasarse la vida bailando y destacando; no podía imaginársela con preocupaciones.

Tanya se recompuso un poco y dijo con total seguridad:

—Morel parece sentir un respeto absoluto por la virtud de una mujer inglesa. Si intenta obligarte a algo, te vienes a casa al momento. Y le mando a Vladimir. —Puso la mano sobre la manga de Maud—. ¿No crees que la comodidad que reina allí te vendría muy bien, Maud? A caballo regalado no le mires el diente.

Maud volvió a pensar en aquel cuartito tan luminoso y en lo que la señorita Harris le había dicho de que las plegarias son atendidas, pero llevaba años sin pedirle nada a Dios.

—Charlotte tenía razón. Morel sonríe mucho y ofrece mucho dinero. —Tanya volvió a utilizar un tono brusco—. Si no estás contenta, siempre puedes irte. Yo voy a estar en París todo el invierno y no pienso abandonarte. Ten siempre a mano una manera elegante de irte, ¿no crees que es una de las cosas más útiles que aprendemos? Yo, cuando viajo, siempre llevo un soberano de oro cosido en el dobladillo del vestido. En realidad media docena, para que no se me estropee la raya.

Maud empezó a repasar. El señor Morel le había ofrecido alojamiento y comida, una habitación propia y una asignación semanal que según él era una nimiedad, y según Maud, una fortuna. Podía esperar, sin más, y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Ayer por la noche había hecho mucho viento; las ventanas retemblaban mientras ella hacía bocetos con las impresiones del día, y había otra vez corrientes, esas corrientes tan frías, el heraldo de la gélida oscuridad del invierno.

—Gracias, Tanya. Aunque solo me quedara con ellos una semana, ya me vendría bien. Estos meses han sido difíciles.

Tanya le apretó el brazo otra vez y levantó la vista.

—Dios mío, vuelve a llover, y se supone que debería estar ya en la gatera. —Se volvió, levantó la mano y el coche azul oscuro se materializó justo a su lado. Vladimir y Shasha las miraban por la ventanilla desde el interior, como si fueran títeres de un escaparate—. ¿Te llevo a algún sitio? ¿No? ¿Tienes paraguas? Vladimir, dele un paraguas a la señorita Heighton, por favor, hay muchos. Y ese paquete.

Tanya le puso en los brazos un hatillo envuelto en papel de estraza con una cuerda.

—No es más que un vestido mío antiguo, corriente. Así que no digas que no. No puedes ir con esa bata de trabajo todas las tardes, cuando salgas por ahí con esa belleza.

Antes de que pudiera agradecer nada a Tanya o rechazarlo, se vio con un paraguas en la otra mano y con Tanya ya metida en el asiento trasero. La rusa se asomó por la ventana y cogió la mano de Maud.

—Los ángeles te han hecho un regalo, querida. Agárralo con fuerza! Dime que vas a aceptarlo. No voy a soltarte la mano hasta que lo hagas.

Parecía que hablaba totalmente en serio. Maud dijo:

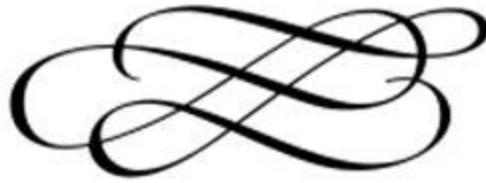
—Muy bien, sí, lo acepto. —Tanya la soltó y Maud continuó—: Tanya, ¿por qué no hemos sido amigas hasta ahora?

El coche estaba empezando a estorbar. Un carretero les increpó y Vladimir a gritos le contestó algo en ruso.

—Cariño, te veía siempre aparentemente tan austera y tan seria, tan contenida, que me dabas miedo. Sabía más o menos que no eras de las de Maxim's. Pese a lo estupenda que estabas con aquel traje.

Maud retiró la mano de la de Tanya; la rusa le lanzó un beso al aire mientras arrancaban. Maud los vio retroceder y meterse en el flujo de taxis, ómnibus, carretas y coches que avanzaban por el muelle. Tardó unos minutos en darse cuenta de que llevaba un paraguas. Lo abrió para guarecerse y para proteger el paquete de una lluvia que era cada vez más intensa. Tenía un mango de carey y llevaba el nombre de una tienda de la rue de la Paix. Maud la conocía. El mes que vivió al lado de la rue de Lille pasaba todos los días por delante de ella, congelada de frío. Y todos los días se preguntaba quién tendría suficiente dinero como para gastarse tantísimos francos en un paraguas. Y ahora ella llevaba uno, un escudo de dinero, elegante, de seda impermeable. Se apoyó en la pared para no caerse, invadida por una oleada de alivio súbita e intensa.

Capítulo 6



23 de noviembre de 1909

A veces no nos damos cuenta de lo mal que lo hemos pasado hasta que desaparece el sufrimiento. El día que llegó a la rue de Seine, mientras se desnudaba por la noche, vio que le temblaban las manos. Era un marino naufragado que había conseguido llegar arrastrándose hasta un banco de arena y solo entonces notaba lo que le dolían los huesos. No sabía qué habría sido de ella si Yvette, Tanya, la señorita Harris y los Morel no hubieran intervenido. Y la sola idea le asustaba tanto que la hacía sentirse herida.

Cuando llegó, Morel estaba allí para ocuparse de que le llevaran el baúl a la nueva habitación y para comer con ella el primer día que estaba en casa. Para él aquello era un placer, pero no lo podía prometer como costumbre, explicó consternado. Le preguntó si estaba satisfecha con lo que había dispuesto para que se encontrara cómoda. La doncella les dejaría la comida preparada. Y las señoras después eran libres de hacer lo que quisieran. La cena se la servirían a las siete, si querían. Él cenaría con ellas cuando le fuera posible; pero en general cenaría en el club.

En esa primera comida Sylvie estuvo callada, pero agradable. Parecía contenta, pese a que contenía mucho los sentimientos. Su hermano fue el que llevó el peso de la conversación. Le preguntó a Maud cientos de cosas sobre su vida y daba la impresión de que todas las respuestas le parecían fascinantes. No es que hubiera nada degradante en las preguntas ni en la manera de hacerlas, pero Maud se dio cuenta de que poco a poco iba alejándose de Morel en sus contestaciones. Mentiras, no, pero sí verdades que escondían parte de las penalidades que pasó de joven.

La comida estaba riquísima, pese a que Morel se disculpara, rutinariamente, como se había disculpado del espléndido piso que tenía. Maud había sobrevivido con tortillas que hacían en los cafés más baratos de entre los respetables, así que para ella ver que tenían pastel de gamo y *hâchis portugais*, queso en el aparador para después y vino blanco frío... Tenía que procurar no comer demasiado rápido. No sabía si, mientras hablaba, Morel se había dado cuenta del hambre que tenía o si la estaba entreteniéndole con sus preguntas, cuando lo que ella quería era comer. Lo miró. Tenía un gesto abierto y afable.

—¿Cuándo descubrió que era artista, señorita Heighton? —preguntó Morel, sirviéndole más vino y más patatas.

—Todavía no soy artista, creo. Intento ser pintora.

Morel se echó a reír.

—¡Ya recordaré eso que dice! Pero es demasiado modesta. Venir como ha venido usted, dejar el hogar y la familia, sufrir penalidades para estudiar, eso suena realmente a vocación.

Maud negó con la cabeza.

—Mi madre dibujaba y pintaba. Creo que empecé imitándola y después ya no he parado. En realidad, lo único que hacía era dibujar. Ella fue mi primera profesora, y cuando podía me llevaba a las galerías de los alrededores y me compraba libros con reproducciones de cuadros famosos.

Una vocecilla infantil le susurró en su interior *algunos a color*. Recordó las horas que se había pasado con aquellos libros abiertos bajo la mesa del cuarto de estar de su madre. Tenía uno con láminas a color del Louvre y podía pasarse una hora estudiando cada una de ellas minuciosamente, hasta que pasaba a la siguiente. Cuando vio los originales por primera vez en el museo, el día que llegó a París, fue como encontrarse con amigos muy queridos y largo tiempo añorados, pero más vivos y más radiantes. A los tres meses de morir su madre, su padre vendió todos los libros de arte a un caballero londinense. Y al ver lo que le afectó a ella saber que ya no estaban, montó en cólera. Consiguió por ellos cinco libras, que era cuatro libras más de lo que creía que valían. Como ella estuvo llorando todo el tiempo, no se percató del arrebató que le dio a su padre.

Tomó un sorbito de vino; lo notó afrutado y ácido al paladar.

—Los mejores momentos de mi vida siempre han estado unidos a la pintura. Puede que sea por *eso* por lo que me vine, más que por vocación o por un talento especial.

Morel asintió para sí, como si esto confirmara alguna de sus opiniones, y después se puso a hablar con su callada hermana sobre una carta que había recibido de casa, dejando que Maud siguiera comiendo tranquilamente.

Cuando Morel se fue, Maud se sintió un poco violenta al verse forzada de pronto a permanecer un momento a solas con Sylvie. La doncella retiró la mesa y Sylvie se sentó al piano y tocó un par de notas sueltas. Maud esperó a que la doncella se despidiera. Con su hermano habían hablado en francés, pero Maud, consciente de sus obligaciones, cambió a inglés.

—A lo mejor quieres enseñarme tus dibujos, Sylvie. Y así veo en qué te puedo ayudar.

Sylvie se dio la vuelta en el taburete del piano, dando un suspiro.

—No me gustaría que me consideraras tonta total. No soy buena, desde luego que no. Mi hermano es el que quiere que esté todo el día ocupada. Me compra opio cuando le muestro bocetos de bodegones de fruta. ¿No es un poco rara la... —se paró para dar con la palabra— transacción?

Maud se sorprendió al oírla hablar del opio con tanta naturalidad, y no sabía si esta confesión tan directa formaba parte de algún tipo de provocación. Dijo muy tranquila:

—Si tienes que hacerlos, también podrías intentar hacerlos lo mejor posible, Sylvie.

La joven suspiró, pero dejó el piano y a los pocos minutos regresó con un cuaderno de dibujo forrado de verde. Se sentó en el sofá, al lado de Maud, sosteniendo el cuaderno entre las rodillas un segundo antes de pasárselo. Maud lo abrió y fue pasando las páginas, con complaciente sonrisa, para ver los dibujos. Estaban hechos a la carrera, es verdad, pero daban cuenta de que Sylvie era capaz de ver lo que tenía delante y de que tenía bastante habilidad con el lápiz.

—Están fatal, ¿verdad?

—¡Qué va! Solo que te falta cierta guía. —Maud señaló la página que tenía abierta, un dibujo de la mesa que tenían delante con una lámpara en el centro—. Mira, aquí estás pintando lo que sabes que hay, más de lo que ves. —Sylvie tocó los márgenes del papel, como si estuviera muy concentrada—. Tienes que evitar trazar los perfiles si quieres avanzar, Sylvie. Si vemos los bordes de las cosas es por los cambios de luz o de tonalidad, no porque lleven una línea alrededor. —Sylvie asentía calmadamente con la cabeza. Cogió el cuaderno y se lo puso sobre las piernas. Maud temía haberla

desanimado—. Lo mejor que puedes hacer es ir a algún sitio y tratar de pintar algo bien.

Levantó la vista hacia la ventana de enfrente al oír que el viento había lanzado una pequeña tromba de agua contra el cristal que había sonado como si fuera un puñado de arena.

Sylvie se echó a reír.

—Los dioses lo niegan, Maud. —Y de repente de sus ojos desapareció el brillo y bostezó—. Siempre descanso un poco después de comer. Si quieres, llámame dentro de una hora y salimos.

—Como quieras. —Maud se sentía insegura. No había pensado mucho sobre la relación que tendría con Sylvie y sobre lo que implicaría. Solo se había centrado en saber si el trabajo era respetable y, después, en la agradable imagen de la comida, del calor y del confort. Ahora se daba cuenta de que hasta cierto punto era la criatura de Sylvie, aunque por educación se fingiera lo contrario.

—Si quieres darte un paseo antes, Maud, hazlo. Esto no es una cárcel. Siéntete como en casa, —continuó la joven. A Maud le pareció que la estaban despidiendo, pero, pensándolo bien, agradecía tener un rato a solas. Pensaría algo más en cómo ayudar a Sylvie, en sitios interesantes a los que podrían ir a pintar, si hacía buen tiempo.

Sylvie se puso de pie y, cogiendo el cuaderno, se dispuso a salir de la habitación. En la puerta se paró y se volvió.

—No hace falta que entres en el cuarto, Maud. Con que llames a la puerta, enseguida estaré contigo.

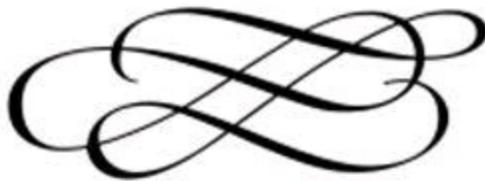
Maud se retiró a su habitación. Sobre la cama había un sobre con su nombre. Lo cogió, rozando con los dedos al hacerlo el algodón de la colcha. Confort. El sobre contenía dos billetes de cincuenta francos y un mensaje del señor Morel encareciéndole a que comprara las pequeñeces que necesitara para sentirse realmente en casa. Y añadía que eso era, evidentemente, aparte de su asignación semanal. Maud se sentó en la cama mirando el rosa y el azul de los billetes, estampados con anclas y querubines. No ha habido nunca emperatriz tan orgullosa de su vasta e inagotable riqueza como Maud en aquel momento. Levantó la cabeza. Un olor dulce, intenso y penetrante inundaba la habitación. Guardó el dinero en la tapa de su caja de pinturas y salió a la calle.

Funeral. Óleo sobre lienzo 64,8 × 76,3 cm

La estrecha gama de colores utilizados proporciona al cuadro cierto aire de desasosiego físico y espiritual, y el marco obliga al espectador a ser parte de la escena, más que mero observador. Tenemos la tumba a los pies; las figuras que rodean el marco están para nosotros a la altura de los hombros. A lo lejos, a la derecha, se abre un hueco entre las nubes por el que se filtra un rayo de sol que da calor a los colores de la escena, aunque no queda claro si se trata de una mera esperanza o de un falso amanecer. Ninguna de las figuras que nos rodean en el funeral se ha dado cuenta. Es un haz de luz que solo percibe el artista, no el observador.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

Capítulo 7



Los días pronto adoptaron su rutina. Maud salía de casa por las mañanas, antes de que se levantaran el señor Morel y su hermana; desayunaba en una barra que había a la entrada del Passage des Panoramas, y ya estaba preparada para empezar la jornada de trabajo con una alegría y una vivacidad fuera de lo habitual. El estudio le resultaba ahora mucho más acogedor. Tanya la había convertido en su perrillo de compañía y, como había decidido que tenían prácticamente la misma figura, le había dado dos o tres vestidos más, de los que ya no usaba: uno de diario, gris claro, y otro más elegante, para que no tuviera por qué sentirse incómoda si salía de paseo por los bulevares con Sylvie. Las demás compañeras empezaron también a ser más amables con ella. Le tomaban el pelo por la suerte que había tenido y les gustaba cuando Maud se reía, dándoles la razón. A la semana siguiente, cuando vio que ocupaba el estrado otra de las modelos habituales, Maud se dio cuenta de que no tenía ni idea de la vida que llevaba Yvette cuando no estaba con ellas en el estudio. Le preguntó a Tanya, mientras tomaban una taza de té.

—Bueno, Yvette es hija de Montmartre, ya sabes —le dijo, describiendo un amplio movimiento con la mano, tan fuerte que casi le tira la taza a Francesca, que estaba al lado—. Cuando no está aquí, estará con las demás modelos en la Place Pigalle. El viejo Degas la usó bastante hace tiempo. Y suele tener algún que otro novio que la entretiene. Envidio lo libre que es, ¿tú no? —Maud negó con la cabeza—. ¿Que no? ¿De verdad? —Tanya parecía un tanto desconcertada—. ¿Estoy diciendo algo inconveniente? Imagino que ser pobre debe de ser duro, pero también cuesta vivir siempre tan observada y acosada como yo. Mis tías dan una cena la semana que viene, y eso quiere decir que esta tarde tengo que ir otra vez a rue Taitbout para que me arreglen un vestido, cuando preferiría quedarme aquí trabajando. —Al ver que Francesca casi se ahoga con el té, Tanya puso un gesto realmente enojado—. ¡Eh! ¡No te rías de mí!

Maud le ofreció un pastelillo.

—Tanya, te juro que tampoco te envidio.

La rusa pareció ablandarse un poco.

—Eres muy amable, Maud. ¿Quieres venir a la cena? ¿Te presto otro vestido?

—No, gracias. Creo que no debo usar la casa de los Morel como si fuera una especie de hotel. Sylvie no sale, así que yo tampoco. En primavera, cuando se vayan de París iré a visitarte todas las veces que quieras.

En ese momento Maud se dio cuenta de que mademoiselle Claudette estaba justo al lado esperando que le dieran una oportunidad para abrir la boca.

—Señoras, quería decirles que el funeral de Rose Champion será mañana por la mañana. Su tía ha venido a París para dejarlo todo arreglado. Yo iré. Si alguna de ustedes lo desea, podemos quedar aquí y vamos juntas.

—¿El señor Lafond...? —preguntó Francesca, y Claudette negó con la cabeza. Las demás entendieron. Los ingresos de su maestro dependían de su buena reputación, y si asistía al funeral, quizá hiciera correr la voz sobre las circunstancias tan penosas en que se produjo la muerte de la señorita Champion. Tanya habló por las tres.

—Nosotras vamos.



Puede que el señor Lafond no quisiera asistir al funeral en persona, pero sí dio dinero a Claudette para que cogieran todas un taxi hasta el cementerio. Como era un día frío y soleado, las señoras empezaron a aspirar grandes bocanadas de aire limpio y a disfrutar del contraste que había con el centro de la ciudad, hasta que se acordaron del asunto al que habían venido y se callaron.

La tía de la señorita Champion y el sacerdote ya estaban esperando junto a la tumba. No había más séquito. La tía se presentó como la señorita Fuller; parecía distraída y agotada, además de afectada por la muerte de su sobrina. Llevaba un sombrero púrpura oscuro, adornado con pequeñas flores negras, muy aplastado; y el traje de chaqueta de lana también lucía las arrugas del viaje. Las miró con ojos de miope. Les dio la mano. Cuando Maud se la estrechó, la notó húmeda y flácida. El sacerdote recitaba el responso mecánicamente; los enterradores empezaron con su trabajo. Cuando Maud le estaba dando el acostumbrado pésame, notó que la tía le estrechaba la mano con algo más de fuerza.

—¿Es usted inglesa? ¿Y artista? La voz de la señorita Fuller sonaba esperanzada.

—Sí.

—Por favor, dígame qué debo hacer con los cuadros que dejó Rose. Solo hay cuatro. Los tengo en el taxi, pero sé que a mi marido y a mi hijo no les van a gustar. No son alegres. Prefiero los cuadros que pintaba Rose cuando era pequeña, aunque muchos tampoco eran muy alegres... —Siguió hablando y se paró a mitad de sus recuerdos—. Siempre fue una chiquilla difícil. Yo siempre había querido tener una niña, pero nunca le gusté. Aun así, no puedo tirar sus pinturas. Dios mío, odio viajar en esta época del año. Y eso que hace un día estupendo, pero tantos coches... —Sacó un pañuelito del bolso y se sonó la nariz.

Maud no sabía qué hacer. A lo mejor había algún marchante que quisiera los cuadros, aunque, a juzgar por la pobreza en que vivía Rose, no debía de vender mucha obra. Y si aun así encontraba a alguien que quisiera llevárselos, la idea de cargar con los lienzos de tienda en tienda, de encargarse de mandar el dinero a Inglaterra, todo aquello le resultaba una labor muy ingrata; y además ella se había comprometido a estar con Sylvie.

—Yo los compro —dijo Tanya. La señorita Fuller la miró sorprendida y después recorrió con la vista el abrigo forrado de piel que llevaba Tanya, el sombrero de ala ancha, los pendientes de perlas.

—Pero si no los ha visto —dijo mostrando cierta suspicacia, en un rostro resquebrajado, lleno de arrugas, como el lino húmedo recién escurrido.

—No me importa. Conozco la obra de la señorita Champion y la tengo en gran estima. Me llevo los cuatro, y le daré cincuenta francos por cada uno.

A Claudette se le salían los ojos de las órbitas, y hasta Francesca se quedó sorprendida. La señorita Fuller miró a Maud, humedeciéndose un poco los labios.

—¿Le parece bien esa cantidad, señorita Heighton? Después de todo, sé que algunos cuadros que mi marido dice que son garabatos espantosos se venden por miles de francos, y la pobre Rose ya no va a pintar más. ¿No valdrán más por eso?

Maud veía cómo seguían echando tierra sobre la tumba de Rose los operarios del cementerio. Intentó hablar con serenidad.

—Rose era una artista con talento, señorita Fuller, pero completamente desconocida, aquí y en Londres. No le sería fácil vender esos lienzos a nadie, nunca, ni por ocho libras cada uno. La oferta que le está haciendo la señorita Koltsova es sumamente generosa.

—¿Lo hacemos ahora? —La señorita Fuller entrecerró los ojos y volvió a mirar a Tanya de refilón, y, aunque ya debía de saber que la entendían, preguntó—: ¿Es la joven judía?

—No —respondió Tanya—. Aunque no veo qué tiene que ver.

La señortia Fuller esbozó una sonrisita.

—Seguro que sabes mucho de dinero. Pero supongo que debo admitir que se trata de un precio justo. Pobre Rose, una pérdida tan grande para todos. ¿Lleva el dinero? Ya tengo el taxi esperando a la puerta.



Esa tarde, como seguía haciendo bueno, Sylvie accedió a ir con Maud a los Jardines de Luxemburgo. Cogieron sus cuadernos de dibujo y se sentaron cerca del imponente estanque octogonal que hay delante del palacio, donde los niños alquilaban pequeños veleros y los empujaban para que se deslizaran por el agua. Maud le propuso a Sylvie que dibujara una de las urnas ornamentales, pensando que la curvatura del cuerpo central y el volumen del enorme frontón podrían servirle de práctica, sobre todo porque las largas sombras de la tarde incidían en diagonal sobre ella generando fuertes contrastes de luz. Maud se quedó un rato mirando a los chiquillos, divertida, viendo lo concentrados que estaban los marineros, cómo soplaba el viento sobre las velas hechas de pañuelos; oía a los niños que corrían como misiles por los senderos de grava, sus gritos, sus risas. Frente a ellas, diminuta ante los blanquecinos muros del palacio, una niña que no tendría más de seis años estaba jugando con un diábolo, mecía el cilindro sobre la cuerda, lo lanzaba al aire, lo recogía otra vez, mientras desde un banco próximo su madre de vez en cuando levantaba la vista de la labor que estaba haciendo y aplaudía los méritos de su hija. Pero como nada le atraía realmente la atención, Maud empezó a esbozar lo que había visto esa mañana, el día tan claro y el escaso grupo de acompañantes, helados de frío, en torno a la tumba. Empezó a contarle a Sylvie lo sórdido y reducido que había sido el funeral y la manera tan mezquina en que se había comportado la tía de la señorita Champion.

—Pero Maud, aunque tú supieras lo poco que valían los cuadros de su sobrina, eso no quiere decir que ella sí. Y piensa una cosa: ¿no os dicen a los ingleses desde que nacéis que los extranjeros

siempre intentan sacarte el dinero? Ella estaba haciendo lo que le habían enseñado, y eso no puedes reprochárselo a la gente. —Sylvie refunfuñó un poco en voz baja—. Esto no me va a salir en la vida. Parece una maceta.

Maud se inclinó para ver lo que había hecho.

—No aprietes tanto, ni hagas esos trazos tan largos. —Sylvie volvió a intentarlo—. Sí, así mejor. Me parece que eres demasiado tolerante con la señorita Fuller. Estaba ante la tumba de su sobrina y pensando en el beneficio que le podía reportar. ¿Cómo va a estar eso bien?

—¿Bien? ¡Bah! Eso es lo que haría todo el mundo, salvo que uno esté muy vinculado a la persona que ha muerto. Y creo que es muy fácil caer en ese error. ¿Quién sabe qué es lo que hace rico a un pintor y pobre a otro? —Dio unos golpecitos a su dibujo con el lápiz—. ¿Y si ahora cojo esto así como está y digo que es el nuevo arte? Extraño y valioso. Denme doscientos francos.

Maud miró el dibujo un tanto deformado con aquellas líneas gruesas.

—Nadie te creería.

Sylvie parecía triunfante.

—Pero eso no tiene nada que ver con mi pobre dibujo. Es solo porque no he publicado antes un manifiesto. Todo lo que vale dinero en el mundo es porque alguien se encarga de decirlo bien alto. «Esto es bello y exclusivo.» Las obras de arte son raras, exclusivas, porque, en la medida en que las personas tenemos solo equis horas de vida, entonces se pueden hacer tantas obras. Y ya lo único que tienes que conseguir es convencer a la gente de que el arte es bello... o al menos inteligente. Voy a escribir un artículo en el periódico proclamándome genial y entonces vendemos esto —señaló el papel con la punta del dedo— por cien francos. El exclusivo trabajo de un genio. —Se agachó y cogió una piedrecilla entre los dedos. Era lila pálido—. Si en el mundo no hubiera más que unas cuantas de estas y un millón de toneladas de diamantes, esto es lo que llevarían las reinas en las coronas y usaríamos los diamantes para hacer senderos. Bello y exclusivo. Bello porque es exclusivo o bello porque nos han educado para que lo consideremos bello. Y entonces podemos convertirlo en dinero.

Maud se sintió invadida por una tristeza extraña.

—Lo dices como si fuera un truco.

Sylvie se encogió de hombros. Quizá no estaba contenta con su boceto o no había descansado después de comer, pero de repente parecía algo más crispada.

—Vamos. Lo que pasa es que quizá no sepa casi nada de arte. Tienes que ilustrarme. Por aquí hay un montón de tiendas de arte, de libros de arte. Venga, vamos.

Al ver la impaciencia de Sylvie, Maud se puso a recoger y se dejó llevar a toda prisa por la rue de Tournon. La primera librería con la que se toparon estaba en rue Saint-Sulpice, pero aunque el plan y el impulso habían sido suyos, en cuanto entraron en la tienda Sylvie dio muestras de querer irse. El dependiente, un joven de sonrisa abierta, quería ayudar, como es lógico, pero Sylvie iba eligiendo lo que iba a comprar como ensimismada. Maud encontró una traducción de Ruskin, y, aunque le pareció un tanto trasnochado, se lo enseñó a Sylvie diciéndole que era un buen punto de partida.

—Muy bien, Maud. Lo que quieras —dijo Sylvie con cierta aspereza. Cogió dos o tres volúmenes más que el dependiente le había puesto sobre el mostrador y se los dio sin decir una palabra—. Y estos.

Maud pensó en los libros que tanto quería y que había perdido, preguntándose dónde estarían.

Mientras le envolvían los libros, Sylvie no hacía más que dar golpecitos en el suelo con el pie, y cuando fue a pagar, le temblaban los dedos. Maud permaneció en silencio y no dijo nada más ni cuando salieron de la tienda a toda prisa ni durante el camino de vuelta a rue de Seine. En cuanto

llegaron a casa, Sylvie le entregó el paquete.

—Ábrelo, si quieres. —Y se fue a su habitación sin pronunciar una palabra.

Maud llevó los libros al salón y les quitó el envoltorio. Todo lo que sabía de historia del arte lo había aprendido de manera indirecta, hasta que llegó a París. Fue maravilloso ver al natural las imágenes que había aprendido a identificar en reproducciones borrosas, como si de repente hubiera salido el sol y disipado la bruma del valle, dejando ver el paisaje. Se quitó el sombrero y los guantes y se sentó junto a la mesa, pero no abrió los libros. Se quedó pensando en esos cuadros extrañamente desagradables que Tanya había comprado a la señorita Fuller y en lo que Sylvie había dicho sobre el arte. Habían vuelto a Passage des Panoramas sin ver lo que había pintado Rose, sumidas en una especie de triste silencio. En todos los cuadros la gama de colores era limitada y pardusca, un púrpura pantanoso, un marrón garanza con leves toques de amarillo limón para sugerir débiles fuentes de luz que quedaban fuera del marco. Los motivos estaban pintados a grandes trazos, puramente bosquejados en algunos casos, con una disposición rara, muy planos, amenazantes, sin perspectiva. Donde se esperaba mayor concentración visual del espectador había una lóbrega ausencia de forma; solo en los márgenes aparecían las figuras, inquietantes, arrinconadas en la composición, como si fueran irrelevantes, y sin embargo era el único foco de atención que ofrecía la artista. Las cloacas parisinas. Una mesa muy larga rodeada por figuras cadavéricas encorvadas, agarrando unos boles de madera con dedos grises, arqueados. Una mujer apoyada en una farola elegante, pero aplastada por la oscuridad reinante. No había calle más oscura en la ciudad de la luz que esta que había pintado Rose. Si lo mirabas bien, la oscuridad parecía desbordarse, con caras simplemente adivinadas, trazadas como una capa de oscuridad que se vierte sobre otra oscuridad aún más profunda.

Mademoiselle Claudette había tocado la borrosa figura de la mujer para comprobar el grosor de la pintura.

—No lo entiendo —dijo, y Maud vio que tenía los ojos llorosos.

La americana, que estaba detrás, asomándose de puntillas, se encogió de hombros.

—Has tirado el dinero.

Tanya levantó la vista de inmediato.

—No creo. Rose estaba intentando hacer algo...

Francesca había vuelto a su sitio junto a la estufa y ya tenía la paleta en la mano.

—Respeto sus intenciones, pero yo no aprendo a pintar para crear un mundo sórdido. Pinto el mundo para celebrar su vitalidad.

Un murmullo de asentimiento recorrió la estancia.

Tanya se mordió el labio y dejó el cuadro a un lado. Maud no estaba segura de si lo hacía por respeto o por inseguridad.

—¿Tú qué crees, Maud? Yo creo que Rose podría haber sido casi un genio. Pero hay cosas un poco torpes, y Francesca tiene razón; aunque muestra una gran lucidez, el cuadro sigue siendo muy desagradable.

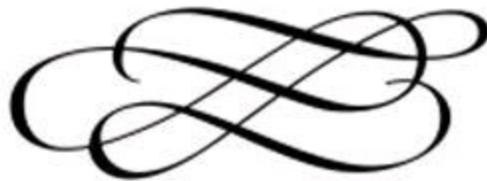
Maud no dijo nada, se limitó a suspirar y siguió preparando la paleta para la hora que quedaba. No podía quitarse los cuadros de Rose de la cabeza; se le interponían como por detrás de los ojos, empeñados en nublarle la vista. *¿Qué es lo que puede captar un cuadro?*, le decían. *¿Qué es lo que puede hacer visible de lo que está oculto? ¿Son más auténticas estas pinturas que las bellas modelos que tú retratas, y que posan sobre el estrado, con los labios ligeramente pintados?*

En la rue de Seine, Maud sentía el suave aroma que llegaba del vestíbulo y se fue derecha a su habitación, con Ruskin bajo el brazo. Por un momento le pareció que se había llevado a los fantasmas

de Rose Champion al cuarto. Era como si las sombras estuvieran llenas de aquellos demonios suyos, susurrantes, que entraban con la oscuridad a cuestras. Tenían un aliento denso y dulzón que se percibía en el aire. Encendió la luz eléctrica, abrió la ventana, se sentó junto a ella y dejó que entrara el fresco, hasta que se fueron los demonios y la habitación volvió a ser la suya. La fuerza de la lámpara la sobrecogía un poco, y no pudo empezar a leer hasta que cubrió la pantalla con un pañuelo. Ruskin no tenía dudas ni demonios, al parecer. Las frases del texto, barrocas y recargadas, le hicieron pensar en el rosetón de Notre Dame, con aquellos colores densos que colgaban de sus expresiones como paños ceremoniales.

Esa noche Maud cenó sola en el cuarto de estar y se durmió mucho antes de que llegara el señor Morel.

Capítulo 8



A medida que pasaban los días, salían más, y cuando llegaban a casa, Sylvie se dedicaba a mirar los libros de arte y hablaba con Maud, preguntándole cosas sobre lo que veía. Maud le hizo un primer boceto a la semana de llegar. Como llovía mucho, se habían quedado en casa, pero Sylvie no se había recluido en su habitación, sumida en sus pensamientos. Esta vez se tumbó en la butacona bajo un paisaje de Lavery y se puso a ojear uno de sus libros. Maud empezó a dibujarla y pronto se vio inmersa en su tarea, pensando solo en las líneas que trazaba, hasta que Sylvie le preguntó con voz quejumbrosa y extraña:

—¿Terminas?

Maud la miró, con ojos muy distintos, centrados ahora en la chica, más que en el modelo.

—Casi. Un segundo.

Sylvie miraba el reloj que estaba a espaldas de Maud. Puede que fuera más de un segundo, pero en cuanto Maud dejó el lápiz, Sylvie se largó de la habitación, dejando a Maud con la boca abierta. Volvió para cenar con ella, con aire elegante un tanto ido y una medio sonrisa en los labios. Aunque poco, algo comió.

La salud de Maud mejoró mucho. El no tener preocupaciones, comer bien y vivir tranquila en la rue de Seine la estaba haciendo mejor artista. Tenía la mano más firme, el trazo más seguro. En la academia se atrevía a usar colores más osados, más suyos. Sentía que los grilletes de los que habló Tanya se le soltaban un poco, que se le aliviaba el peso de las muñecas, y cuando cruzaba París para ir de la clase a rue de Seine, lo hacía con la mirada alta, escudriñándolo todo. Los gritos de los vendedores callejeros la acompañaban; la viejuca que arrastraba el carro de pescado azul y plata, brillante, formando abanicos sobre una cama de helechos; la chica de su edad, de piel nacarada y con gorra, que tiraba del carro lleno de patatas doradas y montones de repollos, bien ordenados para atraer a los clientes, con sus volutas de verde malaquita alrededor, de fino encaje. Los vendedores, lanzando cada uno su propia voz a las amas de casa del barrio, como gaviotas, cada uno con su ritmo, con su entonación cantarina: *les haricots verts, les pommes de terre; J'ais les poissons pour quinze sous*. Mientras las modelos descansaban, Maud hablaba con las mujeres, sin que le preocuparan ya los víveres que tenían expuestos. Ella y Tanya repasaban viejos catálogos de exposiciones para comparar los trazos de la composición, las explícitas fantasías de los simbolistas o los extraños espacios vacíos de André Sureda con su obsesión turneriana de captar la luz entre la niebla.



Algunas veces, después de comer, Sylvie se rebelaba y no quería dibujar; prefería dar una vuelta por el Jardín de las Tullerías y luego por la rue Saint-Honoré para ver escaparates. Estaban cada vez más espectaculares, a medida que se acercaban las Navidades: coquetas tiendecitas llenas de *macaroons* de colores suaves, alineados por filas, o de trufas que parecían trozos de seda arrugados, cubiertos de copos de oro; papelerías, con los escaparates rebosantes de resmas de papel color vainilla y plumas de plata reluciente; mercerías repletas de puntillas.

En uno de esos paseos, cuando llegaron a la Place de la Madeleine, Sylvie comentó que todavía no estaba cansada y, aunque el tiempo amenazaba lluvia, insistió en seguir por la rue Royale. Se produjo un lío de paraguas en la acera, todos oscuros, porque la gente intentaba protegerse del chaparrón y cubrir los regalos que había comprado. Se oía más de lo normal el traqueteo de las ruedas de metal chocando contra el pavimento y Maud se sintió extraña al verse allí, en las avenidas parisinas, con una visión tan fragmentada. Cuando miró para atrás, apenas atisbó las columnas de la fachada de la iglesia de la Madeleine por entre el tormentoso mar de seda impermeable; era una especie de visión onírica de templos griegos.

—Aquí —dijo Sylvie agarrándola del brazo para meterla en una joyería más o menos tranquila que había a mitad de la calle. El interior de la tienda también parecía un sueño, pero distinto, con espejos y paneles de madera labrada, blanca, dorada y verde perla, imitando a la tapicería. La luz del techo, turquesa y amarillo pálido. El dependiente estaba de pie, detrás de un mostrador circular que había en el centro de la estancia, y a sus espaldas un pavo real desplegaba las alas sobre una pared de mosaico.

Sylvie se lanzó hacia una vitrina empotrada en una delicada estructura de madera con patas curvas y que contenía un único collar de cristal opaco. Era como si estuviera hecho de nieve. En la tienda había otras tres señoras, moviéndose con la grácil parsimonia del dinero. Eran tan espléndidas y refinadas como la propia tienda. El dependiente salió del mostrador y se acercó a Maud. Sonreía sin mirar a los ojos.

—Señorita, ¿hay algo en que pueda ayudarla?

Maud vio que los opulentos ojos de las demás señoras la miraban con interés, fijándose en su oscuro vestido de lana y en lo despeinada que iba. Se irguió y con una sonrisa medio ajena respondió:

—Creo que no, caballero. Lo que tiene es demasiado estridente para mi gusto.

El dependiente mantuvo la sonrisa congelada y permaneció medio inclinado hacia delante, como si fuera una talla realizada por la misma mano que había hecho el resto del decorado.

—¡Y todo tan terriblemente caro! —dijo en voz muy baja—. Todos los días me lo dice alguna clienta. No sé ni cómo entran. —Dejó que su mirada recorriera de arriba abajo el vestido de Maud y se detuviera en su rostro, la piel sonrosada del frío, desnuda de maquillaje—. No parecen entender la moda parisina.

A Maud le habría encantado darle una bofetada en la cara, pero no podía dejar de verse en uno de los muchos espejos que había. Parecía una campesina en la corte.

Sylvie dejó de contemplar el collar de cristal congelado que tenían expuesto y deslizó los pies por

el suelo de mármol, dirigiéndose hacia ellos.

—Siento haberte hecho esperar, Maud, querida —dijo, volviéndose hacia el caballero. El dependiente se cerró el cuello de la levita que llevaba y exageró un poco más la reverencia—. Broches, por favor, caballero. Necesito algo que me alegre un poco, ahora que el tiempo se ha puesto tan gris. ¿Le importaría mostrarme algo que le parezca bien?

Mientras Sylvie examinaba lo que le mostraba el caballero, Maud se quedó junto a la puerta, estudiando a los que pasaban por la calle. Las otras señoras se fueron; entraron más, salieron; Maud se dedicó a observarlas, cómo se fijaban unas en otras, las alharacas que hacían, hasta que Sylvie terminó. Parecía que tanto Sylvie como el dependiente se habían quedado incómodos. Como si hubieran llegado a la conclusión de que no había nada que se adecuara exactamente a lo que Sylvie buscaba, en azul, oro y esmalte. Se dieron la mano al salir, expresando ella su admiración y él su pesar, y Sylvie se agarró del brazo de Maud para volver a la rue Royale y después bajar hacia la Place de la Concorde, los hombros ligeramente caídos.

Maud suponía que Sylvie le iba a sugerir que volvieran a casa, hasta que doblaron la esquina y se encontraron ante el nuevo Hôtel de Crillon. Justo en ese momento, Sylvie echó la cabeza para atrás y empezó a reírse a carcajadas, con una risa exagerada, que Maud no había visto nunca en ella. Y le gustó. Arrastró a Maud hasta las columnas del pórtico. Las sombras de la tarde quedaban mitigadas por los candelabros de cristal que iluminaban el comedor del hotel. Sylvie abrió la mano y Maud vio que en el guante blanco tenía un broche del tamaño de un huevo de gallina. Era un óvalo de esmalte turquesa, montado en oro, con hojas de loto en un azul más oscuro que se abrían todo alrededor y tenía un ópalo blanco que colgaba de una única cadenita de oro.

—¡Ja! —dijo, sonriendo de manera que se le veían todos los dientes—. Para que aprenda ese invertido estúpido. ¿Cómo ha podido ser tan grosero con mi amiga? Tendrá que trabajar un mes para pagar lo que vale esto. —Sylvie hablaba en francés, y su voz mostraba un tono malicioso.

Maud miró a su alrededor, horrorizada.

—Sylvie, ¿no lo habrás *robado*?

La otra joven se lo metió en el bolsillo del abrigo, bien dentro.

—Sí, lo he robado, y he sido muy inteligente. No sabrá nada hasta que pasen horas, inútil asqueroso. —Cambió a inglés y volvió a ser la de siempre—. Y ahora, ¿nos tomamos un té en Smith and Sons? Puedes leer *The Times* mientras nos tomamos un Earl Grey y así pienso que estoy en Londres.

Sylvie había empezado ya a andar, absolutamente satisfecha de sí misma. Maud hizo un gesto para detenerla.

—Sylvie, no puedes robar. Devuélvelo ahora mismo.

—¡No pienso! Maud, lo he hecho por ti, después de todo. Venga, vamos a tomar el té.

—Tendré que decírselo a tu hermano, Sylvie.

—Haz lo que quieras, pero vamos. Me voy a morir de frío si sigues aquí diciéndome cosas un solo segundo más.



Dejó a Morel una nota muy educada antes de irse a la cama y a la mañana siguiente lo encontró esperándola en el salón. Llevaba una bata larga de seda estampada, encima de unos pantalones de etiqueta. Tenía la cara color ceniza, por la luz, y Maud se dio cuenta de que aún no se había acostado. Le contó lo que había pasado, sin sentarse y con su traje de diario, ya preparada para irse al taller de pintura. Pensó que si, fueran un cuadro, parecerían una especie de alegoría del amanecer, ella toda energía erguida y él, agotada decadencia.

Christian suspiró profundamente cuando terminó de oír todo lo que la joven tenía que decirle. Pero, para sorpresa de Maud, se encogió de hombros.

—¿La rue Royale, dice? Bien, me pasaré por allí, explicaré el error y pagaré la cuenta. —La miró, esbozando una cautelosa sonrisa—. ¿Veo que se ha quedado usted escandalizada, señorita Heighton.

—La verdad es que sí, señor. —Tenía las manos unidas sobre el vestido. Se sentía como una gobernanta.

—Entonces, acepte mis disculpas en nombre de Sylvie. Yo ya me imaginaba que, al tomar menos droga, volvería a darle por estas cosas. Le está haciendo usted mucho bien.

—¿Droga, señor?

Morel la miró con las cejas enarcadas.

—Se pasa más horas con usted que descansando, creo. Va retrasando la hora en que empieza a fumar, y con eso regresa un poco más la Sylvie de siempre.

—A lo mejor, pero a usted no le puede parecer bien el robo, señor Morel.

La miró con cierta afabilidad, como si hubiera dicho algo enternecedor.

—Claro que no, pero de lo que sí me alegro es de que se esté recuperando. Después de todos estos años en que ha estado medio muerta, perdida en sus sueños, sin percatarse apenas del mundo exterior... Independientemente de las contrariedades, me complace ver que vuelve a tener interés por la vida.

Con eso Maud debía darse por satisfecha; dejó a Morel y salió para la Academia, pensando en sus cosas. Durante la primera hora no trabajó bien; seguía dándole vueltas al hurto de Sylvie, cuando llegó Tanya. Quizá por eso no se dio cuenta del peligroso mal humor que traía la rusa hasta que fue hora de hacer el siguiente descanso. Mientras estaban reunidas junto a la estufa, quejándose de la humedad, Francesca le dijo algo a Tanya. Esta le respondió con una voz destemplada, Maud no oyó qué, y salió de estampida de la habitación, llorando. Shasha, la criada, suspiró y empezó a recoger la labor que estaba haciendo, aunque no parecía tener mucha prisa. Maud dejó la taza sobre la mesa.

—¡Francesca! ¿Qué demonios le has dicho?

La checa estaba un poco sofocada, pero parecía más enfadada que avergonzada.

—¡Nada! Lo único es que se ha pasado toda la hora lamentándose de lo difícil que es su vida en París, de lo que duró ayer la prueba de la modista, y yo le he dicho que, si quería pintar mejor, tenía que pasarse más tiempo trabajando que no por ahí de compras. Sé que es amiga tuya, Maud, y que no tiene malicia, pero no sé de qué se queja.

Mademoiselle Claudette la miraba con curiosidad.

—Me voy —dijo Maud. Al salir de la sala, con la falda algo remangada para bajar mejor por la angosta escalera, vio que la criada de Tanya había vuelto a sacar el punto.

Encontró a Tanya resguardada en el vestíbulo del Hôtel Chopin. Se había desmoronado en uno de los mullidos sillones de cuero que había, y estaba llorando como una Magdalena. El recepcionista pareció aliviado al ver que Maud iba a sentarse con ella.

—¡Tanya! ¿Qué te pasa, cielo?

Tanya seguía sollozando, mientras buscaba el pañuelo.

—¡Nada! ¿Qué me va a pasar? ¡A mí no me puede pasar nada!

Se dio la vuelta para no ver a Maud. Por cómo se movía la blonda que llevaba por los hombros, estaba claro que seguía llorando.

—Venga, Tanya, no seas boba. Hay algo que te preocupa, así que deja de llorar de una vez y dime qué te pasa o llamo a tu criada. ¿Han sido tus tías desagradables contigo? Venga, te prometo que no me voy a enfadar porque seas rica y guapa, al menos durante media hora.

Se calmó un poco. Maud hizo un gesto con la mano y el joven recepcionista se apresuró nervioso hasta donde estaban, agachándose para tomar el encargo.

—Traiga un poco de coñac y agua para mi amiga.

El chico se dio la vuelta, se paró dubitativo y salió volando a cumplir la orden. A Maud le habría encantado que Tanya lo viera. Volvió con el coñac servido en una copa enorme, sobre una bandeja sujeta tan solo con la punta de los dedos, y se retiró con la oportuna reverencia. Para entonces Tanya ya había dejado de llorar y simplemente sollozaba. El sorbito de coñac le hizo estornudar como un gato.

—¿Puedes hablar ahora? —preguntó Maud—. ¿Son tus tías?

—Todos quieren que me case con Mijail Pavlovich Perov —explicó Tanya en voz muy baja, mientras se volvía a guardar el pañuelo en la manga—. Ha escrito a mi padre para pedirle permiso y mis tías lo dan por hecho. Estuvimos cenando en casa de uno de sus horribles amigos y no hacían más que soltar indirectas por todos lados.

Maud se acordó.

—¡Huy, no!, ¿aquel joven que se reía de una forma tan espantosa?

—Sí —susurró—. Su padre tiene también mucho dinero; es importador de cereal, como mi padre, o sea que se trataría de una fusión más que de un matrimonio. Mijail Pavlovich les dijo a mis tías que le vendría bien seguir en París cuatro o cinco años para terminar de hacerse con el negocio. Después volveríamos a San Petersburgo, donde yo podré presumir de mi educación francesa. Eso es lo que les dijo. Y a ellas les parece una cosa encantadora, aunque él por detrás se ríe de todo el mundo, hipócrita asqueroso.

Maud recordó con qué interés miraba a la gente que bailaba en Maxim's, cuando no había hecho esfuerzo alguno por ver los cuadros que se exponían en casa de la señorita Stein.

—Pero, no irás a casarte con él —dijo.

Tanya se volvió hacia ella y la miró con aquellos ojos negros, enormes.

—A nadie se le ha ocurrido *preguntarme*, Maud. ¿Acaso tengo *yo* algo que decir? Es rico, yo soy rica, y me permitirá *comprar* lo que quiera. A fin de cuentas, para eso es para lo que sirvo, ¿no? Para comprar y para que... —ondeó la mano en el aire—, para que los hombres se pasen dinero de uno a otro. No soy una mujer. No. Soy una albarda cargada de oro.

Maud se echó a reír. Tanya bajó la vista mirándose las manos y frunció los labios.

—Pero me tendré que casar con alguien, Maud. Y no hay tantos hombres que den la talla. En mi familia están todos tan contentos.

—Pero eso no es suficiente, ¿no? —le preguntó Maud—. Tendrá que haber cierta atracción, cierto afecto.

—No sé. Alguien me tendrá que cuidar. Nunca he tenido que ocuparme de mis cosas, y a lo mejor no está mal. Tendremos hijos, supongo, y supongo que me dejará seguir con la pintura.

—Tanya, no digas eso. A lo mejor lo que tienes que hacer es aprender a gestionar tus cosas. Y tu padre ¿va a abandonarte porque te niegues a casarte con alguien que no te gusta?

Tanya volvió a coger la enorme copa de coñac.

—Puede que no. Aunque lo haría si yo decidiera casarme con un hombre que no tuviese dinero. Teme a los aventureros, como es lógico, por eso están mis tías tanto tiempo conmigo; pero cree que si me estoy aprovechando de la riqueza familiar, tengo también la obligación de contribuir a ella, más que dilapidarla. —Se acercó la copa a los labios y dio otro sorbito—. ¿Cuántos matrimonios felices conoces, Maud?

La madre de Maud se había casado con un hombre que no era ni mucho menos digno de ella y por eso sufrió mucho. La madrastra de Maud se casó creyendo que con eso iba a ascender en la vida y al final tuvo que cargar con un borracho llorón. Aunque las veces en que fue a visitar a su hijo Albert, a casa de Ida y James, fue con el aldeano con el que se había casado poco después de enterrar a su primer marido. Parecían una pareja cariñosa y contenta de estar juntos, aunque, claro, eran otros tiempos.

—¿Ves? No se te ocurre ninguno —dijo Tanya—, así que, si no puedo alcanzar la felicidad en el matrimonio, a lo mejor prefiero ser rica que enamorarme de alguien que, aunque parezca maravilloso, tendrá que trabajar todos los días y querrá que me dedique a llevar cuentas y más cuentas y que me compre ropa barata. Sería aburridísimo, y además no lo haría bien; y entonces hasta el mejor hombre del mundo se cansaría de mí.

Maud observaba cómo se terminaba el coñac, preguntándose por qué pondría ese tono tan melancólico. De repente se le cruzó por la cabeza un comentario que había hecho unos días antes.

—Tanya, ¿has vuelto a ver a Paul Allardyce?

Se sonrojó.

—Mis tías me llevaron al Bois. Piensan que el aire que se respira en el estudio de pintura me pone mala cara. Allardyce se acercó a hablar con nosotras un rato y me preguntó por ti. Te lo dije. —Maud asintió. Cuando Tanya le habló del apuesto americano y de que se habían vuelto a ver, lo hizo como de pasada; para Maud fue muy entrañable, realmente, pero como estaba tan enfrascada en sus cosas con los Morel, intentando adaptarse a la vida en rue de Seine, no le preguntó mucho más—. Después me lo encontré por casualidad en el Circus, al día siguiente por la noche. Y en el teatro, una o dos veces. Es escritor, así que nunca tendrá dinero de verdad.

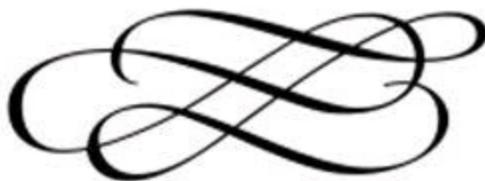
—Eso no es lo más importante, Tanya.

La otra chica dejó la copa de coñac sobre la mesa y se sentó mejor. Tenía aún los ojos algo rojos, pero ya controlaba la situación.

—¿Habrías dicho lo mismo hace unas semanas, cuando tenías hambre, Maud? —No esperó la respuesta—. Creo que podría hacer una heroicidad en la vida, pero vivir sin mucho dinero, eso sería como tener que hacer heroicidades a diario. Y el que piense que las cosas no son así es bobo. —Se puso de pie, se alisó los pliegues del vestido y se dirigió al recepcionista, con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios—: Muchísimas gracias. Le diré a mi criada que venga a pagar.

El joven murmuró que había sido un placer atenderla y la rusa salió por la puerta con la cabeza erguida, seguida de Maud, como una sombra cárdena proyectada sobre su estela.

Capítulo 9



El borracho. Óleo sobre cartón imprimado 45,7 × 40,7 cm

El fondo está meramente esbozado; en algunos sitios el cartón queda al descubierto. La pincelada es tenue e imprecisa, como si la brocha no quisiera crear el rostro. Nótese el ceño hundido y las manchas rosa y blanco de la piel, la boca ligeramente entreabierta y el tamaño de los ojos. El poder brutal del cuadro sigue perturbando aún hoy.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

15 de diciembre de 1909

La calma que reinaba a media tarde en el piso de la rue de Seine quedó bruscamente interrumpida cuando alguien llamó insistentemente a la puerta. Maud cerró el libro que estaba leyendo en su cuarto y salió al pasillo, algo dudosa. Nunca recibían visitas, y el camarero que les traía la cena por la noche no tenía que llegar hasta una hora más tarde, por lo menos. Y nunca llamaba tan fuerte, se anunciaba con pequeños golpecitos y les dejaba la comida con una delicadeza angelical. La puerta de Sylvie seguía cerrada.

Pensando que podría haberle pasado algo al señor Morel, decidió atender a las llamadas. Maud abrió la puerta, pero, en vez de encontrarse a la portera con un mensaje urgente, se topó con una mujer mayor. Se mantenía muy erguida, pero con la cabeza algo inclinada hacia delante, los labios apretados y el ceño tan fruncido que era como si tuviera los ojos escondidos detrás de las órbitas. Llevaba un abrigo deshilachado, pasado de moda; el pelo se le había ido desprendiendo de las horquillas, bajo un sombrero bastante raído. En el cuello llevaba una estola de zorro muy rozada, que dejaba ver la cabeza del animal con brillantes ojos de abalorio. La señora exhibía una expresión realmente antipática, pese a que por el gesto de la boca se apreciaba en ella cierta sensación de triunfo.

—¿Dónde están? —preguntó de inmediato, asomándose hacia el interior del piso—. ¿Dónde están esos demonios? ¡Los he encontrado! ¡Por fin he dado con ellos, monstruos asquerosos! ¡Ay, menudos diablos! ¿Cómo pueden dormir tan bien sabiendo que le han robado a una pobre viuda hasta el último penique? Y no es que yo fuera pobre en su día. ¡Huy, no! Cuando los conocí, era rica y ¡ahora apenas tengo hueso que roer! ¡Si no fuera por la caridad!

La criatura estaba loca, evidentemente.

—¿Quién es usted y qué desea? —preguntó Maud.

—De *usted*, zorra estúpida, no quiero nada. ¡Busco a Christian Gravot y a esa furcia de mocita que tiene por esposa!

Maud empezaba a cerrar la puerta.

—Aquí no hay nadie que se llame así. Buenas tardes.

La anciana fue más rápida y puso la mano en el quicio de la puerta. Ahora, si quisiera cerrar, Maud tendría que pillarle los dedos, y no se atrevía.

—¡Entonces Morel! Así es como dicen que se llaman.

—Maud la tenía muy cerca, pero temía que, si se echaba para atrás, la anciana la empujara y se metiera en la casa. Notaba el corazón a punto de estallar.

—¡Ja! —La mujer empezó a rebuscar por su bolso, manteniendo la puerta abierta con el hombro, y sacó una cartulina, que pasó por la cara de Maud con muy malos modos. Cubriéndose los ojos, Maud retrocedió y cayó al suelo. La mujer abrió la puerta de par en par y se inclinó, horrible como una bruja, sobre ella. Maud sintió que el pánico se apoderaba de su garganta—. ¡Aquí! ¿Cree usted que va a pasarse? ¿Cree que ha ido a visitarme al hotel en el que estoy? ¡Después de las cartas y telegramas que le he mandado, y nada, ni rastro de él en seis meses! —Avanzó un paso más y miró por la casa, las flores sobre la mesa del vestíbulo, los suelos encerados, el apacible confort que rezumaba todo—. ¿Dónde está? ¿Dónde está este tipo ahora? Dígamelo o destrozó su precioso hogar. Y no crea que va a poder pararme. Tomaré lo que se me debe.

—El señor Morel está en el club, The Travellers, en los Campos Elíseos. Si tiene algo que aclarar con él, diríjase allí.

Maud estaba elevando el tono, muy irritada. La mujer sonrió y, al verla asustada, puso una voz más suave y zalamera. Miró a la chica a través de unas pestañas frágiles y blanquecinas, con ojos de lagartija.

—Y ¿qué me dice de la zorra que solía cogerme de la mano llamándome abuelita? ¿Dónde está? ¿Dónde ha metido mis brillantes? ¿Se los ha comido? ¿O habrá sido él? Vengo a llevarme lo que se me debe.

Maud ya no podía más. Volvió los ojos hacia la habitación de Sylvie y la mujer la vio. Empezó a avanzar hacia la puerta con la mano estirada, una mano decrepita. Maud intentó dar un paso hacia delante, pero no pudo.

Se oyó un grito por la escalera y aparecieron la portera con el marido, renqueando tras ella. La anciana dejó por un momento la puerta de la habitación de Sylvie y se volvió para mirarlos.

—¡Ahí está la vieja bruja! —dijo la portera con el pecho congestionado y el rostro rojo de indignación—. Lo siento, señorita, pero se me ha colado. Ahora, ¿quiere dejar a las damas en paz o va a tener que cogerla Georges y sacarla de aquí?

Iba a coger a la anciana por el hombro, pero esta le retiró la mano de una sacudida.

—¿Te ha pagado por adelantado, no, bonita? Te ha pagado un poco más para que mantengas la guardia. Pues cuenta bien el dinero antes de que se vaya. Eso es todo.

El marido de la portera se encorvó un poco.

—¿Pero qué se cree, abuela, que puede venir así a molestar a la gente? ¿Qué clase de casa piensa usted que es esta? Vamos, fuera de aquí, vieja pelmaza.

La mujer volvió a mirar la puerta de la habitación de Sylvie. Maud no sabía si iba a lanzarse de repente para abrir la puerta y atacar a la chica. Lo veía todo ante sus ojos: el horror de la pelea, el jarrón hecho añicos, los gritos de Sylvie y los aullidos de la vieja chiflada.

Georges avanzó mínimamente y la vieja le gruñó mirándolo por encima del hombro:

—¡Me da igual! —dijo, resoplando por la nariz y poniéndose el abrigo por encima—. ¡Me voy al club, ya sé dónde hay que ir, para sacarlo de su madriguera. Y le cantaré las cuarenta allí mismo. — Se volvió hacia Maud, con ojos diminutos, muy enfadados—. Y usted, zorra estúpida, si aún le queda un ápice de decencia, debería ponerse el abrigo y salir de aquí pitando ahora mismo.

Maud no respondió nada, incapaz de pronunciar una palabra, de defenderse o de proteger a Sylvie.

—¡Ya basta! Es hora de irse —dijo Georges, alzando un poco el tono.

La mujer no se opuso a que la sacaran de la casa. Maud vio que era capaz de moverse otra vez y los siguió hasta el rellano para verlos salir. Mientras bajaban la escalera, la anciana no hacía más que volverse para mirarla, hablando sola. Desde abajo, en el portal, volvió a gritar:

—¡Ya te cogeré, Christian Gravot! ¡Te cogeré, en este mundo o en el otro, monstruo!

Maud volvió a meterse en casa. La puerta de la habitación de Sylvie seguía cerrada. Pensó en llamar, pero ¿para qué? La cartulina que le había lanzado la anciana estaba allí, en el suelo. Maud se agachó a recogerla. Era una tarjeta de visita. *Madame Prideux, 4, Place Saint-Pierre, Luxeuil-les-Bains*. Se la llevó a su habitación y estuvo mirándola mientras recuperaba el ritmo cardiaco normal. La anciana no tenía pinta de tener tarjetas de visita. Puede que se la encontrara en la calle.

Maud se sentó donde siempre, junto a la ventana, sacó su cuaderno de dibujo y metió la tarjeta entre las últimas páginas. Pensó en lo que le había dicho a Tanya, que tenía que ser valiente, que tenía que saber cuidar de sí misma, y se sintió avergonzada. Sacó el lápiz del lomo del cuaderno. Quería retratar ese rostro duro y exasperado, con aquellas pieles de zorro tan raídas y aquellos ojos de cristal, muertos, que asomaban por debajo de la afilada barbilla de la mujer, pero en lugar de eso se encontró dibujando a su padre.



Mientras vivió su madre, el padre de Maud era para ella como un espíritu, una presencia melancólica, tumbado en un sofá con la botella de whisky al lado, todo el tiempo mirando la chimenea, mientras su madre cosía o les leía algo. Maud creía que su madre había sido muy guapa, aunque no tenía fotos y los recuerdos que le quedaban eran muy vagos, nada definidos. Cuando murió, callada y discretamente, una vez que la enfermedad ya no se pudo ocultar, Maud y su padre resultaron ser dos desconocidos uno para el otro. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de todo lo que su madre había hecho por Creely & Sons, la casa de subastas que había heredado su padre. Por lo que recordaba, cuando bajaba a desayunar, su madre ya estaba en la mesa, intentando cuadrar largas columnas de números en unos libros de contabilidad negros, o escribiendo cartas con una caligrafía muy clara y a pluma. Por las mañanas Maud solía acompañar a su madre a hacer recados por el centro, jugaba con el gato blanco y negro que tenía el tendero, mientras su madre le decía al chico que llevara las cosas después de comer, o se sentaba tranquilamente en un sofá mientras su madre charlaba con sus amigas en el oscuro salón de unas casas que estaban llenas de muebles aparatosos y de relojes que sonaban mucho al dar la hora. Le decían que era una niña muy buena y le daban papeles para que pintara, y entonces las amigas de su madre le decían que era listísima. Disfrutaba siendo una niña muy buena, una niña calladita, obediente, alabada, y muy querida por su

madre. Nunca se le ocurrió que pudiera ser nada más.

No pretendía ocupar el lugar de su madre. Era muy pequeña y no le habían enseñado. Un mes después del funeral de su madre empezó a ver la casa cada vez más abandonada. Se fueron dos muchachas, una tras otra, y su padre se pasaba días enteros y todas las noches en su sillón con la botella bajo el brazo. Ella estuvo dos semanas sin bañarse y no se dio cuenta hasta que oyó sin querer un comentario de la mujer del carnicero diciendo que le hacía falta lavarse. Le dio mucha vergüenza y empezó a no salir. Ya no era la niña buena a la que todo el mundo admiraba, así que mejor quedarse en casa y pasarse de vez en cuando por el patio que tenía el tendero en la parte de atrás para ver a su amigo el gato. La mujer del tendero le sacaba galletas con leche y la miraba preocupada.

El padre de Maud empezó a no volver a casa por las noches, y cuando venía apestaba a cerveza y a tabaco. La última muchacha ni la miraba, y la alimentaba a base de pan y mantequilla y como mucho un arenque. Lo que Maud más deseaba era volver a sentarse en aquellas habitaciones con los relojes de pared que sonaban tanto, y con su pelo bien cepillado para que le dijeran que era una niña muy buena. Una noche se puso el pichi más limpio que tenía y esperó a que su padre volviera a casa. El padre se sorprendió al verla allí, sentada en la escalera. Ella se levantó y le preguntó si no podía volver la antigua muchacha que tenían, porque necesitaba que la bañaran y no quería volver a comer pan para cenar. El hombre se inclinó hacia ella, con el aliento entrecortado, como si hubiera estado corriendo, y la cara toda colorada. En la nariz se le veían muchas venillas rotas, pero por los ojos la piel era llamativamente blanca. La miró durante un rato, que a ella le pareció una eternidad, echó el brazo para atrás y le cruzó la cara de una bofetada. La tiró al suelo. Oyó que se metía en el cuarto de estar y que cerraba de un portazo. A la semana siguiente le pegó por llorar cuando le dijo que había vendido los libros de arte. Y luego otra vez porque la oyó quejarse de la comida.

Alguien debió de verle los cardenales. La mujer del tendero, probablemente. James, el hermano mayor de Maud, llegó a los dos días de la última bofetada. Se había licenciado en Derecho un año antes y acababa de establecerse como pasante en un despacho de Darlington. Lo vio venir por la calle de la estación, con la camisa blanca y el chaleco marrón, pero no lo reconoció hasta que se metió en el jardín de su casa. Le llevaba nueve años y para ella era un desconocido, como su padre. Abajo se oía un ruido de puertas, abriéndose y cerrándose, y al poco a su padre, dando gritos hasta la extenuación. Minutos más tarde James entró en su cuarto y le dijo que hiciera la maleta con sus cosas. Que iba a ir al colegio en Darlington.

Pero en vacaciones tenía que seguir volviendo a casa. No había pasado ni un año cuando su padre se casó con la camarera del pub al que iba siempre. Al menos conseguía llevar sus borracheras mejor que Maud, y le devolvía las bofetadas. Como tenía un niño, obligó a trabajar a su marido, le racionaba la bebida y le repetía constantemente a gritos que tenía que mantener a sus propios hijos. Maud se quedaba en su habitación leyendo y dibujando. Su madrastra intentaba ser amable con ella, pero a Maud le echaban para atrás sus bromas y sus carcajadas. Así que la mujer concentró sus esfuerzos en su marido y en su hijo. En todo caso, Maud le estaba agradecida, porque ya no le volvieron a pegar.

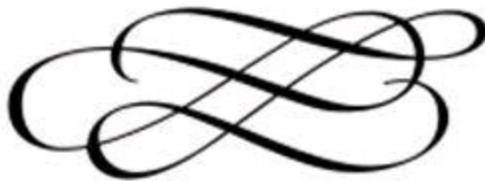
Pese al empeño que puso su madrastra, cuando su padre murió apenas quedaba nada del negocio. Un día se desplomó en la tienda durante unas vacaciones de Navidad y Maud se enteró al oír la sirena de una ambulancia. Murió en el hospital a los tres días. Aunque su madrastra le preguntó si quería ir, no fue a verlo. Ya no volvió a Darlington; se quedó en Alnwick con su madrastra. Tras muchos años juntas, sin tener apenas nada que ver, desarrollaron una especie de afecto mutuo, muy respetuoso. El testamento de su padre dejaba los bienes divididos en partes iguales entre su mujer y

sus hijos, aunque, quitando el edificio, la herencia se reducía a unas libras. Era un lugar muy destartado, y su madrastra no encontró a nadie que quisiera seguir con el negocio.

A los tres meses del entierro su madrastra se marchó, diciendo tan solo que había conocido a un aldeano de Newcastle que le gustaba por el aspecto y que se iba. Maud pensó que era muy egoísta al dejar allí a su hijo, Albert, pero por esas fechas Ida y James ya se habían casado y se ofrecieron a cuidarlo como si fuera suyo. Maud quiso ver qué hacía la mujer, cómo se decidía y cómo actuaba después. Sacó tres libras de la cuenta corriente que tenían a nombre suyo y de Maud y les dijo que eran muy libres de quedarse con lo que les dieran por el edificio; que ella prefería desentenderse. James le preguntó a Maud si quería irse con ellos a Darlington. Ella dijo que no y se pasó un mes sola, en el hogar familiar. Después vino lo del incendio, su parte de la herencia y París. En Alnwick dejó muchas cosas, pero sobre todo quería dejar a su padre, dejarlo atrás, entre las cenizas. Y ahora se le presentaba aquí, en su hoja de dibujo, ante ella, de perfil, con la barbilla levantada.

El tiempo había ido pasando y Maud se sorprendió al oír que llamaban otra vez a la puerta, esta vez con aldabonazos más suaves. Era el camarero del café de la esquina, que les traía la cena. Cuando el chico se estaba despidiendo, llegó el señor Morel.

Capítulo 10



Hasta que terminaron de cenar, Maud no mencionó el hecho de que hubiera venido la señora esa tan extraña, y se disculpó por haber dado las señas del club.

—La verdad es que me dio miedo. Espero que no le haya causado ningún problema.

—¡Ah! ¿Fue usted quien la mandó para allá, verdad? Muy amable por su parte, he de decir. — Morel apartó un poco el plato. Cuando Maud empezaba a disculparse, él la detuvo y siguió con tono más serio— Pobre mujer, no, usted hizo muy bien en darle la dirección. Aunque lamentablemente cuando se presentó, como yo no estaba en el club, montó un buen lío. Los empleados la sacaron de allí, diciéndole que iban a avisar a la policía. Cuando llegué, ya no estaba. Hoy he venido para decirle a la portera precisamente que esté al cuidado, por si vuelve. Confío en que haya decidido regresar a casa. Quizá deba mandarle un telegrama a su hijo, avisándole, antes de que la mujer se meta en más líos.

—¿Quién era, Christian? Maud, no me dijiste que hubiera venido nadie. —Sylvie había comido muy poco, como siempre, picoteando de acá y de allá.

—Estabas descansando, Sylvie.

Cómo debe de dormir, pensó Maud, para no enterarse.

—Era la pobre madame Prideux —dijo Morel. Utilizó una voz solemne, como la que pone un funcionario judicial al leer los cargos. Raspó la puntilla del mantel con una uña. Maud se fijó en lo cuidadísimas que tenía las manos.

—¿Madame Prideux? ¿Aquí? ¿En París? —Sylvie se medio incorporó en la silla, se arrellanó de nuevo y volvió la cabeza—. ¡Qué pesada! La odio. Tienes que tomar precauciones, Christian. Me acabo de enterar y ya me parece estar viendo a esa asquerosa arpía por todos los rincones. Va a estropearlo todo. ¿Causó muchos problemas en el club? ¿Les dijo a los empleados dónde se alojaba?

Morel la miró, sin dejar de hacer el ruidito con las uñas, raspando levemente las rayas del mantel.

—Se dieron cuenta de que la mujer está medio loca. Sí, les dijo dónde se alojaba y tienes razón. Mañana voy.

Sylvie movió la cabeza, más animada y más atenta de lo que normalmente estaba a esa hora de la noche. Maud no sabía que su somnolencia podía disiparse con tanta facilidad.

—No, no voy a poder dormir. Vete ahora, mejor.

Morel suspiró.

—Si eso te hace feliz, Sylvie.

—Es lo que hay que hacer —contestó Sylvie sin más—. Pero antes, quizá debas explicarle a Maud

quién es.

Morel cruzó los brazos sobre el mantel.

—¿Habló con ella, señorita Heighton? ¿Qué le dijo esa mujer?

Maud empezó a sentirse muy incómoda. Lo único que le venía a la cabeza es lo mal que había actuado, tan cobarde, al ver que la anciana se dirigía a la puerta de Sylvie. Se supone que con lo que le pagaba Morel, sin contar ya con el alojamiento y la comida, podía exigirle que hiciera algo para proteger a su hermana, y ella no había hecho nada. Al revés, había dejado que la mujer entrara en la casa, le había dado las señas del club sin más, en vez de inventarse algo, y se había quedado allí muda y quieta hasta que llegó la portera.

—Dijo muchas cosas. Pero usted no tiene por qué darme explicaciones. De ninguna manera.

—Me imagino que le diría que le hemos robado el dinero. Le aseguro que es una mujer que está mal de la cabeza y que nosotros no hemos hecho nada —dijo.

—¡Por Dios! No hace falta que me lo diga. Desde luego, la señora estaba completamente loca.

—Le agradezco la confianza que tiene en nosotros, señorita Heighton. ¿Ves, Sylvie?, las mujeres sensatas, como la señorita Heighton, saben que se trata de una vieja loca, nada más, digna de conmiseración. No hay nada más que decir.

Sylvie volvió a negar con la cabeza.

—Creo que es mejor que le cuentes la historia entera, Christian. Lo del asedio y los brillantes. Y así entenderá por qué madame Prideux va por ahí como una loca y no pensará que soy una cobarde, que me escondo para que no me vea.

Sylvie se levantó de la mesa para coger su pitillera de la rinconera.

—Que te lo cuente, Maud. Si no, voy a estar preocupada; no quiero que creas que Morel es un desalmado. Seguro que te dijo que éramos marido y mujer. —Se apoyó en el respaldo, encendió un cigarrillo y dejó la pitillera sobre la mesa. Para Maud ver a una mujer fumando seguía siendo muy raro, y se echó para atrás—. ¿Ves, Christian? Maud se está poniendo colorada. Lo dijo seguro. —Las franjas de esmalte de la tapa tenían distintos tonos de azul, muy sutiles. Azul marino, azul cobalto y azul de Prusia.

—Si quieres, cuéntale tú luego la historia, como te parezca oportuno, después de que me vaya. — La voz de Morel parecía algo entrecortada.

—¡Ay, no, Christian! Tú lo cuentas mucho mejor que yo. —Echó la ceniza en el cenicero y volvió a sentarse con la espalda apoyada en el respaldo, mirándolo.

Maud juntó las manos en el regazo.

—Si no quiere contarme la historia, señor, no se preocupe. No deseo escucharla.

—Lamentablemente, señorita Heighton, Sylvie quiere que cuente la historia y que usted la oiga, y, como en todo, ella manda. —Cogió él también un cigarrillo y se inclinó hacia Sylvie para que le diera fuego, protegiéndose con la mano, como si hiciera viento. Maud no dijo nada. Morel se sirvió vino. La casa esa noche estaba particularmente silenciosa. Se oía todo, el leve crujido de la silla de Morel al sentarse mejor, el roce de tela con tela—. Señorita Heighton, ¿sabe algo del sitio de París? ¿Y de la terrible semana que siguió al estallido de la Comuna de París?

—Algo.

Las lámparas eléctricas que había por la habitación proyectaban una luz anaranjada a su alrededor; las suaves curvas de los muebles parecían cambiar mínimamente, como si estuvieran en un bosque frondoso, asistiendo al crecimiento de un helecho silvestre. Se acordó de una calurosa tarde de verano en que su profesor empezó a leer pasajes de un libro titulado *Lecciones de Historia*. En 1870 el ejército prusiano había derrotado a los franceses y tuvo la capital asediada durante un año. Los

pobres fueron los que más sufrieron, pero al final hasta los ricos que no pudieron irse a tiempo tuvieron que comer ratas. Napoleón III huyó y el nuevo gobierno firmó un acuerdo, pero las milicias que se habían formado para defender la ciudad reclamaron más de lo que éste ofrecía por todo el sacrificio que habían hecho. Francia de repente estalló en una guerra civil. Durante un breve tiempo la Comuna de París fijó sus propias leyes y dictó sus decretos, hasta que el nuevo gobierno francés envió tropas desde Versalles y asesinó a los militantes.

—La señora Prideux nació en la misma ciudad que nosotros y allí ha vivido la mayor parte de su vida —dijo Morel—, pero en 1871 estaba en París con su marido y su hijo pequeño, un niño de unos cuatro años. El marido era pulidor de diamantes y trabajaba en la rue de la Paix. Con suerte y pericia habrían podido tener una vida cómoda y respetable, pero al estar siempre viendo esos diamantes, el marido se volvió muy codicioso. Se le hacía cada vez más duro estar trabajando con piedras tan singulares y después marcharse a casa con apenas unos francos para su mujer y su hijo. El caos que se vivía en París ofrecía una oportunidad que no se podía desaprovechar, así que, con ayuda de un amigo que trabajaba en el mismo establecimiento, consiguió robar media docena de las valiosas piedras. Lo único que tenía que hacer era pagar a su cómplice, recoger a su familia, volverse a su tierra natal y comprarse una buena finca. El cómplice era un hombre que se llamaba Christian Grivot.

Morel bebió un poco, con calma. Maud vio que buscaba los ojos de Sylvie. Sylvie le sonrió abiertamente y soltó una estrecha bocanada de humo por entre sus pálidos labios.

—Era el momento en que las tropas empezaban a recorrer las calles. Estaban buscando a los cabecillas de la rebelión, pero, en realidad, cualquiera que no fuera un burgués y se hubiera quedado en la ciudad era considerado sospechoso. Una patrulla se le acercó justo cuando estaba delante del sitio en el que había quedado con Grivot, y, un poco a la desesperada, se tragó las piedras para esconder su delito y proteger su botín. Pero a la patrulla no la engañó. A lo mejor estaban sacando munición del edificio. Prideux claramente parecía asustado y tenía aspecto de culpable. A lo mejor tenía las manos sucias y lo tomaron por armero. Sea por lo que sea, le dispararon allí mismo. Y muchos otros corrieron la misma suerte. Lo normal era que enterraran los cuerpos en los arcenes, donde morían. En aquellos días no había juicio, ni arresto ni investigación alguna.

A Maud le vinieron a la memoria sus clases de historia. Los cadáveres apilados, como si fueran leña para la chimenea. Las historias de la quema de París cuando el Palacio de las Tullerías quedó reducido a escombros y la propia Notre Dame estaba amenazada por la muchedumbre. Intentó imaginarse París en medio del caos: las calles recién regadas que recorría por las mañanas, bañadas de sangre; los soldados desfilando en medio de un estruendo de botas; hombres y mujeres intentando construir barricadas para cortar las avenidas; los cañones; un hombre a punto de morir asesinado entre un grupo de desconocidos, contra los escaparates de las tiendas en que ahora las señoras ricas compraban guantes de seda. Los cadáveres descompuestos, reducidos a polvo, bajo sus zapatillas de satén.

—¡Qué terrible! —dijo.

—¡Espera, verás! —dijo Sylvie, soltando otra bocanada de humo—. La cosa se pone mucho peor.

—¡Huy!

—¿Qué le pasa, señorita Heighton?

—Que la señora, madame Prideux, dijo que venía por los diamantes. Que si se los habían tragado.

Sylvie carraspeó con gesto de hastío y la piel de Morel se volvió algo grisácea. Maud intentó imaginarse a aquella odiosa mujer mayor de joven, atrapada en medio de los disparos y las llamas.

—Así que ¿los diamantes se perdieron? —preguntó.

—Ojalá. Ahí es donde, como dice Sylvie, la historia se pone peor. Madame Prideux estaba

esperando a su marido en los alrededores. Como el hombre no llegaba a la hora prevista y ella escuchaba disparos, fue a buscarlo al lugar en que supuestamente había quedado con su cómplice, Gravot. Probablemente este también pensaba largarse de París en cuanto recogiera a su mujer y arreglara sus cosas. Madame Prideux los vio inclinados sobre un cadáver y se acercó corriendo. Y llegó justo en el momento en que estaban abriendo el cuerpo de su marido para sacarle los diamantes que se había tragado. Se abalanzó sobre ellos, pero la esposa de Gravot la retuvo. Lo único que pudo hacer es ver la escena. —Horrorizada, a Maud se le puso la carne de gallina—. Es terrible lo que la gente puede llegar a hacer por dinero, señorita Heighton, terrible.

Maud notó que le daban un toquecito en el brazo. Sylvie había apagado el pitillo y había acercado la silla. Reclinó la cabeza sobre el hombro de Maud. Sin pensar, Maud estiró la mano y Sylvie se la apretó. Y así estuvieron, con las manos entrelazadas sobre el regazo de Maud. Morel apagó la colilla con empeño en el borde del plato.

—Cuéntale lo que pasó después —dijo Sylvie.

—Se volvió a su ciudad y pidió un préstamo para abrir una tienda de víveres. Llevó el negocio durante más de treinta años y, en vez de un cuento, al niño le contaba esta historia noche tras noche. Y creo que el muchacho no terminó bien.

—La señora ¿buscó venganza?

Morel frunció los labios, esbozando una sonrisa rara, triste.

—No, señorita Heighton. Lo que quería eran los diamantes que le habían arrebatado. Creía que con lo que arriesgó su marido, podría haber sido rica. Y no haberse pasado la vida teniendo que escatimar en lo más básico, mientras otras, con más dinero que ella, entraban y salían de su tienda cargadas de cosas, y no haber tenido que privarse siempre del más mínimo confort para devolver el préstamo. Siempre fue una mujer amargada, que decía cosas desagradables. Primero daba caba a las clientas y, en cuanto volvían la espalda, soltaba culebras de ellas. Su hijo era igual. Al final, lo mandaron a un campo de prisioneros en la Guayana, porque lo cogieron robando.

—Una condena muy dura —dijo Maud en voz baja.

—Lo cogieron robando diamantes. Muchos. Supongo que pretendía dárselos a su madre.

Maud cerró con fuerza los ojos unos segundos tratando de aclararse.

—¿Pero por qué lo confunde a *usted* con Gravot, señor?

—Porque está loca —dijo Sylvie sin levantar la cabeza. Le dio por ahí, poco a poco. Me acuerdo que la encontraron un par de veces abajo, en la calle, sin saber muy bien dónde estaba. Esa vez Christian estaba fuera, con sus negocios, pero cuando volvió, le entró una especie de obsesión con él. Puede que se parecieran. No sé si ella sabe que la historia terminó hace cuarenta años. Empezó a pasarse por aquí. Yo intentaba ser amable, pero me provocaba una tensión enorme.

Maud se detuvo en su perfil. La piel de la joven se había vuelto dorada a la luz de la lámpara.

—¿Y por eso se vinieron a París?

Sylvie negó con la cabeza.

—No. Su hijo regresó, jurando que había cambiado. Se hizo cargo de la tienda y no la dejaba salir de casa. Ella debió de darle esquinazo.

Maud no dijo nada durante un rato. Su padre solía despoticar todo el rato de los cuáqueros, diciendo que estaba perdiendo negocio por culpa de otro subastador de Darlington, que era de esa fe, y que eso era prueba de que alguien estaba conspirando contra él, porque era metodista. Cuanto más hablaba, más convencido estaba, y si Maud y su madrastra ya no podían más y se levantaban de la mesa cada una a sus cosas, seguían oyéndolo en un monólogo ininterrumpido, sin más público que las paredes de la casa. Fuera, un borracho cantaba a su amada confusas canciones de desengaño,

interrumpidas de vez en cuando por las risas de ella.

—¡Qué historia tan tremenda!

—Siento habérsela contado, siento que madame Rémy no pudiera hacer nada para mantener la calma de esta casa, pero quizá Sylvie tenga razón y es mejor que lo sepa, si ya la ha visto.

Sylvie se retiró de donde estaba y se estiró. La bata, remangada por el movimiento, dejó a la luz unos brazos tersos y suaves.

—¿Vas a tomar las medidas necesarias, Christian?

Morel se levantó, metió la silla en la mesa y se sacudió las migas de la chaqueta.

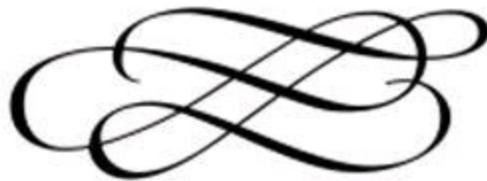
—Sí, ahora mismo. Voy a poner un telegrama. El hijo no tiene más remedio que venir a buscarla. Esta mujer no nos va a amargar París, Sylvie. Te lo prometo.

Ella le lanzó un beso con la mano. Morel rodeó la mesa para darle un beso en la frente. Maud se dio cuenta de que el hermano tenía la piel algo más cárdena de lo normal. Lo miró.

—Sé que no es fácil contar esa historia —dijo—, pero usted lo hace de maravilla. Casi vuelvo a sentir lástima por ella y por su hijo.

—Entonces supongo que ha valido la pena. Y ahora, señoras mías, tengo que irme. Puede que vuelva tarde.

Capítulo 11



A la mañana siguiente Maud no disfrutó tanto del paseo que la llevaba a la Academia. La historia la perseguía y sin darse cuenta se vio buscando agujeros de bala en las clásicas fachadas de los edificios, y pensando en muertos que salían de la acera y la agarraban por los tobillos. El sonido de la calle le parecía muy desafinado y estridente; se notaba vigilada, perseguida. Le daba miedo toparse de pronto con madame Prideux, miedo de sus decrepitas manos y del violento mordisco de su aliento.

A la hora de comer, Sylvie no dio señal alguna de estar nerviosa. Estuvo charlando, diciéndole lo mucho que había progresado con sus dibujos y su inglés gracias a ella, y montó todo un ritual para servirle los mejores trozos de carne que había en la fuente y llenarle el plato de la verdura más selecta. Después, no había hecho Maud más que dejar los cubiertos, y ya estaba deseando salir; mientras la inglesa se cambiaba de ropa, no paró de dar golpecitos con los dedos en el cuaderno de dibujo. Pero en vez de llevar a Maud por donde siempre, a uno de los lugares que solían elegir para pintar en el Jardín del Luxembourg, se encaminó en dirección contraria, hacia el río. Quería pasear por el Quai de la Tournelle y cruzar el Sena por el Pont Sully. Maud, encantada. Como Sylvie estaba tan animada, hacía sol y corría una brisa fresca, se le disiparon todos los fantasmas. París volvía a llenarla, le gustaba pasear por la orilla del río, observando la vida que siempre bullía por allí, tan variada. Las barcazas cargaban y descargaban grava en el dique inferior, los niños escalaban a la cima de los montones como si fueran conquistadores y luego bajaban, deslizándose por los flancos a carcajada limpia. Los vaporcitos, que montaban a bordo a viajeros curiosos por unos céntimos la hora, resoplaban entre los pilares, cada uno con sus carteles, de letras enormes, sobre fondo naranja siena o azul Prusia, mientras los blancos edificios flotantes de las piscinas públicas los observaban desde arriba, como si fueran grandes duquesas, y los barcos, bebés llenos de vida.

Mientras caminaban, Sylvie iba hablando, señalando a unos que lavaban a los caniches de la gente rica junto al agua o les arreglaban las lanas, y admirándose de lo claro que estaba el día. En tres ocasiones Maud le insinuó que podían buscar un sitio donde sentarse y pintar la amplia panorámica que se abría ante ellas: el río, atravesando, pesado y plácido, el ruido y la actividad de la ciudad, con las casas de la Île Saint-Louis, que parecían asomarse para verlo correr, pero Sylvie no quería pararse todavía.

—¿Has estado en el cementerio de Père-Lachaise, Maud? —dijo mirando para atrás, mientras cruzaban el río por segunda vez hacia la orilla derecha. Maud dijo que no con la cabeza y Sylvie la cogió del brazo para atraerla hacia ella—. Entonces tenemos que ir ahora mismo. Christian me llevó

antes de que tú llegaras y creo que te va a encantar.

—He oído hablar de él, claro —dijo Maud—. Pero ¿estás segura de que quieres que vayamos ahora? ¿No estás cansada?

Aunque no sabía exactamente qué hora era, estaba segura de que al poco rato Sylvie querría regresar a su habitación.

Sylvie movió la mano en el aire.

—Qué va. No quiero volver, en absoluto. ¿Cogemos el ómnibus? Allí solo se puede ir cuando hace bueno. Quién sabe cuándo va a estar tan bonito, y hay muchos sitios para sentarse; podemos descansar allí y pintar.

Llevaba un abrigo largo de invierno que Maud no le había visto nunca puesto. Era color crema, pero con motas algo más oscuras en la propia trama, de manera que parecía la piel de una leona. Tenía el cuello de piel negro, brillante.

—Si estás segura, Sylvie.

—Sí, sí. Completamente —dijo, yendo incluso más deprisa que Maud, casi tirando de ella, por el boulevard Henri IV, por delante de los puestos que vendían juguetes infantiles y ramilletes de muérdago.



Cuando llegaron a Père-Lachaise, Sylvie decidió que podían sentarse en un banco del Chemin Denon, frente a la tumba de Chopin. No es que sintiera particular inclinación por la música de este hombre, dijo, pero sí recordaba que le gustó el ángel cabizbajo que guardaba la tumba. Maud no sabía si Sylvie se había dado cuenta de que se parecía bastante a ella. Ya no tenía esa extraña vivacidad con la que habían comenzado el paseo, pero tampoco protestó cuando Maud le dio el cuaderno y le propuso que copiara el perfil del compositor, que estaba grabado en la tumba. Tampoco Maud empezó a dibujar a la primera. Aún tenía la mirada rebotante con lo que veía, esa peculiar belleza gótica. El cementerio en que habían enterrado a Rose era un lugar plano y monótono. Filas de pequeñas tumbas cuadradas, sin verde ni flores que lo alegraran. Père-Lachaise era completamente distinto. La colina en que se erigía el cementerio era como una ciudad, con sus avenidas y plazas, sus barrios pobres y los ricos. Había filas y filas de diminutos mausoleos del tamaño aproximado de una persona, con tejados a dos aguas, como cabinas de centinelas, pero los diseños eran todos distintos. Cada uno destacaba por algo: verjas negras, toques góticos en los bordes del tejado, un medallón, alguna cita tallada, y en diversos sitios se veían ángeles llorosos, bustos de generales, cortinas cinceladas en la piedra.

En la avenue des Acacias había un conjunto de monumentos más grandes, mausoleos construidos a imitación de los templos griegos, con amplias escalinatas que salían de los pórticos y terminaban en el húmedo empedrado de la avenida. Resultaba difícil distinguir bien los bordes de cada uno, con tal profusión de monumentos. Para Maud el contraste entre la piedra y los árboles que rodeaban las tumbas, las frías sombras viscosas, las distancias de la ciudad allí abajo, todo representaba un rompecabezas difícil de reproducir en papel. Había demasiadas cosas que tener en cuenta. Si quería transmitir la atmósfera tan peculiar que se respiraba allí sin abrumar al espectador, tenía que

seleccionar los detalles. Había gente paseando, de dos en dos o de tres en tres, con guías en la mano para encontrar las tumbas de los más ilustres. Miraban los nombres, si les sonaban hacían un gesto con la cabeza y luego continuaban hacia la siguiente.

Por el camino, detrás de ellas iba una joven. Cuando se sentaron, vieron que se paraba delante de la tumba del compositor y bajaba la cabeza, como si fuera a empezar a tocar. Llevaba una rosa blanca en la mano. Maud empezó a dibujarla, pero lo dejó. Era una imagen demasiado trillada: la bella joven de pie, con una rosa en la mano, ante una tumba, la clásica estampa victoriana de *memento mori*. Podría añadirse un perro fiel. Ya se imaginaba a su padre burlándose de la imagen en alguna subasta, demasiado sentimental. Prefirió cambiarse de postura para centrarse más en el sendero, pasada la tumba. La silueta de Sylvie, con la barbilla pegada al cuello, sería el borde del dibujo, y luego el sendero que se alejaba de ellas. De ese modo la mirada del espectador se haría idea de la confusión de monumentos en que estaban inmersas.

—¿Qué vas a hacer cuando termines en París? —le preguntó Sylvie en voz baja, mirando alternativamente a la tumba y al papel—. ¿Te dedicarás a pintar retratos de los políticos locales y a dar clases de pintura?

Maud sonrió ligeramente, pero la idea no sonaba tan mal. Se imaginó a sí misma en una habitación propia, con buena luz para trabajar bien. Llevaba un año viendo todo esto a través de un velo de desesperación. Y ahora lo volvía a ver en su interior, con toda nitidez. En Darlington no había tantos artistas educados en París, y allí había dinero. A James le iban muy bien las cosas y en las agarrotadas cartas que le escribía de vez en cuando no hacía más que mencionar nombres de gente influyente a la que había conocido. Para los representantes locales sería muy atractivo tener a alguien educado en el continente que alimentara su vanidad inmortalizándolos, y el paisaje por allí era precioso. Así podría trabajar para complacerse a sí misma, complaciéndolos a ellos.

—Algo así —dijo.

—Pues no suena muy bien. Vivir encerrada en un lugar apartado y provinciano, donde no hay nada que ver ni nada que hacer —comentó Sylvie. Maud no dijo nada, y únicamente se fijó en lo mucho que había mejorado el inglés de Sylvie. Puede que mañana Sylvie se interesara por la ciudad en que había nacido y quisiera saberlo todo, el paisaje, la gente. Suspiró pensando en las ganas que tenía de verlo otra vez. Se produjo un silencio. Maud se dio cuenta de que su compañera había dejado de dibujar y estaba mirando fijamente al ángel y a la chica de la rosa.

—Madame Prideux ha muerto —dijo Sylvie de repente.

Al principio Maud no la entendió mucho.

—¿Muerto has dicho, Sylvie?

Sí. Un accidente de coche en los Campos Elíseos, ayer por la noche. Supongo que iba muy distraída, sin saber muy bien por dónde cruzaba. Mi hermano no consiguió enviar el telegrama a su hijo; se enteró antes. Los empleados estaban comentándolo en el club. Me dijo que te lo dijera. Siento que haya muerto, aunque no creo que su vida hiciera mucho bien a nadie.

Parecía que para Sylvie ya estaba todo dicho y volvió a centrarse en el dibujo. Maud no sabía qué sentir; debía lamentarlo; quedarse impresionada. Puede que *estuviera* impresionada por la inmediatez con que había recibido la noticia, pero no sabía si lo lamentaba. Quizá era mejor morir así de repente que estar recluida en un manicomio o pudrirte encerrada entre las paredes de tu casa, y a ella madame Prideux le había parecido inimaginablemente vieja. Sin embargo, y aunque estaba rodeada de tumbas, pensar que una persona pudiera estar un día en el mundo y al siguiente desaparecer le resultaba inconcebible. Y volvió a plantearse qué debía haber hecho el día anterior, si podría haber dicho algo para calmar a la anciana.

—¿Van a decírselo a su familia?

—Imagino. Les escribiré Christian, supongo. ¿Te da pena, Maud? Era una mujer malvada.

Sylvie la miraba desde el calor que emanaba su cuello de piel.

—Me dan pena las personas que están tan perdidas. Pienso que ha tenido una vida muy trágica.

Sylvie sonrió.

—Pues si era trágica, mejor que ya haya pasado.

Como Maud no supo qué contestar, se concentró de nuevo en su trabajo. El fantasma de la anciana se retiró y el mundo volvió a reducirse a una serie de problemas visuales que resolver. Tomaba notas, ideas para los tintes que quizá usara al recrear esta escena en lienzo, los distintos grises y verdes. Al final empezó a sentir ese dolor habitual que siempre le daba entre los dos omóplatos y suspiró, dejó el lápiz y estiró los dedos. Sylvie seguía sentada a su lado, muy callada, pero se le notaba cierta tensión en la espalda. Tenía el lápiz aún en la mano derecha, pero no lo usaba. Respiraba mal.

—¿Sylvie? ¿Qué te pasa? ¿Has cogido frío? Dímelo.

La joven se despabiló, como si hubiera estado durmiendo, pero no la miraba. Sacó la pitillera, cogió un cigarrillo y lo encendió. Maud la observaba, con el ceño fruncido. Le temblaban las manos.

—Maud, creo que he cometido un error estúpido. —Maud esperó—. Ayer por la noche tiré mi *chandú*. El opio. —Maud cerró el cuaderno y metió el lápiz que había estado usando en el lomo—. Estaba pensando en América. Qué maravilla sería liberarse de Francia, cuánto mejor sería ir con ojos nuevos. Creí... pensé que no lo necesitaba. Y ahora tengo miedo.

Se le empezaron a humedecer los ojos e intentó retirarse las lágrimas echando la cabeza para atrás, mirando el gris vacío del cielo que se alzaba sobre ellas.

Maud sintió que el corazón se le salía. Pobre Sylvie, tan extraña, que había intentado liberarse de sus cadenas. Ayer había fallado a los Morel, pero hoy no. Maud empezó a pensar en pequeñas actuaciones prácticas.

—¿Te duele algo?

Sylvie asintió.

—Vámonos a casa.

Maud dejó a un lado el cuaderno, ayudó a Sylvie a ponerse de pie y la cogió del brazo. Mientras descendían por la colina, con paso rápido, hasta que llegaron a la puerta principal, Sylvie iba apoyada en ella, con la cabeza caída. Maud sentía sus espasmos en el brazo. Bajaron por la avenue Principale, donde un caballero con cara de bulldog se paró a mirarlas, sin decirle nada al compañero que iba con él y que intentaba mostrarle la tumba vacía de Rossini. Maud pensó en la impresión que debía de dar, llevando la pálida figura de Sylvie medio a rastras. Poco menos que si estuviera robando uno de los espíritus que habitaban allí.

Si el taxista que las cogió en la parada que había junto a la verja se dio cuenta de que Sylvie se encontraba mal, no dijo nada. La chica bajó la cortinilla y se apoyó en la ventana. Tenía la respiración acelerada y brusca y se apretaba el estómago con la mano. Le había sobrevenido muy deprisa. Lo primero que pensó Maud fue enviar un telegrama a Morel, al club, en cuanto estuvieran a salvo en rue de Seine, pero quizá no estuviera allí. Y, aunque estuviera, ¿qué le ponía en el mensaje? Apenas se atrevía a mencionar el opio, y si decía que Sylvie se encontraba mal, seguro que Morel regresaba a casa a toda prisa, y luego tendría que volver a salir para comprar lo que Sylvie necesitaba. Al ver lo mal que se encontraba ya, a Maud le preocupaba cómo iba a estar dentro de unas horas. No se veía con autoridad suficiente como para llamar al médico, y además eso provocaría un escándalo, sería como traicionar su confianza. Si fuera una señorita inglesa presa del

pánico, sí podría llamar al médico, pero una mujer experimentada que sabía moverse sola por el mundo tenía que ser más discreta.

—Sylvie, ¿estoy en lo cierto? ¿Ya no quieres seguir intentando dejar la droga?

—No puedo. Es demasiado brusco. Ha sido una estupidez.

—¿Y tu hermano no tiene nada en casa? No tengo inconveniente en forzarle la cerradura del buró y luego le explico lo que ha pasado.

Sylvie negó con la cabeza y se acomodó todavía más contra la ventanilla del taxi; cerró los ojos. Maud pensó en su padre. Cuando lo llevaron al hospital, las enfermeras no le dejaron beber. La madrastra de Maud estaba junto a ella, a los pies de la tumba, mirando fijamente cómo iba cayendo la tierra sobre el ataúd, con la manita de Albert cogida muy fuerte. «Le quitaron la bebida. Eso es lo que le ha matado. Yo ya lo sabía. Como cuando un bebedor cae en manos de esos tipos religiosos, tantas ganas de curarte y te matan en un minuto.»

Maud le puso la mano en la rodilla a Sylvie y le dijo en voz baja:

—¿Puedo ir yo a buscarlo? ¿Sabes dónde tengo que ir?

La chica no volvió la cabeza ni abrió los ojos, pero Maud vio que se sentía aliviada.

—Ay, Maud, ¿no te importa? Gracias. Siento dar tanta lata.

—Estoy encantada de ayudarte en lo que pueda, querida.

Sylvie se medio rió, cogió aire y se llevó la mano a la boca.

—Hay una tiendecita en la rue Croix-des-Petits-Champs, vende grabados y adornos chinos. Pídele a la chica «una caja». Ella ya sabe lo que quieres. Y espera a que no haya nadie más en la tienda.

Maud ya no le preguntó nada más, la dejó que descansara apoyada en el lateral, mientras el taxi serpenteaba y cabrioleaba por las calles. Una vez que llegaron a casa, Sylvie se puso lo más derecha que pudo al pasar por el piso de la portera, pero ese esfuerzo no fue gratuito. Maud no sabía cómo iba a conseguir conducirla hasta su cuarto, pero de algún modo llegaron. Al verse ya segura en la habitación de Sylvie, la ayudó a desnudarse, y cuando la enferma tenía ya el camisón puesto, le retiró la colcha para que pudiera meterse en la cama. Fue a por agua y abrió su monedero. Sylvie la vio.

—Maud, no. No uses tu dinero. —Sylvie revolvió por el cajón de la mesilla de noche—. Ya está, toma. Por favor... de verdad.

En vez de monedas o de un billete, Maud vio que le daba un brochecito rectangular, engarzado en brillantes, con un zafiro en el centro. No tengo dinero normal. Empeña esto, por favor. Rue des Blancs-Manteaux. Nunca me lo pongo.

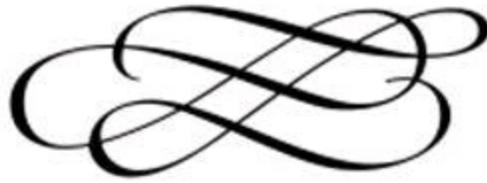
Maud habría seguido hablando, pero Sylvie ya se había dado la vuelta, quejándose un poco. Decidió que iba a hacer lo que le habían dicho: empeñar el broche y comprar el opio. La decisión le hizo temblar de complicidad. Ya no era como las demás mujeres de su clase ni de su país. Metió el broche en el bolso, lo cerró y se marchó a la calle sintiéndose por primera vez desde que llegó a París una mujer de mundo. Los cielos empezaban a enlutarse y a cargarse de lluvia.

Interior de una tienda. Óleo sobre lienzo 152,4 × 182,9 cm

Desorden audaz de puro color, pero nótese la presencia de la dependienta con bata oscura. Indiferente al espectador, representa un punto de serenidad y control en medio de esta profusión de lujo y exceso oriental. El arte y los objetos chinos y japoneses se pusieron muy de moda durante la *Belle Époque* y provocaron una honda influencia en los artistas, desde Manet hasta Pierre Bonnard.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

Capítulo 12



A Maud, la sensación de que estaba haciendo algo difícil y peligroso por alguien a quien apreciaba le dio fuerzas. Se dirigió al cambista oficial, pensando que le soltarían alguna insolencia o algún insulto, pero no; se encontró en un establecimiento limpio y eficaz, con gente esperando, que no parecía ni desesperada ni avergonzada de nada. Había señoras con vestidos elegantes y modernos, hablando unas con otras, con la misma naturalidad que si se hubieran encontrado en el departamento de guantes de Printemps. Y hombres en mono de trabajo, sentados tranquilamente en unos bancos con hatillos de ropa entre las rodillas; algunos se sentían tan a gusto que se habían arrellanado en sus asientos y dormitaban con la visera caída hacia delante hasta que les llegaba el turno de cambiar como por ensalmo sus enseres por dinero.

Cuando anunciaron el número que tenía Maud, el hombre del mostrador la atendió muy amable, con una sonrisa. Examinó el broche con una lupa de joyero, que al retirársela le dejó una marca en el ojo. Tomó unas notas en un cuaderno y le entregó el calco, sellado y estampillado, diciéndole que fuera con eso a ventanilla. Después metió el broche en una bolsita con una etiqueta y lo guardó con llave en uno de los cajones que tenía en la mesa, mientras le daba las buenas tardes.

La tienda que había en la esquina de rue Croix-des-Petits Champs era muy distinta. Olía a sándalo y estaba atestada hasta los topes de todo tipo de objetos extraños, de colores vivos. Del techo colgaban muchas sombrillas abiertas, pintadas con aves del paraíso y cenefas de flores, y los estantes estaban colmados de cuencos, unos con dragones azules que intentaban morderse la cola, otros decorados con un tabicado de esmalte rojo y verde chillón. Había decenas de figuritas sobre peanas, dragones y leones de esmalte azul que mostraban los dientes, abanicos de marfil entreabiertos y cajitas de laca negra con incrustaciones de nácar. Al fondo de la tienda atendía el mostrador una mujer china, de pelo negro, recogido en un moño muy tirante, y vestida con una túnica oscura de cuello alto. Estaba envolviendo en abundante papel de periódico una fuente escarlata, decorada con crisantemos, para un caballero de enormes patillas blancas. Y mientras tanto charlaba con él en un francés fluido. En cuanto le dieron el paquete, el caballero se marchó; abrió la puerta, se llevó la mano al sombrero mirando a Maud y salió dejando tras de sí un tintineo de campanitas. La mujer retiró el papel y la cuerda del mostrador y se cruzó de brazos esperando que Maud se acercara.

—Me han dicho que pida una caja —dijo Maud, intentando no ponerse colorada. La mujer no se inmutó. Levantó la mano y con la palma abierta le mostró los estantes—. Tiene todas estas, señorita. ¿Le parece bien una así?

Maud negó con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—Muy bien.

La mujer se bajó del taburete, se metió en la trastienda y regresó con una caja del tamaño de un puño. Estaba decorada con un fénix que apenas sobrevolaba el oscuro marrón del bosque. La mujer mencionó un precio, más o menos la mitad de lo que le habían dado por el broche, y Maud se puso a contar el dinero. El fénix desapareció, perdido en sucesivos envoltorios de papel de periódico, y la mujer, que en este caso no habló tanto como con el caballero de las patillas blancas, se mostró en todo momento muy amable y con una sonrisa en los labios. Maud reflexionó un instante: se esperaba algo sórdido, una tienda sucia y medio vacía, un evidente escaparate del vicio; que quien la atendiera estuviera esquelético y frágil. Al salir miró para atrás. La dependienta se había puesto a coser algo, que debió de sacar de un canasto que tenía al lado, y no levantó la vista. Con los colores de la tienda vibrándole en la retina, Maud salió a toda prisa para llegar pronto a la rue de Seine. Se encaminó hacia el río y después cruzó el patio del Louvre, sintiéndose raramente diminuta.



La habitación de Sylvie era grande y rectangular, con una cama de barrotes de bronce impecables, vestida con sábanas blancas, idéntica a la de Maud. En la mesilla de noche había montones de novelas inglesas en ediciones baratas, los únicos libros que Maud había visto en el piso, sin contar los suyos. Aunque las contraventanas estaban cerradas, por las ranuras se filtraba la última luz de la tarde. Delante de la chimenea había dos silloncitos tapizados en verde malaquita y bordados en tonos pálidos de seda amarilla y rosa. Lo más probable es que Sylvie oyera la puerta, porque, cuando Maud entró, estaba sentada al borde de la cama, ya en bata.

—¿Te lo dieron?

Maud asintió y abrió el bolso para buscar la cajita del fénix. Sylvie ya se había levantado y había mullido bien la cama sin hacer ningún ruido, como un gatito. Se puso de rodillas y, levantando un poco los pliegues de la colcha, sacó una bandeja. Era una bandeja estrecha, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo. Estaba profusamente decorada en esmalte escarlata y de un color verde oscuro muy intenso. Los patrones geométricos estaban tachonados con círculos blancos con caracteres chinos pintados en negro. Esmalte tabicado. Sobre la bandeja había un quinqué con cuello de cristal y la base a juego con la bandeja y al lado una pipa, un tubo más o menos como una batuta de director de orquesta de largo, pero algo más grueso, con un recipiente de porcelana blanca y azul fijada a un lado, que tenía aspecto curiosamente de pomo. La boquilla del otro extremo era de marfil. Junto al quinqué había diversas herramientas y cajitas, todas decoradas con la misma técnica de esmaltado. A Maud le vinieron a la cabeza los espléndidos tocadores de viaje que usaba la gente rica y que de vez en cuando habían caído por la casa de subastas de su padre. Todo lo necesario a mano.

—Pásame un cojín —dijo Sylvie. Intentaba encender la lámpara, pero le fallaban todas las cerillas.

Maud le dejó el cojín a un lado, puso la cajita del fénix que contenía la droga en la bandeja y le cogió las cerillas. Se inclinó sobre la lamparita, la encendió y volvió a poner el cuello de cristal en su sitio, mientras Sylvie quitaba la tapadera de la caja de madera, se la acercaba a la cara e inhalaba profundamente. En su interior algo le decía a Maud que acababa de transgredir un punto vital; que el

hecho de haberle encendido el quinqué a Sylvie tenía una enorme relevancia; exactamente qué relevancia, no lo sabía. Después de los retos que había tenido que superar en uno y otro establecimiento, volvía a sentirse entendida, cosmopolita.

Sylvie estaba tumbada en el suelo con la bandeja a un lado. Maud cruzó las piernas y se quedó observando. Sylvie sacó de la caja un rollito de papel de cera y lo abrió. Contenía una bola ligeramente ovalada, marrón oscura, que relucía a la luz del quinqué. Maud observaba fascinada cómo se preparaba la pipa. Cogió un trocito mínimo de la enorme bola, la puso sobre el borde del recipiente y lo calentó al calor de la lámpara. Después, puso los labios en la boquilla e inhaló; se oyó un ligero crujido y una pequeña efervescencia de la droga al evaporarse. Sylvie pareció relajarse al instante. No cayó en ningún estupor, ni se comportó como si se hubiera emborrachado de repente; tampoco parecía tener visiones, nada de lo que Maud suponía que iba a pasar. Solo esa relajación de los músculos y una pausada sonrisa gatuna.

Casi de inmediato, se recostó de nuevo sobre el brazo para prepararse otra pipa e inhaló de la misma forma. Maud oía hasta el último burbujeo que producía al aspirar aquel vaho. Sylvie dejó la pipa y miró a Maud. La bandeja que tenía delante, iridiscente a la luz del quinqué, era como un estallido de colores puros. Al lucir de la llama Sylvie parecía como un espíritu de sombras grises y rosáceas; la seda lila de la bata con el ribete crema de las puntillas, la propia Sylvie, con el pelo rubio cayéndole sobre la cara, sus enormes ojos grises. Maud se había dejado allí el cuaderno de dibujo cuando metió a la chica en la cama. Lo cogió y sacó el lápiz del lomo.

—¿Puedo?

—Si quieres, claro.

Empezó a dibujar. Fue como si no hubiera pasado el tiempo, hasta que oyeron los suaves aldabonazos en la puerta que anunciaban al camarero que les traía la cena.

Sylvie. Óleo sobre papel, montado en lienzo 69,2 × 64,7 cm

Una mujer recostada, a media luz, con toda la parafernalia del ritual del opio desplegada ante sí. Es una representación íntima y sensible de lo que en su momento se percibía como peligrosa perversión. Las cortinas, la bata de la protagonista, incluso su piel aparecen pintadas en tonos humo.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la colección de Civray» Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

El tiempo se iba poniendo cada vez más imprevisible, con tendencia a refrescar sin previo aviso. Como Sylvie decía que hacía demasiado frío para pintar al aire libre, solía salir con Maud en un coche alquilado por el Bois de Boulogne o la llevaba de compras a los grandes almacenes. Maud vio a Sylvie fumar en otra ocasión, cuando le pidió que la pintara en vez de dibujarla. En la Academia habían tenido un debate sobre las ventajas de crear una obra de una vez y Maud quería experimentar.

Se sentaron en el suelo de la habitación de Sylvie. Maud pinchó el papel sobre una plancha de apoyo; eligió los tintes, fue poniendo un poquito de cada uno en la paleta, cantidades ínfimas; ajustó el vasito de metal con un chorrito de aceite de linaza en el borde y sacó sus pinceles de cerda y de pelo de marta. Mientras preparaba todo, Sylvie sacó su bandeja con similar complacencia y ahí Maud se dio cuenta de lo importante que era el ritual para ambas. Y a partir de entonces, cada una se entregó a su adicción.

El tiempo ya no consistía en momentos que se suceden uno tras otro. La mano de Maud operaba con voluntad propia; era como si ella no estuviera. El cuerpo seguía las instrucciones que había aprendido y observaba y registraba los detalles por su cuenta. Si necesitaba algún color, conseguía la mezcla al instante y la sensualidad del proceso invadía todos los sentidos. Cuando deslizaba el pincel por el papel, era como si estuviera acariciando una piel con las yemas de los dedos. Los largos trazos de la pintura aparecían bajo la suave presión de la pincelada, la forma de las oscuras sombras que había detrás de Sylvie, los haces de luz filtrándose por las contraventanas... Estuvo dos horas pintando y luego, con toda calma, dejó el pincel en el frasco con los demás. El campaneó que hizo parecía un aplauso. Sylvie estaba aparentemente medio adormilada y Maud la dejó; fue a limpiar la paleta y los pinceles antes de que llegara la cena.



Maud consiguió convencer a Sylvie de que tenían que ir al Museo del Louvre, al menos una vez, pero justo al entrar se toparon con Francesca. Maud se alegró mucho de verla fuera de la Academia, y las dos empezaron a hablar del cuadro que tenían delante hasta que se dieron cuenta de que Sylvie, muy oportunamente, se había retirado. Estaba claro que no quería que la presentaran. Maud no sabía cómo disculparla.

—No está muy acostumbrada a la gente —dijo, aunque sonó un tanto raro.

Francesca hizo girar los ojos sobre las órbitas.

—Tanya ya dijo que era rara como un perro verde. Es guapa, eso sí.

—Tengo que irme con ella.

—Claro, tesoro. Pero déjate aconsejar con lo que te digo y cástate. Es mucho más fácil tener cama y comida si dependes de un hombre... Mi marido, con tener su comida en la mesa y oír una vez a la semana que es un apuesto picarón, está suave como un cordero. Vamos, vete, corre.

A partir de entonces, siempre que Maud proponía ir a algún museo, Sylvie la acusaba de que lo que quería era ver a sus amigas de la Academia y de que con ella se aburría. Una de las pocas veces que vino Morel, con prisa, como siempre, Maud se lo comentó. Morel asintió con la cabeza, con gesto atribulado, mordiéndose el labio.

—Lo entiendo, señorita Heighton. A Sylvie nunca le ha gustado la gente, ni las multitudes. Lo único que le digo es que con su amistad y con su paciencia ha mejorado mucho. Tendría que haber visto el estupor en que vivía antes para hacerse cargo. Lo único que temo es que nuestro hogar a usted le resulte muy pesado. Una joven sana como usted no debe estar tan encerrada.

Maud protestó.

—¡Por favor, señor Morel! Estoy más que encantada.

Morel no parecía muy convencido.

—Sé lo que ocurrió hace unos días, señorita Heighton. Sylvie nunca habría intentado dejar la droga sin su ejemplo. Aunque esa vez no lo consiguiera, tengo confianza. Pero debo hacer algo para compensar la ayuda que usted nos brinda. Déjeme pensar... ¡un regalo de Navidad!

Esa noche Maud durmió mal. Era la primera vez que no descansaba bien desde que llegó a rue de Seine. Se pasó la noche boca arriba, fastidiosamente despierta, observando las sombras del techo,

intentando descubrir por qué no dormía. Pensó en el retrato de Sylvie. Lo había guardado con sus otros óleos en la tapa de la caja de pinturas y lo tenía muy presente. El cuadro, y el haber podido pintarlo, el haber conseguido que se pareciera tanto a lo que tenía en la cabeza, la inquietaban mucho. Era un trabajo atrevido, con un rango muy constreñido de tonalidades, quizá perturbador, por la protagonista, pero no vulgar, vulgar en el sentido que para ella eran algunos de los desnudos de Manet. No había nada de la simple y descarada provocación de Olimpia, de la artificiosa desnudez de las Andrómedas académicas, atadas a una roca al albur de los monstruos marinos o de los críticos, ávidos de comprobar la textura de su piel. Y aun así, estaba claro que el cuadro de Sylvie era sensual; francamente sensual.

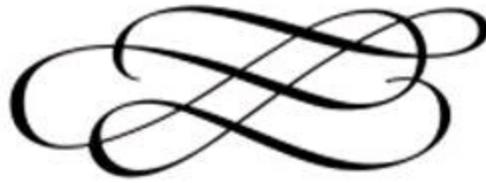
Maud se revolvió en la cama, recordando la pose del cuadro, pensando en qué dirían su hermano y su cuñada si lo vieran. No tenía nada de lo que avergonzarse, se dijo a sí misma. Nada. Entonces ¿por qué esta sensación de culpa que iba invadiéndola poco a poco, haciéndole sentir que había perdido algo? De joven había interiorizado una idea de sí misma que, al parecer, no incluía tiendas de empeño ni lámparas de opio. Esto la colocaba fuera de su grupo, cosa que no le pasó por tener un padre borracho. Su padre nunca salió de casa sin corbata, ni con una camisa sucia, y por la calle todo el mundo le daba los buenos días, los mismos que se cambiaban de acera para no saludar a su madrastra.

Maud se preguntaba por qué le había resultado tan importante alojarse en sitios que parecieran respetables, aun cuando no tuviera ni un duro para comer, por qué pagaba las tasas de la Academia Lafond para pintar desnudos sin que hubiera hombres en la sala. Le parecía estar en una de las torres de Notre Dame mirando a sí misma, desde arriba, como si fuera una gárgola, mirándose a la que había sido, dando vueltas en pequeños círculos con su vestidito negro, muy prudente, confinada en sus movimientos como un juguete, mientras todo a su alrededor, vidas y experiencias que no imaginaba, que no se podía permitir imaginar, quedaban fuera de la vista.

Aterrada por el ritmo vertiginoso que adquirirían sus pensamientos, abrió los ojos, se sentó en la cama, se sirvió un vaso de agua y fue hacia a la ventana. Las lámparas de gas lucían fantasmales en medio de la densa oscuridad, y aunque no alcanzaba a ver el río, lo sentía, ese volumen de agua entre diques, encaminándose hacia la liberación final que suponían las corrientes abiertas del Canal de la Mancha.

Al verse reflejada en el vaso, brindó por sus pensamientos y lo dejó sobre la mesa. El sonido del vaso al contacto con la mesa coincidió con otro ruidito similar; era un cerrojo en el vestíbulo. Cruzó la habitación descalza, sin hacer ruido, y miró por el ojo de la cerradura, como los mayordomos de las películas eróticas. La puerta de Sylvie, justo enfrente, estaba abierta de par en par; por un momento la luz inundó el pasillo, pero quedó eclipsada por la sombra de un hombre que salía de la habitación; se volvió para decir algo en voz baja y Maud vio que era Morel. Llevaba la camisa desabrochada y los tirantes sueltos, por la cintura. Estaba riéndose un poco, una risa abierta. Apareció Sylvie a su lado, el cuerpo oculto tras el ángulo de la puerta. Le puso una mano en la cara y se empinó para besarlo, dejando que sus labios le rozaran la boca. La calidez con que se querían provocó en Maud una punzada de celos. Pensó en su madre y se preguntó si a ella la querrían así alguna vez. Se dijeron algo más, en voz muy baja, algo que Maud no alcanzó a oír; después Morel se volvió a su habitación y Sylvie cerró suavemente la puerta.

Capítulo 13



Cuando Maud regresó a casa al día siguiente, y mientras sacudía el paraguas en el rellano de la escalera, oyó la voz de Morel, que la saludaba. Al instante lo tenía a su lado ayudándola a quitarse el abrigo, que estaba calado.

—¡Señorita Heighton! ¡Qué bien que haya llegado! Pase, por favor. Espero que me perdone, pero estamos ya en la mesa. Tenía solo un minuto para escaparme del club.

Con abrigo, bolso y todo, Maud no tuvo tiempo de nada. Aseguró a Morel que no tenía por qué disculparse y de inmediato se vio conducida al cuarto de estar como si fuera una invitada de honor, más que la chica que comía allí todos los días. Sylvie estaba sentada a la mesa, mucho más alegre que de costumbre y vestida para salir.

—¡Maud, querida! ¿Vienes muerta de hambre? Hay otra vez guiso de pollo, me temo; como saben que nos gusta y parece que se les está acabando la imaginación... Pero Christian ya nos ha organizado el plan.

Morel le ayudó a sentarse y mientras Sylvie le servía un plato lleno de pollo y trataba de cortar un poco más de pan, Morel se inclinó hacia ella, con ojos bien abiertos.

—A ver, señorita Heighton, ¿ha oído hablar de la espléndida y relumbrante madame de Civray?

—Naturalmente.

Todo el mundo la conocía. Era una condesa francesa, aunque americana de nacimiento, y muy rica. Los rumores decían que compraba muchas obras de arte y que decía muchas tonterías sobre ellas, tonterías que los pintores iban repitiéndose unos a otros, entre chanzas y bromas, mientras se gastaban el dinero de la condesa en los cafés de Montmartre. O al menos eso es lo que decían en la Academia. Como Maud nunca había estado en un café de Montmartre, no sabía lo que se comentaba allí. Yvette era la única conexión que tenían con los artistas de la colina, y todo lo que sabían de sus debates y sus discusiones lo sabían por ella. Ella era la que les había contado la historia de la condesa, según su versión. Una tarde, mientras posaba para el señor Degas, había llegado la condesa al estudio con su lacayo y dos escandalosos perritos.

—Bueno, el Maestro no estaba lo que se dice muy contento de verla, pero ni siquiera él consigue sacar de su casa a una señora así una vez que ha puesto el pie en el umbral. «¿Le molesto, *maestro*?», dice la condesa. «Sí, señora», dice él con un gesto de furia enorme. «Vaya, cariño. Vengo solo a recoger un par de cositas para la sala», dice ella, y os juro que coge los dos primeros lienzos que encuentra y se los pasa al lacayo. Entonces saca un fajo de billetes, gordo como este puño, y lo lanza sobre la mesa. Mientras tanto, Degas está demasiado indignado como para hablar. Entonces la

condesa sale del estudio andando para atrás y, os lo juro, ¡con un dedo en los labios! En cuanto se fue. Degas estampó la paleta contra la puerta, con tal fuerza que se resquebrajó. Y luego, al día siguiente, la oyeron a ella en Galérie Georges diciendo que no entendía por qué la gente era tan grosera con él, ¡si era un verdadero amorcito!

Morel se sentó en la silla más próxima a la de Sylvie, colocándole el brazo en el respaldo.

—La condesa y yo tenemos amigos comunes. Y les pedí un favor. Sylvie y usted están invitadas a su casa esta tarde, temprano, advierto, para que vean sus cuadros. Hoy sale de viaje para pasar las Navidades en la finca de su marido.

Maud no sabía qué decir. Morel bajó la voz.

—Ya sabe, señorita Heighton, que a Sylvie los lugares públicos le provocan cierta tensión, pero allí podrán regodearse la vista viendo cuadros en privado. Sylvie está cada vez más preparada para lanzarse al mundo exterior, de esta manera tan limitada. No es ni siquiera una visita formal. A ver, ¿he hecho bien o no?

Sylvie cogió la mano de Maud.

—Es estupendo, ¿verdad? Odio que te pases todo el tiempo aquí encerrada. Christian me dice que soy una egoísta, y tiene razón.

Maud la miró y le dijo:

En absoluto. Me agrada mucho estar contigo.

—No. A veces estoy rara y de mal humor; lo sé. Pero confiamos en que esto sirva para compensar la paciencia que tienes y para agradecerte lo mucho que me ayudas. —Se puso en pie de un salto—. ¿Ves? Ya me he vestido y todo. Venga, di que sí, Maud, anda. Dinos lo estupendos que hemos sido, y come, termina rápido.

Maud la miraba complacida.

—Voy encantada, pero deja que me cambie.

—No hace falta —dijo Sylvie—. Ella ya sabe que va a ir una pobre pintora que no conoce a nadie y que Christian quiere que vea sus cuadros. Aprovecha mejor y come, Maud. Christian irá a buscar un taxi.

Maud volvió a poner los ojos sobre su plato. A veces Sylvie mostraba una crueldad infantil.



De camino a casa de la condesa, Sylvie estaba particularmente animada, y pese a que había multitudes por las aceras, hizo detenerse al taxi dos veces para entrar a toda prisa en un par de tiendas de la rue de Rivoli. Las dos veces le dijo a Maud que esperara en el coche y volvió llena de paquetes y cajas.

—Regalos —musitó. Empezó a mirar por la ventana, curioseando lo que pasaba por la calle con renovado entusiasmo—. ¡Qué contento se ve a todo el mundo! A lo mejor el año que viene por estas fechas yo ya estoy recuperada. Estaremos en América. Allí sí que saben de negocios. Y además ahora hablo inglés estupendamente. Ven mañana con nosotros a la Misa del Gallo, ¿quieres? ¿El año pasado fuiste?

Maud empezaba a acostumbrarse a sus extravagantes cambios de tema.

—No me encontraba bien. Pero hubo una fiestecilla en la pensión y la patrona me trajo algo de comer.

—Qué horrible es encontrarse mal, sobre todo en Navidad, cuando los demás están tan contentos. Este año vas a pasarlo mejor.

—Seguro que sí, Sylvie.

Maud tenía sus regalos preparados. Para sus hermanos y para Ida había enviado dulces franceses y libros de pintura. Para Yvette y Tanya había hecho unos tarjetones con el retrato de cada una. Para Morel tenía una corbata de Charvet y para Sylvie había encontrado un abanico de marfil muy bonito, pintado con azules y verdes irisados, como los de un pavo real. Eran todos regalos modestos, pero le daba mucho gusto hacerlos.

—¡Huy, ya estamos aquí!

Mientras Sylvie sacaba las monedas del bolso para pagar al taxista, Maud se bajó y subió la vista extasiada. La casa de la condesa, en Place Saint-Georges, era impresionante, una bailarina de cancan en medio de una hilera de ajadas matronas. De cuatro pisos, las ventanas adornadas con estatuas de piedra de Gracias y Musas, guirnaldas, rejas de un negro lustroso, todo exuberante. Era un edificio bello y frívolo que parecía reírse a escondidas de la fachada sencilla y potente de la Biblioteca Thiers, justo enfrente.

Sylvie ya estaba a su lado.

—Espero que la dama no se parezca a su casa —dijo—, o me va a resultar agotadora.



El criado cogió la tarjeta de Sylvie y al rato vieron que venía la señora a paso rápido, los brazos abiertos y un par de perros falderos ladrando y dando saltos a su alrededor, a la altura de los tobillos.

—¡Señorita Morel! ¡Encantada! Y esta debe de ser la señorita Heighton, creo. Estoy tan contenta de que hayan podido acercarse, aunque se lo haya dicho con tan poco tiempo.

A Maud siempre le gustó el acento americano. Le resultaba agradable esa entonación musical facilona, tan distinta del entrecortado inglés de cristal y porcelana que había aprendido a las faldas de su madre. La condesa llevaba una túnica de seda verde, con pechera y mangas de encaje y perlas. Maud ya estaba esperando esa mirada de desprecio que su manera de vestir solía provocar en París, pero no llegó. Al contrario, la condesa le estrechó la mano con toda cordialidad y la saludó con su mejor sonrisa.

—Ahora quiero saber lo que opina de una cosa rápidamente. Y después voy a ser un poco grosera porque las tendré que dejar; paseen por donde quieran. Tengo que coger el tren de la noche para el Loira y no he empezado con las maletas. ¡Por aquí! Usted también, señorita Morel.

—¿Va a estar fuera mucho tiempo, señora? —preguntó Sylvie mientras las seguía por el pasillo, fijándose en la altura de los techos, en las molduras barrocas y en el verde y dorado del mobiliario. Era como un Versalles privado.

—Una semana nada más, gracias a Dios. Vamos a hacer la visita de rigor a la familia de mi marido. Un *château* lleno de escudos y de tías solteras y ni un jolgorio.

Maud sonrió y la condesa le guiñó el ojo. Abrió dos puertas de par en par y volvió la cabeza hacia ellas, sin quitar los brazos de las puertas para mantenerlas abiertas, firme y gloriosa guardiana del espacio que se abría más adelante.

—A ver, señorita Heighton, me parece que hoy en día hay tres tipos de pintores. Los que pintan lo que *quieren* ver, los que pintan lo que *creen* ver y los que pintan lo que *piensan* sobre lo que ven. ¿Usted a cuál pertenece?

Mientras Maud pensaba un poco, habló Sylvie.

—Es muy inteligente eso que dice, señora. ¿Lo ha leído en algún sitio?

—¡No creo! —dijo risueña—. ¡Como no fuera en una novela de Sherlock Holmes!

—Confío en pintar lo que *parece* que se ve —dijo Maud por fin, dubitativa.

—¡Ahí! Justo cuando la señorita Morel me estaba diciendo que lo mío era inteligente, usted ha creado una nueva categoría. No lo permito. La meteré en la categoría dos, que es la que se acerca más. Es mi preferida. Los primeros son demasiado bellos y los últimos piensan cosas horribles. Y ahora ¿qué me dice de esto?

Cogió a Maud del brazo, la llevó hasta el cuarto de estar y desde el centro le señaló un cuadro que había sobre la chimenea, una naturaleza muerta. Al principio era difícil ver el cuadro propiamente en esas condiciones, era demasiado pequeño para la habitación, unos cuarenta centímetros de lado y casi cuadrado. Mostraba una mesa tosca, de madera, con dos platos encima, uno con cerezas y el otro con melocotones, y un mantel arrugado. Pero la perspectiva estaba toda mal. Las cerezas estaban mirando al observador, y los melocotones, boca arriba. Los ángulos resultaban imposibles, torpes; la pincelada, extraña, acelerada, con sombras alteradas; colores extrañamente negruzcos, salvo los de las frutas; la fuente de luz, difícil de determinar. Y aun así, tenía un volumen, un peso muy tangible.

—Cézanne —dijo Maud.

—Ya —dijo la condesa, que estaba de pie junto a ella mirando también el cuadro—. Pero ¿qué piensa?

—Parece tosco, pero no dejaría de mirarlo si lo tuviera en casa.

La condesa aplaudió.

—¡Exacto! ¡Eso es exactamente lo que sentí! ¿Cómo puede ser tan transgresor y tan bello al mismo tiempo? —Se quedó mirándolo—. Poseo muchas obras, muchas muy bellas, señorita Heighton. Soy rica, como Creso, y me gusta gastar el dinero, pero si la casa se incendiara y la gente no corriera peligro, lo que vendría a rescatar es este extraño cuadro. ¿Raro, no? Hasta que lo compré, mi marido tenía aquí un retrato gigantesco de su madre. Fue como un acto de rebelión yanqui, el sustituirlo, quiero decir, pero cuando lo miras con detenimiento, todo esto... —hizo un recorrido con la mano, para referirse al palacio— ... parece desvanecerse. Creo que el conde se enfadó un poco, pero, ¿sabe qué?, ahora pienso que el cuadro es también lo que él salvaría del incendio.

—Nunca pintaré así —dijo Maud.

—¿Le gustaría, corazón? —preguntó la condesa.

Maud se detuvo a pensarlo y negó con la cabeza.

—A mí tampoco. El mundo solo necesita un Cézanne, y ya lo tenemos. Usted tiene que encontrar su camino. Pero tengo que ponerme como una loca a preparar cosas para el viaje. Los criados saben que está usted aquí, así que pásese libremente por la casa. Los cuadros de Degas están todos en la sala de tabaco. El conde y sus amigos creen que entienden mucho, pero cuando llega el momento, lo único que les gusta es mirar las piernas de las bailarinas, mientras están con sus puros. ¿Sabe que he tenido que fijarlos a la pared? El primer cuadro que compré de él, vino en persona y se lo llevó, porque decía que quería cambiar algo, y ¡no consigo que me lo devuelva! Siempre con su «mañana, mañana,

señora».

Maud empezó a pensar que la incursión al estudio del maestro no debió de ser exactamente como la contaba Yvette.

—Hay un Fantin-Latour, en mi vestidor también, que no debería perderse si le gustan los bodegones de fruta más clásicos. Bueno, eche una ojeada por donde quiera. Podemos acordar una visita como Dios manda cuando vuelva del Château de los Muertos, dentro de una semana, más o menos. Encantada de conocerla, señorita Morel.

Y se fue.



Maud disfrutó intensamente esas dos horas que estuvieron en casa de la condesa. Había tal profusión de lienzos... y cada uno le ofrecía una nueva revelación. Aquí había cuadros que no eran ni de la violenta crudeza de los que se exponían en casa de los Stein ni tampoco las recatadas escenas pastoriles del Salón. Y además estaba sola ante las láminas. En el Louvre, daba igual lo pronto que llegara o lo tarde que se fuera, las salas estaban siempre llenas. La misma gente que había visto en Père-Lachaise también estaba en el museo, con sus guías Baedeker o Ward Lock, contemplando detenidamente las pinturas, comparándolas con las borrosas reproducciones que les ofrecían las guías y leyendo en voz alta el párrafo correspondiente, antes de pasar a la siguiente. Intentaba no hacerles caso, intentaba convencerse de que estaba muy bien que esa gente tuviera la oportunidad de ver tales obras de arte, pero, también la exasperaba. Querría arrebatárselas las guías y pisoteárselas. «¡Dedíquese a *mirar!*!» —solía pensar—. «Eso es todo lo que hay que hacer. Párese un segundo y ¡mire!»

Las galerías privadas custodiaban bajo llave sus mejores cuadros, para espolear a sus clientes con obras prístinas, no holladas por las toscas miradas de los pobres, y ¿los Salones? Mera excusa para reunir hordas y confundir el gusto. En casa de madame de Civray, Maud disfrutaba a sus anchas. Era verdaderamente una colección ecléctica. Los impresionistas se batían con los simbolistas, y, en medio, la afable pincelada de Renoir. Había nombres que no conocía: Rousseau, Utrillo, que pintaba muros blancos y de algún modo les daba vida. Algunos le gustaban; otros la dejaban perpleja, pero todos reclamaban su atención. Si la condesa los elegía al azar, entonces tenía la suerte del enano. A Maud le habría encantado que estuviera allí Tanya. Cambiaría su opinión sobre los maliciosos rumores que corrían sobre madame de Civray, igual que lo había hecho Maud.

Sylvie anduvo deambulando con ella un rato, pero le interesaba más el tocador de la condesa que su arte. Empezó a coger tarritos de perfume y a leer las etiquetas con mucha calma, como si quisiera memorizarlas. Maud siguió y en una biblioteca del piso superior se encontró frente a un cuadro de Pissarro, un valle a pleno sol. Una mujer, el esbozo de una mujer, estaba de pie bajo unos árboles, con la mirada puesta fuera del cuadro. En la distancia se veían los tejados de un pueblo. Estaba todo tan perfectamente iluminado y tan vivo; el aire se movía, la mujer estaba a punto de echar a andar. Maud cerró los ojos y los volvió a abrir, intentando grabar aquella imagen en su mente, intentando fijar los distintos colores y las distintas pinceladas. Y todo esto con una paz inmensa. Nadie le tiraba del brazo. Nadie hablaba en alto detrás de ella. Podía alargar la mano y tocarlo...

Se abrió la puerta y Maud se sobresaltó. Era la condesa.

—Lo siento, querida. No deseo molestarla, pero quería que se llevara esto. —Le entregó una carpeta de cartón negro atada con una cinta. Maud la cogió—. Ábrala.

Maud la abrió. Contenía un montón de fotografías desordenadas precisamente de los cuadros que había estado admirando.

—¡Díos mío!

—Sí, ya sé que es muy amable de mi parte. ¡Ni lo mencione! ¡Feliz Navidad! Es solo que he pensado: Dios, ¿voy a darle a la chica un par de horas para que digiera todo esto y después la echo? Me parecía muy cruel. Las hicimos para el seguro, en verano, y he encargado copias.

—¿Está segura, señora? Se las puedo devolver.

—Yo siempre estoy segura, querida. Es una de mis muchas virtudes. Y guárdelas para contarlo a los cuatro vientos. Usted no me trata como si fuera imbécil, por eso la considero una de mis mejores amigas parisinas. Bueno, ¿y por dónde anda esa zangolotina amiga suya?

Maud se echó a reír.

—Supongo que estas cosas no le fascinan tanto como a mí.

—Peor para ella. En fin, tengo que irme a una prueba. Así que quédese cuanto le plazca y no se olvide de recogerla al salir. Deséeme suerte para el pavoroso *château*.

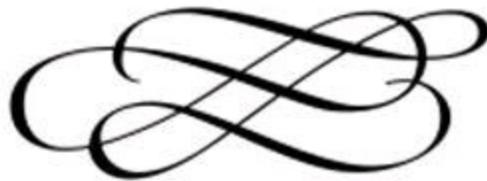
Maud apretó la carpeta contra su pecho. El corazón le vibraba de alegría; los cuadros le habían puesto de muy buen humor.

—Buena suerte y gracias. ¡Muchísimas gracias!

La condesa la despidió con un vago movimiento de mano.

—Un placer, querida.

Capítulo 14



El día de Nochebuena por la mañana los distintos estudios de la Academia organizaban una pequeña celebración. El propio Lafond iba de estudio en estudio, se tomaba un vaso de ponche con los estudiantes y aprovechaba para felicitarles las fiestas. Al taller femenino siempre iba temprano, porque un hombre tan pendiente de su reputación como él no iba a visitar a sus jóvenes damiselas después de tomarse el ponche con los varones. Pero incluso a las diez de la mañana Lafond se mostraba jovial y afable con todas ellas; ese día no tenía que juzgar sus obras ni ellas tenían que soportar lo que les pudiera decir. Las inundaba con su sonrisa a todas, con aquel fantástico bigote blanco, y les contaba que en este momento del año era cuando más disfrutaba viendo lo dichoso que era, la suerte que tenía de poder vivir una vejez privilegiada, con amigos y bienestar. Las estudiantes se sentían arrebatadas por su alegría: era como si el propio Papá Noel, con traje y corbata esta vez, y no con su vestimenta habitual, las honrara con su presencia.

Maud entregó a Tanya y a Yvette las tarjetas que les había hecho, sin mucha confianza, pero se puso contentísima al ver cómo se reían las dos al reconocerse.

—¡Ves de más, Maud! —dijo Tanya. Maud la había retratado en bata, con un lienzo bajo el brazo, huyendo de un Oso Ruso con sombrero de copa y monóculo—. Lo guardaré para siempre.

El retrato de Yvette la mostraba sentada en una fuente de la Place Pigalle frente a una cola de artistas en ciernes.

—¡Ojalá fuera así! —musitó Yvette al verlo—. Pero da igual, todas las chicas que tengan amigos ricos se irán de vacaciones estos días, así que tendré la fuente para mí sola.

Mademoiselle Claudette se puso un poco sentimental, y a medida que se iban yendo, les daba una tarjetita a cada una con la imagen del estudio impresa. Las clases volvían a empezar el 3 de enero de 1910.

Para Maud todo era distinto respecto al año pasado. Fue a Misa del Gallo con los Morel y por primera vez desde que era pequeña sintió ganas de rezar una oración de acción de gracias. Cuando volvieron al piso, los dos, hermano y hermana, festejaron mucho los regalos que les había hecho. Morel tocó canciones de cabaré al piano, aporreando el instrumento con más ilusión que pericia, para que Sylvie y Maud bailaran por la sala de estar. Maud había estrenado sus regalos: el de Morel, una bufanda de Worth, y el de Sylvie, un broche con forma de mariposa. Sylvie coqueteaba con su abanico y Morel lucía su nueva corbata junto a la que ya llevaba puesta. Maud se fue a la cama a las tres, dejando a Morel al piano, tocando canciones más suaves, y a Sylvie arrellanada en el sofá mirándolo. Tenía la mesita de noche tupida por un bosque de tarjetas navideñas, incluidas las de la

familia de su hermano, todas deseándole mucha suerte y mucho éxito. Mientras se dormía, pensó que no podía pedir nada más.



Comparado con el bullicio de las Navidades, los días siguientes discurrieron muy tranquilos. Sylvie la animaba a salir incluso por las mañanas y Maud se pasaba los días de museo en museo, aunque sin su cuaderno de dibujo, para empaparse realmente de las obras. Analizaba cuadros concretos y tenía unas ganas locas de experimentar, pero decidió no coger el caballete. Estaba de vacaciones, después de todo, y las vacaciones eran vacaciones. Paseaba por el Sena, viendo el humo que salía de las barcazas. Era como si se hubiera presentado de pronto la primavera, aunque el tiempo siguiera frío y húmedo.

El 30 de diciembre Maud se pasó la mañana en el Museo Carnavalet, ilustrándose de historias parisinas y disfrutando de las caricaturas de Jean-Pierre Dantan. Después de comer, salió con Sylvie a pasear por los jardines y estuvieron viendo a los estudiantes, que comían tortitas humeantes con sus modelos. Sylvie estaba muy afectuosa, pero parecía más hundida de lo normal. Maud no sabía si estaba de nuevo intentando dejar la pipa. Después estuvo leyendo en casa, muy a gusto, y aunque le agradó mucho, se sorprendió al ver que llegaba Morel, justo antes de la hora en que cenaban normalmente. Oyó que los hermanos hablaban entre sí, pero siguió en su habitación hasta que el camarero trajo la comida. Pensó que, como siempre, tendrían un rato de charla agradable los tres juntos, pero Morel estaba muy callado y reservado. Sylvie tampoco hablaba. Maud no sabía si es que habían recibido malas noticias de casa o si, peor, los negocios parisinos de Morel habían sufrido un revés y tenían que marcharse de inmediato. Se avergonzó al ver que su reacción ante la idea de que tuvieran que irse fuera puramente egoísta. Tendría que buscarse otra vez una pensión de mala muerte, con el mal tiempo que hacía, y, aunque con el dinero que ya le habían pagado podría llegar a primavera, no le llegaría para comodidades básicas. Necesitaba el salario de otro mes. Al ver cómo le sirvieron el plato y le llenaron la copa, sintió que todo eso se iba a acabar seguro. Comió y bebió con ansiedad, como un campesino en un banquete. Cuando ya no podía más, se sintió de pronto asqueada de sí misma: se había convertido en un animal por miedo a la pobreza. Tenía calor; la opípara comida le había dado sueño.

—¿Te importa si abrimos la ventana un momento, Sylvie? —dijo por fin.

—Ahora no, querida —respondió sin mirarla.

Morel se limpió la boca con la servilleta y se levantó de la mesa. Con una claridad meridiana, casi artificial, Maud vio que seguía teniendo los labios manchados de salsa. Morel se acercó a la cómoda y la abrió con una llave que se sacó del bolsillo del chaleco. Maud lo miraba fascinada, mientras lo veía coger una cajita a rayas, que luego le puso delante.

—¿Qué nos puede decir de esta caja, señorita Heighton?

Tenía un gesto tan serio, que a Maud le dio la risa.

—Sabe que nada. No la he visto nunca.

Morel dejó de mirarla para asomarse por la ventana.

—Ábrala, por favor.

Maud la abrió, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para alcanzarla. La cogió y levantó la tapadera de cartón.

—No entiendo. ¿Esto qué es? ¡Dios mío!

De la caja salió un destello de luz clara. Maud entrecerró los ojos para recuperar la visión y vio una diadema, hecha exclusivamente, al parecer, de aire y diamantes.

—Sáquela, por favor.

Así lo hizo. Pesaba menos de lo que suponía. Tenía una piedra central enorme, del tamaño de un huevo de paloma, rodeada de orlas enroscadas de piedras más pequeñas.

—No entiendo nada —volvió a decir, y se acercó para tocar la piedra del centro. Brillaba como los vasos de cristal que Morel tenía reservados para el whisky—. ¿Es tuya, Sylvie? ¡Dios santo! ¡No la habrás robado!

Sylvie lanzó una risa estentórea y se encendió un cigarrillo. Morel seguía mirando por la ventana mientras hablaba.

—Mi hermana la encontró en su habitación esta mañana, señorita Heighton. Es de madame de Civray.

—¿Cómo te atreviste, Maud? —dijo Sylvie.

Maud estaba realmente confundida. Hacía tanto calor en la habitación que sentía cómo le caía el sudor por la parte de atrás del cuello.

—¿Que cómo me atreví a qué, Sylvie? Deja de decir bobadas. No he visto esto en mi vida y seguro que *no* estaba en mi habitación esta mañana. Debe de ser una broma. Pero no tiene ninguna gracia.

Sylvie la miraba con una sonrisa apenada. Morel seguía en la ventana, de espaldas.

—Un momento de locura del que ahora se arrepiente, seguro —dijo.

Maud estaba demasiado sorprendida como para temerse algo malo, de momento.

—¿Están sugiriendo que lo he robado? No será verdad. Jamás se me ocurriría. Sylvie, tú traías un montón de paquetes. Debes de haberlo cogido sin darte cuenta.

Sylvie se volvió hacia Morel.

—La condesa deja todas sus cosas de valor por medio; la tentación debió de ser enorme. ¿No has notado lo abatida que ha estado Maud toda la semana, Christian? Distraída, preocupada. No ha hecho más que recorrer las calles de París ella sola.

—En los museos, querida —explicó Maud—. A ti no te gustan.

Sylvie continuó, como si no la oyera.

—No se llevaba ni el cuaderno. Creo que empezó antes de Navidades. Y, como sabes, Christian, era como si estuviera deseando que lo encontrara yo. Estaba encima de su cama, claramente a la vista.

Morel sonrió con tristeza, mirando a su hermana.

—Puede que el efecto del opio, como dicen algunos, haya quebrantado su sentido de la moral. No tiene perdón, Sylvie.

Maud intentaba sonreír, mirando alternativamente a uno y a otra.

—Sylvie, señor Morel, ya basta. No es nada agradable. Saben de sobra que estos días he estado más feliz de lo que nunca he sido. Déjenlo ya, por favor.

Como la cabeza le daba vueltas, apoyó la mano en la mesa. Notaba que los miembros le fallaban, que no eran suyos. Como si se le hubiera olvidado de cómo moverlos.

Sylvie suspiró.

—Los periódicos dan cuenta constantemente de este tipo de casos. Mujeres pobres que intentan ser

respetables pero caen en la tentación. Muy triste. ¿Cuánto tiempo llevas siendo víctima del opio, Maud?

Maud intentó hablar con firmeza, pero se le había secado la boca y le salió una voz más baja y espesa de lo normal.

—Nunca he probado esa droga, como bien saben.

—Venga, Maud, no lo niegues. A mí me había parecido oler algo raro, pero no tenía ni idea hasta que, después de encontrar la diadema, miré debajo de tu cama.

—Ahí no hay nada. Estás diciendo cosas absurdas.

—Ya, pues sí hay.

Maud iba a despertar de un momento a otro. ¿No parecía todo un sueño? El cuerpo, sin querer obedecerla, la visión, borrosa. Se puso de pie. Debajo de su cama no había nada. Se lo demostraría y aquí paz y después gloria. Tuvo que ir con la mano apoyada en la pared del pasillo para no caerse por el camino. Los Morel iban detrás. Le parecía oír los suspiros compasivos de Sylvie al ver cómo se tambaleaba. Abrió la puerta de su habitación de par en par y se arrodilló junto a la cama, estiró el brazo y notó algo. Una bandeja. Con dedos poco ágiles, la sacó. Debía de haberla metido allí Sylvie para gastarle una broma. Parte de su estúpido jueguito. A veces era como una niña. Se dio cuenta de que estaba hablando en alto, pero las palabras salían de su boca muy borrosas, grotescas. Consiguió sacar la bandeja de debajo de la cama. No tenía el esmaltado de la de Sylvie; era una fuente de metal dentado como las que utilizan en muchos de esos restaurantes andrajosos. Sobre ella había una lamparilla de latón barato, una pipa de bambú y un cuenco de loza de la forma y el tamaño de un pomo. Agarró la bandeja, confundida y perdida en medio de una niebla densa que aturdía sus brazos y le impedía levantarla. El mundo empezó a parecerle algo muy lejano.

—Esto no es mío.

Sylvie y Christian habían entrado en la habitación detrás de ella y estaban de pie justo delante de la ventana, con gesto reservado y triste, mirando a Maud como si fuera un reptil exótico y repulsivo. Una pareja elegante asistiendo a un espectáculo circense. Maud veía el libro de Ruskin que había estado leyendo, allí, abierto junto a la butaca de la ventana.

—Sylvie, ¿viste si llevaba algo cuando salisteis de casa de madame de Civray?

Sylvie descansó el peso del cuerpo sobre una cadera.

—Sí que llevaba algo. Y parecía muy entusiasmada.

—Tú llevabas cajas, esa caja. ¡Y yo te cogí algunas, pero lo único que saqué de aquella casa fue la carpeta! ¡Las fotografías!

Las palabras apenas le salían a trompicones y no estaba segura de si estaba hablando en inglés o en francés. En ese momento se le ocurrió que era importante que vieran las fotos. Si se las enseñaba, lo entenderían todo. Y pararían todo esto. Se medio arrastró hacia ellos, para llegar a la mesita, a la izquierda de la puerta, donde estaba la carpeta, pero sus manos no le respondieron. Se cayó, tirando las fotos por el suelo. Ni Sylvie ni Christian movieron un dedo para ayudarla.

—Pobre Maud —oyó que decía Sylvie.

Lo último que recordaba es que Sylvie pasó por encima de ella para salir de la habitación.



Llevaba puesto su abrigo largo y un sombrero de ala ancha. Las piernas aún no la sostenían, pero alguien estaba intentando sujetarla. El aire era helador y olía a tabaco y a coñac. Era un hombre, la sostenía un hombre. Intentó empujarlo, pero las manos apenas se movieron. Lo vio. ¿Por qué no te mueves, mano?, pensó. Debe de ser parte del mismo sueño. Notó que el hombre la sujetaba con más fuerza, que la ponían de puntillas y después la dejaron caer de nuevo. Se acercaba alguien. Los pasos retumbaban como si avanzaran por un largo pasillo de piedra.

—¿Todo bien? —dijo una voz de hombre que no conocía.

—Sí, estupendo. La mujer, que bebió demasiado. El cumpleaños de su hermana.

Ahora era la voz de Morel, solo que hablaba raro, como un obrero más que como un señor. ¿Por qué estaba ella ahí con Morel? Sonaba algo más. Agua, fluir de agua. No importaba, era un sueño. Un sueño raro.

—Vaya, mañana por la noche, con un poco de suerte, todos estaremos igual. ¿Necesita ayuda para llevarla a casa?

—No, vamos a descansar aquí un poco y luego es aquí a la vuelta. El matrimonio, ¿eh?

—¡Ya ve! —respondió el hombre riéndose—. ¡Feliz Año Nuevo!

Maud oyó que los pasos se alejaban.

—¿Todo bien, mi conejito? ¿Dulce ratoncito mío? Vaya, estás despertándote. No será por mucho tiempo.

Morel la sostenía con la cabeza levantada, y con el otro brazo la tenía sujeta por la cintura. Tenía la cara tan cerca de la suya que notaba el roce de sus pestañas, suaves como los pinceles de marta. La luz venía de arriba y de muy lejos. Sintió que tenía un muro de piedra a la espalda y sobre la cabeza de él vio la limpia fachada del Louvre. A lo lejos, las luces del dique brillaban como estrellas, con un aura azulada. La tuvo apretada contra su cuerpo durante lo que le pareció una eternidad. Ningún hombre antes la había tenido así agarrada, tan estrechamente. Después Morel miró a izquierda y derecha. Silencio absoluto. No sabía que París pudiera ser tan silencioso, tan lleno de sombras. Oyó que alguien iba silbando por el Ponts des Arts, justo encima de donde estaban. ¡Ah!, estaban ahí, en el muelle, bajo ese hermoso puente, donde no había tráfico de coches ni de carruajes. Veía las lacerías de las balaustradas. El silbido se fue alejando y volvió el silencio; ahora solo se oía el repicar del agua y el balanceo de los barcos atracados en la orilla. Ninguno tenía luz.

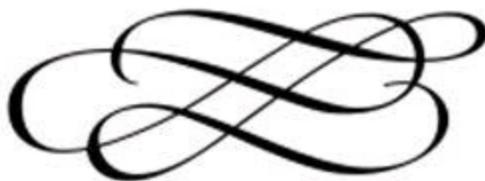
—¡Hora de irse, señorita Heighton!

Morel la llevó medio en volandas, medio a rastras, unos cuantos metros. Sus zapatos iban rozando los adoquines del pavimento. Le notaba el cuerpo ardiendo. Y de pronto se vio con el pie izquierdo flotando en el aire, sin sostén alguno, al borde del agua. Algo en ella le hizo ver todo claro y sintió pánico. Intentó pelear con él, pero la debilidad la invadía. De repente la soltó y, dándole un golpe en el estómago, a medio camino entre un empujón y un puñetazo, la lanzó de espaldas al vacío. Demasiado rápido. Así no podía ser. Solo al caer se dio cuenta realmente de que estaba despierta, de que aquello le estaba pasando de verdad. Cayó al agua como si hubiera traspasado un cristal; las aguas la devoraron, blancas y heladoras, lanzando al aire un surtidor de espuma. Después no hubo más que frío y oscuridad cuando el río la cubrió del todo.

SEGUNDA PARTE



Capítulo 1



31 de diciembre de 1909

Después de preguntar por todos lados para saber quién iba a estar dónde en Nochevieja, las tías informaron a Tanya de que habían aceptado la invitación del embajador sueco y que cenarían con él en el Bal Tabarin de Montmartre. A Tanya le sorprendió hasta que se enteró de que Perov era muy amigo del embajador y que sus tías querían que se pusiera lo más guapa posible. No sabía por qué, pero tenía el desagradable presentimiento de que Perov esa noche iba a proponerle matrimonio. Medio presa del pánico, mandó a Shasha a la oficina de correos y estuvo muy antipática con su doncella francesa, que quería arreglarle el pelo con unos aderezos de la última colección de Lalique.

Mientras iban en el coche, veían las calles engalanadas de fiesta. De los cafés salía todo tipo de música y luces, los edificios estaban iluminados y había mucha gente, yendo de un lado a otro. Se bajaron del coche cuando daban las diez. Tanya estaba nerviosa, pensando que llegaban demasiado pronto, pero ya había allí una buena procesión de damas y caballeros entrando en el local; el gran salón estaba a rebosar, con la gente disfrutando del animado sonido del cancán. Las paredes, la balconada y el techo estaban adornados con enormes guirnaldas de flores, los músicos sudaban, afanados en su tarea, y el salón aparecía deslumbrante, con luces eléctricas de colores. Para llegar a la larguísima mesa en que estaba el embajador hablando con un grupo de personas, tuvieron que pasar por el centro de la sala, donde había unas chicas con sombrero y tacones altísimos que bailaban levantando mucho las piernas y enseñando los pololos que llevaban debajo de los miriñaques, blancos como la nieve. La tía Vera se puso los impertinentes al ver cómo una de las bailarinas le quitaba el sombrero a un señor que se había acercado demasiado y lo lanzaba con picardía a la zona en que estaban los comensales, que reían la broma. Tanya se detuvo para ver si a Vera le parecía todo aquello demasiado escandaloso y quería irse, pero la tía se echó a reír, observando divertida lo que tenía que hacer aquel hombre para recuperar su sombrero por debajo de las mesas.

A Tanya se le cayó el alma a los pies. Estaba segura de que Perov iba a declarársele hoy y que se lo había dicho a sus tías. Las serpentinas caían por la balconada como una auténtica cascada, grana y esmeralda. «Tengo que decirles que me den tiempo para pensar», discurrió Tanya. Del techo colgaban unos aros enormes con motivos de Año Nuevo. Había flores de papel, maquetas de aviones, pitilleras de cartón y cajas de cerillas en las que ponía *1910*. Intentó fijarse más en la gente, pero no vio a nadie conocido. Estaba tan abstraída mirando caras que apenas se dio cuenta de dónde la

sentaban, pero de pronto se vio al lado de un caballero de su edad, de barbilla particularmente pronunciada. Como a su izquierda no tenía a nadie, temía que en cualquier momento llegara Perov y se le instalara allí, pero lo vio al otro lado de la mesa, sentado entre sus dos tías, con cara de engreído.

El joven que tenía a su derecha era delgadísimo y le dijo que era escritor. Llevaba un monóculo incrustado en el ojo derecho, que al parecer se le ensuciaba constantemente. Miró hacia donde estaban Vera y Lila. Las tías de Tanya habían decidido, como siempre, ponerse unos vestidos de seda de colores vistosos, de los que se llevaban cuando eran jóvenes, y habían insistido en que los desesperados gurús de la moda de rue Royale les añadieran unas mangas de farol y una cinturilla ajustada. Más bien fue Vera la que insistió. Lila se reía de ella y después se ponía lo que le dijeran, tan contenta. Lo lógico es que hubieran hecho el ridículo, pero, desde que llegaron, las dos señoras se vieron rodeadas por una serie de jóvenes caballeros impecablemente vestidos de etiqueta que se peleaban por tener el honor de traerles champán y mousse de frambuesa. Tanya sabía que lo que pretendían era provocar a las tías para que soltaran alguna frase sorprendente y divertirse riéndose de ellas, y no le cabía duda de que lo conseguirían.

—¡Son el no va más de la temporada, esos vejestorios rusos! —comentó el escritor—. Eso demuestra lo saturados que estamos en París, si lo que se llevan son tales... novedades...

Tanya cogió una copa de champán que le ofrecía el camarero por detrás y miró al escritor fríamente.

—Está usted hablando de mis tías, caballero. Vera Sergejevna es una señora viuda, no un vejestorio.

Aquello no pareció frenarle nada.

—¡Ah, entonces usted es la artista a la que hay que agradecerle que las tengamos aquí! ¿Es verdad que se pasa las mañanas en un ático trabajando intensamente y que rechaza cualquier invitación que la distraiga de sus obligaciones?

—Hay muchas razones por las que rechazo invitaciones. Acudo a las clases del señor Lafond, y, como me vine a París solo por eso, ¿qué otra cosa cree usted que iba a hacer por las mañanas?

Puso un gesto que mostraba cierta contrariedad.

—¡Puf, se va a echar a perder! Deje el arte y la ciencia para los hombres. En nuestros genes está innovar, adentrarnos en nuevos mundos, mientras las mujeres nos apoyan y nos inspiran. No se convierta en una criatura a medias, queriendo pintar. Está en París, ¡el sitio donde tendría que aprender a ser mujer! A encandilarnos, a instigarnos, a hacernos volar hasta lo más alto. Usted es la obra de arte, querida. Abandone sus clases antes de que se le desvanezca la belleza y se le disipe el encanto.

—¿Y a qué alturas ha llegado *usted*, inspirado por criaturas de mi sexo, caballero?

—He conseguido cosas, aunque no hay que esperar que el vulgo aplauda el verdadero arte.

Volvió a limpiar el monóculo insistentemente durante unos segundos y continuó.

—Entonces debe admirar la genialidad de George Sand —dijo Tanya.

—Naturalmente, pero claro, ella confirma mi argumento. —Para corroborarlo, lanzó el dedo índice hacia delante con tal fuerza que el monóculo se le salió del ojo y se le quedó colgado del cordón; estaba tan encantado explicando su tesis, que ni se inmutó—. Sand no era realmente una mujer, sino una mezcla híbrida. Su genialidad *demuestra* que no era una mujer, sino una hermafrodita. ¡Y hay que verla! Espantosamente extraña. Tanta actividad intelectual termina por machacar el encanto femenino, como el que tiene usted, por ejemplo; el cerebro femenino se sobrecalienta y pierde su frescura, esa frivolidad tan atractiva. —Sonrió afablemente—. A ver,

señorita Koltsova, estoy seguro de que usted está de acuerdo conmigo.

—Pues no. Pero como para usted soy a lo sumo un ser semicapacitado, seguro que mi opinión no le interesa en absoluto.

Mientras hablaba, vio que un caballero venía a sentarse a su izquierda.

—Gustave —dijo en francés con acento americano—. Así, fijo que conviertes a todas las chicas en sufragistas. Dios, llevo escuchándote diez segundos y ya me han entrado ganas de darle un capón a un guardia para mostrar mi solidaridad.

Tanya se volvió hacia él, notando al tiempo que la sala de baile se había iluminado más, con lo que resultaba aún más cálida.

—¡Señor Allardyce! No sabía que estuviera en el círculo del embajador.

—Ni yo; ni el embajador, hasta hace una hora, señorita Koltsova. Pero de repente me entraron unas terribles ganas de cambiar los planes que tenía para la noche. Pero, dígame, ¿se ha dado ya una vuelta por el salón? Hay miles de lamparitas y de gente elegante que ver. Eso seguro que sí apetece a su capricho femenino, ¿me equivoco?

Sonrió, mientras tomaba un sorbito de champán.

—Probablemente.

—Perfecto. Entonces levántese conmigo discretamente y tenga cuidado, no la vayan a ver sus tías. Estoy bastante seguro de que, si no, le conminarían a quedarse sentada donde está.

Tanya se puso de pie con mucha distinción, pero sin mirar a su alrededor. Él la condujo hasta la pista de baile para ver a las bailarinas.

—Bueno, aquí estoy. ¿Qué hay que hacer? —Hablaban en inglés, con voz seca y cansada.

Tanya se fijó en los ojos del director de orquesta. Se agachaba y daba pequeños saltitos mientras dirigía a los músicos, dándoles pertinentes indicaciones con ademanes extravagantes.

—No hay que hacer nada. No pretendía hacerle creer que pasara nada.

Su acompañante arqueó una ceja.

—Pues me lo parecía. Lo siento, señorita Koltsova. He estado trabajando mucho y por eso hablo con más claridad de lo normal. ¿Qué quiere de mí? Llevo un mes persiguiéndola por la ciudad, intentando resultar agradable y esquivando a sus tías. ¿Sabe una cosa? En todo este tiempo creo que no la he visto nunca con el mismo vestido.

—Paul... —susurró Tanya. Él se controló y desvió la mirada hacia las bailarinas. Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre, pero lo hacía con tanto miedo, con tanta tristeza... Siguió mirando el espectáculo y las luces hasta que lo invadió una oscura amargura.

—Entonces es cierto. Pero va a pedirle que se case con él. Ya lo había oído. ¿Me ha hecho venir para que le haga una contraoferta? —Tanya tenía los ojos ardiendo—. Lo siento, señorita, pero no puedo hacérsela, aunque ha sido muy amable al brindarme la oportunidad. Tengo solo lo que gano, así que si suponía que atesoraba por ahí acciones del ferrocarril, se equivoca.

El director de la orquesta daba saltos y movía la batuta en el aire, al compás de las bailarinas de canción. Allardyce miró a Tanya en ese momento con ojos de diablo.

—Monstruo, salvaje... —Ella mantenía la mirada al frente, con una educada sonrisa en los labios, como si estuviera disfrutando de una amable conversación con alguien conocido—. Si eso es lo que piensa de mí, ¿a qué ha venido? Incluso si fuera tan boba como para casarme con usted, usted no me querría, ¿no?, sin... todo esto. —En ese momento, y sin quitarse el guante, se llevó la mano a los pendientes de brillantes que lucía en las orejas y al collar de perlas y brillantes del cuello—. A usted le gusta el dinero más que a cualquiera de estos millonarios. Y si no me cambiara de vestido todos los días, no me habría seguido durante tanto tiempo.

—La llevaría conmigo aunque vistiera harapos —dijo sin apenas mover los labios—, pero ¿cómo iba a vivir tranquilo pensando en lo que usted habría podido disfrutar en la vida? Para usted soy ya un fracasado, justo cuando empiezo a abrirme camino. Nunca conseguiría mantener su estilo de...

—¡Estese conmigo! —le susurró Tanya mirándolo cara a cara—. ¿Acaso soy un perro, un caballo? Ofrézcame su brazo y su sonrisa, cretino, y ahora lléveme a la mesa donde sigue su amigo Gustave. Al menos él reconoce con sinceridad que desprecia a las mujeres.

La cogió del brazo y regresó con ella a la mesa, furioso por dentro pero constatando que, aunque le habían herido en lo más profundo, tampoco él tenía razón.

Como no podía irse, se sentó allí, hundido en la miseria, bebiéndose todas las copas de champán que le ofrecían y teniendo que aguantar a Tanya durante una hora hablando con Gustave y explotando sus encantos femeninos. Entonces vio que los aros de los que colgaban los recuerdos de Año Nuevo empezaban a descender poco a poco, hasta un punto en que los caballeros podían golpearlos con los bastones y conseguir sus obsequios. Echó la silla para atrás muy escandalosamente y se metió en el tumulto. Volvió al poco rato con la cara sofocada y el pelo totalmente revuelto.

Tanya lo miró sorprendida. Él la saludó formalmente con una reverencia y le ofreció su regalo. Era una modesta pitillera de cartón con el membrete del Bal Tabarin y ribeteada con cuentas de cristal, bastante mal pegadas. Tanya la aceptó un tanto titubeante y después se echó a reír. Se le iluminaron sus ojos oscuros y la estrechó contra su pecho.

—Señor Allardyce, la cuidaré como un tesoro.

Allardyce se sentó, sintiendo un halo de satisfacción por dentro que le nacía en el estómago y le salía por las yemas de los dedos. Tanya se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Voy a pedir tiempo. —La calidez de aquel halo que sentía se tornó fría y cenicienta.

—Puede darnos el día del juicio —susurró él para sí.

—¿Cómo?

Iba a explicárselo, pero en ese momento Tanya se irguió y empezó a mirar por la sala, como si fuera una perra de caza al olor de una presa.

—¡Anda! ¿No es aquella madame de Civray? ¿Sabe quién le digo? Una amiga me ha hablado de ella y me encantaría conocerla.

Estaba tan entusiasmada que casi taladra el mantel de las palmaditas que estaba dando en la mesa.

—Sí, claro —dijo Paul—. A veces me invita a sus reuniones en casa, porque de vez en cuando escribo sobre lo que pasa en París en los periódicos de su padre. No es que sean muy exclusivas las reuniones. ¿Quiere que se la presente?

—¡Por favor! —y al instante Paul ya le estaba ofreciendo su brazo.

Al ver que antes de levantarse Tanya guardaba la pitillera en su bolsito de noche, le invadieron tantas emociones, que se sintió el hombre más feliz del mundo. La fue llevando por entre el gentío y poco a poco consiguió que les hicieran hueco en el círculo de personas que hablaban con la condesa. En cuanto ella le hizo un gesto de saludo con la cabeza, Paul aprovechó para presentarle a Tanya.

—Encantada de conocerla —dijo Tanya haciendo una ligera reverencia—. Mi amiga Maud Heighton me comentó lo amable que había sido con ella invitándole a su casa para enseñarle su colección de pintura. Está encantadísima con las fotografías y ha prometido llevarlas al estudio después de las fiestas.

El efecto de esta breve conversación no fue el que esperaban ni Tanya ni Paul. La condesa perdió la galante sonrisa que lucía y palideció de pronto.

—Entonces no sabe nada —dijo, mirando a los amigos que la rodeaban—. Tienen que excusarme, queridos. Debo hablar con esta joven. —Tomó a Tanya del brazo y, cruzando todo el salón, la llevó

a un apartado que había detrás de la orquesta—. Sentémonos aquí un momento, cariño.

Paul se sentía un tanto agraviado. Siguió a las damas con discreción, pero sin perderlas de vista, observándolas a distancia, a través del coro de bailarinas. Como estaban a punto de dar las doce, los bailes se iban animando. Por todos los ángulos del salón había gente riéndose a carcajadas, y tenía que forzarse para mirar por entre el vaivén de cabezas de los asistentes. A Tanya, que tenía la cara vuelta hacia él, se le borró la sonrisa y le cambió el semblante, como si de pronto le hubieran dado una mala noticia. Se llevó la mano a la boca y movía la cabeza insistentemente. La condesa de Civray la tenía cogida de la mano y parecía hablarle con premura. La señorita Koltsova retiró la mano y se echó hacia delante, tapándose la cara. La condesa miró por la sala y captó su atención. Paul se abrió camino por entre la gente en dirección a ellas. Miró con impotencia el tembloroso sollozo de la señorita Koltsova.

—¡Allardyce, bendito seas! ¿Te importa avisar a las tías de la señorita Koltsova y decirles que su sobrina no se encuentra bien? Después habla con el señor Guyot, que está detrás de ese mostrador. Que traigan el coche de las señoras inmediatamente, a la entrada de atrás. Vamos, date prisa, sé buen chico.

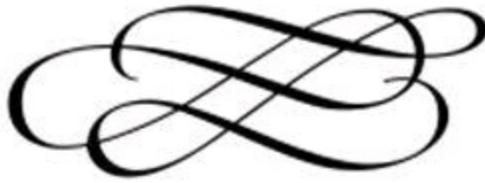
Allardyce hizo lo que le decían, condujo a las tías al apartado que había detrás de la orquesta y organizó lo del coche. Después se acordó del bolso de noche de Tanya y cruzó la sala para recogerlo. Cuando volvió, Tanya ya estaba yéndose. Le cogió el bolso, y mientras le estaba dando las gracias un tanto distraídamente, él intentó estrecharle la mano entre las suyas. Tanya tenía los ojos rojos, pero, antes de que pudiera preguntar nada, ni saber si la joven respondía a su afecto, la más temible de las tías se puso por medio y cerró la puerta del coche. Allardyce tuvo que ser muy hábil para no quedarse sin brazo. Se volvió a la sala de baile, antes de que también Guyot le cerrara la puerta, y buscó a la condesa.

—Señora, ¿qué...?

La condesa negó con la cabeza, señalando hacia arriba. El antropoide que dirigía la orquesta estaba asomado al balcón con una pistola en cada mano y los brazos en alto. En ese momento se apagaron las luces y en plena oscuridad se oyeron doce disparos, que lanzaron unos destellos amortiguados. La gente a coro iba contando: ¡«... diez, once, doce!»». Al dar el último, la sala estalló en un clamor general y volvieron a encenderse las luces. Por entre las guirnaldas de flores que coronaban el techo cayeron tiras de bombillas malvas y amarillas. La orquesta estalló en una fanfarria de trompetas y toda la sala se llenó de fiesta. Mientras desde la balconada lanzaban otra cascada de cintas de colores, se abrieron las puertas de atrás para dar paso a una procesión de mujeres bellísimas, que recorrieron la sala, subidas en unas plataformas acarreadas por hombres vestidos de esclavos romanos. En la cabeza las mujeres llevaban una bandera con enormes letras rojas en las que se leía: *amor, belleza, paz*, y como colofón salió una chica en un decorado espléndido, bajo un arco cubierto de rosas de papel, que ponía *1910*.

A Paul le llovieron confetis por los hombros. La condesa había desaparecido entre la multitud y el baile volvía a empezar, más pícaro que antes. Paul se apoyó en una columna que tenía detrás, en plena excitación y muy confundido. Desde algún sitio le lanzaron una serpentina roja; sin saber lo que hacía, la enrolló y se la guardó en el bolsillo de la solapa.

Capítulo 2



1 de enero de 1910

Tanya fue despertando poco a poco al ver que entraba luz por la ventana y que se oían ruidos por la habitación. Sasha, su vieja doncella, andaba por allí, recogiendo la ropa y los libros que Tanya había dejado revueltos por el suelo. Como siempre, lo primero que pensó fue: estoy en París, y por un instante se sintió feliz. Pero enseguida le volvieron los recuerdos de la noche anterior. Veía el rostro de la condesa y recordaba sus palabras, que Maud era una ladrona y que estaba muerta. Tanya cerró con fuerza los ojos. Sentía que le hervía la sangre y que se le acumulaba en la garganta, como si se fuera a ahogar. Lo había hecho tan bien, había ido con Maud a ver a la señorita Harris, la había visto tan bien colocada en casa de los Morel y, sobre todo, estaba convencida, *convencida*, de que a Maud le caía bien y de que eran amigas. Se acordó de la tarjeta que le había hecho, y de cuando ella la pintó ante el caballete... y de lo que su amiga se rió, con aquella risa franca, al verlo.

Tanya nunca sabía si las francesas que conocía eran sus amigas o no. La trataban como a una cría, se reían de ella por ir a clase cuando podía quedarse durmiendo o ir de compras, se pasaban notitas maliciosas entre ellas y se desesperaban cada vez que les contaba que había rechazado una invitación para asistir a las charlas de anatomía que daban por la tarde. Siempre que sus tías la llevaban, obligada, a tomar café a las distinguidas reuniones en casa de alguien, las anfitrionas empezaban a hacer bromitas desagradables, a decir que tuviera cuidado de no mancharles la tapicería de pintura, y eso que siempre iba mejor vestida que todas ellas. Las tías no le permitían ir a casa de sus compañeras de clase, ni invitarlas a la suya. Ni siquiera Francesca, que tenía al marido en la embajada alemana, podía ir a cenar con ellas. Al parecer el embajador, un hombretón enorme que siempre tenía aspecto de aburrido, era primo tercero suyo, con lo que invitar a casa a la esposa de uno de sus subalternos, cuando él solo había estado allí dos veces, representaba una falta de consideración horrorosa e imperdonable. Las cosas tenían sus reglas. Ya tuvo bastantes problemas el día que invitó a Maud, pero como no se trataba de una visita formal y Maud les pareció sumamente educada, lo dejaron pasar. ¿Habría estado demasiado enfrascada en sus cosas, en lo que le gustaba Allardyce, en lo que le angustiaba que Perov le pidiera la mano, como para no darse cuenta de que Maud corría peligro, que necesitaba ayuda? Parecía tan contenta y tan serena. Eso sí, cuando le contó lo agobiada que estaba por tener que casarse con alguien de dinero, Maud no le había hecho demasiado caso. Pero Tanya supuso que eso era la famosa flema británica, algo de lo que ella misma tendría que aprender si quería ser más fuerte. Aunque a lo mejor eran celos, después de todo.

A Tanya le encantaba París, pero sentía que la tenían recluida en un rinconcito mínimo, muy controlada, y había estado maquinando la manera de romper un poco esas cadenas de terciopelo que la retenían. En algún lugar de su alma confiaba en que si pasaba más tiempo entre gente que tenía que trabajar para vivir, hombres y mujeres pragmáticos que no se dedicaban solo a divertirse, o a estar pendientes de la moda, podría de algún modo parecerse a ellos. Maud era un ejemplo. Era tan íntegra, tan correcta, tan trabajadora, nadie podría pensar que fuera una mala compañía; al contrario, intentaba ganarse la vida cuando terminaba las clases. Desde que se trasladó a vivir a rue de Seine, Tanya no había dejado de mencionársela a sus tías, contándoles una y otra vez la misma mentira de que tenía parientes aristócratas, aunque suavizándola un poco. ¿A que los Morel habían sido muy listos al elegir a esta compañera tan joven y tan respetable para Sylvie? ¿A que tenían suerte de poder practicar el inglés con ella? ¿A que a la señorita Heighton le iba a resultar muy duro volver a meterse en una pensión, por respetable que fuera, después de vivir tan a gusto en casa de los Morel, cuando estos se fueran?

Tanya plegaba las sábanas de seda con todas sus fuerzas. Maud lo había estropeado todo. Se había dado al opio. Pero ¿cómo pudo llegar tan lejos sin que ella se diera cuenta de nada? Había visto el hambre que pasaba Maud, las esperanzas que albergaba aquel día, en el Parc Monceau, cuánto deseaba la comodidad que le ofrecían en rue de Seine. Debía de atormentarle la idea de que iba a perderla de nuevo y entonces, justo en Navidad, cuando París se convierte en un escaparate de joyas y luces, al alcance de los que tienen dinero en el bolsillo, esa boba americana, esa mema se deja los brillantes por el medio. Si Tanya le hubiera contado a Maud los planes que tenía, que se fuera a vivir con ella y sus tías cuando los Morel se marcharan para que la protegiera de los gatitos guardianes, para que la ayudara a montarse una vida independiente, para reírse juntas de las *mesdames*, si le hubiera dicho «Maud, tengo un plan, ayúdame», entonces ya podría haber dejado la condesa fajos de billetes frescos por donde quisiera que a Maud no se le habría pasado por la cabeza tocarlos. Pero no le había dicho nada, por no defraudarla, y ahora Maud ya no estaba, y todo se había estropeado. Tenía la culpa. Se llevó las rodillas al pecho y empezó a sollozar.

—Anda, ¿estás despierta, pequeña? Siéntate bien y tómate el té como las niñas buenas. He procurado distraerlas, pero tus tías están ahí ronroneando en la puerta. Puede que sirviera para algo desmayarte anoche, pero hoy eso ya no va a funcionar.

Sasha le ayudó a colocarse bien las almohadas y le pasó una taza de té. La taza empezó a bailar en el plato en cuanto se lo dio. Tanya seguía temblando y sollozando. Sasha se sentó a su lado y le cogió la barbilla con la mano.

—¡Vamos, vamos, chiquitina! ¡Deja de llorar! ¿Estás mala? —Tanya negó con la cabeza—. ¿Hay alguien que te haya hecho daño? —Tampoco—. Alguna mala noticia, entonces, digo yo, pero ¿a quién conoces tú en París que te haga llorar tanto? No será alguno de esos lerdos que te sacan a bailar cuando estarías mucho mejor en casa; me apuesto lo que sea, y tengo bastante. ¿Se te declaró Perov? ¿Te asustó?

—No, no, que no es... nada de eso.

Llamaron a la puerta.

—¿Está despierta, Sasha?

—Aquí están. Y ahora, ten cuidado de lo que dices. No montes ningún escándalo, ni digas que estás mala, y no te pongas nerviosa. Vera Sergeyneva quería escribir a tu padre esta mañana para decirle que volvías a casa ya, pero yo había escondido el tintero.

Tanya asintió con un gesto de cabeza y se preparó lo mejor que pudo para el descabello.

—¿Estás mala? —preguntó Vera Sergeyneva sin ni siquiera haber llegado a la cama. Y sin esperar

que nadie respondiera, se volvió hacia Lila y le espetó—: ¡Sabía que esto era una equivocación!, ¡ya se lo dije a Sergei! ¡Se lo dije! «Sergei, hermano, la niña es muy frágil»; se lo dije, «¡no la mandes a París! No va a aguantar». Y ¿ves? Tenía razón.

Lila Ivanovna le puso la mano en la frente.

—Fiebre no tiene. ¿Estará triste por algo? ¿Te ha hecho daño alguien, Tanya?

Lila tenía un tono más dulce. Fue la primera que la animó a coger un lápiz. Si estuviera sola con Tanya, habría compartido todos sus secretos, aunque nadie sabe lo que habría hecho con ellos. Tanya negó con la cabeza.

—El pobre Mijail Pavlovich estaba tan disgustado cuando nos fuimos —seguía Vera—. Pero ¿quién puede culparle por no querer casarse con una neurasténica, que le impida disfrutar con tanta histeria y tanto arrebató? —Tanya apretó los dientes—. Tu padre se va a disgustar mucho, también. A lo mejor deberíamos mandarte de vuelta a San Petersburgo. Si te dedicas a ahuyentar al único hombre interesante que hay en París con tus tonterías, entonces tendrás que buscar marido allí. — Tanya seguía con la cabeza agachada, viendo lo arrugadas que tenían las sábanas. Se hizo una pausa y después Vera siguió con ese aire de visionaria que tenía hoy—. El ron Saint James.

Tanya se sorprendió tanto, que la miró. Vera estaba de pie, toda oronda, con los brazos en jarras.

—Perdón ¿tía Vera?

—Será que no lo has probado, ¿no, bobalicona? —Tanya bajó los ojos—. ¡Es que eres boba, completamente boba! Me lo recomendó el propio señor Claretie. Y lo que me choca es que no te desmayes todos los días. Aunque debo decir que mi prima y yo no nos tendríamos de pie si no fuera por ese ron.

—Eso desde luego, Vera —dijo Lila. Y en ese instante a Tanya le pareció reconocer un esbozo de sonrisa en sus labios.

Vera repiqueteaba en el suelo con la zapatilla, tenía el ceño fruncido y la mirada fija en la moldura del rincón.

A lo mejor si le hacemos ver al señor Perov que ha sido un incidente anómalo, fuera de lo habitual... Los excesos de la dieta navideña, que uno ni se da cuenta. A los hombres les gustan las mujeres de gustos refinados, siempre que no les causen demasiados problemas. Los hace ser más galantes. —Suspiró muy llamativamente—. Como tienes que quedarte en la cama el día entero, supongo que nos tocará a nosotras hacer toda la ronda de visitas para felicitar el año nuevo a la gente. Y las doncellas, todas pidiendo propina. Es que no tienes cabeza.

—Siento haber sido tan tonta —susurró Tanya—. Y haberos estropeado el baile de anoche.

—No, si no me estoy quejando por *mí*, querida —dijo Vera lanzando el brazo al aire, como si estuviera recitando a Racine—. Los bailes y el champán a mí no me interesan *nada*. Pero a tu pobre tía Lila, como a ella no la educaron con tantos lujos, tus caprichos sí le han privado de un placer único. —Tanya no dijo nada y bajó los ojos en actitud sumisa. Vera Sergejevna volvió a suspirar—. Bueno, supongo que será mejor que nos vayamos. Para que no digan que estamos muy preocupadas por tu salud, y además así nos disculpamos ante Perov por habernos ido sin despedirnos y sin deseárselo feliz año. Si no hubieras hablado tanto con ese americano. —A Tanya se le encogió el corazón. Estaba indignada—. Allardyce. Te ha mandado rosas por la mañana. ¡Bendita extravagancia! ¿Cómo no van a rumorear los criados?

Si Paul le hubiera mandado las rosas ayer, Vera habría visto la ilusión que le hacían, pero hoy, con la tristeza de la muerte y toda la desgracia de Maud, Tanya no mostró especial interés.

La tía se sintió reconfortada.

—Pues muy bien. Ahora a dormir. Y tómate un tónico. *Menos mal* que no he tenido hijas. —Se

inclinó para que Tanya le diera un beso en una mejilla toda empolvada—. Vaya. Sé buena. —Y se fue, mientras la tía Lila se agachaba para que también a ella le diera un beso.

—Siento haberte estropeado la velada, tía Lila.

—No creo que pudieras evitarlo. Y además, no me gusta el champán. —Se irguió—. Ese joven, Allardyce, es muy listo. Con las flores dejó una nota dirigida a nosotras. Como te pusiste mala, suponía que no habríamos tenido la oportunidad de coger nuestros regalitos, así que mandó unos cuantos en una caja; lo ha hecho estupendamente. Pero Tanya, si te casas con él, tu padre nunca te va a apoyar, y no sabes lo triste que es ser pobre. Yo me libré porque mi hermana era guapísima y consiguió gustar a tu padre, y tu padre le dejó además que ayudara a su familia. Todos los días rezo por ella en mis oraciones y siempre le estaré agradecida.

Tanya no sabía que Lila se percatara de tantas cosas, ni de que fuera tan perspicaz, pero cuando mencionó la pobreza, volvió a pensar en Maud, no en Paul, y notó que iba a empezar a llorar, inútilmente.

—Tesoro mío —dijo la tía en voz muy baja antes de salir tras la estela púrpura que había dejado su hermana.

Cuando se fueron, Tanya intentó volver a dormirse, pero no pudo. Intentó escribir en el diario, pero no pudo. Sasha le trajo las rosas que había mandado Paul, y apenas las miró. Se sentía tristísima. Una hora después de que se fueran sus tías a cumplir con las visitas de rigor, Sasha entró en la habitación. Se puso a ordenar el cuarto un poco, a colocar bien los cepillos de plata y nácar que había en la cómoda, todo sin dejar de mirar de reojo a Tanya, hasta que la joven le preguntó:

—¿Pero qué quieres, Sasha?

—Una granja con gallinas y dos cerdos. ¿Y tú?

A Tanya le hizo gracia. Sacó un pañuelo de la mesita de noche y se sonó. Se le había pasado el enfado inicial y ahora se sentía pesadamente triste. Contestó casi por inercia:

—Pintura, lienzos y un bosque.

—Pues te sientas en el porche de mi granja, si quieres.

—Mientras me dejes dar de comer a los cerdos.

—Vale.

Era una conversación ritual que la confortaba. Sasha se sentó junto a ella y le pasó el brazo por los hombros. La joven se refugió en su regazo.

—Sasha, ha muerto Maud Heighton.

La criada se hizo cruces.

—¡Que Dios la tenga en su gloria! ¿Esa chica inglesa tan mona?

—Sí.

Siguieron sentadas en silencio durante un rato. Tanya aspiraba el olor de la blusa de su antigua niñera. A Sasha todos los años el padre de Tanya le regalaba por Navidad un frasquito de colonia y ella la usaba, muy racionada, todos los días. Para Tanya ese olor era su casa. Al cabo de un rato, Sasha cambió de tema.

—Dios mío, te estás haciendo mayor. Gracias a Dios. Ha llegado una carta para ti. —Se la sacó de la blusa y se la dio. Estaba un poco arrugada. Tanya se limpió los ojos y la abrió, pero en cuanto vio que se la mandaban desde rue de Seine, supuso que sería para contarle otra vez que Maud había muerto y la metió de nuevo en el sobre—. Y en la cocina tienes a alguien esperándote.

Tanya levantó la vista.

—¿Quién? ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Es la que ha traído la carta?

—Una francesita. Y no, no fue ella la que trajo la carta. Dice que se llama Yvette. Y de modales,

es un poco vulgar. Pero que espere mientras nos achuchamos un poco, ¿no? Sobre todo, yo tenía que esperar a que se marcharan Lila y Vera. Dios santo, es que no han cambiado nada. Están igual que hace veinte años.

Tanya se levantó de la cama y se puso la bata.

—Yvette, ¿la del estudio? ¿La modelo? ¿No la has reconocido?

Sasha se cruzó de brazos y hundió la barbilla en el pecho.

—¿Modelo? ¿Cómo iba a reconocerla yo? No me gusta mirar mucho. —Pero Tanya ya había salido de la habitación.



Cuando Tanya entró en la cocina toda apresurada, encontró a Yvette sentada delante de la chimenea, con los pies en alto. La cocinera le estaba sirviendo un cuenco de café y la modelo tenía en la mano un trozo de pastel de carne a medio terminar. Al ver a Tanya, bajó los pies de la mesa y se levantó, mientras se tragaba lo que tenía en la boca y se sacudía las migas con la mano.

—¡Ya era hora! —Se tomó el café, con gesto de satisfacción—. ¿Tienes dinero?

—¿Qué haces aquí? ¿Para qué?

—He venido a por dinero, porque lo necesito.

—No te voy a dar dinero así porque sí.

—No es porque sí, ya te lo he dicho. Lo necesito.

—Pero ¿para qué lo necesitas, Yvette?

—Porque me fui de juerga en Navidad y no me queda un duro. —Tanya dio un zapatillazo en el suelo, momento en el cual la cocinera consideró que tenía mucho que hacer justo en el otro extremo de la cocina—. ¡Bueno! ¡No me atosigues! No te lo puedo decir, porque, si te lo digo, me vas a tener aquí una hora, y tengo que irme ya. Pero te prometo que si supieras para qué es, estarías encantada de dármelo. —Se cruzó de brazos y miró fijamente a Tanya.

Tanya respiró profundamente.

—¿Cuánto necesitas?

—¡Qué cielo eres! ¡Te daría un beso! Por ahora, con veinte francos vale. ¿Lo tienes en plata?

—En mi escritorio.

—Pues ve a buscarlo, ¿quieres? ¡Venga, muévete!

Tanya obedeció medio aturdida y cuando volvió vio que Yvette no hacía más que dar vueltas delante de la chimenea. Le cogió el monedero.

—Yvette, y de Maud, ¿te has enterado?

Yvette se mostró cautelosa.

—¿Enterado de qué?

—De que robó una diadema de brillantes de madame de Civray y cuando los Morel se enteraron, se... se tiró al río. —A Tanya se le quebró la voz al decir esto último.

Durante un instante Yvette pareció quedarse anonadada; se metió el monedero en el bolsillo y tomó algo más de café, con la mirada fija en el enorme trasero de la cocinera.

—Qué mal. Oye, ¿te puedes escapar hoy? Me gustaría hablar contigo.

Tanya también estaba mirando a la cocinera, pero volvió sus enormes ojos irritados de lágrimas hacia Yvette y le dijo claramente para que la oyeran:

—Tengo que quedarme en casa.

—¡Qué rabia! Si *pudieras* escaparte, entra en el bar que hay al lado de mi oficina y pregunta por Daniel. Puede que te de una dirección. —Tanya asintió con la cabeza—. Sé valiente, princesa. —Y se fue.



A las dos horas Tanya estaba delante de una casa bastante destartalada, en Impasse Guelma.

—¿Has venido con tu criada?

Yvette le había abierto la puerta y la miraba muy enojada, vestida con un delantal sucio y arrugado.

Asomándose por debajo de la amplia ala del sombrero, Tanya la miró. Todavía tenía los ojos y la nariz muy rojos.

—No puedo salir por ahí sin Sasha.

—¡Pero si te has escapado!

—Aun así, Yvette, hay normas.

Yvette estaba a punto de decirle lo que opinaba ella de las normas, pero se retrajo y, dando golpecitos en el suelo con la zapatilla, preguntó:

—¿Es de confianza?

—Pues, claro, Yvette, pero ¿de qué va todo esto? No me gusta tener que estar entrando en bares, preguntando por camareros. Imagina que me hubiera visto alguien... sobre todo cuando se supone que estoy enferma, en la cama... ¿Vives aquí?

Yvette enarcó las cejas.

—No, no vivo aquí, y si quieres pasar desapercibida, ¿para qué sales vestida de satén blanco, con criada, chófer y un sombrero en el que se podría servir un jabalí?

Tanya se llevó la mano al sombrero; estaba adornado con cerezas de cera y plumas verdes.

—¡Huy! —dijo, sorprendidísima de que Yvette se echara a reír.

—Desde luego, eres única, princesa. Pero me alegro de que hayas venido, con criada y todo. Dile al chófer que se marche y que te espere en Place Pigalle antes de que alguien lo vea, y luego vuelve. Y ten cuidado con la falda. Aunque llevo horas limpiando, esto sigue asqueroso, es como una pocilga.

Tanya dio instrucciones a Vladimir, y después entraron en el portal ella y Sasha, escoltadas por Yvette. La francesa abrió una puerta que había a la derecha de las escaleras de un empujón y pasaron a una estancia amplia, con poca luz, llena de polvo. Contra la pared había muebles desvencijados, maletas viejas y todo tipo de chatarra. En un rincón, bajo la única ventana y al lado de un sillón de caña, había un camastro, en el que dormía una chica, tapada con unas mantitas grises. Tumbado junto a ella, un perro ovejero apoyaba la pata delantera sobre el hombro de la muchacha. Al ver que Tanya se iba a acercar un poco, el perro levantó la cabeza.

—No pasa nada, Tanya. El perro no hace nada. Mira a ver quién es —dijo Yvette en voz muy baja.

Tanya sintió una sacudida de esperanza y se abalanzó sobre la cama.

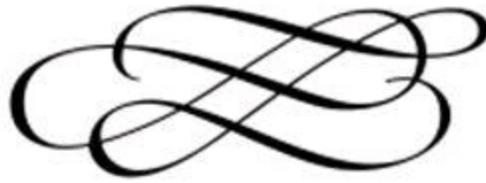
—¡Maud! ¡Dios mío, *Maud!*

La enfermería. Óleo sobre lienzo 64,8 × 76,3 cm

En un principio se creyó que este cuadro tan bello y poco habitual era obra de Maurice Utrillo. Muestra parte de las paredes y el techo de una habitación, tal y como las ve, imaginamos, una persona enferma que está en cama. En el ángulo superior derecho se abre un ventanuco, que deja ver un cielo completamente blancuzco. Nótese que en el extremo inferior izquierdo parece haber una ramita de acebo metida en una botella. Cabe destacar, igualmente, el cúmulo de colores utilizados para conseguir el gris de las paredes. Pese a que el cuadro parece inicialmente muy vacío, si se observa con detalle, resulta un estallido de color.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

Capítulo 3



Tanya se dejó caer en la silla que había junto a la cama y se echó a llorar. Cada dos segundos se frotaba los ojos para convencerse una y otra vez de que la chica que estaba en aquella cama era la amiga que creía haber perdido, y luego volvía a llorar. Yvette le pasó el brazo por los hombros para confortarla, pero después se echó un poco para atrás y se quedó allí, sin decir nada, mordiéndose un pellejito de la uña.

Sasha había entrado con ellas a la habitación. Cerró la puerta y, al ver a Maud, se hizo la señal de la cruz, volviendo el rostro hacia la estufa que había en el centro de la estancia. Pasados unos minutos, la abrió y empezó a atizar los rescoldos. Tanya logró dejar de llorar. Maud seguía con los ojos cerrados y parecía respirar con dificultad, como si tuviera flemas. Tenía la piel amoratada y el pelo se le pegaba a la frente, por el sudor. Tanya se acercó para ver si tenía fiebre y la notó hirviendo.

—¡Ay, Yvette! Creo que está fatal.

—Pues sí.

Yvette se había instalado en un sillón desvencijado que había al otro lado de la cama, con las piernas colgando por encima de uno de los brazos. Tanya la miró, observando distraídamente los labios tan finos de su amiga, pero de pronto se dio cuenta del aspecto tan cansadísimo que tenía. Sasha aparentemente había terminado de arreglar lo que estaba haciendo en la estufa y el cuarto ahora se notaba algo más caliente. Se acercó a la cama, mientras Yvette y el perro la seguían con ojos un tanto recelosos. Cogió la mano de Maud. La chica dormía profundamente, como si estuviera perdida en algún lugar más allá del sueño. Sasha le dijo algo a Tanya, sin mirarla.

—Quiere saber si la ha visto algún médico y qué ha dicho.

Yvette se cambió de postura, para sentarse con las piernas recogidas debajo del sillón.

—Ahí ha ido la mitad de tu dinero. Le hizo beber algo, láudano, creo. Aunque, pobre, no le gustó nada. Terminó con la mitad del líquido por la camisa. Dijo que la mantuviéramos tapada y que intentáramos que comiera algo. Que descansara y que la observáramos. Que puede que viva, o que no.

Tanya parpadeó y dijo algo en ruso, lo que provocó una retahíla de palabras airadas por parte de la criada. Yvette las observaba, entretenida a su pesar, viendo cómo Tanya intentaba intervenir, sin conseguir pronunciar más de una sílaba seguida. Al final, la criada se quedó sin aliento y extendió la mano. Tanya, muy dócil, se sacó unas cuantas monedas del bolsillo y se las dio. La criada se puso el pañuelo en la cabeza y se marchó con decisión.

—¿Sabes? Creo que me gusta esa mujer —dijo al final Yvette. Tanya se inclinó sobre Maud y le retiró un mechón de la cara.

—A Sasha no le gustan demasiado los médicos, pero sabe cuidar muy bien a los enfermos. Va a cocinar algo que huele muy mal, pero que la ayudará. ¿Qué ha pasado, Yvette? La condesa me contó que le había robado una diadema... ¿Cómo la encontraste?

Yvette miraba a Tanya mientras esta se quitaba el sombrero y lo dejaba con mucho cuidado, y tras unos segundos de titubeo, en el suelo, junto a la silla.

—No tengo ni idea de lo que pasó. Un raterillo de los del río apareció ayer por la noche en la fiesta de Bateau-Lavoir preguntando por mí. Su padre había sacado a Maud del río dos noches antes y quería llamar a los gendarmes, pero ella los sobornó para que no lo hicieran. Les pidió que la dejaran quedarse hasta que se recuperara.

—Pero ¿por qué les dijo que te buscaran a ti?

—Porque no se recuperaba, tontona. Les dio todo el dinero que le quedaba para que vinieran a buscarme. Al menos, supongo que eso fue lo que pasó. No llevaba una perra encima. En todo caso el chiquillo me encontró. Imagino que, como a su gente tampoco le gusta mucho la policía después de todo, por eso también se empeñaron en encontrarme. Le acompañé y allí estaba.

—¿Despierta?

Yvette se echó hacia delante y se cubrió la cara con las manos.

—No, en realidad, no. Me reconoció y me dijo algo, pero lo único que entendí es que no la llevara otra vez a rue de Seine. Por eso pensé en traerla aquí. Me gasté toda la pasta en un taxi. Cabrón miserable, el taxista. Puf, los odio, vaya una tropa de altaneros engreídos. —Miró al suelo, muy enojada—. Si me hubiera gastado algo menos en Nochevieja, habría podido llamar al médico antes.

Tanya tapó mejor a Maud, subiéndole un poco la manta por los hombros. El perro hizo por levantarse y después volvió a echarse en el mismo sitio.

—Sasha seguro que ayuda. Dios no va a devolvérsela para luego robárnosla otra vez. —Yvette no parecía muy convencida. Se puso de pie y empezó a dar vueltas—. ¿Crees que la robó? ¿Que robó la diadema y luego se tiró al río? —preguntó Tanya—. La condesa dijo que era muy valiosa.

—No lo sé. Si me hubieras dicho algo así hace una semana, me habría dado la risa. Pero desde que me lo dijiste, no hago más que darle vueltas. Tiene miedo de algo. Así que puede que la cogiera, pero...

—Pero ¿qué, Yvette?

Estiró los brazos.

—¡Que no va a ser tan *idiota*, Tanya! Si hubiera querido robar a la condesa, supongo que habría mil cositas por allí. ¿Por qué iba a coger la maldita diadema, tan grande? Algo que no se puede vender, que van a echar en falta rápido... Es lo típico que cogería una chiquilla para disfrazarse.

Tanya asintió con un gesto lento de cabeza. Se tocó el pendiente derecho.

—Pero la tentación... ser pobre es muy duro.

Yvette se apoyó sobre una de las caderas y levantó una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Es difícil, no?

—Quiero decir para una chica como Maud... Ay, no me mires así, Yvette. La condesa dijo que era una drogadicta perversa.

—Chorradas. Ha leído demasiadas novelas de detectives.

—No. ¡Que se lo había dicho Morel! Le contó que Maud era adicta al opio y que había estado robándole joyas a su hermana para venderlas.

Yvette se paró y movió la cabeza de un lado a otro.

—Pues no me creo una palabra. Esto apesta, Tanya. —Se volvió hacia la rusa, con expresión de triunfo—. Llevaba dinero encima, suficiente como para sobornar al barquero. El chiquillo dijo que tenía monedas cosidas al dobladillo de la falda. Eso no es lo que hace una drogadicta perversa. En cuanto tienen un franco, se lo gastan en droga. Y, si les queda algo, no se pasan horas en clase, ni dibujando. En todo caso, si fumara en uno de esos garitos parisinos, yo me habría enterado. —Hablabla con voz amarga y cansada.

—¿Cómo?

Se produjo una pausa; Yvette tiraba de un hilo suelto que tenía en el puño.

—Porque la habría visto. No hay muchos fumaderos en París, y los conozco todos.

—¡Ay, Yvette! —dijo Tanya.

—No me repitas todo el rato «ay, Yvette». No soy ninguna malvada. Solo a veces... Cuando coges la pipa, se te quitan todas las demás preocupaciones, la vejez, no tener dinero, no encontrar salida. Estás feliz, sin más. Pero no lo suelo hacer. Y a Maud... ni se la... Quiero decir, mírala. ¡Es inglesa!

—Tienes razón —dijo Tanya tras un silencio—. ¡Apesta! —Y en voz un poco más alta, siguió—: No entiendo qué ha podido pasar.

—Vamos, dame ánimos. ¿Puedes dejar ya de decir eso, princesa? ¿Quién lo sabe?

Se hizo un largo silencio. Tanya se puso colorada. Yvette se sentía rara y cruel.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tanya por fin. La estufa empezaba a apagarse y, echando una ojeada a la estancia, estaba claro que Yvette había hecho bastante. Había fregado el suelo, las tablas del centro, porque quedaban montones de polvo por los rincones. Contra las paredes había más taburetes y más sillas. Entre la cama y la pared había una mesa con una pata rota, atada con una cuerda. Sobre ella, un vaso limpio y una jarra de agua, y detrás, una botella de vino vacía hacía de jarrón improvisado para unas ramitas de acebo.

Yvette se retiró el pelo de la cara.

—La casa de una amiga. Suzanne Valadon la tiene alquilada como escondite, ahora que había dejado a su flamante novio banquero por uno nuevo. Sabía que no duraría mucho de burguesa. Tiene el estudio arriba, pero como no usaba esta habitación, quería subarrendarla. Y ahí es donde ha ido la otra parte de tu dinero. A pagar la renta.

—¿Estamos seguras aquí?

Yvette asintió.

—No hay manera de saber qué le pasó hasta que no se despierte. *Si* se despierta, criaturita.

—Te cae bien, ¿no? —preguntó Tanya al poco rato.

—Sí —Yvette suspiró, echándose otra vez para atrás en el sillón—. En París a la mayoría de las mujeres es como si solo les preocupara que las mirasen. A veces me entran ganas de vomitar. Pero *ella* observa. —Yvette se quedó mirando fijamente a las grietas de la escayola gris del techo—. Cuando te parece que está completamente enfrascada en su mundo, entonces dice algo y te das cuenta de que estaba escuchando.

—Tu trabajo es que te miren, Yvette.

Bostezó.

—Pagan. Como muy perspicazmente has observado, ser pobre es difícil. Aunque cuando ya no esté para que me miren más, terminaré fregando el suelo de las salas en las que posaba por cuarenta céntimos la hora. Eso si tengo suerte. —Se encogió de hombros, mientras se mordía un nudillo.

—Le dije a Maud que yo siempre llevaba dinero cosido en la ropa, por si surgía algún imprevisto.

—Maud escucha y aprende.

Se callaron. Solo oían la respiración de Maud, dificultosa, entrecortada.

—¡Dios santo! —dijo Tanya. Y empezó a revolver en su bolso.

—¿Qué?

—¡Demonios! Estoy segura de que la tengo. Sylvie Morel me escribió una carta. Llegó esta mañana. Y como no tenía fuerzas, la...

Yvette se puso de pie de un salto y casi le arranca el bolso de las manos.

—¿Cómo rayos has podido no acordarte hasta ahora?

Tanya levantó los ojos.

—Creía que Maud había muerto. Y ya la he traído para que la veas, ¿no? ¡Quita las manos! ¡Así es peor!

Yvette quitó las manos y se retiró. Por fin Tanya sacó un sobre azul, ligeramente arrugado.

—Anda, mira, va a la misma papelería que yo.

—¡Tanya!

—Vale. Acércate, ponte detrás de mí y leemos juntas.

Yvette se apoyó en el respaldo de la silla.

—Quita un poco la cabeza, ¿quieres? Y para de moverla.

Tanya dio un palmetazo a las hojas.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

Durante unos minutos estuvieron calladas. Tanya volvió la página y siguió leyendo. Hasta cuatro en total. Cuando llegaron al final, Yvette lanzó un silbido. Tanya tenía el cuello de un rojo furioso.

—Es la misma historia que me contó la condesa. Pero no me la creo. Están mintiendo.

—¿A qué juegan? —dijo Yvette—. ¿Por qué quieren hacerla pasar por una ladrona?

—No sé. Devolvieron la diadema, así que no sé muy bien lo que... —Tanya leyó en alto parte de la carta—: «Mi hermano y yo fuimos a casa de la condesa la misma tarde que ella volvía a París, ayer —Nochevieja, vaya— para devolverle la diadema. Muy generosamente la condesa accedió a no divulgar lo del robo para amparar la reputación de la señorita Heighton. Sin embargo, nos parece que usted, en tanto que amiga de la pobre y difunta Maud, merecía conocer los detalles». Muy amable por su parte. Ay, Yvette, ¿qué hacemos? ¿No podemos ir a la policía?

Yvette se encogió de hombros.

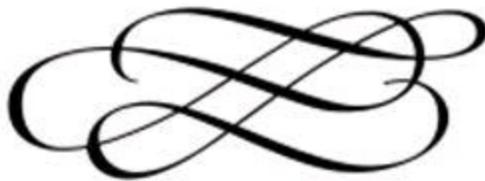
—¡Y qué les decimos? *Alguien* robó la diadema y los Morel la devolvieron. Maud es pobre. La encerrarían al minuto, sin esperar siquiera a que se despertase. De momento, vamos a quitarnos de en medio hasta que ella nos pueda contar lo que ocurrió. Pon cara de afligida y no digas más.

—¿Y nuestra casera?

—¿Valadon? No dirá nada. Demasiado absorta en su amante jovencito, disfrutando de su libertad. Lleva un año dando cenas en barrios de lujo, así que lo necesita. Y dice que no puede dejar de pintar.

Tanya asintió. Alguien abrió la puerta. Sasha acababa de llegar, con la cesta en el brazo, quejándose en ruso de los tenderos parisinos. Empezó a desempaquetar sus remedios.

Capítulo 4



2 de enero de 1910

La primera vez que Maud se despertó, convencida ya de que no estaba soñando, se encontró frente a la mirada de una mujer; una desconocida de rostro cuadrado, con un flequillo rizado, castaño, que casi le cubría unos ojos terribles, muy oscuros. Echaba humo por la nariz, como un dragón.

—¡La sirenita amanece! —Tenía la voz ronca y grave—. ¿Ya te funcionan los cinco sentidos?

El rostro no esperó a que le respondieran. Se fue, dejando a Maud, tumbada boca arriba, contemplando un techo bajo, que se sostenía en unas vigas gruesas muy oscurecidas. No veía bien. Tenía la boca seca y le dolía la garganta; la cabeza le estallaba con un dolor que le taladraba el cráneo con zumbidos. Intentó pensar. La diadema, el río. Después estuvo en un barco que tenía una chimenea al final; le habían regañado y hecho muchas preguntas, con una mujer muy fea y de aspecto sospechoso que cargaba a un niño a la espalda y los miraba, y después la habían llevado a otro sitio con mucho ruido y muy oscuro. Las luces eran como ampollas que le estallaban en los ojos.

Maud intentó incorporarse en la cama ayudándose de los brazos, pero los muelles crujían y no se lo ponían fácil. Vio una habitación y a la mujer de pie apoyada en la pared, fumando. Ahora le parecía que estaba muy lejos. Junto a ella había unas ramitas de acebo en una botella. Notó que a su lado se movía algo caliente y se asustó, pero al volverse vio que era un enorme perro de lanas, que compartía la cama con ella. El perro movió el rabo un par de veces y se acurrucó esta vez al otro lado. Maud sacó la mano para tocarle las patas.

La mujer iba vestida como cualquier respetable burguesa. Llevaba una blusa y una falda y encima un delantal, y por las mangas se le veían restos de pintura. Tenía un gesto raro.

—Creo que Hugo fue monje en su vida anterior —dijo señalando al perro. A Maud le parecía que aquella voz le llegaba desde el fondo de un pozo—. Uno de esos que solían curar a los caballeros cuando iban a las cruzadas. Siempre sabe quién hay enfermo en la casa y se queda a su lado protegiéndolo, para que no les pase nada malo. —Maud volvió a recostarse, sentía náuseas—. Ahí tienes agua. ¿Puedes sostener el vaso sola?

Maud giró la cabeza, vio el vaso y sacó la mano por encima del perro para beber. Le costó Dios y ayuda. La luz entraba por una única ventana de cristales muy sucios. Era una habitación gris e incómoda, pero no era rue de Seine y no era una celda y no se movía.

—¿Quién es usted? —preguntó. Hablar le costó tanto esfuerzo que le dolía todo el cuerpo.

La mujer se acercó y Maud vio que tenía unos dedos muy largos, manchados de nicotina.

—Soy Suzanne Valadon, artista. Y tú eres Maud Heighton, ¿una pobre estudiante de la Academia, la víctima de una terrible injusticia o una ladrona patética? ¿Cuál de las dos cosas?

—No he robado nada —consiguió decir Maud.

Valadon tiró la colilla al suelo y la apagó.

—Tus amigas no creen que seas una ladrona. —Se cruzó de brazos y se puso a estudiar el rostro de Maud—. La princesa rusa, la modelo francesa y la señorita inglesa. Suena a chiste malo, de esos que empiezan igual, o, si no, a burdel de lujo. —Maud siguió callada y Valadon se echó a reír—. Para ellas tus amiguitos de la rue de Seine te la han liado. Yvette me cuenta que van por ahí diciendo que eres una drogadicta perversa. Así que a lo mejor estoy dando cobijo a una peligrosa delincuente.

Maud volvió a coger el vaso y se bebió el agua que quedaba. Delincuente, drogadicta, ladrona.

—No parece que le preocupe mucho.

Valadon se encogió de hombros.

—¿Por qué me iba a preocupar? No tengo nada de valor.

Se acercó a la cama, cogió el vaso de la mano de Maud antes de que se le cayera y lo volvió a llenar de la jarra. Era mayor de lo que Maud había creído al principio. Tenía arrugas por los ojos.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa. Eres mi primera inquilina. Estamos en Impasse de Guelma, sobre la Butte.

Le pasó el vaso a Maud y esta vez la joven bebió con ansia, aunque todavía le ardían la cabeza y la garganta.

—¿Montmartre?

—Con los borrachos, los *apaches* y los únicos artistas que merecen la pena. Apasionante, ¿no?

Maud se encontraba mal. Le dolía el estómago, la boca le sabía a agua de río y sentía muchos pinchazos en la cabeza. Le volvió a dar el vaso a Valadon.

—Yo no he robado nada —repitió.

Valadon dejó el vaso en la mesilla de noche.

—No, imagino que si robaras algo, lo guardarías bien, ¿o no? Vaya, que tendrían que romperte los dedos para arrebatártelo. —Ladeó la cabeza para verla mejor—. Creo que han cometido un error, tus amigos de la rue de Seine.

Maud se apoyó en la almohada, arqueándose un poco para ponerse de cara a la pared.

—Parece que sabe mucho del tema.

De nuevo la misma risa ronca.

—Pues sí. Ahora mi obligación es vigilarte, mientras tus niñeras aparentan estar de duelo por ti. Por cierto, estamos a dos de enero. Te perdiste el día de Año Nuevo. Bienvenida a 1910. —Se sentó en el sillón de caña—. ¿Te tiraste al río?

—No. Me tiraron.

—Con qué calma lo dices. Eres una joven interesante. ¡Pero no sabían a quién pensaban matar! ¿No? Mientras dormías, tenías la mandíbula tan tensa que los músculos del cuello se te salían, y tirabas de la sábana con todas tus fuerzas. Hay una pequeña luchadora en ti, bajo esos modales ingleses. Un pequeño demonio. Si te hubieran visto dormir, tus amigos de la rue de Seine no se habrían arriesgado a tirarte al río.

Maud tenía la mirada fija en la escayola de la pared que tenía junto a la cabeza. Estaba despintada, pero en ese gris pálido reconocía cientos de colores. Marrones parduzcos, ocre, amarillo, notas de blanco titanio... cambiaban y se mezclaban... Cerró los ojos.

—¿Qué se siente cuando te ahogas? —preguntó Valadon.

—No me acuerdo.

—Mentirosa. —Se puso de pie otra vez y fue hacia la estufa—. La criada de la rusa ha dejado aquí esta sopa. Tengo que dártela cuando estés despierta. Si no, Yvette me mata. Siéntate un poco, ¿quieres?



A media tarde llegó Tanya y se asombró al ver que Maud abría los ojos. Cuando Maud le apretó la mano, la rusa se echó a llorar. Le estaban dando otra vez de comer, ahora la criada rusa. Durante esos tres días solo había tenido periodos de conciencia breves y dolorosos. Sabía que Yvette estaba de vez en cuando acurrucada a los pies de la cama, leyendo. El perro seguía compartiendo lecho con ella, apenas se movía de su lado, y cuando se despertaba, a Maud le encantaba sentir su calor. Valadon entraba y salía, le daba de comer cuando las otras tres no estaban y fuera oía de vez en cuando el martilleo de pasos que subían o bajaban la escalera. En el estudio de Valadon parecía que siempre había gente riéndose o discutiendo, desde después de comer hasta el amanecer. Las noches eran largas y agobiantes. Hasta que por fin las horas empezaron a tener algún sentido. El perro se fue con Valadon y Maud se dio cuenta de que esto, más que cualquier otra cosa, era indicio de que se iba a recuperar.

Esa tarde, cuando llegaron Yvette y Tanya, empezó a preguntar cosas. Yvette le contó cómo la rescataron, lo que dijo el médico. Y Tanya le habló de la conversación que tuvo con la condesa la noche de Año Viejo.

—¿No me echan de menos en la Academia?

Tanya titubeó un poco y por primera vez se mencionó el nombre de Morel en aquel cuarto. Había ido a ver a Lafond con la misma historia. Al principio, el profesor se había mostrado escéptico, pero después fue a la casa de empeños, a la tienda de Petits-Champs y al propio domicilio de la condesa. Y se quedó simplemente pasmado. Tanya propuso que quizá fuera mejor decir que a Maud le habían llamado de Inglaterra y que se había ido después de Navidad, y a Lafond le pareció bien.

Por primera vez Maud les contó lo que recordaba de la última tarde que pasó en rue de Seine; cómo la acusaron, lo que le pesaban las piernas y los brazos, y que luego se desmayó.

—Láudano, seguramente —dijo Yvette en voz baja, mientras seguía mordiéndose las uñas. De los últimos momentos junto al río, Maud apenas dijo nada, y sus amigas, que la vigilaban atentamente, tampoco la presionaron.

Al principio Tanya no quiso leerle la carta que había escrito Sylvie, en la que describía el delito y el suicidio de su amiga, pero como Maud insistía, transigió, un tanto atemorizada al ver la fuerza con que la miraba. Valadon, que huía del caos en que se había convertido su estudio, entró justo a tiempo para enterarse. Su hijo Maurice llevaba toda la noche bebiendo con sus amigos y a ella ya le aburrían. Así que decidió ir a ver cómo andaban sus amigas. Mientras Tanya leía la carta con su acento ruso, Valadon escuchaba, apoyada en el marco de la puerta, fumando. El ovejero estaba echado a sus pies. Sylvie decía que durante las semanas que Maud había estado en su casa, había ido echando de menos pequeñas joyas. Su hermano había conseguido que se las devolvieran en una casa de empeños que había en rue Croix-de-Petits-Champs, donde el dependiente se acordaba de Maud. Mencionaba también que en la casa se respiraba de vez en cuando el aroma dulce y espeso del opio,

que salía de la habitación de Maud. Decían que habían intentado hablar con ella, pero que la joven había negado todo. Pero que cuando encontraron la diadema, se puso como una loca y se marchó de la casa, pese a que ellos intentaron detenerla. Christian había ido a buscarla, pero no pudo hacer nada, porque ya se había tirado al río desde el muelle. Aunque enseguida dio la alarma, las aguas ya se la habían tragado. Sylvie terminaba diciendo que habían devuelto la diadema, y que la condesa había sentido mucho que la pobre Maud se hubiera visto tentada de hacerlo.

Tanya le puso a Maud la mano en el hombro. Estaba completamente rígida, con el cuerpo muy tenso.

—¿Maud?, Chiquitina, ¿fuiste en algún momento a la casa de empeños?

Maud cerró los ojos.

—Sí. Sylvie era adicta al opio. Morel me lo dijo el primer día. Fui por ella, para conseguir dinero con el que comprar la droga.

—Pues claro que fue —dijo Yvette. Estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la cama y las piernas recogidas—. No lo dirían si no pudieran probarlo. «Ay, Maudie, querida, ¿podrías por favor llevar esto un momento», y la pequeña Maud lo hace, porque les está muy agradecida a esta gente, que le da de comer.

—Sylvie lo necesitaba —dijo Maud—. Había tirado la droga que le quedaba y lo estaba pasando mal. Y yo intenté ayudarla. —Notaba el corazón agarrotado, tenso como un puño—. ¿Yo qué iba a saber?

—¿Que lo necesitaba? A ver, ¿cuánto vomitó? ¿Se doblaba de dolor? ¿Tenía contracciones? ¿Estaba bañada en mocos, temblando de una manera tan convulsa que hasta le castañeteaban los dientes?

—No —respondió Maud dando un suspiro—. No era así.

La francesa se encogió de hombros.

—Entonces, estaba fingiendo; una versión suave de que necesitaba droga, para liarte, Maud. Si hubieras tenido que ver lo que es realmente *necesitar*, habrías salido corriendo.

Tanya lanzó una exclamación de sorpresa.

—Yvette, ¿tú has...?

—No. Nunca he llegado a ese punto. Pero lo he visto, y es lo que me refrena casi siempre para no ir a esos sitios. —Se rascó la nuca—. Hay gente que se muere.

—Pero ¿para qué montaron todo eso? —preguntó Tanya, que seguía con la carta en la mano—. ¿Por qué? Devolvieron la diadema. ¿Qué necesidad tenían de montar ese lío y de gastar dinero para conseguir que Maud pareciera culpable de un delito y luego deshacerlo todo?

Valadon se irguió con decisión; el perro se desenroscó y se levantó con un enorme bostezo.

—Dejad de hacer tantas preguntas y mandad a esa chica a su casa —dijo—. La querían matar. Está viva. Ha sido fuerte para sobrevivir a la fiebre y la policía no la busca. Eso quiere decir que ha ganado, a mi modo de ver. Y sean cuales fueran los planes de los Morel, ¿qué más da?

—Pero... —intervino Tanya.

—¿Qué más da? —repitió Valadon—. Vivimos, morimos. Tanya, a ti te sobra el dinero por todas partes. Empeña alguna pulsera y monta a la chica en el tren hoy mismo. Tiene familia. Ayúdala a volver con ellos y deja las cosas estar.

—Le dijeron a la condesa que era una ladrona —dijo Maud con voz espesa.

—¿Y qué? ¿La condesita yanqui? Sí, la conozco, y me la estoy imaginando. —Valadon cerró los puños y empezó a frotarse los ojos—. «No me digas, esa inglesita tan mona ¡era una ladrona! ¡Cuánto lo lamento! ¿Qué me voy a poner esta noche?» Y ¿la Academia? Las chicas desperdiciando pinturas,

mientras el gordo de Lafond está encantado de que el escándalo no haya llegado a los periódicos y no ahuyente a sus sicofantes comedores de mierda.

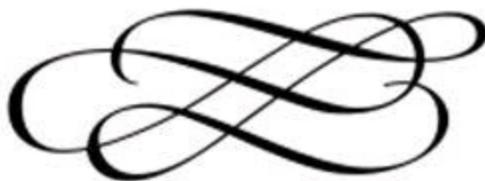
Tanya se sonrojó avergonzada. Valadon se secó los ojos.

—Vuelve a casa, Maud. No vais a convertir os nunca en artistas, ninguna de las dos. Princesa, para ti todo tiene que ser bonito, y Maud, tú siempre quieres que los demás tengan buena imagen de ti; así que ninguna vais a conseguir contar algo que merezca la pena.

—Déjame en paz, Suzanne —dijo Maud—. Madame de Civray fue muy amable conmigo.

—Ya, vaya un personaje —contestó Valadon, con frialdad—. Os dejo, queridas, voy a seguir trabajando. —Miró a Tanya—. Dios santo, las mujeres a veces son bobas.

Capítulo 5



10 de enero de 1910

Si hubiera hecho un día radiante, Tanya podría haberlo intuido, pero como había estado lloviendo todo el tiempo, cuando salió de la Academia a mediodía, el Passage des Panoramas estaba más concurrido de lo normal. Se respiraba un ambiente algo abatido. Los escaparates ofrecían artículos navideños con descuento, todo estaba un poco más descuidado, más gris de lo habitual, aunque a los parisinos no parecía importarles mucho y se lanzaban a la calle en manada, para ver si encontraban alguna ganga en las tiendas que había bajo las arcadas, y de paso se protegían de la lluvia. En días así, en los que una multitud de abrigos refinados, cosidos con hilo de seda, ocultaban el negro y el dorado de los escaparates y las relucientes baldosas de mosaico que cubrían el interior de las tiendas, Tanya se agobiaba mucho, y además se sentía apesada entre tanto cuerpo masculino, que no la dejaba andar.

Ahora que ya no tenía que pensar en el trabajo, le volvió la imagen de Perov, vestido de etiqueta, dispuesto a pedirle la mano. Cada vez que lo pensaba, era como si le golpearan en una herida abierta. Había venido a cenar con ella y con sus tías, como si fuera un viejo amigo de la familia, como si todo estuviera ya arreglado. Se fumó un puro, se tomó una copa de oporto y en cuanto entró en la salita del café, donde estaban ella y sus tías, Vera y Lila se acordaron de que tenían que hacer cosas muy urgentes en otra parte de la casa y los dejaron solos. Perov se sentó a su lado, se puso cómodo y empezó a hablar, como si el matrimonio ya estuviera concertado. Hablaba de dónde iban a vivir en París, del tamaño de casa que le parecía bien. Tanya no consiguió interrumpirlo hasta pasado un rato.

A la memoria le venía al mismo tiempo el fuerte olor a cigarro puro y al aliento meloso del vino. Tanya consiguió intervenir por fin en la conversación y le dijo que necesitaba tiempo antes de comprometerse con él como esposa. Perov se sintió ofendido y empezó a torcer el gesto y a pestañear muy deprisa. Y solo se suavizó un poco cuando Tanya forzó una sonrisa tímida y le rogó con toda sumisión que tuviera paciencia y se mostrase comprensivo. En ningún momento él le dijo que sintiera nada por ella. Le relataba los resultados de las negociaciones que había hecho con su familia, pero nunca requirió su amor. Tanya pensó en su padre y en sus tías, en las comodidades que tenía, en la seguridad con que vivía. Y tenía miedo de perderlas. Hasta ahora nunca se había enfrentado a un problema que no se pudiera solucionar con dinero. ¿Cómo iba ella a resolver los problemas, si no?

A Paul Allardyce únicamente lo había visto una vez desde Año Nuevo, también paseando por el Bois de Boulogne y también con sus tías. Solo tuvo ocasión de agradecerle las rosas mirándolo con ojos desesperados, como para llamarle la atención, pero él la observaba como si ya la hubiera perdido. Al revivir esta imagen, elevó la vista para fijarse en el cristal y el hierro que cubrían las arcadas, en el gris claro, las gotas de lluvia, intentando convencerse de que aún había aire, de que quedaba espacio, pero se vio arrastrada por una corriente más prosaica y espesa.

Algunos intentaban apartarla de su camino, otros parecían no verla, de las ganas que tenían de llegar a los escaparates. Su mundo se llenó al instante de espaldas anchas vestidas de negro. Empezaba a quedarse sin aire. Muchas veces, cuando hablaba con su padre le había venido bien simular que se desmayaba, si el drama lo requería, pero ahora era muy probable que se desmayara sin pretenderlo. Estaba a punto de verse libre del tumulto, refugiándose bajo el diluvio del boulevard Montmartre, cuando notó que alguien le daba un golpecito en el brazo. Se volvió y se encontró cara a cara con Christian Morel. Lo miró fijamente, horrorizada. Él le sonrió, aunque con cierta inseguridad, al verla.

—Querida señorita Koltsova. Cuánto lamento haberla asustado. La he estado esperando, confiado en que me dedicara un momento.

Las preocupaciones que le consternaban desaparecieron como por encanto y el agobio que había sentido entre la multitud se disipó de pronto para convertirse en mera contrariedad. Quería abofetearlo. Quería abatirlo de un golpe y llamarle *asesino* a voces. Le vino a la cabeza que toda aquella multitud se arremolinaba a su alrededor y se lanzaba sobre él para patearlo, para patearle el cuerpo sobre el pavimento mojado, hasta dejarlo convertido en andrajos, en la nada. Morel señaló una mesita en la que estaba sentado, perdida entre el gentío. Allí estaba el café a medio terminar del asesino y el periódico *Le Matin* que el ladrón había estado hojeando. Necesitaba un cuchillo, una pistola, fuerzas para levantar la mesa y rompérsela en la cabeza ante las aclamaciones del público.

—¿Le importaría acompañarme? Es solo un segundo.

Le costó aceptar. Morel la ayudó a sentarse en la silla que quedaba libre. Mientras lo hacía, le acarició el cuello del abrigo y a ella no le quedó más que aguantarse, aunque deseara volverse y escupirle en la cara. Apareció el camarero. No, la señorita Koltsova no quería nada, pero Morel tomaría otro *petit noir*. La observó mientras se lo traían. Tanya miraba los zapatos de los que pasaban. No podía matarlo. Tenía que ser inteligente. Él creía que Maud estaba muerta y no debía sospechar lo contrario. Por tanto Tanya no debía mostrarse airada; pero ¿entonces, qué? Mientras observaba las botas de cordones que lucía el despreocupado parisino que se metía en la tienda de enfrente, pensó mucho sobre lo que debía estar sintiendo. ¿Pena y vergüenza de tener una amiga así? Aunque casi vomita de solo pensarlo, vio que tenía que disculparse ante él por haber contribuido a que una drogadicta y una ladrona se metiera en su casa. Estaba temblando; bueno, podía parecer que temblaba de dolor y de vergüenza. Mejor. Cuando le trajeron el café, Morel cruzó las piernas, se acomodó en la silla y empezó a tomárselo con calma. Ella lo miraba. Tan guapo y tan respetable. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo llevó a los ojos, preparándose para la actuación.

—Apenas puedo creer lo ocurrido, señor Morel. Pobre Maud. Tenía que haber contestado a la carta de su hermana.

Él podía tomárselo como quisiera. De momento ella no daba para más. Dejó la taza de café en el plato y asintió con la cabeza. Debe de haber venido para ver si me creo la historia que han montado, pensó. ¿Por qué? Porque soy la única persona que podría hacer preguntas, que podría conocer a Maud lo suficiente como para darme cuenta de que el ladrón, el mentiroso y el asesino es él. *Pero ¿por qué no ha desaparecido? ¿Por qué no se ha ido al infierno, señor Morel?* Tanya bajó la vista,

volvió a levantarla y lo miró fijamente a los ojos; eran ojos profundos, oscuros.

—No tenía ni idea de que fuera un caso tan desesperado. Cuando su hermana mencionó lo del opio, me llevé una sorpresa terrible. Lo siento muchísimo. No la conocía tanto como creía. — Pestañeó muy deprisa.

Percibió un pequeño cambio en la actitud de Morel, como si relajara un poco los hombros, los músculos de la cara. Como si se hubiera producido una mínima perturbación en una laguna, para al rato desaparecer y dejarla igual de tranquila y de oscura que antes.

—Confío en que no se culpe usted de lo ocurrido —dijo. Tanya estaba concentrada en sus propias manos—. No olvide que nosotros vivimos varias semanas con la señorita Heighton y nos engañó completamente.

—Son ustedes muy generosos —dijo Tanya, cogiendo aliento, para ver si se le aliviaba algo la sequedad de boca.

Morel parecía hablar con más tranquilidad.

—He querido verla por dos razones. La primera es porque sé que la señorita Heighton tenía parientes en Inglaterra. Creo que alguna vez mencionó a un hermano... Pero no encuentro manera de dar con él, por más que reviso sus pertenencias, y Lafond no tiene las señas. Cuando le escribía, el hermano siempre enviaba las cartas a un apartado postal. Supongo que la señorita Heighton no quería desvelar las pretensiones que tenía en la vida a un respetable abogado. Y pensé que a lo mejor usted podría ayudarme. Tenemos que ponernos en contacto con él, aunque quizá sea mejor decirles que se vio involucrada en un accidente y evitar los detalles de una historia tan desagradable.

—Pero su familia tiene el derecho a saber la verdad —contestó Tanya un tanto apresuradamente. Y al instante pensó para sí... demasiado directo—. ¿No le parece, señor?

—¿Teniendo en cuenta las circunstancias? —Morel negó con la cabeza, con actitud pausada, mostrando una indulgente sonrisa—. No, señorita Koltsova, puede que para usted, que es muy joven, eso es lo que habría que hacer. Pero yo creo que a veces es mejor mentir. ¿Para qué emponzoñar los recuerdos que puedan tener de ella? —Suspiró, con gesto serio, mientras se acariciaba la ceja con el dedo índice—. Ay, París, París. Precioso, pero tan lleno de trampas. Hasta las más virtuosas pueden... enfangarse. ¿Tiene la dirección?

—No.

Intentó fijarse en el periódico que había en la mesa. Hallada muerta la esposa de un antiguo gobernador del Banco de Francia. EL MISTERIO DE UNA TRÁGICA MUERTE, rezaba el titular. Y justo debajo: ¿Pudo ser asesinada? Tanya dejó de leer inmediatamente.

—¡Qué rabia! He dejado mi dirección en la Academia, aunque creo que mi hermana y yo saldremos para América a finales de enero. Y si nadie la reclama...

Pensar que Morel había estado hurgando en las pertenencias de Maud le resultaba repulsivo. El titular seguía reclamándole la atención. *Sí*, tenía ganas de decir a gritos: *fue asesinada*. Se humedeció el labio inferior.

—Yo no tengo previsto irme de París hasta el verano —dijo pausadamente—. Si viene el hermano de Maud, estaré encantada de recibirlo y de pasarle todo lo que usted considere que deba darle.

Tanya percibió cierta cortesía en el tono de voz de Morel, cuando dijo:

—Es usted sumamente amable.

—Es lo menos que podría hacer, dadas las circunstancias.

Quiero rasgarte la piel a tiras, a dentelladas. Compraré un perro enorme, del tamaño de un lobo, como el de Valadon. Pero con carácter agresivo, para que te busque y te persiga por toda la ciudad, hasta que no puedas más y estés sudoroso, desesperado, aullando de miedo.

—Están sus útiles de pintura, claro. Y sus cuadernos de dibujo. Sus ropas pensamos que era mejor dárselas a los pobres.

—Pues, si le parece bien, hágame llegar lo que quede.

Morel sonrió.

—En realidad... —dijo, indicando que había algo en el suelo, justo debajo de la mesa de mármol. Tanya no se había fijado en la maletita—. Pensé que igual usted tenía las señas y que podría escribir la carta aquí mismo. Mi hermana lo ha pasado muy mal esta semana sabiendo que todo esto seguía en aquella habitación.

Un perro enorme, de poderosas mandíbulas, para que te arranque esa mentirosa garganta del cuerpo.

—Naturalmente, ha debido de ser muy incómodo para su hermana, señor Morel. Me la llevaré ahora mismo.

Tanya se levantó y Morel hizo lo mismo. Le alcanzó la maleta y se la dio. Tanya titubeó:

—¿Madame de Civray? ¿Qué le dijo para convencerla de que no moviera este asunto?

Morel esbozó una sonrisa.

—¡Huy!, la querida condesa. Tan sentimental como todas las demás americanas que he conocido. Son como niñas. —Volvió a acariciarse la ceja—. Le dolió mucho, realmente, saber lo que le había ocurrido a la señorita Heighton. Estoy seguro de que la diadema no es tan importante. Apenas la miró, y fue ella la que sugirió que no mencionáramos más lo del robo.

—Una mujer estupenda —dijo Tanya con voz de intensa convicción, y, temiendo haberse excedido, procuró sonreír—. Me ocuparé de estas cosas, señor Morel. Gracias por permitir que me haga cargo de ellas.

Morel le hizo una pequeña reverencia y Tanya salió a la calle y anduvo un poco, hasta perderlo de vista. Se detuvo entonces y levantó la cara para que la lluvia le refrescara la piel. Sasha la tapó con el paraguas y llamó a Vladimir.

—¿Ese era el tipo, pequeña? Lo sabía. ¡Puf! Es idéntico al mayor de mi primo, un auténtico desastre, ese muchacho. La mitad de los bastardos del pueblo son suyos.

—¿Qué le digo a Maud, Sasha? El tipo ese quería escribir a su familia, pero no tiene las señas.

—Pues díselo. Y da gracias de no tener que contarle cosas peores. Y ahora, ¿vamos a casa de la putilla o no? He hecho más sopa para la señorita Maud.



Maud oyó la voz de Tanya que gritaba desde la entrada para saludar a quien estuviera en el estudio de arriba. Uno de los que normalmente visitaban a Valadon era un italiano chiflado. Venía casi todos los días, y Maud solía oírle en la distancia, recitando a Dante, a los pies de Valadon, mientras ella intentaba conciliar el sueño justo debajo de ellos. Abrieron la puerta y allí estaba Tanya, toda lozana, con la pueblerina de su criada, que venía detrás con un hatillo bastante voluminoso en la mano.

—¡Querida! ¿Cómo te encuentras hoy?

Nada más llegar, la criada empezó a revolver en la estufa, mientras Tanya se abalanzaba sobre el lecho.

—Mejor.

Tanya le tocó la frente con la mano y dijo, dando un chasquido con la lengua:

—Pero no bien del todo. No te preocupes, Sasha ha echado a la mitad de la casa con sus guisos y sus mermeladas. Saben fatal, pero siempre que he estado mala, me han curado.

Maud consiguió sonreír un poco. Tanya se puso seria.

—Vamos a ver, querida. No sé cómo decírtelo, así que voy a contártelo de un tirón.

Y lo hizo, mirando a su amiga. Como Maud no hablaba, Tanya observaba el color que tenía en las mejillas, el blanco del cuello. Cuando se quedó sin más que decir, dejó la maletita en el suelo. Solo se oía la respiración de Maud.

—Quizá debería haberme callado. ¿Quito esto de aquí para que no lo veas?

Maud asintió con la cabeza y Tanya se agachó para meter el petate debajo de la cama. Después de todo, no había más sitio donde guardarlo. Sin levantarse, cogió el brazo de Maud, intentando ver qué pensaba.

—No soporto la idea de que sigan tan frescos, Tanya. Ya sé lo que dijo Valadon, pero si le hubieran hecho esto a ella... ¿Por qué? ¿Por qué tengo que irme?

Tanya hizo un gesto de asentimiento.

—Mientras estuve con él lo único que deseaba era pegarle un tiro en el corazón, en ese corazón renegrido... si es que lo tiene. —Cambió de postura, para sentarse junto a la cama, con la barbilla apoyada en los brazos, justo al lado de la cara de Maud—. A lo mejor si le pegas un tiro y nosotras explicamos lo que pasó, te perdonan.

—Ya me gustaría.

Las dos jóvenes se quedaron calladas durante un rato. Sasha dejó la estufa y suspiró al ver a Tanya acurrucada en el suelo. Sirvió la sopa en un cuenco y se acercó a la cama. Tanya sonrió al ver el tazón. Era uno de la preciosa vajilla que Vera Sergejevna se había traído de San Petersburgo, envuelta en todo tipo de papeles, y que solo sacaba en ocasiones muy especiales. Sasha había empezado a querer a Maud. Al oler la sopa, Tanya torció el gesto, pero a Maud no pareció disgustarle y cogió el cuenco con cuidado. Estaba más tranquila después de hablar de matar a Morel.

—¿Cómo se dice gracias en ruso, Tanya?

—*Spasibo*.

—*Spasibo*, Sasha.

La vieja criada se ruborizó, le dio una palmadita en el hombro a la joven y se sentó en un taburete, junto a la estufa, rebuscando en su bolsa para coger algo que coser.

Maud estaba terminando de tomarse la sopa cuando entró Yvette toda ajetreada, con el pelo y el abrigo empapados. Dio un beso a Sasha, dejó el abrigo sobre una silla y se abalanzó sobre la cama.

—Dios, vaya día. Lluvia, lluvia y más lluvia. Y ni un solo sitio acogedor en toda la maldita ciudad. Déjame un trozo de manta, Maud, sé buena. Me he pasado la mañana congelada, con las tetas al aire, posando para Adler, y cuando termina, pues ¡hala!: «Lo siento, ¡ando un poco escaso estos días! ¡Vuelve el martes, que habré vendido algún lienzo!». Mierda. ¿Quién va a comprarle eso, si no es para leña? El lienzo valía más antes que una vez embadurnado.

Tanya le recriminó amistosamente.

—¿Por qué eres tan cruda, Yvette?

La francesa se volvió para mirarla de frente.

—Y *tú*, ¿por qué eres tan cursi? Ya sabes que tengo tetas. Las has pintado mil veces, sí, tú.

—Pero es poco femenino.

—¿*Femenino*? Oye, princesa, ¡guarda eso para los salones de baile! Creía que a vosotras, las

damas, os gustaban mis comentarios groseros. Es todo lo que llegáis a saber, tan vírgenes, de la mala vida parisina, ¿no?

—A ver si dejas de llamarme princesa. ¡No lo soy! Y si lo fuera, no tendría la culpa.

Maud dejó el cuenco a un lado con cuidado y volvió a echarse.

—Bueno, dejadlo ya, las dos. Yvette, Tanya ha visto a Morel.

Yvette abrió los ojos de par en par, se arrojó con la manta y se giró para ponerse más cerca de la rusa.

—¡No! ¡Cuéntamelo ya! Semejante cabrito. ¿Cómo te las apañaste para no estrangularlo?

Tanya se enfrascó de nuevo en la historia, mientras Yvette lanzaba silbidos y otros murmullos de admiración.

—Menos mal que no tenía tu dirección, Maud. ¿A ti qué te parece, Tanya? ¿Que quería comprobar si le creían?

—Supongo.

Yvette extendió el brazo para acariciar a Tanya en la mejilla.

—Bien hecho. Por cierto, ¿se te ha declarado Perov?

Tanya se llevó la mano al collar que llevaba puesto y empezó a pasar las perlas una a una, como si fuera un rosario.

—Sí, el sábado.

Morel le había quitado de la cabeza toda imagen de Perov. Y ahora allí estaba otra vez, casi percibía el olor a humo de cigarro.

—¿Y? —dijo Yvette con los ojos bien abiertos.

—Le pedí que me dejara terminar el curso de primavera en la Academia y que luego le contestaría. —Había dado tantas vueltas a las perlas que tenía las yemas de los dedos blancas, sin circulación. Cuando se callaban, solo oían el batir de la lluvia sobre la ventana—. Mi padre me ha escrito. Contándome con detalle las ventajas que tendría ese matrimonio.

—¿Y Paul Allardyce? —preguntó Maud, dándose la vuelta para mirar a Tanya.

—No me pide que elija. Lo único que hace es estar y observar. Ojala me hubiera raptado. Me iría con él, y creo que lo sabe, pero no hace nada.

Yvette se acomodó aún más en la cama, en medio de un ruido de muelles.

—Pero ¿cómo podrá? Ay, Tanya, todas sabemos que amas al pobre y que el rico no te gusta mucho. ¿Cómo crees que limitándote a esperar que terminen las clases va a cambiar algo?

Tanya refunfuñó un poco.

—No lo sé, pero a lo mejor pasa algo.

—Puede darnos el día del juicio...

Se volvió hacia Yvette.

—¿Qué quiere decir eso? Lo dijo Paul y no sé lo que quiere decir.

Aunque el sonido llegaba un tanto amortiguado, estaba claro que en el piso de arriba estaban discutiendo a gritos, y que alguien había lanzado algún objeto al suelo. Todas fijaron los ojos en el techo, esperando a ver cuánto tardaban en oír las escaleras y cerrar la puerta de abajo de un portazo. Otro de los dramones familiares de Valadon.

Yvette cruzó los brazos en la nuca.

—Ahí va una historia. Un hombre al que están a punto de ejecutar le dice al rey: «No me mates. Si ordenas que no me corten el cuello hasta dentro de un año, enseñaré a hablar al caballo». El rey le dice: «Estupendo, empieza ahora mismo», y el amigo del hombre le dice: «¿Qué haces? ¿De qué te va a servir eso?». El hombre le contesta: «En un año pueden pasar muchas cosas. Puede que me

muera yo, puede que muera el rey y, ¿quién sabe?, puede que el caballo aprenda a hablar».

Tanya se quedó pensando un momento y después dijo en voz baja:

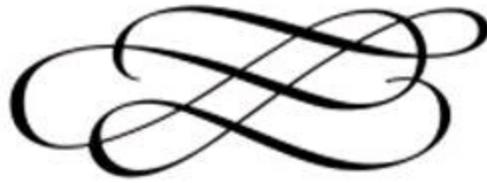
—¿Soy yo el caballo?

Yvette se echó a reír. Se levantó de la cama y le dio un beso a Maud en la mejilla.

—Venga, Tanya, vámonos, que milady tiene que descansar.

Tanya se puso de pie, preocupada todavía con la historieta, y dejaron a su amiga con el sonido de la lluvia y las bendiciones que pueda deparar un buen sueño.

Capítulo 6



A Maud la despertó una carcajada procedente del piso de arriba. Fuera estaba todo oscuro. Se quedó callada un momento, sin saber si podría volver a dormirse. Arriba alguien empezó a tocar la flauta. Era una melodía extraña, prolongada, abierta. Demasiado sutil, muy suave, incesante, como si las reglas de la música no existieran. La gente fue callándose poco a poco. Maud sacó las piernas de la cama y encendió una vela. Cerilla tras cerilla, hasta que lo consiguió. Se acordó de cómo le temblaban las manos a Sylvie cuando intentaba encender la lamparita del opio, y de la piel que tenía cuando le rozó las manos para cogerle las cerillas. Intentó ponerse de pie, inclinada como estaba un poco hacia delante y aún medio sentada. Le dolían los músculos, los notaba débiles, como si se hubieran olvidado de cómo mantenerla erguida. Esperó. Y se puso de pie en medio de las sombras. Era una pequeña victoria, pero, para ella, la primera que conseguía en mucho tiempo. La tarima estaba fría y bastante suave al roce de sus pies descalzos.

Se arrodilló con mucho cuidado, apoyándose en el travesaño, y metió el brazo por debajo de la cama hasta que rozó con los dedos el mimbre barnizado de su maleta. La sacó lentamente, desabrochó la cinta de cuero y la abrió. Tenía sus cosas ordenadas en el mismo sitio; los cuadernos exactamente igual que los había dejado. Se miró las manos, estiró los dedos y volvió a relajarlos. Hacía casi dos semanas que no pintaba nada y tenía los dedos rígidos, envejecidos. Nunca había pasado tanto tiempo sin pintar, desde que era niña.

Desató el cordón que sujetaba la paleta a la tapa superior; la cogió con la mano según caía y vio que debajo estaban sus bocetos al óleo, uno de Tanya, algunos del estudio, y el retrato de Sylvie, tal y como ella los había guardado, bien estirados sobre el forro de la maleta. Los puso a un lado sin mirarlos mucho y tiró con la uña del forro superior hasta que consiguió quitarlo. Allí estaba su colección de billetes de cincuenta francos, todo lo que había ahorrado en casa de los Morel. Contempló los billetes que tenía en la mano, como hizo aquella primera noche, pero en vez de sentirse rica, ahora era como si una oscuridad desgarradora la oprimiera por dentro. Esto era lo que había costado.

Volvió a guardar el dinero en el escondite, e iba a hacer lo propio también con los bocetos, pero el retrato de Sylvie la miraba con tanta intensidad que no pudo colocarlo con los demás. Mientras tanto la flauta seguía sonando, deambulando como por entre los meandros de un río, explorando el aire. Puso el dibujo a un lado en el suelo para meter los demás en la maleta y se sentó con las piernas cruzadas a estudiarlo con detenimiento. La luz de la vela le proporcionaba movimiento, como si todavía siguiera allí el humo de la pipa. Estiró la mano para tocar suavemente la línea que marcaba

los hombros de Sylvie, reconociendo la textura del color. ¿Cómo podían haber regresado a ella todas estas cosas, cómo la encontraron entre los muertos?

Cerró los ojos y se imaginó a Morel en su habitación, como en una película en blanco y negro, moviéndose compulsivamente, haciendo un hatillo con su ropa para dársela a los pobres, quemando en la chimenea las tarjetas que había dejado junto a la cama, revisando los cuadernos para ver si podía usarlos en su beneficio, algo que le permitiera comprobar si la historia era creíble.

Maud abrió los ojos y alisó con sus dedos los cabellos de Sylvie, desaliñadamente recogidos. Le vino a la cabeza con todo detalle la entrevista que mantuvieron con ella Sylvie y Morel esa última tarde, lo injustos que habían sido, la crueldad con que la trataron. Intentaba convencerse de que Sylvie había mostrado algún signo de arrepentimiento o de conmiseración, pero una y otra vez le venía a la mente la fría naturalidad con que pasó por encima de ella después de que se desmayara. Por un momento se sintió asqueada. Mejor no vivir. No era nada, no significaba nada, y aquellas habitaciones nunca habían sido las suyas. Ella no era de allí. No era de ningún sitio. Bajó la cabeza y escuchó el suave fluir de la flauta. Apretó los puños. Suspiró profundamente, para que el aire le recorriera el cuerpo de arriba abajo. Se levantó, tambaleándose un poco, hasta que encontró su equilibrio. Las paredes de su celda estaban llenas de chinchetas. Cruzó la habitación con el boceto cogido con dos dedos por una punta y lo colgó enfrente para poder verlo desde la cama. Justo cuando se volvía hacia la cama, cesó el sonido de la flauta y arriba empezaron todos a aplaudir y a lanzar vítores y silbidos. Alguien con voz masculina pedía más vino, mientras otra persona empezaba a rasgar las cuerdas de un violín.

Maud se derrumbó en la cama y se tapó bien con las mantas. Cerró los ojos y con terrible familiaridad se vio otra vez ahogándose en el río. Se iba sumiendo en el sueño, rodeada de agua y de oscuridad. La impresión de frío no se le quitaba. Estaba igual de confundida que en aquel momento. Horrorizada, traicionada, estúpida y atrapada en un cuerpo inútil. *Pronto pasará*, le dijo el agua oscura. *Respira, deja que entre en tu cuerpo y ya nunca te sentirás perdida. Vamos, déjate ir, ven conmigo*. Por unos instantes, aturdida como estaba, sí se dejó ir: se empapó de una paz y de un calor que la arrastraron al fondo. Y entonces su propio yo empezó a llamarla a gritos. Imágenes, sonidos. Vio a su madre muerta, a su padre borracho. Sostenía en las manos a su hermanito Albert y le susurraba bonitas promesas al oído; echó estiércol sobre la tumba de su padre y vio cómo se alejaba su madrastra de la ciudad, montada a caballo, lanzándoles besos y saludando con la mano, como una novia resplandeciente. Intentaba moverse en el agua, y cerró la boca. Aquel almacén solitario lleno de residuos roñosos. Hacía señales a las llamas que lamían los muros, aquellas llamas que entre aullidos desgarraban la humillación del lugar con sus fauces amarillas y rojas. *Así no*. No iba a morir así.

Luchó contra las negras aguas, traspasó la superficie y respiró, agua y aire. Una vez, dos, pero la droga y el frío tiraban demasiado de ella y volvió al fondo. Luchó una vez más, una vez más por todas esas horas que había pasado en el Louvre pintando, por cada uno de los momentos en que había tenido hambre, por la soledad, por el miedo; una vez más por la traición, por la crueldad, por la violencia fácil. La rabia la sacó a flote, el fénix que había en la cajita de opio. La última respiración. Estaba agotada y se hundió de nuevo. A lo mejor oyó los gritos del barquero, la agilidad con que se movieron quienes la rescataron, pero no era consciente. Se ahogaba; se durmió.



Al despertar, Valadon estaba de pie, junto al retrato de Sylvie. Maud se cambió de postura en la cama y Suzanne la miró, dándose un poco la vuelta.

—¿Tuyo? —Maud asintió y estiró los dedos. Siempre que se despertaba los tenía doloridos y muy rígidos—. Pues no eres la mierda que pensé que eras. —Valadon dio un silbido y el perro vino corriendo desde el pasillo. Se agachó para acariciarlo, le cogía mechones de lana, lo agitaba, con la cara escondida en el cuello del animal. El perro jadeaba, sin dejar de mover el rabo. La pintora miró a Maud—. Tengo que salir. Ahí tienes café y más sopa de la tuya. Dios, me encanta esa criada. ¡Qué cara! —Se puso de pie con las manos en la cabeza—. Hoy no llueve. Voy a ver si corro un poco, subo a la colina y bajo, antes de ponerme con los pinceles.

—¿Suzanne? Gracias.

La mujer bajó los brazos y sonrió con la cara llena de arrugas.

—Ni me lo digas. Aquí recogemos a todos los esqueléticos y descarriados. Tú eres la última. Cuando me muera, voy a llegar a San Pedro y me va a decir: «Suzanne, has sido una mala mujer, pero de todas formas tengo que dejarte entrar, porque te preocupaste de los marginados».

Maud sonrió. Hoy tenía la cabeza más despejada.

—Y porque eres una estupenda artista.

Valadon se encendió un cigarrillo y se dirigió a la puerta.

—Eso no debe de valer para mucho, ¿no?

—Suzanne, quiero escribir una carta.

—¿Crees que llegarás a Le Rat Mort, en Place Pigalle? Allí tienen de todo.

La lluvia. Óleo sobre tabla 35 × 25 cm

Por la fuente, que queda apenas atisbada al fondo, da la impresión de que la perspectiva del cuadro está tomada desde el interior del café Le Rat Mort, en Place Pigalle, Montmartre. Durante la *Belle Époque* este café era uno de los preferidos por los artistas y modelos de la zona. Dentro del marco secundario que representa la ventana del café, nótese la potente sensación de movimiento que cruza el cuadro de izquierda a derecha; las figuras pasan apresuradas ante el observador, protegiéndose con el paraguas o tapándose la cabeza con el abrigo. Adviértase asimismo el denso amarillo de la luz que llena el ambiente y cómo la lluvia se muestra solo a través de las alteraciones que producen los reflejos, esos bordes afilados y distorsionados de las cañerías; las figuras vistas a través del cristal. *La lluvia* es un *tour de force* en el que el espectador siente vívidamente que también él ha conseguido escapar de una tormenta devastadora.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

Maud no debería haberse levantado de la cama, y mucho menos haber salido de casa. Para vestirse tuvo que pararse a cada rato y sentarse hasta que se le pasara el mareo. Solo tenía la ropa con que la

habían tirado al río. Estaba lavada y planchada, pero solo pensar que tenía que ponerse aquellas «aguas», la echaba a temblar. En el lavabo había un espejo roto, simplemente apoyado. Lo limpió un poco con una esquinita de la sábana y se miró. Curiosamente, se veía casi igual que antes, solo un poco más delgada de cara y con unas ojeras oscuras, muy pronunciadas. Después de que intentaran asesinarla, no quedaba ni rastro de lo bien que le había sentado vivir en rue de Seine. La idea le hizo gracia y, mientras se recogía el pelo en un moño, esbozó una tímida sonrisa. Se sorprendió de que los movimientos le resultaran tan mecánicos, tan rutinarios. ¿Cómo puede ser todo igual? Pero, curiosamente, enroscó el pelo como siempre lo hacía, con los dedos, en un moño alto, y las horquillas se mantuvieron.

Sacó la maleta de debajo de la cama, cogió el cuaderno de dibujo y lo abrió por las páginas de atrás. Allí estaba, la tarjeta de visita de madame Prideux. La guardó en el bolso, junto con un billete de cincuenta francos.

En el boulevard Clichy había un hombre que tocaba el violín, sentado en una caja de té dada la vuelta. Sobre la rodilla tenía un mono, vestido con chaqueta roja, que sostenía otro violín y otro arco minúsculos. Llevaba una cadenita atada al cuello, que terminaba en el bolsillo del chaleco de su amo. El mono lo observaba y copiaba todos los movimientos del violinista, comprobando si lo hacía bien, como si estuvieran manteniendo una conversación. Los tranvías que pasaban iban tocando la campanilla todo el tiempo. El cielo estaba de un naranja grisáceo y Maud no sabía si era por el tiempo o porque estaba enferma, pero el aire le resultaba agobiante. Levantó la vista.

—Métase en algún sitio, señorita —le dijo el violinista—. Va a caer una tormenta en menos de un minuto.

Y mientras lo decía, ya estaba recogiendo su instrumento. Se puso de pie y el mono se le subió al hombro con enorme agilidad y se acurrucó bajo el ala del sombrero. El hombre hizo un gesto con la mano para despedirse y se marchó renqueando calle arriba.

Maud cruzó el bulevar en medio del ruido y del bullicio de gente, tan numerosa que la protegía de los coches, hasta que llegó a Le Rat Mort, justo cuando empezaban a caer las primeras gotas. Se sentó, cálida y confortablemente, en un sitio que encontró libre y se puso a escuchar el murmullo de los clientes mañaneros que estaban detrás de ella, el aleteo de las páginas de los periódicos y el tintineo que hacían las cucharillas cuando los lectores revolvían el azúcar del café. Todo estaba recién limpiado y brillaba a la luz de las bombillas eléctricas. Aún no le habían traído el café y las cuartillas que había pedido cuando vio que estaba diluviando, la calle empapada y las cañerías vomitando auténticos chorros de agua. Fuera el ambiente había quedado congelado en medio de un amarillo denso y se veía a la gente pasar apresuradamente, como si el trueno hubiera sembrado la calle de demonios. Miró las cuartillas que tenía delante, se concentró y se puso a escribir.



Esa tarde Maud se encontraba peor. Cuando a Sasha le dijeron que su paciente se había pasado la mañana dando vueltas por ahí, que le había sorprendido la lluvia al volver a casa, soltó una perorata en ruso que Tanya se negó a traducir. Yvette sonrió desde donde estaba, sentada en el suelo.

—Creo que ya nos hacemos una idea.

Maud se incorporó en la cama, tirando de las mantas para taparse.

—Dile que lo siento, pero tenía que hacerlo —argumentó. Y por primera vez les habló de la extraña visita de madame Prideux a rue de Seine, de la detectivesca historia que le contó Morel sobre la Comuna y de la naturalidad con que Sylvie de buenas a primeras le dijo que la señora había muerto en un accidente.

—¿Por qué no me dijiste nada en su momento, Maud? —preguntó Tanya. Parecía preocupada. Maud movió la cabeza, sin saber qué contestar.

—¡Te tenían bien pillada!, ¿eh, pequeña? —dijo Yvette con voz abatida—. «Sylvie fuma opio, pero no lo digas. Y, como confiamos en ti, te contamos algunos secretos, todo lo que sabemos de esa loca.» Y ahora que les estabas tan agradecida y que les resultabas tan necesaria, no ibas a ir con el cuento por ahí. Apostaría algo a que por eso fingió que había tirado la droga que le quedaba justo ese día, el mismo día que te dijo que Prideux había muerto. No hay nada como hacer creer a la gente que comparte secretos y problemas contigo para mantenerla callada e insobornable.

Maud se sentó con las rodillas agarradas.

—Tienes razón, seguramente. En todo caso, esta mañana he escrito al hijo de Prideux, a la dirección que venía en la tarjeta. Le he dicho que conocí a madame Prideux y le he dejado caer lo que Morel contaba de ella. Y después le he dicho que estaba pensando invertir dinero con Morel, pero que, considerando lo que su madre había dicho antes del accidente, me retuve. Y también le he dicho que su madre le llamaba Gravot.

Tanya le había ido traduciendo a Sasha lo que decía Maud y la anciana parecía sorprendida; tenía miedo; no dejaba de hacer ruiditos y de persignarse, mientras escuchaba el relato sin dejar de revolver la leña de la estufa.

—Pero ¿eso se puede hacer? ¿Empujar a alguien para que lo atropellen? ¿Creéis que fue Morel? —preguntó Tanya.

—Sí —dijo Maud, preguntándose cuándo iba a encontrarse bien otra vez (ya no sabía ni lo que era eso), cuándo se iba a liberar de ese malestar de estómago, de ese dolor de cabeza—. Tanya, escribí la carta en tu nombre. Lo siento. Así que te contestarán a ti.

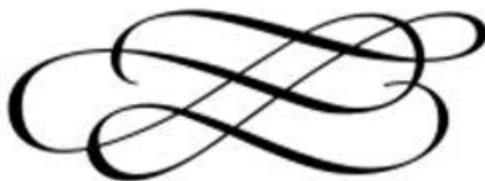
—No hay nada más fácil que matar a alguien atropellado —intervino Yvette—. Una amiga mía murió así el año pasado. Para mí que su amante la empujó. Tenía unos celos enormes y a ella le divertía tomarle el pelo.

—Has hecho muy bien, Maud. Y te traeré la respuesta en cuanto llegue. Mis tías pensarán que son cartas de amor, pero mientras no ponga París en el remite, estupendo.

—¿Dónde piensan que estás, tus gatitos? —preguntó Yvette.

—En el Louvre. Es una de las ventajas de que Perov se me haya declarado. No quieren atosigarme tanto y, si me paso el día en los museos, me resulta más fácil pedirles que me dejen seguir en la Academia Lafond. Así tengo más tiempo para pensar.

Capítulo 7



14 de enero de 1910

Yvette se despertó con frío y muy incómoda, con la cabeza pesada de la noche anterior. *Tant pis*. Le habría venido bien un poco de juerga después de pasar tanto rato con una enferma, pero no fue a ningún fumadero y perdió el día. Eso no estaba mal. Le alegraba, aunque no podía más de dolor de cabeza. Se le había metido la humedad en las mantas y era como querer calentarte con niebla. Se cubrió con lo que encontró a mano y cerró los ojos, intentando dormirse por todos los medios. Alguien protestó a su lado.

—¡Yvette, maldición! Me voy a congelar. —La cogió por la cintura y la colocó en medio de la cama. Yvette sentía el peso de los muslos de su acompañante sobre los suyos. Le acarició, pasándole la mano por el estómago, y le apretó un pecho. Notaba la barba incipiente en el cuello—. Anda, caliéntame otra vez.

Le apeteecía. Con la otra mano él le presionaba la vesícula, pero ella se escurrió del abrazo y se levantó. El suelo estaba congelado.

—¡Caliéntate tú solito! Yo me voy.

Ya era de día. Se metió detrás del biombo y puso la tetera, mientras él se reía.

—¿Por qué no serás como la pequeña Marie? Quédate, siéntate a mi lado a zurcirme las camisas. Comportate como una buena ama de casa. Seguro que Marie calienta a sus amiguitos por las mañanas.

Yvette volvió a salir y se puso a buscar sus medias.

—Y a mí qué me importa lo que haga? ¡Vaya, otra carrera! Bueno, no se nota mucho. ¿Harley? ¿Puedo pedirte un favor? —Se sentó en la cama junto a él para ponerse las medias y arreglase los lazos.

—¡Lo que quieras! —Se incorporó con gesto algo más serio—. Con lo que me mandan de casa, no me llega para otra semana, pero sí que me quedan algunos francos. Los compartimos, aunque no me zurzas las camisas.

Yvette sonrió y le dio un beso en la frente.

—Guárdate tu dinero para papel y tinta, eres un buen chico. Yo me basto y me sobro por mí misma. Pero quería preguntarte una cosa. Tú ¿para qué robarías algo y luego lo devolverías?

El chico bostezó.

—Depende de lo que fuera.

Yvette se quedó mirándolo. Era dos años más joven que ella, y en momentos así, todo despeinado y recién salido de la cama, parecía un niño con bigote postizo. Había venido de Londres a París para escribir, pero, por lo que sabía Yvette, se pasaba la vida —salvo para dormir— hablando y discutiendo con otros jóvenes en uno de los bares que rodeaban la Place du Tertre. Y si le pedía que le dejara ver lo que escribía, le decía que estaba recopilando material. A ella le alegraba siempre verlo y hablar con él de libros. Cuando la miraba, se ponía colorado, y para ella ese gesto era más entrañable que cualquier piropo convencional. Si tenía dinero, era generoso, y si no, no le pedía nada; por eso a veces ella se iba con él, aun sabiendo que en su casa haría frío y que no tendría nada de comer.

—Pues, digamos, un collar de brillantes o algo así —dijo Yvette.

—¿Estás pensando en robar a alguien?

Se apoyó en él para ponerse la falda.

—Es estupendo que no se te ocurra nada. Pero bueno, se supone que eres escritor, y que tienes imaginación o algo...

—No, espera. —Se sentó en la cama, rascándose la nuca—. Pero ¿lo devuelvo enseguida?

Yvette se sentó junto a él, espalda con espalda.

—No, digamos, a la semana. Y pon que culpas a alguien de haberlo hecho. Pongamos que lo encuentras y lo devuelves.

—Como haría cualquier chica honrada, como tú.

—Justo. Pero tú no eres honrado. No eres nada honrado.

Él volvió a rodearle la cintura con el brazo; y ella le acariciaba los pelitos del antebrazo, como si fuera su mascota.

—Puede que no estés devolviéndolo realmente. Que estés devolviendo algo simplemente parecido.

Yvette protestó.

—Independientemente de quién sea, las mujeres reconocen sus brillantes.

—¿Tú crees? —Parecía entusiasmado, como si la idea le hubiera cautivado—. No sé, ¿y si quitas unas cuantas piedras y las sustituyes con otras de imitación o algo? La mujer vuelve a tener su collar, es aparentemente igual, tiene el mismo tacto. Es prácticamente el mismo, pero te has quedado con unos cuantos diamantes.

Yvette dejó de acariciarlo.

—Y con eso te darían un montón de dinero, ¿no? —preguntó.

Él volvió a tumbarse.

—Supongo, y si entiendes algo, más, miles de francos. —Suspiró—. Yo, si me encontrara un diamante en el vaso, no sabría distinguirlo.

Yvette se incorporó de un salto, intentado ponerse la blusa.

—Si te lo encontraras en un vaso, te lo tragarías sin más. Voy a ponerme los zapatos.

—Están en la puerta. Pero ¿tienes tanta prisa? Me espanta ver que te vas. A lo mejor es que me he enamorado de ti.

—Los hombres siempre se enamoran de la mujer que se va o de la que acaba de llegar.

Se puso los zapatos y cogió la chaqueta que tenía colgada del respaldo de la silla. Tenía una pinta horrible.

—¿Te gusto algo?

—Cuando dices cosas inteligentes, sí. —Se acercó a la cama y se agachó para que él le diera un beso en la mejilla—. *Au revoir*, Harley.

Consiguió su beso y se dio la vuelta en la cama para verla marchar.

—¿Y qué es eso tan inteligente que he dicho? Para repetirlo.



Esa tarde Tanya trajo la carta a casa de Valadon.

Querida señorita Koltsova:

Le agradezco mucho sus palabras de condolencia. Por lo que se refiere a las preguntas que me hacía, lo único que puedo decir es que me causa gran dolor contestarlas en detalle, pero creo que me corresponde tanto deshacer posibles errores como advertirla honradamente de lo que pueda ocurrir. Jamás he oído hablar de nadie que se llame Morel, pero el apellido Gravot me resulta más que familiar. Si mi madre le dijo que ese hombre al que usted conoce por Morel se llama en realidad Christian Gravot, es que es él, el mayor sinvergüenza que ha pisado la tierra. Es un ladrón y un mago de la mentira.

Perdóneme que sea tan contundente, pero observo por sus palabras que le han contado una serie de falsedades y calumnias sobre mi familia que me duelen hasta lo más profundo. Por eso estoy dispuesto a exponerle los hechos que rodearon nuestra relación con Christian Gravoy y su esposa, Sylvie, y que al final provocaron lamentablemente que mi madre se volviera loca.

Mi padre no era rico, pero era honrado. Trabajó de funcionario en el ayuntamiento de la ciudad desde los catorce años hasta que se jubiló. En 1893 le concedieron la medalla al mérito civil por los servicios prestados y murió en otoño de 1905. Mi madre trabajó de casera con la viuda de Rochoux desde que se casó hasta 1907. Fue una servidora fiel, y la señora, al morir, le correspondió generosamente en el testamento. Esa misma señora fue la que pagó mis estudios y los de mi hermano; y gracias a ella nos podemos ganar la vida ejerciendo una profesión. En mi caso, ahora trabajo como experto en el despacho de abogados de la ciudad, y mi hermano tiene un cargo similar en la ciudad natal de su esposa. Como se puede deducir claramente, somos una familia honrada, dedicada al servicio público.

La historia que le han contado no es la nuestra, de mi madre y mía, sino la de madame Claudine Gravot y su hijo, ese traidor que usted conoce por Morel. Él fue el niño que vio cómo deshonoraban a su padre, no yo. Pero puede que usted se pregunte por qué digo esto con tanta seguridad. Y se lo voy a aclarar. Gravot y yo somos de la misma edad y coincidimos en el colegio. Él me contó la historia, aunque sé que su madre le pegó después por contármela. Gravot siempre deseó que lo admiraran, lo respetaran, incluso lo reverenciaran, pero como no tenía ni la categoría, ni la educación ni el carácter que pudieran inspirar en los demás tales actitudes, se dedicó a contar y recontar sus escabrosas historias para llamar la atención de sus compañeros más indefensos, mientras que a los más impresionables los llevaba a cometer tropelías de un vandalismo ruin y vengativo. Yo me alegré de salirme de su grupo. Cuando se enteró de que me iba cada vez mejor, se convirtió en mi enemigo. No era torpe, y por eso creo que le molestó ver la suerte que habíamos tenido mi hermano y yo. No voy a entretenerla contándole los detalles de la campaña que emprendió contra nosotros; permítame decirle tan

solo que aquello me confirmó que Gravot era un muchacho retorcido y malicioso.

En 1883, a los dieciocho años robó un collar de brillantes que pertenecía a una de las damas que de vez en cuando vienen a tomar las aguas al balneario de la ciudad. Y por ese delito lo deportaron a Guayana. Su madre tenía una tienda de ultramarinos en uno de los peores barrios de la ciudad y murió, amargada y resentida, antes de que terminara el siglo. Yo vendí el negocio en su nombre y le envié el dinero cuando volvió a Francia, después de cumplir condena. Qué fue de él entre esa fecha y el momento en que regresó a la ciudad a principios de 1908, no lo sé. Regresó casado y aparentemente con dinero justo después de que muriera la señora a la que atendía mi madre. Se hartó de decir con muchas alharacas que había vuelto totalmente cambiado y como tal se le aceptó en nuestra comunidad. Su mujer, Sylvie, era muy agradable y guapa, aunque muy joven para él, y el propio Gravot parecía haberse refinado mucho durante los años que había estado fuera.

Me duele mucho decir que yo no me di cuenta del grado de confianza que esta pareja había llegado a tener con mi madre viuda hasta que ya fue demasiado tarde. Únicamente puedo esgrimir en mi defensa el hecho de que, como acababa de tener mi tercer hijo, había asumido nuevas responsabilidades laborales. Me arrepiento profundamente de no haber estado más alerta, pero, honradamente, estaba tan engañado por Gravot como lo estuvo mi madre. A mí me alegraba no verla todo el día sola.

El matrimonio se fue de la ciudad a mediados del año pasado. Poco después mi madre vino a mi casa muy preocupada. Y ahí fue cuando yo me enteré de que había «invertido» con Gravot todo lo que había heredado, el modesto patrimonio de mi padre y lo que le había dado su benefactora. También la habían convencido para que pidiera dinero con el aval de la casita que tenía, con idénticos fines. Mi madre creía que había invertido en una mina de diamantes de Angola, por decir un sitio, pero los documentos que le entregaron eran papel mojado. Que fue un acto delictivo muy burdo es evidente, pero Gravot y su mujer habían redactado los documentos de tal modo que el dinero figurara como donación. Mi madre no tenía experiencia en documentos legales, y como confiaba tanto en la pareja, los firmó sin más.

Hubo que vender la casa en que habían vivido mis padres durante sus cuarenta años de matrimonio y mi madre se vino conmigo. Los últimos meses que pasó con nosotros no fueron buenos. Se sentía a la vez humillada y enfadada; ni mi mujer ni yo conseguimos que aceptara lo ocurrido, ni que se convenciera de que era imposible darle la vuelta a la operación. Como no aceptaba que yo le diera dinero, vendió las pequeñas cosas que le quedaban para financiarse un viaje a París. Yo confiaba en que su plan de irse a la capital para distraerse un poco —según ella nos dijo— fuera indicio de que se estaba recuperando. Pero ahora veo por lo que usted dice en la carta que mi esperanza resultó vana: fue a París para buscar a Gravot y a su esposa, y resulta evidente que los encontró. Estuvo fuera tres semanas. No quiero ni imaginar cómo pasaría todos esos días. Trajimos el cadáver la semana antes de Navidad y ahora descansa junto a mi padre.

Termino mi carta permitiéndome la libertad de darle un consejo, que espero considere, pese a venir de un extraño. Si aún no ha entregado dinero al señor Gravot, no lo haga, no lo haga bajo ningún concepto. Y si ya lo ha hecho, delo por perdido. Le ruego también que si usted ha repetido ante alguien las calumnias que sobre mi familia iba diciendo el señor Gravot, enmiende el error.

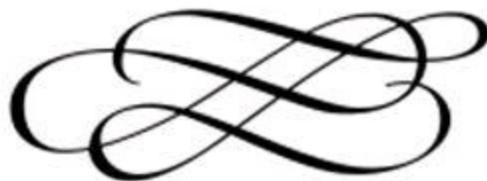
Con mi mayor consideración, suyo afectísimo.

Las chicas leyeron la carta, una detrás de otra.

—Pobre mujer —dijo al final Tanya, devolviéndole la carta a Maud.

Maud asintió con la cabeza, pensando en cómo se había portado con la señora Prideux cuando la vio por primera vez, en el vestíbulo. Si no le hubiera dado tanto miedo. Había dado con la puerta en las narices justo a quien podría haberla salvado, y todo por proteger la seguridad de los monstruos que había dentro. Con esa idea en la cabeza la tarde se le hizo muy sombría y apenas pudo dormir esa noche, larga y triste.

Capítulo 8



15 de enero de 1910

Al día siguiente de recibir la carta de Jean Prideux, Maud se despertó tarde. Seguía débil, y el insistente dolor de cabeza que tenía se le agravó aún más cuando, después de vestirse a toda prisa, salió a la calle. En los oídos le martilleaba todo: los tranvías tocando la campanilla, los caballos pateando con las pezuñas el empedrado de las calles y los taxis serpenteando por entre los omnibuses, con esas ruedas de hierro que hacían tanto ruido. Cruzó el boulevard de Clichy y buscó refugio en la Place Pigalle. Un enorme reloj daba las horas, junto encima de la *épicerie*; eran pasadas las doce, mucho más tarde de lo que creía. Miró la fuente que había en el centro. Junto a ella había unas cuantas mujeres, apoyadas, fumándose un cigarrillo. Enfundadas en largos abrigos de invierno, otro grupo de mujeres pastoreaban chiquillos, vestidos de marinero. Iban en dirección a casa o hacia el parque, confiando en que no lloviera. Uno y otro grupos pertenecían a mundos distintos, a mundos absolutamente ajenos.

Al ver que se tambaleaba un poco, Maud se apoyó en una de las mesas que había en la terracita de Le Rat Mort. Se le acercó un camarero, de pelo y bigote engominados, tanto que parecían pintados; entre preocupado y suspicaz, intentaba determinar a cuál de los dos mundos pertenecía Maud. En cuanto ella se puso derecha y le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, al camarero le cambió el gesto y la dejó ir, haciendo un educado movimiento de cabeza.

Maud intentó caminar con mayor seguridad al bajar por la avenue Frochot, pero se tuvo que detener para apoyarse en la pared sin que la vieran, en cuanto dobló una esquina. Lo sabía, la gente que pasaba debía de pensar que estaba borracha. Iba bien vestida, pero no llevaba sombrero ni guantes, y en París todo el mundo te miraba. Incluso puede que en cualquier momento se topara con un policía. Se obligó a seguir andando hasta que llegó a la Place St Georges, a la puerta principal de la casa donde vivía la condesa, y, antes de arrepentirse, llamó al timbre.



El mayordomo le hizo pasar a la biblioteca después de preguntarle el nombre. Era inglés, y

reconoció por el acento que era una mujer educada. Por lo visto, la biblioteca en Francia cumplía el mismo propósito que en Inglaterra: era el lugar en el que se recibían desconocidos difíciles de clasificar, a los que no se podía hacer pasar directamente al salón pero a los que tampoco se podía dejar esperando en el vestíbulo, a la vista de todos, por lo que pudieran decir. Maud no se sentó, por si acaso luego no era capaz de levantarse. Se quedó al fondo, mirando por la ventana, que daba a un agradable jardincito trasero. En esta época del año estaba cubierto de tonos grises y rojizos, de verde salvia y tierra. Tonos muy naturales. En el centro había una fuente sobre el césped, ahora callada; desde la roca en que descansaba, la sirenita no echaba nada al estanque. La jardinera se estaba quitando hojas secas que se le habían quedado enredadas entre los cabellos, color ceniza.

Se abrió la puerta y Maud se volvió. Era la condesa. La americana dio un grito y miró para atrás, como si quisiera asegurarse de que había alguien más, por si necesitara ayuda. Maud sintió las náuseas y la debilidad muscular que ya le resultaban habituales. La cabeza le daba vueltas y las piernas, cansadas y torpes, le empezaban a flaquear. Al final me voy a despertar en una celda, pensó, y todo por mi culpa. La condesa cruzó la habitación y, al ver que su invitada se caía, la cogió; pasándole el brazo por la cintura, le ayudó a tumbarse en un sillón. Era más fuerte de lo que Maud creía. Maud no llegó a desmayarse; empezó a respirar con una cadencia regular hasta que la sensación de mareo y de desfallecimiento se le fue pasando. Y abrió los ojos.

—Supongo que no serás una aparición —dijo la condesa, retirándose. Aunque se le había suavizado algo la voz, mantenía un tono enérgico, y enunciaba fríamente las frases—. ¿Es que me están gastando alguna broma, señorita Heighton? ¿Quién está queriendo tomarme el pelo?

Maud solo acertaba a negar con la cabeza.

La condesa se inclinó hacia delante y tocó un timbre que había junto a la mesa. Maud se incorporó un poco; cuando entró el mayordomo, haciendo un saludo con la cabeza, le pidió que trajera simplemente coñac y agua. Maud empezó a hablar, pero la condesa levantó la mano: no. Trajeron el coñac en una bandeja de plata con vasos de cristal, no con las enormes copas del Hôtel Chopin. Parecían de hielo. Pero cuando la condesa llenó uno de ellos y se lo pasó, Maud comprobó sorprendida que el vaso no estaba frío. La condesa se sirvió generosamente y se bebió el vaso de un trago, como si fuera un obrero de esos que están apostados en la barra de cualquier barucho barato. Empezó a hablar, mirando fijamente el vaso vacío.

—Ese tipo, Morel, vino en Nochevieja a devolverme la diadema. Me dijo que la había robado usted y que, presa del arrepentimiento, se había tirado al río. Por eso me veo obligada a preguntarle, señorita Heighton, ¿hay algún error en todo esto? O es que lo robó, pero, después de todo, ¿tampoco se sintió tan arrepentida?

Maud notaba que el coñac le abrasaba la garganta. Tosió. —No lo robé.

—O sea, que lo cogió y después ¿se olvidó de volver a dejarlo donde estaba?

Maud se sintió observada. La condesa estaba sentada en el borde del sofá, con el vaso vacío en la mano derecha, cogido por el borde. Con la izquierda se sujetaba la barbilla. Ahora que ya había pasado el susto inicial de verse ante una resucitada, tenía un aspecto malvado, entre desconfiada y enfurecida, sin saber muy bien qué pesaba más en ella. No dejaba de mirar a Maud, de arriba abajo.

—Ni cogí nada ni me tiré al río.

Llamaron suavemente a la puerta y volvió a entrar el mayordomo. Dirigiéndose al aire que había por encima de sus cabezas, anunció:

—Señora, una tal señorita Koltsova desea verla. Dice que es amiga de la señorita Heighton.

—No sé cómo me han encontrado —exclamó Maud, muy extrañada.

—¿Se escapó de la correa, no, señorita Heighton? ¿Quiere hablar conmigo a solas? Puedo decirle

a Arthur que permanezca junto a la puerta con una porra para que no nos moleste nadie.

Maud tragó saliva.

—A Tanya no le habría gustado que viniera. Pero no tengo nada que decirle a usted que no pueda decir con ella delante.

—Entonces, ¡que pase, Arthur! —El acento americano de la condesa era más pronunciado ahora. El mayordomo carraspeó—. ¿Qué pasa, Arthur?

—Hay otra persona más... esperando.

La condesa miró a Maud, con una ceja levantada.

—Será Yvette, probablemente. Una modelo.

—Muy bien, Arthur, que pasen todas. Y traiga un par de vasos más, supongo. —El mayordomo hizo una inclinación de cabeza y la Condesa se sirvió una segunda copa—. Tiene gracia. Y yo que pensaba que me iba a aburrir hoy.

Después de hacerlas pasar, el mayordomo puso dos vasos sobre la mesa. Parecía moverse con extraordinaria lentitud. Yvette estaba coloradísima, y no le quitaba ojo de encima a Maud. Tanya estaba balanceándose, a punto de caerse de la silla. En cuanto Arthur se retiró, con la elegancia de un cisne vestido de etiqueta, Tanya empezó a hablar en francés, muy rápido.

—Es inocente. No puede llamar a la policía. No ha hecho nada malo.

La condesa levantó otra vez la mano y miró con tal intensidad a Tanya que Yvette se echó hacia atrás un poquito.

—Quiero que, de una maldita vez —dijo la condesa muy claramente y en inglés—, la gente deje de decirme lo que no pasó y me cuente *lo que pasó*. Ustedes dos cállense y tómense el coñac, si les gusta. Señorita Heighton, explíquese.

Y lo hizo. Al principio no le salían las palabras tan fácilmente, pero el coñac le soltó la lengua y tras las primeras frases, en que empezó a contarle que Sylvie fumaba opio y que le mandó a buscar provisiones, ya todo le salió de corrido. Le relató a la condesa la historia de madame Prideux y las acusaciones que vertía sobre los Morel. Para Maud era como si estuviera hablando otra persona. Se escuchaba, veía que estaba hablando con palabras serenas, bien elegidas, pero lo que realmente sentía era esa enorme rabia, esa bilis negra que la devoraba por las noches mientras dormía. Las palabras se elevaban en el aire y quedaban suspendidas por encima del mar de dolor que le inundaba la cabeza. Le contó a la condesa cómo la tiraron al río aquella noche, lo enferma que estuvo cuando volvió en sí y la ayuda que había recibido de sus amigas y para terminar le explicó que había escrito a la familia Prideux. Después le pasó la respuesta que había recibido de Jean Prideux. Y mientras la condesa la leía en voz baja, Maud se quedó mirándola. Madame de Civray le devolvió la carta y dejó su vaso de coñac en la mesa. Después le hizo un par de preguntas a Yvette sobre lo que pasó después de que sacaran a Maud del río. Muy respetuosamente, Tanya le habló también del encuentro que había tenido con Morel en Passage des Panoramas.

—Muy interesante. Pero, señoras, la cosa es que yo ya tengo mi diadema.

—Pero, madame —dijo Yvette. Y resultó muy extraño oírla hablar inglés tan educadamente, probablemente porque en una lengua ajena no podía meter sus acostumbrados reniegos ni expresarse con la libertad que le era habitual—. ¿Está usted segura de que la *diadema* es la misma que perdió?

La condesa se levantó y se acercó al escritorio.

—Señorita, téngalo claro. Yo no *perdí* nada. Eso es lo único que sé.

Cogió papel y lápiz y escribió algo, después llamó al timbre para que viniera Arthur. El mayordomo apareció enseguida. Sin esperar a que entrara, le dijo algo en la puerta de lo que las chicas no se enteraron.

—¿Qué haces aquí, Maud? —le preguntó Tanya en voz baja—. ¡Sasha te vio cuando íbamos en el coche por Place Pigalle! Yvette dijo que estarías aquí, pero no creía que fueras tan tonta.

La condesa se reunió de nuevo con ellas.

—Me temo que debo hacerles esperar unos minutos —les dijo. Y se fue cerrando la puerta.

—¡Mierda! ¡Va a avisar a la policía! —dijo Yvette, terminándose de un trago el coñac que le quedaba, como cualquier marinero—. Yo digo que nos vayamos.

—¿Adónde? —dijo Tanya susurrando—. Me conoce. Y mira qué cara tiene Maud. La cogería hasta una tortuga.

—Entonces, ¿qué propones, princesa?

—Yo no me voy a ir —dijo Maud lacónicamente, antes de que Tanya tuviera tiempo de contestar—. Sé que no tenía que haber venido, pero no pude evitarlo.

—Sí, sí pudiste —le increpó Yvette—. ¡Mírate! Podías haberte quedado en cama hasta que... —Ondeó la mano en el aire.

—¿Hasta qué, Yvette?

—¡Pues no sé! Hasta que te hubiéramos convencido de que te volvieras a Inglaterra.



Pasó una media hora. Maud no sabía exactamente si estaba tranquila o sencillamente agotada. Tanya e Yvette estaban nerviosas. Yvette no podía estarse quieta y recorría la habitación de arriba abajo, cogiendo un objeto aquí, otro allá, hasta que Tanya la recriminó. Pero, pese a todo, siguió haciendo lo mismo. Solo que, si veía que Tanya la miraba, manipulaba los objetos que tocaba con algo más de cuidado.

Por fin volvió a abrirse la puerta. La condesa traía en la mano un maletín azul oscuro y junto a ella venía un hombre mayor, muy delgado, con el cuello de la camisa almidonado y un bigote blanco muy espeso. Tenía un aspecto algo nervioso. No parecía un policía. Se quedó mirando a las tres chicas, con normal curiosidad. Como Maud imaginaba lo que contenía el maletín, retiró la vista.

—Señor Beauclerc, estas damas son amigas mías. Puede hablar abiertamente delante de ellas —dijo la condesa. El señor Beauclerc pareció sorprendido ante la expectativa de tener que hablar abiertamente delante de alguien—. Señoras, este es el señor Beauclerc, de Maison Lacloche, en rue de la Paix. —Hablabla con tono seco y controlado. Invitó a Beauclerc a que tomara asiento en el sofá y se sentó junto a él. Después puso el maletín sobre la mesa de mármol veteado y le requirió—: ¿Qué puede usted decirnos de esta joya, caballero?

Por el gesto, era como si Beauclerc pensara que le estaban gastando una broma. Miró a la condesa con ojos expectantes, por si le indicaba algo más, por si le daba algo más de información. Como nadie decía nada, suspiró de manera casi imperceptible, se acercó el maletín y lo abrió. Entonces, tras una simple ojeada, se volvió hacia la condesa. Maud oía la pesada respiración de sus amigas. Lógicamente ellas dos no habían visto aquello nunca. Para Maud fue como si la volvieran a trasladar a rue de Seine y se puso malísima. Beauclerc tenía un tono de voz muy agudo, curiosamente limpio y claro para ser francés. Cada una de las palabras que pronunciaba salía con una nitidez y un brillo especiales.

—Es la diadema de diamantes de la emperatriz Eugenia, condesa. La conozco, claro. Su padre nos pidió que la limpiáramos antes de entregársela a usted como regalo de boda. La pieza fue diseñada por Bapst Frères en 1819 para María Teresa. Como estaba hecha con joyas del Patrimonio, la devolvieron al Estado en 1848, y más tarde se convirtió en la pieza favorita de la emperatriz Eugenia, a la que debe su nombre. —Parpadeó como un búho.

Maud oía el suave gimoteo de Yvette. Si fuera en otra ocasión, le habría divertido. Los brillantes que cubrían la diadema recordaban las capas de escarcha que a veces se forman en invierno sobre los setos. Las piedras centrales eran como rayos de luz detenidos y congelados en el tiempo, como claridad apresada.

El señor Beauclerc sonrió levemente y devolvió el maletín a la mesa, cerca de donde se sentaban Tanya e Yvette.

—¿Pesa? —preguntó Tanya.

El hombre negó con la cabeza y miró a madame de Civray en busca de aprobación. Tras un gesto de la condesa, pasó el maletín a Tanya para que lo cogiera. Yvette se arrimó a la silla y tocó las resplandecientes piedras con el dedo. El señor Beauclerc siguió hablando con la condesa.

—Cuando se instauró la Tercera República, muchas de las joyas de la Corona francesa se subastaron. —Ahora parecía más relajado en su papel de narrador y cruzó los pies—. Esta diadema la compró Asprey en Londres, creo, y luego pasó a manos de Tiffany, que es a quienes se la compró su padre, por lo que entiendo, condesa. El maletín lo hice yo, porque el antiguo estaba realmente muy estropeado. —Parecía tan emocionado simplemente recordándolo que Tanya levantó los ojos y le sonrió—. La piedra más grande es una golconda pura, de primera agua, de unos veintidós quilates. No es del tamaño del famoso Azul Real, claro, pero para algunos puede ser incluso más valioso, dadas la claridad y la calidad de... la... talla.

En un momento dado, mientras hablaba, se quedó mirando la diadema que sostenían Tanya e Yvette y redujo el ritmo de la narración. Se puso pálido y empezaron a salirle manchas rojas por las mejillas. Chascó los dedos reclamando la diadema con la mano. Tanya se la pasó. La condesa estaba sentada en el sofá, observando la escena, mientras el señor Beauclerc examinaba la joya, volviéndola una y otra vez, con movimientos cada vez más bruscos, con cara de desconcierto y preocupación; le temblaban los hombros, como si le estuvieran dando descargas eléctricas.

—Esto... esto lo llevó la reina de Francia —dijo en un murmullo—. Qué atrocidad tan nauseabunda...

La condesa frunció el ceño, pero el hombre estaba demasiado inmerso en lo suyo, contemplando la diadema, como para darse cuenta.

—Explíquese, caballero.

—¡Son falsos! ¡El diamante central y los grandes que tiene al lado! Puede que las cintas que forman la filigrana sí mantengan las piedras originales...

Se tapó los ojos con las manos, como si no quisiera ver más aquello que le causaba tanto dolor.

—Intente contener sus emociones, señor Beauclerc —dijo la condesa. Lo hizo con voz dura y fría, que sonó como un chasquido.

—Lo siento, señora. Pero me he impresionado... —Se aclaró la garganta y a Maud le pareció que le veía los ojos algo humedecidos—. Necesitaría más tiempo para decirle exactamente qué piedras se han llevado y cuáles son originales. Señora, le agradecería mucho que explicara...

—Pues, va a tener que perdonarme, caballero —le interrumpió la condesa. Se puso de pie y acercándose a la ventana se puso a mirar el jardín que había en la parte trasera de la casa—. De momento, no tengo mucha información. Pero déjeme decirle una cosa. Alguien se llevó la diadema y

a los pocos días me la devolvió como usted la ve.

—Entonces le han robado. Debemos ponerlo en conocimiento de la autoridad.

—Me habrán robado, caballero, pero a *mí*. Dado que las circunstancias son muy complejas, le ruego que considere esta visita como confidencial.

Parecía a punto de protestar, pero, al ver la mirada de la condesa, se relajó.

Yvette se había sentado en el suelo para tener los ojos a la altura de la resplandeciente diadema.

—Un buen trabajo, ¿no?

El joyero la miró extrañado.

—Évrard y Frédéric Bapst eran artesanos de primera categoría, señorita. Se trata de una pieza clásica, la simetría de la filigrana...

—No, no me refiero a eso. Hablo de la falsificación. Usted se dio cuenta en cuanto lo miró *con detalle*, pero tuvo que esforzarse para verlo, ¿no es así? Y ha dicho que no estaba seguro por lo que se refiere a las piedras más pequeñas. Creo que para que alguien como usted, que sabe tanto de joyas, llegue a dudar siquiera un momento —dijo mientras daba una palmada—, tiene que ser una buena falsificación.

Beauclerc se frotó la punta de la nariz.

—Si se ha producido algo así, realmente se trata de buenas imitaciones. Pero en París hay mucha gente que se dedica a falsificar joyas, son expertos en ello. Seguro que se ha fijado en que la mitad de las cosas que se exponen en las vitrinas del Palais Royal llevan un cartelito que pone «imitación».

—¿Y la montura? —insistió Yvette—. Quiero decir, ¿sacar el brillante auténtico para meter un vidrio sin que se note? El que lo haga ¿tendrá que saber lo que está haciendo, no?

Beauclerc volvió a mirar a la condesa para que lo orientara, pero la dama parecía absorta, contemplando el jardín.

—Desde luego, sí. Pero estamos en París, la capital mundial de la moda y la joyería. Aquí llegan los mejores artesanos de Europa. Ahora mismo podría mencionar el nombre de cien personas capaces de realizar falsificaciones como estas, y el de otros cien expertos en monturas.

Tanya se inclinó hacia delante, con los ojos brillantísimos.

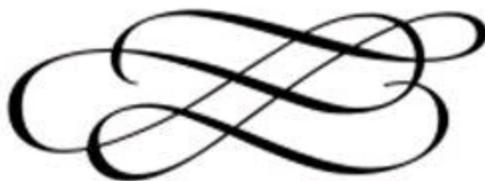
—Pero ustedes se conocen todos, ¿no? Joyeros y diseñadores, todos ustedes conocen esta diadema, y saben de quién es. Porque es famosa.

El caballero se tocó la barbilla.

—Claro. Tengo que admitir que la lista de gente que, sin expreso deseo de la propia condesa, estuviera dispuesta a hacer el trabajo y pudiera hacerlo bien es mucho más reducida...

—Entonces, estupendo —dijo Tanya, mientras sacaba del bolso una libretita diminuta y un lápiz finísimo—: denos *la* lista.

Capítulo 9



Caveau des Innocents. Óleo sobre lienzo 64,8 × 76,3 cm

Uno de los bares más famosos de París, cerca de Les Halles, y conocido desde la Primera Guerra Mundial como refugio de desencantados e irremediables. Aunque a los parroquianos apenas se les distingue, confundidos como están entre la ropa de trabajo de los obreros y el humo que emana de las lámparas de aceite, el cuadro no está exento de un cierto sentido de comunidad, de vida. El centro de atención lo constituyen la cantante de la mesa del fondo, vestida con un chal rojo intenso, y el violinista que la acompaña, con la bufanda a juego, del mismo color. Parece que la clientela está embelesada con la actuación; nótese cómo se inclinan todos hacia la cantante, atraídos por ella, igual que el observador, alejados de la sombra circundante.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

Cuando Beauclerc se marchó, compungido y lloroso, Yvette aseguró a la condesa que, con los nombres que tenía en la lista, si le daban unos días para investigar por las cloacas parisinas, averiguaría quién había manipulado la diadema. Seguro que había alguien que tuviera más dinero de lo normal, o que hubiera estado trabajando durante las Navidades mientras los demás estaban celebrando las fiestas.

Mientras debatían, Maud se echó para atrás en la silla y dejó que la conversación fluyera sin más. Cuando se planteó ir a casa de la condesa, era porque esperaba encontrar cierto alivio; por eso había ido. Le venían a la cabeza los cuidados salones que tenían aquellas amigas de su madre que tanto la querían y tanto la protegían, lo bien y lo segura que se sentía ella allí. Igual que se sintió cuando la condesa le dio la carpeta con las fotografías, durante esa temporada tan estupenda que pasó en París, justo antes de Navidad, cuando todos la arropaban y la necesitaban. Y ahora, al verse allí, arrellanada en la silla, vacía y hueca como estaba, frente a la euforia de las demás, comprendió que lo que había buscado era sentir aquello mismo; había imaginado que la condesa, bañada en lágrimas de agradecimiento, alabaría su fortaleza y su honradez, le daría palmaditas en la espalda, y eso le animaría a seguir viviendo. Pero nada de eso había ocurrido.

—Estupendo —dijo por fin la condesa, levantando la mano para impedir que las otras dos mujeres intervinieran—. Encuentren a quien hizo el trabajo y luego me lo comunican. Con eso iremos a la

policía.

—Pero no haga nada que ponga en peligro a Maud —señaló Tanya—. Si no, le advierto que me..., me...

—¿Qué? ¿Desmayo? —respondió madame de Civray muy cortante—. No se apure, señorita Koltsova. No nos será difícil convencer al que hizo el trabajo para que denuncie a Morel, o a Gravot, si es que se llama así. Esa gente no suele morderse la lengua por los amigos. —Respiró profundamente—. Lo siento, chicas. Entre la resucitada y lo que me han dicho de la diadema, no me encuentro muy allá.

Yvette la miró entrecerrando un poco los ojos.

—Maud ha sido muy valiente al venir, señora.

La dama frunció los labios.

—Sí, desde luego. Se lo agradezco mucho y no lo olvidaré. —Pero tampoco entonces miró a Maud—. ¿Les importa salir por detrás? Arthur las acompaña.



Al llegar a Place Pigalle, Tanya se fue por su cuenta y se metió en el Louvre para seguir con su papel de estudiante devota, mientras que Yvette acompañó a Maud del brazo hasta casa de Valadon.

—Me gustaría ir contigo esta noche —dijo Maud, mientras se quitaba las botas sentada en la cama.

—No. Ni pensarlo —contestó Yvette, sorprendida—. No es lugar para ti, y además aún no estás recuperada del todo. Si tengo que estar pendiente de ti, no puedo hacer las indagaciones necesarias. No conoces ni el idioma, allí no se habla precisamente el francés académico, y no sabrás qué hacer.

—Pero ¿cuál es *mi lugar*? —La desilusión que Maud había sentido después de presentarse en casa de la condesa se iba haciendo cada vez más densa, iba cristalizando en algo repugnante y siniestro—. Voy a ir contigo, voy a seguirte, vayas donde vayas, aunque al final me muera en una alcantarilla. Quiero ver. No puedo quedarme aquí sentada tan tranquila mientras todo el mundo decide qué hay que hacer y qué hay que decir. Ya no puedo más.

Yvette se dejó caer en la cama junto a ella, en medio de un ruido de muelles.

—¿Cuál es tu lugar? No hay quien lo sepa. Nadie sabe cuál es su lugar, Maud. —Sacó una navajita del bolsillo, la abrió y empezó a cortarse las uñas que tenía largas—. Nuestro lugar estará allí donde lleguemos al final, imagino.

—Diles a todos que soy una modelo nueva, que acaba de llegar, con dinero en el bolsillo y que tú te estás aprovechando para que te invite a unas copas.

Yvette miró hacia un lado y dijo con voz suave.

—¿Por qué? ¿Para qué quieres venir? No hay nada que ver más que hedores y miseria. Hace un mes te habrías desmayado solo de pensar en acudir a un sitio de estos. Cualquiera que te vea en esos antros pensará que eres una puta o una ladrona, o las dos cosas.

—Pero como lo único que soy es un espectro, Yvette, puedo ir donde quiera. Y voy a ir. Quiero ver con mis propios ojos, y además, ¿por qué me iba a importar lo que piense la gente?

Yvette cerró la navajita con fuerza, se la guardó en el bolsillo y suspiró.

—Dios, Maud, me espanta cuando te pones así. Siempre te ha importado lo que diga la gente, y *no*

eres un espectro.

—Pues me siento como si lo fuera. Un espectro enfadado. No puedo seguir pensando que el mundo puede convertirse en lo que yo quiero que sea, Yvette. Eso es lo que me mató. Quiero ver el mundo *tal y como es*.

Yvette dudó unos segundos y al final aceptó.

—Muy bien, pero habla lo menos posible. En la Caveau des Innocents, si piensan que no eres uno de ellos, te liquidan. Y ahora descansa. A medianoche te recojo y nos vamos.



Unos soportales en una calle oscura. La entrada a una de las carboneras de lo que en su día fue una casa espléndida, a tiro de piedra de Les Halles. Apoyado en la pared de fuera había un hombre, encogido de frío. Las miró de arriba abajo y asintió con la cabeza. Maud llevaba una ropa que le había dejado Valadon. Una falda muy sencilla y una blusa de algodón deshilachada, bajo un abrigo negro, corto, con los codos raídos. Se sentía más a gusto que con el vestido de noche rosa.

Yvette empujó la puerta y bajaron por una escalerita de piedra. Solo veían algo gracias a unas velas que había en los escalones, metidas en botellas, y a unas cuantas lámparas de aceite que colgaban de unos ganchos de hierro grandes. El ambiente era muy denso; olía a sudor, a alcohol del malo y a tabaco negro barato. Sobre el gris de las paredes destacaban varios nombres, escritos en bermellón oscuro, *Pantera*, *Enrique el Feo*, *Emilia la gorda*. No pretendían servir de decoración; eran una declaración de existencia.

Cuando terminaron de bajar las escaleras, las chicas accedieron a la primera de una serie de estancias de techo bajo, abovedado. Había una barra, por decirlo así, con vasos sucios y botellas de vino sin etiqueta. Yvette pidió una, señalando sin más con el dedo, y esperó, con los brazos cruzados sobre la barra, a que pagara Maud. Arrimados a la pared había bancos con mesas. Yvette cogió la botella y un par de vasos y se sentó con Maud en un rincón de la segunda estancia, que se abría a la primera. Sirvió los vasos y se bebió el suyo de un trago. Maud hizo lo mismo. El vino le abrasó la garganta, pero, después de la primera impresión, notó que la calentaba, que le limpiaba la sangre de impurezas.

Empezó a fijarse en algunos detalles de la habitación. Al fondo de la sala había un hombre tocando el violín y otro que cantaba, sentado en la mesa de al lado. Los clientes más próximos seguían el compás al son de la música y entonaban los estribillos. Maud apenas entendía la letra. El hombre lloraba por su chica, recluida en Saint-Lazare, y se quejaba de lo mal que vivía sin ella. Parece que la canción iba dirigida a la hermanita de la chica, que debía asumir las obligaciones de su hermana. Y las estrofas parecían terminar en un chiste o en un juego de palabras que provocaban las carcajadas del público, hasta que llegaba el estribillo y ya se unían todos al coro.

La taberna empezaba a llenarse, y el hedor a cuerpos sin lavar, sudorosos por la falta de espacio, enrarecía el poco aire que había. Yvette se llevó el vaso a la cara, observando a la gente a través del cristal, figuras distorsionadas. Terminó la canción y empezó otra, cantada esta vez por una mujer de voz ronca y grave. Maud observaba las caras de los parroquianos, tristes o satisfechas, y cómo los hombres y las mujeres se acechaban, bien fuera con la mirada o con el cuerpo. Yvette se levantó

sigilosa y fue de nuevo a la barra; a los pocos minutos Maud vio que estaba hablando con un tipo que tenía al lado. Yvette le decía que sí con la cabeza, mirando constantemente a izquierda y derecha para asegurarse de que no los estaban escuchando.

Mientras Maud se entretenía en mirar, llegó un hombre de pelo grisiento, peinado hacia atrás, y se sentó junto a ella, en el sitio de Yvette. Le dijo algo, pero Maud no le entendió y se encogió de hombros. Sintió que le deslizaban una mano por la cintura. El hombre olía a pan duro y a cebolla y a Maud el calor de su cuerpo se le filtraba por entre la ropa. Empezó a susurrarle al oído una mezcla de halagos y obscenidades mientras le tocaba la cadera con los dedos; sentía su aliento en el cuello. De repente alguien tiró de ella y se puso de pie. Era Yvette, enfadadísima, increpándole, hablando muy deprisa y en voz muy alta. El tipo que la había estado abrazando empezó a reírse y dijo algo, mientras se llevaba la mano a la entrepierna. Los que estaban cerca lo jaleaban y aplaudían. Con el gesto más dócil que pudo, Maud tomó la mano de Yvette y le besó los nudillos. Una efímera sonrisa, entre sorprendida y divertida, cruzó el rostro de su amiga, hasta que recordó que estaba enfadada. Insultó por última vez al hombre, cogió a Maud por la cintura y la sacó de allí.

La tremenda indignación que sentía le duró hasta que doblaron la esquina con rue Berger. Se soltó de Maud, se apoyó en la pared y empezó a reírse con tantas ganas que se le saltaban las lágrimas. La calle estaba tranquila. Los comercios y los puestos que había alrededor de Les Halles tenían echado el cierre, igual que los almacenes de mercancías. De repente se oyó el ladrido de un perro que debía de estar encerrado en algún sitio. Yvette se recompuso un poco.

—Dios santo, Dios, ¡creí que me moría cuando me besaste la mano! ¿Entendiste lo que te estaba diciendo?

Maud titubeó, dejando caer la cabeza hacia un lado.

—Algo como que era una zorra inmunda, creo. Y tú ¿qué has sacado sobre los nombres de la lista?

Yvette esperó para ver si Maud daba alguna muestra de haberse divertido, si reconocía de alguna manera la aventura en la que se había metido, pero no hubo nada. Se secó los ojos con la manga.

—Según Freddy, uno está muerto. Otro se fue de París el año pasado para probar suerte en provincias. De los demás, a dos los han visto habitualmente por ahí, de copas, casi todos los días. Pero hay dos que llevan más tiempo sin aparecer. El tipo con el que estaba hablando me ha dicho que de la lista de Beauclerc el que tiene más papeletas es Henri Bouchard, justo uno de esos dos a los que nadie ha visto desde antes de vacaciones. Al parecer llevaba un tiempo tratando de enmendarse, se había colocado en una tienda en Palais Royal, pero por allí tampoco ha aparecido desde entonces.

Maud hizo un gesto con la cabeza. Yvette sintió un escalofrío que la recorrió por todo el cuerpo y que no tenía nada que ver con la temperatura o con la humedad que se respiraba en el aire.

—¿Cómo conseguiste que te dijera todo eso?

Yvette se puso el chal por los hombros y empezó a andar hacia Montmartre, con paso decidido.

—Le dije que tenía una compañera interesada en meterse en el negocio de cambiar piedras buenas por malas. Freddy en su día se dedicaba a eso, antes de que le partieran la cara y lo dejaran marcado. Como a partir de entonces todo el mundo lo reconocía, ahora se gana la vida de carnicero en Les Halles.

Oía los pasos de Maud, que la seguía.

—¿Estás enfadada conmigo, Yvette? —dijo con voz tranquila.

—No. —Yvette la cogió del brazo—. Solo que he pasado algo de miedo por ti. ¿Qué diría tu hermano el abogado si supiera que has estado en semejante taberna? ¿Y con ese tío?

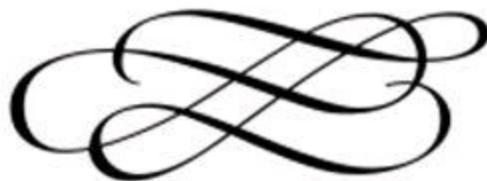
Maud reflexionó durante unos minutos y, al pasar bajo la luz que daba una lámpara de gas, Yvette vio que su amiga esbozaba una efímera sonrisa.

—Me llevaría a juicio, supongo, y lo que es peor, si a mí me contaran esta historia, hablando de una mujer de mi misma ciudad y más o menos de mi mismo estatus, a mí no me parecería mal que la llevaran a juicio. ¿A que es raro? Un sitio al que puedes ir cuando quieras, y mi hermano me encerraría de por vida si supiera que me he dejado tocar por ese tipo. Vamos a ver a la condesa.



Pese a lo tarde que era, madame de Civray aún no había regresado de sus cenáculos vespertinos. Llegó al poco. Hizo pasar a las dos chicas a su vestidor y se sentó delante de un espejo de tres cuerpos. Mientras Yvette le contaba lo que había averiguado, empezó a quitarse el maquillaje con un poquito de crema fría y a cepillarse el pelo. Consultó su diario y les dio cita para que volvieran.

Capítulo 10



19 de enero de 1910

Henri Bouchard estaba borracho. Henri Bouchard se había acostumbrado a emborracharse cuando tenía dinero y ahora tenía dinero. Ni la mitad de lo que tenía que haber cobrado, desde luego, por ese trabajo. Soltó una maldición y una de las putillas que había en la mesa de al lado se volvió para mirarlo por encima del hombro, hasta que siguió hablando con sus amigos. Él era un buen artesano. Lo habían tratado injustamente. Le metieron prisa para que terminara el trabajo y al final le pagaron mal. Pero, bueno, por lo menos había sacado lo suficiente para emborracharse en una de sus tabernas favoritas, o sea, con orquesta y bailarinas. No como en Les Innocents; allí te enfrentabas cara a cara con tu propio fracaso. En aquel antro inmundo solo se emborrachaban los más desesperados. Aquí por lo menos había una clientela animada, con ganas de flirtear y de batallar hasta la madrugada, y te daban la bebida en vasos limpios.

—¿Qué pasa, viejo? —Una joven se le sentó al lado. Refunfuñando, se volvió—. ¡Vamos, venga, viejo, no te pongas así! Mis amigos no han llegado todavía y tú tienes pinta de que no te viene mal un poco de alegría. Si me invitas a una copa, te canto algo.

Se medio volvió hacia la chica, con los ojos entreabiertos. Era suficientemente guapa. Más guapa que las mujeres que estos días se le habían ofrecido normalmente para pasar el rato. Puede que se hubiera olido que tenía dinero, por poco que fuera. Pero ¿qué más daba? ¿Qué mal le iba a hacer una canción? Llamó al camarero y la chica se arrimó a él, cogiéndolo del brazo. Notaba el calor de la muchacha en el costado. Qué gusto daba eso, sobre todo cuando hacía frío en París, sentir el calor de una chica al lado, ese abrigo un tanto animal, tan agradable. Casi le apetecía recordar el infierno que era el campo de trabajo en la Guayana, donde te derretías de sudor y el hambre te estrangulaba la respiración; así el placer era todavía más dulce.

Si le hubieran pagado lo que valía el trabajo, podría vivir así para siempre, pero ese Gravot era un cerdo. Sabía demasiado de aquellos tiempos. Ya en Francia, le repetía palabra por palabra lo que él, Bouchard, había dicho en su momento, cuando se dedicaba a divulgar por ahí que las damas de sociedad guardaban pasta de coca en la caja fuerte por valor de cinco francos. Gravot recordaba todo, Dios, Gravot se acordaba bien de él. Eso es lo que le había costado a Henri que no le pagaran bien el trabajo: la buena memoria de Gravot y su fanfarronería. Henri se acordaba de cuando llegó al campo. Apenas un chiquillo; pensó que lo mismo podía morir que vivir la primera semana; pero aguantó, el cabroncete; aprendía de los colegas más curtidos y lo interiorizaba todo, con la misma

naturalidad con que respiraba aquel aire abrasador. Y a la gente le gustaba hablar. No había otra cosa que hacer, después de pelearse entre todos por unas migajas. Y luego estaban sus salidas graciosas. Una vez cogieron un jabalí; los guardias accedieron a hacer la vista gorda si les daban las mejores piezas. Matar al animal se convirtió en una especie de fiesta y a Gravot parecía divertirle la sangre como al que más, hasta que Vogel le clavó un cuchillo en la tripa... y después se puso blanco como la pared, a pesar de lo moreno que estaba, y empezó a golpear al compañero. Le dio un puñetazo que lo lanzó por los aires, y lo habría matado de no ser porque los demás lo detuvieron. Esa fuerza que tenía en aquellos musculillos de acero...

La orquesta se puso a tocar una de las canciones que recordaba de sus tiempos mozos y Henri empezó a seguir el ritmo con el pie, casi sin darse cuenta. Gravot era el auténtico caballero en esta época. Un caballero de pacotilla, un caballero de vidrio y latón, pero una buena imitación. Al principio, a Henri le agradó volver a verlo. Casi ni se enteró de que le daba los «buenos días», cuando se lo encontró en la calle que da al patio trasero del cobertizo donde trabajaba; Gravot se había traído consigo aparentemente el estruendoso cacareo tropical. Entonces, cuando llegó el momento de acordar el precio del trabajo, demostró el tipo de «amigo» que era. Estaba claro que se había hecho rico, mientras que Henri se consumía en la trastienda de una de las joyerías más modestas de París, sin que le dejaran manipular nada que valiera más de un franco, y eso con los ojos del encargado siempre encima.

—Viejo, juraría que no te has enterado de nada de lo que te he dicho.

La chica le rellenaba el vaso, mientras él amagaba una sonrisa. Tenía el pelo bonito, de color arena. No era una puta cualquiera, mucho más mona.

—¿Algo de un sombrero?

—Jo, viejo. Eres tronchante. No, una falda que hice y que me dejé los dedos de tanto pinchazo y va la señora, entra y me dice: «no, no, así no es», y tengo que volver a empezar, y me llevó horas. Un trabajo tan refinado y ¿crees que aprecian la calidad? ¡Ni soñarlo! Si hubiera sabido lo que me iban a pagar, lo habría cosido de manera que las costuras se abrieran a la primera puesta. —Suspiró, cogiéndose la barbilla con las manos.

—Pues sí, preciosa, sé lo que se siente. —Pobre muchacha, pensó—. A mí me pasó lo mismo y también creí que era un amigo. Pero basta de penas, vamos a cantar, ¿eh?

La chica sonrió y asintió con la cabeza, muy modosita.

A las tres horas era el hombre más feliz del mundo, caminando cuesta abajo, cerca de Place Pigalle, del brazo de una chica guapa que, además, iba canturreándole y silbándole al oído. Si quería que la acompañara a casa, mejor pasaban antes por rue Laferrière. Realmente parecía que a la chica le gustaba. Eso creía, hasta que de un portal salieron dos hombres que lanzaron un saco por encima de él. Sintió un golpe y se cayó en unos brazos que lo estaban esperando.



Tanya estaba sentada entre Perov y el dueño de uno de los diarios, pero sin prestar demasiada atención a ninguno de los dos. Aunque trataba de mantener una conversación agradable, se daba cuenta de que no atendía a lo que le preguntaban y que contestaba con vaguedades, hasta el punto de

parecer grosera. Lo más probable es que para Perov sus distracciones fueran muestra de recato o de retraimiento, y que de ahí pensara lo que le pareciera más oportuno. Y lo normal es que el dueño del periódico la considerara retrasada mental. No había nada que hacer; Tanya no podía dejar de mirar a los Morel, que tenía sentados enfrente. Sylvie, con sus ojos claros, estaba muy sonriente, intentando conquistar a los caballeros que tenía a ambos lados. Tanya la oía de vez en cuando, riéndose con su risita típica, y alcanzaba a enterarse de algunas preguntas. Los señores eran banqueros, al parecer, y se afanaban en contestar las ingenuas cuestiones que Sylvie les planteaba sobre sus actividades. Al saberse observados por Tanya, se pavoneaban y presumían aún más.

Más allá estaba Morel, hablando con el americano que tenía enfrente y que parecía interesado en la construcción. Le contaba que estaba pensando en cambiar Francia por América y que le impresionaban mucho los edificios de Nueva York que había visto en las fotografías. Al hombre, apuesto, bien afeitado, de unos cincuenta años, parecían atraerle mucho más las tías de Tanya, sentadas una a cada lado suyo. Le divertía claramente lo que decían, que América era tierra de salvajes y vaqueros. Preguntaban si en América había teatros y si ya habían conseguido educar a los granjeros. Tanya llegó a admirar la paciencia que tuvo Morel de seguir insistiendo hasta que el constructor le dijo que sí, que estaría encantado de recibirlo en Nueva York si por fin iban por allí. Morel miró a su alrededor sin quitarse la sonrisa de la boca, como si estuviera buscando el aplauso del público, y luego, calmadamente, intentó seducir a la aburrída dama que tenía a la izquierda.

Tanya no conseguía comer nada. Los platos eran demasiado exuberantes, y de tanto pensar si Yvette habría encontrado al hombre que buscaban para llevarlo a casa de la condesa, se le había cerrado el estómago. Ojalá estuviera allí Allardyce. Aunque no se hubiera enterado de lo de Maud, ni de los horrores que le habían hecho, sabía que con solo verlo sonreír al otro lado de la mesa, a través de los candelabros, conseguiría sobrevivir a la velada. Pero con Perov al lado, se le ponían los pelos de punta. Llevaba gemelos de brillantes.

Volvió a fijarse en Sylvie. ¿Qué había hecho esa mujer para rodearse de tanto lujo? Mentir, robar y fingir, asesinar, intentar asesinar, todo por dinero, por el vulgar y soporífero dinero. Tanya retiró un trozo de carne blanca enorme que tenía en el plato. Por la mañana les habían traído las langostas vivas en un tren especial, desde Normandía. Si se casaba con Perov, puede que todo le supiera igual de rancio; era como si hasta su propuesta de matrimonio hubiera dejado a París sin alegría; pero su padre continuaba insistiendo en que se trataba de una buena operación.

El dueño del periódico le preguntó en qué estaba pensando y, sin reflexionar siquiera, le contestó con toda sinceridad.

—Estaba pensando en cómo será eso de ser pobre, o al menos tener muy poco dinero, comparado con lo que tengo. No sé si echaría de menos la langosta.

Miró a su alrededor un tanto avergonzada, pero Perov estaba explicándole a la dama que tenía al lado las importaciones de trigo. Y no la oyó.

El editor sonrió y asintió con la cabeza, mientras tomaba un sorbo de vino.

—Mi padre era carpintero. Muy bueno, pero, aun así, eran tiempos en que no conseguía suficientes encargos para alimentarnos a todos. Somos siete hermanos, ya sabe. ¡Pobrecillo el pequeño! —Como Tanya no dejaba de mirarle la panza y de repasar la longitud de sus bigotes, ya canosos, él se echó a reír—. Eso fue hace mucho tiempo, chiquilla; ¡los viejos también fuimos niños alguna vez!

—Perdóneme, no pretendía...

—Si ni yo mismo lo creo. Ahora soy el más rico de la mesa, creo, pero conozco cada una de las etapas que hay que recorrer hasta conseguirlo.

—Ser rico es mucho mejor, ¿no? —dijo Tanya con tono triste, volviendo sobre su plato.

—Es mucho mejor que ser muy pobre, pero creo que yo era más feliz al principio, cuando de joven me lancé a hacer cosas, sin miedos ni intereses. Con mi mujer, trabajando los dos, sin saber si tendríamos dinero para imprimir el siguiente número, y luego, poco a poco, viendo cómo aumentaba la tirada. Esa fue la mejor etapa.

—¿Trabajaba su mujer con usted? —preguntó Tanya.

—Claro. Era una de las mejores redactoras y sigue haciendo artículos sueltos para Marguerite de *La Fronde*, aunque ya no consigo que escriba nada para mí. Dice que está demasiado a gusto con sus nietos como para hacer el enorme esfuerzo de coger la pluma. —Levantó la copa y Tanya vio que brindaba con la mujer que estaba al lado de Morel. Le estaba diciendo algo en voz bastante alta; seguía teniendo aspecto de aburrída, pero en cuanto vio que su marido la miraba, le sonrió encandilada. Tanya volvió la vista hacia el caballero, justo a tiempo de ver que le estaba guiñando el ojo. Eran como niños, haciéndose señas en la iglesia. Se acercó a Tanya y le dijo en voz baja—: Supongo que se habrá dado cuenta, hija, de que hay muchos hombres que se quejan de que sus mujeres no los comprenden. Yo siempre me quejo de que mi esposa me entiende demasiado bien.

Entró el mayordomo y, acercándose a la condesa, hizo una reverencia y le susurró algo al oído. La señora se levantó, disculpándose ante los hombres que la acompañaban y haciendo un gesto con la cabeza a su marido. Tanya notó que la angustia se le acumulaba en el pecho y tuvo que reprimirse para no mirar a los Morel, tan complacidos y tan pagados de sí mismos. Prefirió mirar al conde, que se sentaba al otro extremo de la mesa. Era un hombre insípidamente guapo, que parecía encantado de ver todo lo que le rodeaba y feliz de poder pagarlo. Ya había contado a los que tenía cerca la historia de la langosta y ahora les entretenía relatándoles cómo había comprado su esposa los platos, y lo que había hecho para conseguir un descuento del fabricante. Se sintió observado y, sonriendo, levantó el vaso para brindar por Tanya. La chica le respondió con una sonrisa y retiró la vista, centrándose ahora en los brillantísimos cubiertos y la blancura del mantel pero pensando en qué estaría ocurriendo en otras dependencias de la casa.

—Feliz, como un rey, ¿verdad? Más incluso. —El editor volvía a dirigirse a ella—. Siempre que discuto con mi mujer le digo que tendría que haberme casado con una americana rica, pero en mi época no había tantas. Y ella dice que ninguna me habría aguantado.

Perov, al parecer, consideró que ya era hora de atenderles un poco.

—Las americanas así siempre tienen algo —dijo con su anodina vocecilla, tan característica. El editor se encogió de hombros, sorprendido—. Lo digo totalmente en serio —siguió Perov—. Su padre hizo fortuna con el petróleo en las tierras más duras del continente y ella, en vez de recibir una educación adecuada, lo acompañaba. Dicen que antes de cumplir diez años ya había visto tres asesinatos, uno cometido por su propio padre. Y le digo, ahora es ella la que *manda* en casa. Ya sabe, mano de hierro en guante de seda. Todo estupendo para el conde, si se porta como es debido, pero ¿qué hombre medianamente civilizado va a querer una esposa así? —Tanya notó que la recorría con la mirada, pero ella hizo como si nada, por miedo a soltar un bufido—. No, qué duda cabe de que ciertas cualidades son deseables, y el gusto por crear un hogar elegante y actual para su esposo, vale, pero de ahí a todo eso de la nueva mujer, nada, por favor.

—¿Le han hecho alguna vez un retrato, caballero? —le preguntó Tanya al editor.

—Sí, claro. El año pasado. Lo tenemos colgado en la entrada del edificio para atemorizar a la plantilla e intimidar a los acreedores.

—¿Y cuánto pagó?

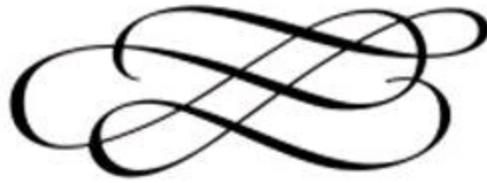
Se echó a reír.

—Mil francos, hija.

—Muy interesante —respondió Tanya, intentando hacer algo de justicia a su langosta. Perov no dijo nada y se volvió para departir con la dama que tenía al otro lado.

A los veinte minutos, la condesa regresó a la sala y se sentó. Tanya la miró y ella le respondió con un asentimiento de cabeza.

Capítulo 11



Cuando se despertó, su mundo se reducía al interior de un saco de harina. Se le pegaba el polvo a los labios. Tenía un trapo en la boca; sabía raro. Estaba sentado en una silla, con las manos atadas a la espalda. Hacía frío, y al mover los pies se dio cuenta de que las botas rozaban un suelo de piedra. Alguien debió de verlo. Le quitaron el saco y pestañeó repetidamente. Una bodega. La recorrió de izquierda a derecha con la vista. Botellas de vino por todas las paredes, en baldas muy bien hechas. No podía ver lo que tenía delante, porque se lo impedían dos enormes chicarrones, vestidos con amplios abrigos oscuros. Llevaban bombín. Uno parecía fino y bien alimentado. El otro tenía los hombros caídos, la nariz rota y ojos sagaces de boxeador. De los que golpean. Henri se incorporó en la silla. Sabía que se aproximaba una paliza, pero estaba confundido. No tenía dinero. Hoy, nada. Pero si lo que buscaban estos eran sus francos, ¿por qué se habían molestado en atarlo y en meterlo ahí abajo? La *rubita* del bar, entonces, era un señuelo, el queso de la ratonera. Suspiró.

El elegante se dio la vuelta al ver que Henri estaba despierto y dijo algo en inglés. Le contestó una voz de mujer. Henri, estirándose lo que pudo, consiguió ver que entre los dos hombres, al fondo, entre sombras había una mujer de pie. Iba vestida con una túnica. Llamaba la atención cómo le resplandecía el cuello. Sobre los collares de zafiros y diamantes incidía la luz de las lámparas de aceite y las piedras la devolvían multiplicada, con la fuerza de los fuegos artificiales. Aunque no entendió lo que dijo, no debía de ser nada bueno, porque en cuanto la mujer se dio la vuelta para irse, el fornido puso unos ojos encolerizados y echó el puño hacia atrás, en posición de combate. Y otra voz, ágil y femenina. La chica del bar, pero hablando en inglés. ¿Por qué seguía allí? Abrió un ojo con mucha cautela. Sus palabras habían hecho dudar al grandullón. Al parecer la mujer de las joyas era la que estaba al mando, porque todos la miraban. Con un suspiro, asintió con la cabeza a lo que solicitaba la chica y esta se le acercó. Se agachó junto a él y le habló en francés.

—Henri, te voy a quitar ese trapo de la boca. ¿Quieres? —Henri dijo que sí con la cabeza—. Pero si dices alguna barbaridad, te cierro el pico otra vez, pero ya. ¿Entendido?

Volvió a asentir con la cabeza.

Le arrancó la mordaza. Henri escupió al suelo, pero no dijo nada. La chica esperó unos segundos. Cuando ya estaba claro que el hombre iba a seguir callado, se puso en cuclillas junto a él, agarrándose al respaldo de la silla para no caerse. Henri se apartó un poco.

—Mira, Henri, lo siento. Estos tipos son americanos. Trabajan para la señora y creen que será más fácil que hables si te sacuden antes. —Esto era verdad, probablemente. Miró al boxeador. El hombre estaba haciendo ejercicios circulares con los hombros—. Yo les digo que no eres tan mal

tipo. Cometiste algún error hace años y ya, ¿no? —Todo era raro, pero, por lo que decía la chica y, sobre todo, por cómo lo decía, era mejor no discutir, así que volvió a mover la cabeza con energía. Al hacerlo, se le despertó el dolor de cabeza y le volvieron los latidos del cráneo—. Así que ¿vas a contestar las preguntas que te haga esta dama? Y después te soltamos.

—¿Sin paliza? —Le dijo que sí y le lanzó una sonrisa—. ¿No son policías?

—Son de Pinkerton. —La chica le susurró el nombre al oído. Henri se echó a temblar—. Matones americanos para los ricos. ¡Tan aseados, los dos! Los gendarmes nunca los arrestarían, ni aunque hablaran algo de francés.

Henri los miró de reojo. Tenían cara de desconfianza, pero estaba claro que no habían entendido lo que decía la chica.

—Tú ¿vas a estar?

Le puso la mano en el hombro, como si fuera una madre que va al colegio con su hijo por primera vez, y dijo:

—Dice que va a hablar.

La mujer de los zafiros se acercó.

—Yvette, recuerda que sé francés y que no soy tan vieja como para no darme cuenta de lo que susurráis.

Su valedora perdió parte de su valentía y bajó los ojos.

—Sí, señora.

La mujer de los collares lo miró de arriba abajo un par de veces; las piedras brillaban, como si lo estuvieran reconociendo.

—¿Estás segura de que es este?

—Sí, señora. Henri Bouchard. Me estuvo contando que no le pagan lo que le deben y que la gente se aprovecha de su mala suerte. Estoy segura de que es él.

¿Había dicho él eso? Probablemente. Con vino tinto y una buena sonrisa, soltaba cualquier cosa. Además, la música de la orquestita le había puesto melancólico, recordando sus años jóvenes, cuando el mundo parecía una cosa preciosa. Pero después el mundo se empeñó en enseñarle siempre lo mismo, una y otra vez. La gente se aprovechaba. Y nunca encontró la manera de conseguir una mujer como él, que no sufriera ni lo compadeciera, y *tuvo* mala suerte! Lo cogieron por sustituir piedras auténticas por otras de imitación cuando le mandaron limpiar un collar en 1893, y por eso había cumplido cinco años de condena. Y ahora aquí estaba, un artista varado, ganándose unas perras en la trastienda de un garito asqueroso, que servía a las dependientas. Y eso que había intentado no meterse en líos, hasta que apareció ese asqueroso de Gravot.

La dama de los collares seguía escudriñándolo. Como no podía mirar a la señora a los ojos, se concentró en el dobladillo de la larga túnica que llevaba. Lucía todo tipo de pedrería fina.

—¿La diadema, Henri? ¿Quién te la llevó?

Esa jodida diadema. Claro que se trataba de la diadema. Le habían pagado la mitad; no: la mitad de la mitad de lo que valía el trabajo. Y ahora él ahí, en la bodega esa.

—No voy a decir nada.

La dama de los collares dijo algo en inglés a los hombres, que se le acercaron un poco. Yvette se puso blanca como la pared. Esto no tenía buena pinta.

—¡Te van a romper los dedos, Henri!

—Mierda. ¡Gravot! ¡Christian Gravot! —La dama de los collares levantó la mano y el boxeador puso cara de contrariedad. Henri intentó contener la respiración—. Me encontró. Gravot... sabe que hice un par de trabajitos de los que la policía ni se enteró, lo suficiente para que me cayeran unos

cuantos años. Me dijo que tenía que hacer el trabajo o «se lo contaría todo». El muy cabrón.

La dama de los collares asintió con la cabeza.

—¿Cómo conseguiste hacerlo tan rápido, Henri?

—Hay miles de dibujos de esa diadema. Es famosa, ¿no? Y me pasaron la foto de una americana muy finolis que lo llevaba puesto, así que tuve semanas para prepararme. —Sin querer, se le escapó una sonrisa de superioridad—. Cuatro días bastaban, y me dio tiempo a pulirlos bien y a sustituir los auténticos.

La dama de los collares arqueó las cejas y en ese momento puso un gesto que le resultó asquerosamente familiar. Mierda otra vez. Se le quitó la sonrisita y se desmoronó un poco en la silla donde estaba sentado.

—¿Cuántas piedras sustituiste?

—Veinte y la más grande —musitó desesperanzado, mirándose las botas—. Todas las grandes. Y recorté el broche. He estado trabajando en él desde Navidad. —La dama de los collares se estremeció al oírlo—. Así era más fácil de vender. Terminé anoche de pulirlo. No hice otra cosa desde que me lo trajo, pero lo hice rápido, a veces hasta con Gravot al lado, echándome el aliento encima. Tuve que dejar el trabajo para terminarlo. Me obligó. Espero que me readmitan. Dijo que tenía el resto de la semana, pero, de repente, venga, vamos, date prisa, no puedo quedarme aquí otra puta noche, no me dejaba ni a sol ni a sombra mientras trabajaba.

—¿Y por qué no ha huido, Henri? —preguntó Yvette—. ¿Por qué sigue todavía en París?

Henri la miró y movió la cabeza. Le temblaron los belfos como a un bulldog. Así que conocían a Gravot. Bien. Pues, entonces, que lo metan a él en una bodega con el grandullón.

—¿Para qué iba a irse? —dijo. Pensar que el boxeador pudiera toparse con Christian cualquier noche oscura y agarrarlo de las solapas le produjo cierta satisfacción, incluso con el dolor de cabeza y de manos que tenía—. Cree que ya ha salido del lado oscuro. El buen estafador nunca huye. Desaparece tranquilamente cuando le apetece, sin más. Va a vender alguno de los pequeños por aquí y, luego, rumbo a América. A fundar su imperio con los demás.

Henri volvió a escupir en el suelo, acordándose de Gravot, detrás de él viéndolo trabajar y leyendo las páginas de economía de los periódicos americanos, hablándole de todo lo que se podía hacer. Que América *sí que era* el sitio de quienes tienen ambición, no Francia. El país estaba lleno de aldeanos, le decía, mientras Henri sudaba lo indecible para conseguir disfrazar ese enorme pedrusco que tenía delante sin que perdiera mucho peso, para mantenerlo igual de hermoso, pero anónimo. Como cuando una chica se tiñe el pelo y se cambia de traje.

La chica le dio una palmadita en la espalda.

—Bueno, Henri, ¿no te habrás quedado ninguno, no? Sé que no estabas conforme con lo que te pagó. ¿No te sentiste tentado de quedarte alguno por las molestias?

Claro que había tenido tentaciones, acariciando esas maravillas de hielo en la mano. Esas piedras soberbias, la claridad, la perfección de la talla.

—Ese cabrón sabía los diamantes que tenía y no me dejaba solo ni un segundo.

La dama de los collares le iba sacando la información bastante bien, pensó Henri. No le había echado a los matones encima, ni había empezado a llorar, ni a gritar. Miraba los estantes del vino y fruncía el ceño, como si estuviera viendo que se perdía un buen borgoña.

—Gracias, señor Bouchard. Cuando arresten a Christian Gravot, usted testificará que le llevó la diadema y declarará lo que hizo con ella.

Henri se estremeció de tal forma que casi se cae de la silla.

—¡No! ¡En absoluto, eso no! No pienso volver a ese agujero infernal. —Lo miraron todos, como

sorprendidos—. Ustedes no saben cómo es aquello. —Nadie lo sabía. El calor, la enfermedad, moribundos por todos lados, otros que sobrevivían peleando a muerte por una ración, o simplemente porque sí, incluso sabiendo que no podían robarte nada. Cerró los ojos con fuerza—. Manténganme aquí, si quieren, pero, si me llevan ante un policía, lo niego todo. Diré que mienten y que no he visto en mi vida a ese perro... Allí no vuelvo. —Y mientras hablaba, se fue dando cuenta de que todo lo que decía era verdad—. No pueden probar nada. Lo único que les pido es que sean civilizados.

No era precisamente un valiente, lo sabía, pero que lo mataran aquellos tipos allí, contemplando la imagen de esa chica, Yvette, y con la tripa llena de vino, no estaba nada mal, comparado con lo que le esperaba en la Guayana.

Los americanos puede que no entendieran francés, pero eran capaces de reconocer cuándo alguien se negaba a algo. El boxeador avanzó un paso y le dio un patadón en los riñones. El dolor le recorrió todo el cuerpo, como el vino cuando se derrama sobre un paño blanco, y le hizo toser. Oía que Yvette lloraba y cerró los ojos con mucha fuerza para protegerse del siguiente golpe. La dama de los collares dijo algo y el golpe no llegó. Abrió los ojos con mucha reserva aún.

—Lo dices en serio —intervino la dama de los collares. Pese a que era una afirmación, no una pregunta, Henri asintió en todo caso. Se produjo un largo silencio y después dijo—: ¿Cómo nos fiamos de que no vayas a poner sobre aviso a Gravot?

Se había mordido la lengua con la patada que le habían dado. Escupió la sangre.

—Porque por ese mierda estoy aquí y me encantaría verlo a él en este mismo sitio.

Yvette volvió a ponerle la mano en el hombro.

—¿Qué pretende, Henri? Dinos algo más. —Se agachó, para estar más cerca de él—. Si nos lo dices, no les cuento que guardas el dinero en el calcetín.

El aliento de la chica le acariciaba la parte interna del oído, como un lejano sonido de olas rozando la arena.

—Aún no ha vendido ninguno. Reims. Tiene billete para Reims. Piensa hacer una pequeña escapada para vender algunas piedras y celebrar que me engañó. Se va el viernes y vuelve en el tren del domingo por la tarde. Pensaba darme hasta entonces para que terminara de pulir las piedras, pero estos tres últimos días lo he tenido detrás todo el rato, minuto a minuto, azuzándome.

—¿Algo más, Henri?

Que se joda.

—Cinco de las piedras más pequeñas se las engarcé en una pulsera. Un poco chapucera, pero así eran más fáciles de pasar que si las llevara sueltas. Quería que le engarzara las demás, pero le dije que yo ya le había hecho todo lo posible, que ya no aguantaba más. Pensé que iba a pegarme, pero al final sonrió y se largó como un rey. El cabrito.

La dama de los collares asintió.

—Muy bien. Tengo que volver a la cena. Chicos, aseadle un poco y sacadlo de aquí. Pero no se vaya de la ciudad, señor Bouchard, ni se le ocurra.

Se encogió de hombros lo que pudo, atado como estaba.

—¿Adónde iba a ir?

La mujer fijó la vista en la zona de sombra que tenía a la espalda.

—Vamos, pequeña. —De la oscuridad salió una figura. Otra mujer, alta y de buena facha, pero vestida de manera muy corriente, con extrema palidez en el rostro. La dama de los collares la cogió del brazo. Y se dirigieron a las escaleras de la bodega. La dama de los collares se volvió—. ¿Yvette?

La chica se agachó para besarle en la frente.

—Lo siento, Henri. No eres mal hombre.

Henri se miró las botas y se encogió de hombros de nuevo, como pudo. Ese beso brillaba en la oscuridad que la chica dejó tras de sí.



—Muy bien, Yvette —dijo la condesa. Yvette casi le da las gracias, pero se mordió la lengua—. Bueno, señorita Heighton. Usted ya está justificada. La creo, pero la ley ya no nos ayuda más. Con todo, le agradezco que nos haya advertido del asunto y le prometo que no lo olvidaré. Se la ve un poco cansada todavía. Váyase a casa y descanse, cariño. Yo tengo que volver a la cena. Arthur les acompañará a la puerta.

—Pero ¿ahora qué, condesa? —preguntó Yvette.

—Cada cosa a su tiempo, querida.

—¿Qué cosa?

—Estarás informada. Ahora llévate a esta pobre chica a casa antes de que desfallezca.

—¿Están aquí? —dijo Maud. Tenía la voz pesada y seca.

Yvette la cogió con fuerza por el brazo y la condesa echó una mirada alrededor, para ver si Arthur seguía detrás.

—Sí, están aquí —contestó.

Maud dio un paso adelante. Yvette, al ver la cara de furia incontrolada que ponía, se arredró. La condesa no se movió, pero el mayordomo se acercó a ella. Yvette no la soltaba.

—Maud, no puedes —le susurraba insistentemente al oído—. Por favor. Van a negarlo todo y te acusarán, y no habrá nada que hacer y te llevarán a la cárcel y te pudrirás allí. —Maud no apartaba la vista de los salones que se abrían al vestíbulo de la condesa—. Por dios, Maud, *déjalo*.

—No tenía que haberla traído a casa, señorita Heighton. Creí que iba a ser más sensata.

Madame de Civray se dio media vuelta y cruzó el vestíbulo de entrada, de tal manera que el traje dejaba a su paso una estela perfecta sobre la tarima impoluta.

—Maud, por favor, anda, *déjalo* —dijo Yvette, con la voz casi llorosa.

Y no es que Maud estuviera intentando soltarse, es que notaba la fuerza que le daba la furia, una fuerza sobrehumana, capaz de cualquier cosa, y en ese caso, si Yvette no conseguía contenerla, Maud estaría perdida.

—Oportunidades de negocio —susurraba Maud—. El viaje a América. Qué suerte que yo estuviera allí para enseñarle inglés a su «hermana». Yvette, sácame de aquí antes de que empiece a gritar.

Maud se volvió hacia la cocina y sin más dejó que la sacaran de la casa, con el mayordomo justo detrás, hasta que se encontraron a salvo, en la oscuridad de la noche, oyendo que cerraban la puerta con cerrojo detrás de ellas.



Cuando terminó la cena y los invitados empezaron a pasar al salón, la condesa se cogió del brazo de Tanya.

—Corazón, tengo una nueva adquisición que mostrarte, permíteme que te robe unos minutos. —Y la condujo a la habitación en la que por la mañana se habían entrevistado con el señor Beauclerc. Sentado en el sofá, había un hombre con traje gris y sombrero en la mano. Al verlas entrar, se levantó, pero la condesa le dijo que volviera a sentarse.

—Cariño, este es el señor Carter de la Agencia Pinkerton. Esta noche hemos tenido una charla muy interesante con un nuevo amigo de Yvette, y la ley es un callejón sin salida, me temo.

—¿Lo encontró Yvette? ¡Es estupenda! Pero ¿usted ya sabe que Maud es inocente?

—Claro como el agua, querida. Pero este Henri se niega a decir nada a la policía.

—¿Y ha mandado a alguien a rue de Seine? ¿Ha encontrado las piedras?

La condesa sonrió.

—Había que intentarlo, claro, pero no, allí no estaban. —Se volvió hacia Carter—. Su gente no dejó pruebas de haber estado investigando, ¿no?

—Ninguna, señora.

Tanya no entendía nada. No habían encontrado los brillantes y Henri no quería hablar, pero la condesa parecía absolutamente satisfecha.

—Podemos darles largas —siguió diciendo la condesa—. Parece que Morel va a caer él solito en nuestras manos.

—No entiendo.

—Entonces, shshsh, gatita, ya verás. Te lo explicamos. ¿Señor Carter? ¿OK si habla en inglés? —Tanya asintió con la cabeza.

—En Europa tenemos limitaciones respecto a lo que podemos hacer, señora —dijo Carter—. Si cogemos a un delincuente como Henri en plena calle y lo hacemos hablar, bueno... eso es una cosa, pero no podríamos hacer lo mismo con un tipo como Morel. En París no ha cometido ningún fraude que podamos atribuirle, lleva mucho tiempo paseándose por París, totalmente libre, y ha hecho amigos. Ni siquiera esta señora Priddy...

—Prideaux —corrigió Tanya.

—Prideaux —dijo, asintiendo respetuosamente—. Por lo que sé, su hijo el abogado dijo que no merecía la pena preocuparse por el dinero, y nosotros hemos estado informándonos del accidente. Nadie vio nada sospechoso, y no encontramos a nadie que reconozca haber visto a Morel esa noche. Hasta aquí, nada raro. No es idiota; pero lo que digo es que no se le puede entrar por ahí. —Se aclaró la garganta y Tanya esperó, sin decir nada—. Ahora pretende coger un barco a Nueva York, a fin de mes. Y ahí lo tendremos más fácil. Podemos hacerle el fraude a él. Tenemos gente, contactos, y conseguiremos sacarle hasta el último céntimo. Y si tenemos suerte, recuperaremos hasta el brillante grande. Tomarlo como aval en alguna negociación. —Tanya observó que tenía una voz de barítono, clara, similar al color camello del abrigo que llevaba—. No hay manera de evitar que venda unas cuantas piedras en Reims, pero al final recuperaremos lo que es de la condesa.

—¿Eso es todo? —preguntó Tanya.

La condesa se echó a reír.

—Cielo, ¡es perfecto! El cazador cazado. Le haremos un favor, lo pasará mal y yo recupero mi dinero. Una pena lo del brillante grande, pero si Henri es tan bueno como dicen, y conseguimos arrebatárselo a Morel en Nueva York, quizá me pueda hacer algo bonito con él.

Tanya movió la cabeza.

—¿Y ya está?

El señor Carter frunció el ceño mientras la chica hacía una broma que no entendió.

—Se recuperará el dinero y Morel se arrepentirá de haber robado las piedras. Eso es lo que queremos. Seguro que si lo lleváramos ante la justicia, le pondrían bien derecho, pero eso no va a pasar, como dice la señora, y yo no puedo ir por ahí asesinando gente, señorita Koltsova. ¡Y menos en Europa!

La condesa emitió una especie de lamento, a medio camino entre el regodeo y la resignación.

Tanya empezó a hablar con aparente serenidad, pese a que el temblor de la voz le traicionaba un poco.

—Tiraron a Maud al río. Dijeron a sus amigas que había robado y que después se había suicidado. Vuelvo a preguntarles: con lo que me han contado, ¿ya está?

El señor Carter se acarició la barbilla.

—Supongo que, teniendo en cuenta lo honrada que fue la señorita Heighton al venir a verla, señora, y arriesgándose tanto... quizá ¿algún tipo de recompensa?

—Desde luego. Ya pensaré en algo adecuado —dijo madame de Civray con su habitual tono exaltado. Tanya estaba asqueada, pero la condesa ni la miraba—. Bueno, pues mientras organizamos las cosas... —Tocó el timbre y el mayordomo apareció por la puerta—. Dile que pase, Arthur.

Una muchacha, de tobillos anchos y mejillas sonrosadas, que no llegaba a los veinte años, entró en la sala. Parecía amedrentada.

—¿Deseaba verme, señora?

—Sí, querida. Me temo que tendrás que dejar la casa de inmediato. Te irás esta noche, y no voy a darte carta de recomendación ninguna.

Por cómo se lo decía, cualquiera pensaría que estaba haciendo planes para dar una sorpresa a los niños.

La muchacha se quedó blanca como la pared y se le humedecieron los ojos.

—Pero, ¿señora...? Si no está usted contenta conmigo, me esforzaré más. Por favor, señora. Mi madre, mi hermanito, todos dependen de lo que gano aquí. Si me despide y no quiere dar informes, ¿dónde voy a ir?

—Tendrías que haberlo pensado antes y no dedicarte a complacer a los caballeros que venían de visita, ¿no? —La chica se tapó la boca con la mano y empezó a llorar—. Te compadezco, hija, pero ¿qué parecería esto si te despido, sin más, agradeciéndote los servicios prestados y con una carta de recomendación? Que estoy buscando lío en la casa. Señor Carter, ¿sería tan amable de acompañarla para que haga el equipaje y de revisarle la maleta, por si se lleva algún recuerdo?

El señor Carter se levantó y puso la mano sobre el hombro de la muchacha. La chica lo miraba, atónita y horrorizada.

—Vamos, hija —le dijo, sacándola de la habitación. La muchacha estaba demasiado atónita al ver que el mundo se le derrumbaba a los pies y no dijo nada.

La condesa se puso de pie y se estiró un poco.

—Bueno, eso ya está. En fin, estoy deseando oír a Morel y que me cuente los planes que tiene para Nueva York.

—¿Fue *ella* la que dejó entrar a Morel? —preguntó Tanya.

La condesa se subió los guantes.

—Sí, cariño. Yo tenía mis dudas, sabes, engañar a Maud como lo hicieron... tanto preparativo. Sabían exactamente lo que querían y dónde estaba. La cocinera consiguió sacarle la verdad a Odette. Que había estado saliendo con un caballero y lo había traído a casa. No es que ellas sepan que se llevaron la diadema, claro. —Se agarró del brazo de Tanya—. Si te preguntan, cielo, di que te estaba enseñando un pequeño Morisot que tengo en ese rincón.

Tanya se soltó del brazo.

—A lo mejor puede decirles usted misma que estoy fascinada y me he quedado admirándolo un ratito más.

La condesa se encogió de hombros.

—Como quieras, cariño.

Cuando se fue, el mayordomo entró en la habitación para esperar a Tanya. Tenía la mirada al frente y las manos detrás de la espalda.

—Arthur, ¿hay algo con lo que pueda escribir una cosa en ese taquillón?

—Sí, señorita.

Abrió el cajón y cogió un papel en blanco, un sobre y una pluma muy fina. Confiada en dejar el plumín inservible para los restos, escribió: *A quien pueda interesar, lego esto a...*

—¿Cómo se llamaba esa chica, Arthur?

—Odette, señorita. Odette Suchet.

... *Odette Suchet, para que lo utilice como considere más conveniente*. Se desabrochó la pulsera que llevaba en la muñeca, con cierta dificultad, entre los guantes de noche y la rabia que la invadía, y siguió escribiendo: *es una pulsera de brillantes y zafiros*. Firmó la nota, añadió su dirección, metió nota y pulsera en el sobre y se lo entregó a Arthur.

—Ocúpese de que le llega, por favor, Arthur, y de que el señor Carter no se la requise. ¿Me he explicado bien?

El mayordomo se metió el sobre en el bolsillo interior del uniforme y bajó la cabeza respetuosamente.

—Perfectamente, señorita Koltsova.



Maud apenas oyó a Yvette cuando le dio las buenas noches. Lo que había contado Henri sobre Morel, sus palabras, una a una, la abrasaban por dentro; se sentía mareada, borracha. Qué satisfecho estaría, pudiendo irse de la ciudad cuando le diera la gana para empezar una nueva vida en América, aunque para eso tuviera que pasar por encima de su cadáver, literalmente, sin importarle un ápice. Cuando pensaran en ella ahora, la verían como una nada, como una impureza más que fluye arrastrada por el río con las demás inmundicias. Y allí estaban, intocables a ojos de todos, utilizando los cubiertos y la vajilla de la condesa, comiendo y bebiendo, mientras Maud seguía ahí, ni muerta, ni viva.

Se desnudó y se metió en la cama temblando de frío. Volvió a soñar que se ahogaba. Debió de

gritar entre sueños, porque cuando se despertó angustiada, vio que uno de los flacuchos de Suzanne estaba de pie en la puerta. Era un joven guapo, de veintitantos años, aunque tenía las mejillas pálidas y muy delgadas y los ojos amarillentos. Maud se sobresaltó.

—¡No te asustes! Te oí gritar y solo quería saber si necesitabas algo. Soy Amedeo.

Le tendió la mano con una sonrisa. Tenía un marcado acento italiano, arrastraba los finales de sílabas y palabras, lanzando al aire una melodía cantarina.

—Te conozco por la voz. ¿Eres tú el que sabe tanto de Dante?

Se sentó en la cama y le dio la mano. Ya no le parecía raro ver que un tipo entraba en su habitación por la noche y ella no se asustaba.

—¡Justo! —La miró detenidamente—. Tienes mala cara.

—Y tú.

—¡Ja, ja. A lo mejor! Pero aún no estoy borracho. Vine a ver a Suzanne. Cuando llegue me dará dinero, me emborracharé y me repondré. ¿No necesitas nada?

Maud negó con la cabeza. El muchacho se encogió de hombros y empezó a dar unos pasos hacia la puerta.

—¿Amedeo?

—¿Sí, princesa?

—¿Qué dice Dante sobre la venganza?

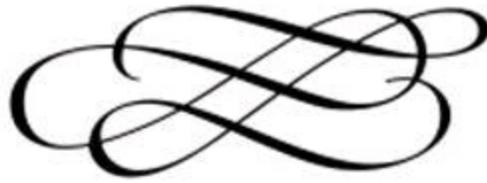
Se volvió.

—Es un pecado. Un pecado de la ira, y los que lo cometen están sumidos en una densa niebla, desgarrándose unos a otros, mordiéndose sus propios miembros para siempre. Están atrapados en un cenagal. —Suspiró—. Como no hablas italiano, no voy a recitarte los versos, pero te diré lo que me dijo mi madre cuando un día llegué del colegio lleno de moratones, de la paliza que me habían dado unos gallitos.

—¿Qué te dijo?

—Que la mejor venganza es olvidar el agravio, que no hay mayor desprecio que no hacer aprecio. Pero no tenía razón. A veces, para curar una herida, hay que sajar y sacar el veneno, aunque te dejes un poco de piel por el camino. Me dijo que confiara en Dios, pero ¿cómo iba yo a fiarme de que castigara a mis enemigos, si precisamente había sido Él quien había permitido que me lastimaran? Buenas noches, princesa.

Capítulo 12



20 de enero de 1910

A Maud la despertó Tanya, que traía una bandejita de pastas. Seguía irritada. Mientras Sasha preparaba café en el fuego, las chicas empezaron con las rosquillas, las dos sentadas en la cama. Tanya iba comiéndose las suyas a mordisquitos muy bruscos, pero prefirió no hablar, hasta que Maud dijo que ya no le cabían más. Y entonces sí, intercambiaron las historias de lo que cada una había hecho la noche anterior. Cuando Tanya por fin le soltó el plan que habían pergeñado la condesa y el tipo aquel de Pinkerton, Maud se quedó un momento callada, con la barbilla apoyada en las rodillas.

—Yvette creyó que ayer iba a darle un guantazo a madame de Civray —dijo.

—Pues, ojalá —comentó Tanya—. Me habría encantado. ¡Recompensa, dice! Como el huesito del perro.

—El mayordomo me habría roto el brazo. —Maud estiró el brazo para verse la mano. No le temblaba—. Tienes que ir a la Academia Lafond, Tanya. Por la mañana voy a pasarme por los almacenes Printemps. Necesito comprarme algo con velo. —Vio la cara de incertidumbre de Tanya—. No quiero que cuando me vean en la Academia empiecen a hacerme preguntas.

Tanya se sacudió las migas del vestido.

—Entonces ¿no te vuelves a Inglaterra, Maud? La condesa es una egoísta monumental, y si aquí no hay mucho que hacer... te pagaría encantada el billete de vuelta, si eso ayuda.

—Pero ¿también tú me vas a decir que regrese a casa y que me olvide de lo que ha pasado, Tanya?

—¿Y qué más podemos hacer? —Maud no dijo nada—. Tengo miedo de que te pase algo, Maud.

—¿Por qué?

—Estás demasiado tranquila. Demasiado callada. Es como si hubieras tomado una decisión y no me lo quisieras decir. Ay, Maud, qué poco te duró la plenitud. Esas semanas que pasaste con los Morel, era como si florecieras. Daba gusto estar contigo, estabas menos seria, y ahora este... Cuánto daría, Dios lo sabe, por no haberte llevado nunca a casa de la señorita Harris.

—Pero Tanya, si lo miras por otro lado, ¿no te parece todo muy curioso? He pasado las semanas más felices de mi vida con personas que desde el principio pretendían asesinarme. A mí, al menos, sí me parece curioso.

—Pues, no —susurró Tanya muy contundente—. Es trágico. Y no me digas que son dos caras de la misma moneda. Porque entonces me pongo a dar voces.

Maud hizo un gesto de resignación.

—Yo pensé que si hablaba con la condesa y le hacía entender que era inocente, me encontraría mejor. Pero no. *Ellos* siguen ahí, en el mundo, y la respuesta de la condesa, el plan ese que le han montado esos tipos birriosos del abrigo largo... no me vale. Morel tiene que sufrir y sufrir sabiendo por qué.

Tanya le cogió las manos entre las suyas.

—Tienes una vida por delante. Tienes talento. Claro que está mal, que es injusto, pero sabes que la vida no es justa. Que los juzgue Dios.

—No. Ya te lo he dicho. No me vale. Ya lo sabes. Y no tengo una *vida por delante*, Tanya. Sigo de algún modo ahí, hundida en el río, y necesito salir.

Hablaba con mucha calma y con naturalidad, como si le estuviera contando lo que iba a hacer durante el día: un paseíto por el parque, dibujar un poco y vengarse.

—Y ese... castigo, ¿te va a servir de algo?

—No sé, pero peor no voy a estar.

Tanya se levantó bruscamente. Al hacerlo se le cayó una agenda de cuero que llevaba en el bolsillo. Maud la cogió para devolvérsela de inmediato, pero hubo algo en la expresión de Tanya que despertó su curiosidad y empezó a pasar las páginas. Tanya protestó, pero, al ver que ya no había remedio, prefirió coger su sombrero del armario. Maud iba viendo páginas y páginas de ingresos y gastos, perfectamente anotados, con extrema pulcritud: víveres, rentas, gastos de restaurantes baratos.

—¿Tanya?

—¿Te acuerdas de lo que dijo Valadon, que nunca llegaría a ser buena artista porque solo me gustaban las cosas bellas?

Mientras le devolvía el cuadernillo, Maud contestó:

—Claro.

—Bien, Pues es cierto. Pero creo que precisamente por eso, porque me gustan las cosas bellas, puedo ganar algo de dinero. Retratos. Retratos de esposas o de niños pequeños, de gente que viva en casas buenas y puedan pagar quinientos francos de golpe. Llevo dándole vueltas casi toda la noche y me parece que con quinientos francos se compra un montón de cosas. —Lo dijo con una expresión que mostraba a la vez orgullo y vergüenza, y además le daba miedo que Maud se echara a reír—. Ya sé que es mucho para un retrato, pero creo que hay hombres que preferirán que vaya yo a su casa a pintar a la familia, y no otros artistas. —Volvió los ojos a las listas de números y después se llevó la mano al broche del collar que llevaba—. ¿Crees que son tonterías mías?

—Con quinientos francos sí que compras un montón de cosas, Tanya. Y seguro que a muchos maridos les gustará más contratarte a ti que al resto. —Maud se levantó y por primera vez el mundo no le daba vueltas ni se le caía encima. Era como si tuviera nueva sangre en las venas—. Más tarde voy a ir a ver a la señorita Harris.

Tanya volvió a guardarse la agenda en el bolsillo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No; esto mejor lo hago sola. Y en esas listas que tienes, Tanya, reserva algo para casos de enfermedad o de accidente.



Cuando llegó Maud, la señorita Harris estaba con Charlotte, repasando las cuentas, y aunque pensó que podría hablar con la señora a solas, se acordó de lo que Charlotte había dicho de Morel, mientras sonreía mucho, y la invitó a quedarse. Como los Morel no les habían contado nada de lo que le había pasado, se alegraron mucho de verla. La señorita Harris se disgustó un poco cuando Maud se levantó el velo y vio que seguía un tanto demacrada. Entonces Maud empezó a contarle la historia. Era como si estuviera relatando lo que le había pasado a otra persona. En un par de ocasiones la señorita Harris juntó las manos, palma con palma, y se las llevó a la boca, con las puntas de los dedos rozándole los labios. Un gesto que lo mismo valía para elevar una plegaria que para ahogar una exclamación.

Cuando Maud terminó, la señorita Harris siguió callada un rato. Después estiró los brazos para cogerle la mano a la muchacha, que estaba sentada enfrente.

—¡Ay, señorita Heighton! ¡Cuánto lo siento!

Maud no sabía si, después de lo que le había dicho amablemente la condesa, tendría que estar ya en Inglaterra.

—Pero quiero que se haga justicia, señorita Harris —dijo—. Y me gustaría contar con usted.

La señorita Harris no le había soltado la mano todavía.

—¿Que va a marcharse de París, dice usted? ¿Que la condesa pretende recuperar el dinero que le debe ese hombre una vez que se haya ido para que ya no moleste más aquí? Bueno, bueno, querida. Desde luego parece que a usted le han negado la justicia en este mundo, pero seguro que la obtiene en el otro. —Maud intentó retirar la mano, pero la señorita Harris la tenía bien sujeta—. No, hija. Hágame caso. No hay nada, *nada*, que usted pueda hacerle a este hombre comparado con la agonía por la que tendrá que pasar al verse juzgado por el Creador. Tendrá que soportar sufrimientos horribles. Reconocerá el mal que ha hecho ante la Luz Sagrada de Dios y a usted le dará lástima. Sí, le dará lástima. Rece por él, señorita Heighton. Ese es mi consejo. Vuélvase a casa, lleve una vida ordenada y provechosa y rece por los dos. Se han condenado para siempre. Dios la ha salvado a usted por alguna razón, con algún propósito, estoy segura. Lo mismo que estoy segura de que no lo ha hecho para que se vengue de los Morel. Eso es lo que le aconsejo, querida señorita Heighton. No puedo hacer otra cosa por usted.

Le soltó la mano. Maud se puso de pie y se despidió de la señorita Harris con el máximo respeto, pero sin decir una palabra más.



Empezó a caminar por París. No había dejado de llover en todo el rato, pero, en vez de volverse a la oscura habitación de Montmartre, prefirió recorrer los Campos Elíseos, pasar por las cúpulas gemelas del Grand y el Petit Palais y atravesar la Plaza de la Concordia. Pasó de largo por el sitio en que Sylvie le había mostrado el broche que había robado, y tampoco buscó indicios que le aclararan algo la muerte de la señora Prideaux. Los coches pasaban muy deprisa y los enormes omnibuses avanzaban balanceándose de un lado a otro. Cuando cruzó el río por el puente de Solferino, ya apenas había ruido. Aunque seguía lloviendo, los cafés estaban llenos; todo el mundo seguía su vida,

hombres y mujeres, como siempre, bajo los toldos de rayas, junto al calor de las estufas. Había quien la miraba, y quien se le acercaba a decirle algo, pero Maud levantaba la vista al frente y todos volvían a fundirse en la multitud. Llegó a Quai Conti, y solo cuando alcanzó el final de rue de Seine, se quedó dubitativa. Volvía a sentir la misma presión en el pecho, oscuro retoño. Podía pasar por delante de la puerta, de las ventanas, y levantar la vista. Si en ese momento alguien —la señorita Harris, Tanya o Yvette— se hubiera topado con ella y le hubiera vuelto a ofrecer su cariño y su amistad, quizá habría cogido el tren de vuelta a casa esa misma tarde y se habría salvado. Pero no vino nadie.

Bajó la calle, con la cabeza al frente, cruzó el boulevard Saint-Germain y, cuando estaba casi frente a la casa, miró y se quedó helada. Sylvie estaba de pie junto a la ventana, de espaldas. Todavía *existe*, pensó Maud. Todavía está ahí, y yo no. ¿Cómo puede ser? Saber que Sylvie había ido a casa de la condesa ya le había resultado suficientemente doloroso, pero verla ahí, con su cuello pálido, el pelo rubio recogido en un moño alto, eso le dolía más de lo imaginable. Y entonces apareció él, a su lado. Morel. La cogió en sus brazos y la abrazó. Sylvie se reía, echando la cabeza para atrás. Están felices porque yo he muerto, pensó Maud. Y fue como si le cortaran el aire. Morel. El hombre que la había tirado al río sin titubear estaba ahora abrazado a Sylvie, diciéndole no sé qué al oído, contándole dónde iban a ir con el dinero que habían robado, la maravillosa vida que les esperaba a los dos, ahora que Maud estaba pudriéndose en el Sena y que tenían brillantes para dar y tomar.

Fue como si Morel notara algo. Levantó la cabeza y se asomó por la ventana, pero Maud ya se había ido, tirando de su corazón lleno de amargura, llevándolo a rastras consigo. Mientras se alejaba, oía a los chiquillos que vendían los periódicos vespertinos para atraer a la clientela:

—¡Suben las aguas! ¡Se desborda el río!



Cuando volvió a su habitación, estaba calada hasta los huesos. Al principio no se fijó en que Charlotte estaba sentada, con las piernas cruzadas, junto a la estufa. Estaba fumándose un cigarrillo y tenía un libro sobre las rodillas; tenía el habitual papel finito y los bordes dorados de las biblias. Levantó la vista y miró a Maud, toda desaliñada.

—He encendido la estufa. Espero que no sea problema. La habitación estaba helada y no sabía cuánto iba a tener que esperar.

—¡Claro! —dijo Maud, quitándose el sombrero con velo que llevaba y dejándolo en la cama—. ¿En qué puedo ayudarla, señorita...?

—Llámeme Charlotte, sin más —dijo la mujer, volviendo a su cigarrillo y a su lectura—. Espero. Cámbiese y póngase algo seco, no vaya a recaer.

Maud se cambió, mirando a la visita por el rabillo del ojo, mientras se deshacía de sus ropas. Charlotte, como siempre, iba de negro, con zapatos de suela gruesa. Tenía algunas arrugas por la frente; Maud no sabía si pasaba de los cuarenta. Una vez vestida, Maud acercó una de las sillas de enea y se sentó junto al fuego, frente a Charlotte. La mujer cerró la Biblia y estiró el brazo para coger de atrás un cestito tapado con una tela de cuadros. Sacó una garrafitita y pan con mantequilla, que traía

envuelto en papel de estraza. Sin pronunciar palabra, sirvió té con leche en unas tazas de loza que también había cogido y le pasó una a Maud, junto con un paquetito de pan y mantequilla. Ella tomó la suya y solo entonces le dijo a Maud:

—Señorita Heighton, quiero que sepa, lo primero de todo, que la señorita Harris ha hecho mucho bien en el mundo, más que ninguna otra persona que yo sepa.

—Lo entiendo —dijo Maud. A medida que se tomaba el té, le iba invadiendo un halo de nostalgia tan intenso, que era como si algo externo le estuviera dando fuerza. Pensó en los salones de té de Reeth, donde su madre la llevó una vez de niña, en el autobús turístico en el que recorrieron los valles de Yorkshire, en las orillas de los humedales, con sus tonos de verde. Solo le duró un momento. Enseguida volvió a su habitación parisina, gris; allí estaba, escuchando a Charlotte.

—Ha conseguido salvar más almas perdidas de lo que cree. Criaturas por las que nadie habría dado un duro se han regenerado y se han convertido en gente útil a la comunidad. Con paciencia y delicadeza, que es lo único que tiene, ha conseguido que los borrachos se conviertan y que las prostitutas trabajen como enfermeras. Y hasta hay algunos que aunque, perdidos todavía en su propia miseria, no pueden concebir que haya un Dios que los ama, van con *ella* a la iglesia, porque ella cree y ellos creen en ella. Y no es que los catequice. Reza por ellos y les da su amor, sin importarle si están más o menos tirados. Me considero realmente una privilegiada por poder ver las maravillas que Dios llega a hacer gracias a ella.

Como Maud no tenía nada que añadir, siguió tomándose el té, sin quitarle ojo. Charlotte se inclinó hacia delante, levantando el dedo índice.

—Y tiene razón, toda la razón, al recomendarle que debería olvidarse de los Morel y dejar que sea Dios quien se ocupe de ellos, y rezar, *pero...*

Maud la miró por encima de la taza de té.

—¿Pero usted no es la señorita Harris?

Charlotte se arrellanó en la silla otra vez, medio sonriente.

—Desde luego que no. —Dejó su té en el suelo y sacó una libreta del cestito—. Cuénteme lo que tiene en la cabeza.

Maud cogió el paquetito de pan y mantequilla.

—Quiero acosarlo.



Cuando al cabo de una hora Yvette entró en la habitación, Charlotte ya había terminado de tomar nota. Sonrió, con verdadera afabilidad, a la modelo, y cuando Yvette fue a darle un beso, se levantó para aceptárselo, no sin cierto rubor.

—Pues todavía queda una buena comunidad inglesa en Reims —le dijo a Maud—. Mandamos a unas cuantas chicas que tenían que irse de París y alejarse del ambiente en que estaban metidas aquí y habrán hecho amigos. Las comunidades siempre se basan en un buen hacer común.

—Pero ¿tienen autoridad como para eso?

—Naturalmente —respondió Charlotte, recogiendo las cosas en el cestito—. Son de confianza. Y les diremos que dejen claro a todo el mundo que si a alguien se le ocurre comprar esos brillantes, se

enfangarán para siempre y caerán en desgracia para nuestros donantes ingleses y americanos. Y para los rusos —añadió con una sonrisita—. Y es fácil hacer lo mismo en París. Le cerraremos las puertas y lo dejaremos en la calle para que lo caces.

Maud se levantó para acompañarla a la puerta y despedirse de ella. Era raro ver cómo resurgían en ella estos hábitos de cortesía cuando se encontraba con otra inglesa de clase media.

—Gracias.

La mujer movió la cabeza, quitándole importancia.

—No me las dé. Supongo que actúo movida por la debilidad al intentar ayudarla, pero no puedo evitarlo, y como tengo el carácter que tengo y que Dios me ha dado, imagino que Él ya tendrá algún plan que, por el momento, desconozco. O puede que quiera probarnos y que le estemos fallando.



Yvette se había tirado en la cama y despidió a Charlotte con la mano. Había pillado uno de los paquetitos de pan y mantequilla y se los estaba comiendo, tumbada, con la mirada en el techo, mientras Maud le contaba lo que madame de Civray le había dicho a Tanya. Luego empezó a explicarle lo que tenía pensado hacer.

—Morel viaja a Reims mañana. Vuelve el veintitrés. Si Charlotte consigue lo que dice, no podrá vender los brillantes. Y aunque los de Pinkerton no se atrevan a hacer cosas ilegales en Francia, yo sí. Después de todo, soy un espectro. —Puede que Maud creyera que Yvette iba a protestar en este punto, pero no lo hizo; simplemente esperó a que continuara—. Quiero contratar a un ratero que le robe todo y al tiempo lo intimide. Quiero que se cuestione si no lo estarán siguiendo. —Se sentó en la cama—. Lo vi por la tarde, en la ventana de rue de Seine. —En ese momento Yvette se volvió para mirarla a la cara—. Ya sé que no debí ir. No me lo digas. Se le veía tan contento, tan satisfecho.

—Pues no se va a quedar así si los de Pinkerton actúan. Va a terminar arruinado —dijo Yvette con serenidad.

—Pero eso no es suficiente. Quiero que pase miedo. Terror. Y durante todo el tiempo que me sea posible.

Yvette le cogió la mano, enredó los dedos con los de Maud y los volvió a desenredar, como si estuviera jugando con algo.

—También nosotras, Tanya y yo, queremos que escarmiente. Pero no queremos verte otra vez en peligro. Aunque a ti eso no te importa mucho, ¿no?

—Lo arrastraría al infierno con mis propias manos, si pudiera, aunque me tuviera que quedar allí con él.

—Entonces, ¿quieres encontrar un ratero?

—Sí.

Hubo un largo silencio.

—Pero no me vas a pedir que te presente a alguno.

—No quería dar por sentado nada.

Yvette murmuró una especie de gruñido y se tiró hacia atrás en la cama.

—¡Venga, Maud! Te has convertido en un ángel vengador, pero, eso sí, manteniendo modales de

señorita inglesa y una adecuada prudencia para con tus inferiores.

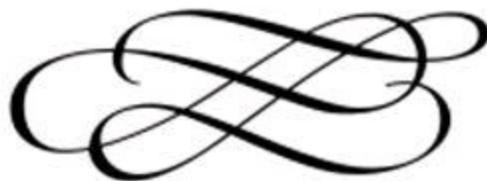
—Tú no eres mi inferior, Yvette. Eso lo sé muy bien —dijo Maud.

—Pero lo pensaste la primera vez que me viste. Vosotras, las inglesitas, siempre lo pensáis. Carne para subir al estrado a que la miren. No lo sientas. Si nos preocupáramos por los sentimientos de toda persona que pasa por la calle, nos volveríamos locas. —Yvette se bajó de la cama y se dirigió al espejo desenchajado que había en la habitación para contemplarse. Vio que le empezaban a salir arrugas por los ojos—. Te puedo ayudar. Te pediría que estuvieras callada y que me dejases hablar a mí, pero eso contigo no es problema. ¿Tienes fuerza para que vayamos a rue Lepic después de lo que has andado?

—¿Ahora?

—Ahora. Antes de que me arrepienta.

Capítulo 13



Rue Lepic era la callecita empinada que llevaba a la parte más alta de Montmartre, dando vueltas y revueltas por la colina. A medida que subían, daba la impresión de que todo era más pobre y más sucio hasta que, al doblar una curva, todo cambió. De pronto se vieron rodeadas de cuidados jardines, ahora agazapados bajo su manto invernal, de frutales y de casitas muy acogedoras, recién pintadas. Como estaban encendiendo las farolas y el suelo estaba húmedo, en la calzada iban apareciendo poco a poco nuevos retazos de luz y sombra. Por el camino bajaba un hombre de pelo largo y pantalones de terciopelo que al pasar saludó a Yvette con la cabeza. Maud lo reconoció, se acordaba de su mugriento foulard de seda. Era uno de los pintores que había visto en el boulevard Saint-Michel vendiendo bocetos a dos francos. Parecía muy viejo para ser estudiante. Puede que fuera otro de esos tipos que llegó a París de joven y ya nunca pudo escapar. Maud sintió un escalofrío. Para ella quedarse atrapada en París era casi como quedarse atrapada en casa de su padre. Cuando pasaron por el Lapin Agile, en la rue Saint-Vincent, oyeron las carcajadas que salían del local. Estaban cantando.

Yvette iba con la mirada fija y Maud la seguía, observándola. Parecía que se le había borrado la vivacidad que siempre tenía. La modelo no miraba a la gente que pasaba por la calle y caminaba un poco echada hacia delante. Algo de esto ya lo vio la noche que estuvieron en la taberna que había detrás de Les Halles, pero esta vez era distinto. Ahora no estaba representando ningún papel, se le notaba la tensión en el rostro y parecía mayor. Cuando se internó por rue des Saules, el aparente pueblecito tan respetable desapareció como la bruma. Ahora había edificios de apartamentos, abandonados y sucios, con los cristales rotos o con paneles de madera irregulares en las ventanas. Desde las escaleras o desde los portales las observaban pequeños grupos de hombres y mujeres, que surgían de una insondable oscuridad. Las mujeres iban con zuecos y faldas largas hasta el tobillo y llevaban el pelo corto, como enmarcándoles la cara, con líneas rectas. Los hombres eran jóvenes y usaban visera, camisas de rayas y pañuelos de colores anudados al cuello. El uniforme de los *apaches*.

En la primera pensión en la que vivió Maud, antes de darse de bruces con la realidad de la economía parisina y de tener que trasladarse a otra peor y más barata, había una pareja inglesa de mediana edad, bastante boba, que una noche la invitaron a salir de juerga. Aceptó, porque estaba muy sola, pero en cuanto entraron en un par de locales de medio pelo, comprobó cómo se iba allí el dinero. Como la pareja estaba decidida a ver el París *auténtico*, la llevaron a un restaurante donde, según ellos, cenaban los grandes escritores de la ciudad. A Maud le parecía que la mayor parte de la

clientela eran turistas y que los *escargots* eran probablemente de gato. Al final, como *pièce-de-résistance* quisieron llevarla a un garito *apache*. Era una pequeña sala de baile, carísima y sin gracia, con unos camareros muy ordinarios y una orquesta desganada, pero a ellos les encantó, y cuando dos jóvenes se pelearon en la pista de baile por una muchacha, fue como si fueran a morir de emoción. La pelea para Maud era demasiado fingida, lo mismo que los gendarmes que irrumpieron después en la sala y que echaron a los boquiabiertos ingleses a la calle. Los uniformes no les quedaban bien. Maud ya había visto a un borracho pegar a una mujer; conocía el siseo de la violencia; la inmediatez con que estallaba, el silencio en que se producía. Esta gente hacía demasiado ruido para estar sufriendo realmente dolor o miedo. La pareja le preguntó si le apetecía volver a salir otro día con ellos y Maud dijo que no lo más educadamente que pudo, sabiendo, eso sí, que sus compañeros de piso se tomarían esa negativa como prueba de su mojigatería, de que no aguantaba los ambientes locos y depravados que le habían mostrado. Y al final estarían emocionados creyendo que se lo habían hecho pasar muy mal.

Estos hombres que estaban hablando o fumando en las callejuelas embarradas de detrás de rue des Saules no eran proscritos de pacotilla. Lo que Maud vio en aquel club era una borrosa imitación y aquí estaban los originales, a todo color. Los hombres y las mujeres que vio en la Caveau des Innocents eran mayores, gente carcomida por el trabajo, que buscaba distraerse con el alcohol, la música o el calor humano. Aquí el aire destilaba desconfianza, suspicacia y violencia contenida. Apareció un hombre con las manos en los bolsillos. Tenía una cicatriz en la cara, que iba del ojo a la mandíbula.

—Yvette. Hace siglos que no te veo, hermanita. —Miró a Maud. Sintió que la estaba calibrando. Iba con su velo y sus guantes—. ¿Qué? ¿Nos traes un pollito para el guiso?

Yvette se sacó la navaja del bolsillo y la abrió de un clic que, en aquel silencio, sonó como un disparo. Habló en voz muy baja.

—Vengo a ver a Madre, Louis. Toca a mi amiga y te rajo como a un cochino, que es lo que eres.

El hombre sonrió.

—¡Vaya, vaya, Yvette y su navajita! ¡Siempre dispuesta a defender a la gente! —Se rascó la nariz—. ¡Guárdala! Ya iremos al Bois, a ver si pillamos algo menos huesudo. Si queréis, podéis venir. Y así veis cómo cortamos el cuello a algún caballero que ande paseando a su caniche a horas raras. Y hasta os dejaremos que seáis las primeras en revisarle los bolsillos.

Salió una joven que se agarró del brazo del tipo. Tenía cara de ángel, dulce, despejada, de intensos ojos azules, perfectamente delineados frente al blanco, lo cual le confería al rostro una expresión extrañamente viva y alerta. No debía de tener más de quince años. Se apretó bien contra Louis. Al hablar, lo hizo con voz estridente y gesto duro, envejecido.

—¿Aún no ha venido a recogerte tu verdadera mamá, Yvette? ¿Qué era... princesa? ¿Alguna dama? ¿Ni rastro de ella en estos años? Acuérdate de las historias que nos contabas, que nos iba a sacar a todos de aquí, montados en una carroza blanca. Pobre Yvette. Nunca vinieron a buscarte, ¿no? —Miró a Louis y dijo gimoteando—: Siempre estuvo loca, Louis. No la dejes pasar.

Yvette levantó la barbilla.

—No te angusties, Nina. No iría a ningún sitio con este.

Louis cogió a la chica por la cintura y ella se relamió de gusto, como un gatito recién comido.

—Estupendo. Pues que se quede con sus libros y sus pipas hasta que tenga que ganarse solita el dinero para fumar. Si te portas bien, puede que te deje ser una de mis chicas.

—Quítate del medio, Louis.

Se retiró un poco para dejar que entraran en el patio.

—Hasta pronto, hermanita. Estás envejeciendo, ¿sabes? Cinco años y estarás haciéndolo por un franco, como el resto de mis gatitas. —Se echó a reír y se volvió con el grupo con el que estaba antes, llevándose consigo a la chica.

Maud miró de reojo a Yvette. Tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—Vamos.

Cruzaron un patio inmundo de adoquines, que se abría directamente a una cocina. La mesa estaba limpia, y había una niña de unos siete años, vestida con una batita de lana pero descalza, pese a la época del año que era, que estaba fregando el suelo. Sentada a la cabecera de la mesa había una mujer delgada, de mediana edad, con botas negras de cordones y un vestido de seda, color ciruela, todo muy pasado de moda. Por un instante Maud se quedó impresionada al ver lo que se parecía aquella mujer a Vera, la tía de Tanya. Parecía la cara oscura de la misma moneda. Estaba tomándose un té en una taza de porcelana fina, decorada con aves del paraíso. Al verlas entrar, se levantó sonriente. Entre los labios rojo oscuro, les mostraba todos sus dientes amarillentos.

—¡Yvette! ¡Qué alegría! Y vienes con una amiga.

Yvette cerró la navaja y se la metió en el bolsillo.

—*Maman*. Espero que estés bien.



De acuerdo con lo que habían hablado, Maud no tomó parte en las negociaciones más que para asentir con la cabeza cuando hablaron de precios y del anticipo. Había cierto placer oscuro en esto de ofrecer con tanta alegría todo el dinero que tenía, sin preocuparse de gastos ni hacer cálculos imposibles de futuro. Había que hacerlo y ese era el precio. El futuro ya se vería.

Gran parte de lo que hablaron Yvette y la mujer del traje ciruela Maud no lo entendió. Usaban un francés irreconocible, una especie de dialecto desconcertante y resbaladizo. Doblaron bien los billetes y los metieron en un monedero de plata repujada. La mujer hizo un gesto de aceptación con la cabeza y siguió tomándose el té, con el meñique arqueado en el aire, sin tocar la taza. Fuera las calles estaban silenciosas; al parecer, los *apaches* habían salido de caza.

Yvette no abrió la boca hasta que llegaron a Place du Tertre. Allí dudó un poco, se quedó mirando los cafés, el ruido y las luces que arañaban los invernales rincones de la plaza suavizándolos, pero cuando Maud le preguntó si le apetecía entrar en alguno, la modelo negó con la cabeza.

—Necesito respirar.

La llevó a la explanada que hay debajo del Sacré Cœur y tomaron posesión de uno de los bancos. La nueva catedral, de un blanco deslumbrante y con sus pequeñas cúpulas —que parecían modeladas a partir de la majestuosidad de las grandes—, se alzaba espectral a sus espaldas. Maud abrió el paraguas, que no era tan precioso como el de Tanya, de seda y carey, sino más modesto, uno de Printemps, y se taparon las dos. Estaban pegadas la una a la otra, desde los hombros hasta las rodillas, para darse calor. Yvette encendió un cigarrillo y se cruzó el brazo por el pecho.

—Venga. Pregunta.

—¿Es tu madre?

Se volvió para mirar hacia la parte oeste de la ciudad.

—No sé. Siempre me dijo que sí, pero como de vez en cuando recoge niños para ganar algo de dinero... A los pequeños los pone a trabajar de rateros. Yo fui ratera hasta los trece años.

—Como Fagin. —Al ver que Yvette no decía nada, Maud añadió mirándola—: Es el personaje de un libro de Dickens, *Oliver Twist*.

—Sé muy bien quién es Fagin, Maud. Las monjas nos enseñaron a leer. De ahí es de donde viene todo... lo que estaba contando Nina. Las historias que solía inventarme, con todos esos ricos que venían a salvarnos y a sacarnos de la Butte.

Maud se imaginó a Yvette de pequeña, contando historias de héroes que iban a ir a rescatarla, a ella y a sus amigos; recordó cuántas veces la había visto sentada en la cama, leyendo, mientras ella estaba enferma; la vio en el estudio, posando, muy atenta; y en fumaderos, buscando algo de paz y de calor, los días que no venía. Para huir de su miseria, Maud se refugiaba en el dibujo, en sus pinturas; Yvette, como es lógico, también tenía sus vías de escape.

—No me imaginaba que tuvieras familia, Yvette.

—Pensabas que había nacido como cualquier hierbajo, así por entre los adoquines, ¿no?

—Pues, en cierto modo, supongo que sí.

Yvette refunfuñó.

—Se parece poco a una familia. *Maman* gobierna un antro de mierda y vende almas, que hacen el trabajo. Yo me creía mejor, pero quién sabe. Puede que termine otra vez ahí. —Maud no habló—. Gracias por no decirme que estoy equivocada y que eso no es así.

—Creo que lo estás, pero hay veces que lo que corta las amarras que nos tienen presos es la mera casualidad o el imprevisto.

Yvette observaba la ciudad con cara de ángel enfurecido.

—No sé si me creo mucho que eso ocurra. A cada uno, desde que nacemos, nos ponen en un camino. A Tanya con su dinero, a ti con tu bondad y tu decencia. Yo ganaré lo que pueda y me lo gastaré en droga, pensando siempre en los libros y sumiéndome en sus fantasías. Lo único que hago es retrasar lo que tiene que venir, manteniéndome de momento al margen de estas ratoneras.

Maud miró hacia abajo, como Yvette. La ciudad empezaba a despertar, la luz con un brillo casi artificial plantaba cara a la oscuridad, aunque aquí y allí la cortaban las persistentes ráfagas de lluvia y viento.

—He estado en Caveau des Innocents.

—Sí, y al día siguiente estás con Charlotte y saliendo con ella. No puedes huir de lo que eres.

Maud observaba el perfil de Yvette, viendo cómo el humo del cigarrillo que le salía de la boca se elevaba por el aire, y se acordó de cuando estuvo con Sylvie en el cementerio, su glamour, cómo la convenció de que necesitaba opio imperiosamente, fingiendo con tanta elegancia. Respiró hondo, viendo cómo caía la lluvia a la luz de la farola, y habló:

—Cuando murió mi padre y mi madrastra se fue de la ciudad, prendí fuego al almacén y a nuestra antigua casa para que se quemaran. —Yvette dejó de contemplar la vista de la ciudad y se volvió hacia ella. Parpadeando nerviosa, Maud continuó—: Todos me decían que dejara de posponer lo inevitable y que me fuera a vivir con mi hermano. No pintaba lo suficientemente bien como para ganarme la vida y no sabía hacer nada más. Tenía que casarme y tener hijos. Pero para mí era sencillamente imposible. No podía creer que esa fuera la única salida. Me resultaba tan terrible... Y además, odiaba aquella casa. Entonces se me ocurrió lo del fuego; entonces no veía qué otra cosa podía hacer.

Yvette apagó el cigarrillo y lo tiró al suelo pisándolo bien, aunque estuviera húmedo. Pasaron unos minutos. Cuando habló, lo hizo en voz muy baja, casi susurrando.

—¿Tuviste miedo?

A Maud le vino todo a la cabeza, el olor a madera quemada, el sonido de sus propios pasos, cruzando la casa, una vez que el fuego ya hubo prendido.

—Sí. Tuve que volver a subir las escaleras, después de prender la cerilla, para que el humo me afectara. Me parecía que así lo hacía más real. Y me creyeron, nadie pensó ni por asomo que lo había provocado yo. Pobre Maud, saliendo a toda prisa en camisón y descalza, huyendo del fuego.

—Pero ¿te liberaste?

Maud asintió sin decir nada.

—Creo que ya no me queda nada por quemar.

Yvette volvió a contemplar la ciudad. Maud permanecía callada. Siempre se había intentado convencer de que quemó la casa para cobrar el seguro, pero ahora no sabía si había sido por eso. Alguien habría terminado por comprarla. La había quemado porque la odiaba, porque, bajo esos modales tan suaves y esa manera de hablar tan educada, Maud se sentía frustrada, indignada y a punto de estallar. El calor que desprendía el fuego era tan intenso que el aire parecía rizarse, formando ondas. Recordó lo que le dijo Valadon, que dormía con los puños cerrados y tensos. Hasta entonces Maud se había creído buena persona, pero ahora empezaba a dudar. Ojalá siguiera creyendo en Dios, creyendo en Él con la misma convicción y el mismo apasionamiento que la señorita Harris o que Charlotte. Entonces rezaría por ella y por Yvette, convencida de que servía de algo.

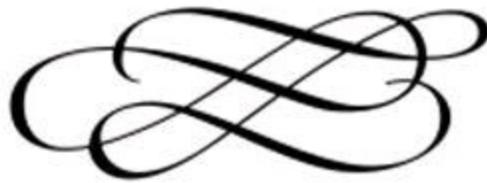
—¿Quieres seguir con esto, Maud? Puedo deshacer todo lo que hemos hecho, si quieres.

Se quedó mirando fijamente la ciudad, que despertaba empapada.

—Sí, es lo que quiero. No pienso volver a Inglaterra toda sumisa, estando él por ahí, libre y tan contento.

—Entonces, mejor será que te explique el trato al que hemos llegado.

Capítulo 14



Christian Morel se fue a Reims lleno de satisfacción. Se acomodó en el compartimento de primera que había cogido y se miró de reojo en el cristal impoluto del tren, al tiempo que este efectuaba la salida. Lo había planeado todo como una excursión: un viaje de placer para relajarse, después de tantos días vigilando a Henri de cerca. Aunque, pensándolo bien, eso de mantener la presión sobre el vejete no había ido mal del todo. Al contrario, el tipo había conseguido recortar y pulir las piedras más rápido de lo que Morel pensaba, y lo había hecho muy bien, a pesar de lo indignado que estaba. Más aún, lo de robar a la condesa le había reportado ciertas ventajas. Como le estaba tan agradecida de que le hubiera devuelto la diadema haciendo alarde de discreción y con todo respeto, le había presentado a gente importantísima para cuando se fuera a América. En América estaba lo bueno. Una nación ambiciosa, nueva, no como Francia, muerta y agotada, crispada, de la que ya no había jugo que sacar, toda toquetada ya antes de que Christian pudiera siquiera probarla. Frunció el ceño, sin dejar de mirarse en el cristal. Enarcó la ceja. El esplendoroso hombre de negocios va a reflexionar. Quizá debería dejar en París el nombre de Morel y sumirse en el nuevo y vasto continente como Gravot. En el club había oído a unos tipos que Los Ángeles era un lugar con grandes probabilidades de florecer. ¿Iba realmente a cambiar París por Boston, con todas sus restricciones? Sylvie y él irían tranquilamente a Nueva York y después emprenderían rumbo al oeste, venderían el brillante gordo en Chicago y se asentarían en la costa del Pacífico como héroes. Sí, a Morel lo dejamos en París, que se muera allí. Se acarició la barbilla. Estaba impecablemente afeitado, como los hombres de mundo. Para los ambiciosos jóvenes americanos estaba claro que sería uno de los suyos.

En cuanto bajó del tren, se dirigió a uno de los mejores joyeros de Reims. Llevaba la historia bien preparada para soltarla en cualquier momento. Pensaba contar que su hermana, una mujer que vivía en París a la última, le había encargado que vendiera la pulsera que le había regalado un admirador. Como había cambiado al admirador por un marido respetable, era mejor que se convirtiera en una esposa respetable, con billetes respetables, y se deshiciera de las joyas de un tercero. Se la aceptarían, un tanto celosos, pero en cuanto vieran la calidad y la transparencia de las piedras, no las dejarían escapar. Y él sería testigo de su avaricia; a los joyeros les brillarían los ojos, tendrían dificultad al tragar, todo pensando en lo que iban a ganar en la operación.

Cogió el tranvía a la Place Royale y fue ensayando los diálogos mentalmente. Cuando le dieran un primer precio, se mostraría un poco dubitativo. Diría que iba a consultar a otros joyeros de la ciudad, a los que suministraban diamantes y rubíes a los comerciantes de champán. El joyero empezaría a sudar y a subir poco a poco el precio, hasta llegar a una cantidad razonable, unos

cincuenta mil francos, más o menos. Morel accedería entonces a venderle la pulsera y todos contentos con el trato.

Bajó del tranvía y se llevó la mano al sombrero para saludar a la estatua del viejo rey que dominaba la plaza desde su pedestal, y que servía también de posadero a las palomas que, como él, quisieran divisar algo. Eligió su primer objetivo, una tiendecita elegante, justo en la esquina de la plaza, con un discreto escaparate en el que se exhibían objetos de lujo, de mucho gusto. La campanilla sonó al entrar y la chica del mostrador le sonrió amablemente, le dio los buenos días y le preguntó si podía ayudarle en algo. Tenía cierto acento extranjero, que de repente le recordó a Maud, con su francés preciso y amanerado. Por poco se traba, pero en cuanto empezó a contar la historia de su hermana y el admirador secreto, la lengua recuperó su fluidez habitual. La dependienta ni se inmutó, pero en el ambiente flotaba algo extraño. Se metió la mano en el pecho y sacó la bolsita de terciopelo en que guardaba la pulsera. La chica hizo un movimiento de cabeza, pero no hizo amago de cogerla. Llamó a un timbre que tenía en el mostrador y de la trastienda apareció un caballero anciano, de piel muy ajada y vestido con traje oscuro. Lo saludó con una pequeña reverencia, y, al hacerlo, se le formaron unas pequeñas bolsas con los mofletes.

La chica se retiró, acariciándole levemente la mano al viejo, una mano que no ocultaba su edad. El anciano miró la pulsera y al minuto le tocó oír el embuste. Estaba más claro que el agua. Cogió la pieza en sus manos y durante cinco minutos largos se dedicó a examinar las piedras. Christian empezaba a ponerse nervioso. La calidad de las piedras era evidente, y sabía que él tenía aspecto de hombre respetable, de hombre con dinero, el típico que inspiraría confianza a una inglesa bien educada, de hecho. El viejo zorro ya debía haberle dado un precio. O, al menos, mostrarse amable.

Si conseguía evitarlo, Christian procuraba no pensar en su padre. Ni en la muerte de su padre; pero a veces, cuando estaba cansado o sometido a una presión especial, las imágenes le volvían a la mente. En ese instante, la pulsera que tenía el hombre en las manos cambió totalmente y se convirtió en los reflejos embadurnados de la sangre de su padre. Ya estaba aquí otra vez. El sonido de los disparos al fondo y el cáustico olor a humo de los edificios incendiados. El petróleo que echaban a las barricadas para que ardieran, aquel hedor del que no conseguía desprenderse. No sabía si el viejo estaría notándolo también, mientras examinaba los brillantes. Sentía la mano de su madre, él intentando por todos los medios no soltarse de ella; la mujer empezó a gritar y echó a correr por medio de la plaza. Él podría haberse ido por otro lado, alejarse del hombre que estaba arrodillado junto al cadáver de su padre, pero tenía que seguirla, y es lo que hizo. Desvió la mirada del hombre de la tienda, intentó fijarse en los mosaicos azules y dorados que había en los frisos. Pero le venía la imagen de una mujer que retenía a su madre. Tenía la envergadura de una aldeana; su madre, tan delgada, tan poca cosa, apenas tenía fuerza para contrarrestarla. Se lanzó hacia el hombre que estaba en el suelo. Vio el rostro exangüe y desahuciado de su padre, el balazo en la frente y al hombre que le hurgaba en las entrañas. Le dio un codazo y se cayó medio aturdido. Quizá habría podido levantarse, pero no lo hizo, simplemente vio que el hombre cogía una de las piedras. Se aclaró la garganta. Estaba sudando.

El joyero levantó la vista por fin y movió la cabeza.

—Lo siento, caballero. Hoy no compramos.

Pero las quiere, intentó decir Christian. *Sé que las quiere*. ¿Sin siquiera poner un precio? ¿Cómo es posible que haya llegado a viejo siendo tan imbécil?

—Muy bien. ¿Se le ocurre el nombre de algún otro joyero de la ciudad?

¿Se lo estaba imaginando o el viejo zorro estaba haciendo señas a la chica?

—Respeto mucho a todos mis colegas, pero me temo que no va a encontrar a muchos que quieran

comprar hoy.

Le devolvió la pulsera a Christian y en el momento en que soltó los diamantes pareció envejecer todavía más. Se le notaba la avidez del experto, pero, aun así, ¿no los quería?

Christian se contuvo lo suficiente como para despedirse sin excesiva expresividad y salió de nuevo a la plaza. Le parecía que la estatua del rey lo miraba con cierto desprecio. Le recordaba algo a Jean Prideaux, ese santurrón tan pedante. Bueno, al final lo había ganado. Cruzó la plaza increpando violentamente al conductor de un cochecito minúsculo que había salido de no se sabe dónde, sin mirar, y casi lo atropella. Y justo cuando estaba pensando en Prideaux. Era el colmo. Morel tuvo que detenerse un momento; se arregló el pelo y se ajustó el cuello de la camisa para recomponerse un poco.

La otra joyería que había en la plaza tenía el escaparate con cosas más atrevidas que la primera. Dentro había dos mujeres parlotando entre sí mientras el dependiente les envolvía los paquetes. El hombre que estaba en el mostrador era algo más joven. Tenía un aspecto moderno, próspero. Christian vio para su satisfacción que el mobiliario y la estética de la tienda no tenían nada que ver con el estilo rancio y anticuado de la anterior. Estaba claro: este hombre no tenía pinta de morir por los brillantes; por eso le sería más difícil negociar con él, pero también era cierto que seguro que no despreciaba la excelente oferta que le iba a presentar. Y, en todo caso, eso de negociar un poco más ajustadamente a Christian le encandilaba. Sin embargo, el joyero ni siquiera miró la pulsera. Sin esperar siquiera a que Christian se la sacara del bolsillo, el hombre ya le estaba diciendo que no tenía intención de comprar ese día y con llamativa falta de educación se metió para adentro. ¿Es que habían encontrado una mina nueva? ¿Acaso Reims había descubierto que por sus sótanos fluía un río de brillantes gigantes? ¿Se habían vuelto todos idiotas y no se daban cuenta de que tenían la oportunidad de su vida delante de las narices?

Christian cogió una habitación en el Lion d'Or y se refugió en ella tiritando. Pensaba que a estas horas ya habría liquidado el asunto y que le quedaría todo el día siguiente para estirar las piernas y comprar alguna tontería para su esposa. Pero no era así. Se tomó algo de cena, que le machacó el estómago toda la noche, y se despertó en medio de una mañana gris y con el trabajo por hacer. Consultó la guía en el hotel y eligió tres establecimientos distintos, que, por lógica, le quitarían las piedras de las manos y quedarían agradecidos y encantados. Pero los tres rechazaron su oferta.

La segunda noche que pasó en el hotel intentó seducir sin demasiado afán a una joven que venía de Londres para ver la catedral, pero algo que hizo mientras cenaba o algo que pronunció mal en francés le volvió a recordar a Maud y ya se le quitaron las ganas de seguir jugando. A lo mejor es que estaba enfermo. El cobertizo que había alquilado detrás de Cours de Commerce para albergar a Henri mientras trabajaba estaba muy húmedo por la lluvia, y allí se había aburrido mucho, teniendo que vigilar, vigilar sin descanso, por si a ese demonio resentido se le ocurría hacer alguna maniobra. Encerrarlo por la noche con una botella de tinto para que no se fuera por ahí, esconder los brillantes en su sitio. Y luego la invitación de la condesa y tener que azuzar a Henri hasta que terminara el trabajo para que la cena fuera una fiesta en que todo el mundo celebrara su inteligencia.

Se había entregado demasiado, pensó Christian. Ese continuo refrenarse, ese tener que cuidarse obsesivamente de lo que hacía mientras la inglesita vivía con ellos. Y aquella noche, después de encargarse de Prideaux, que se quedó bebiendo whisky hasta altas horas de la madrugada. Sylvie se había enfadado con él, tenía miedo de que la borrachera ahuyentara a su pajarita inglesa, pero la señorita Heighton estaba muy dormida y no le oyó tambalearse, y además necesitaba una copa. Había tenido que aguantar mucha tensión para montar semejante accidente, incluso con el caos de tráfico que había en París.

Después de contarle la historia a Maud, fue a ver a madame Prideaux a la cochambrosa pensión en que se hospedaba y la saludó como si fuera el amigo de siempre. La abrazó e insistió en invitarla a cenar, aunque él ya había cenado; se deshizo en disculpas y en palabras complacientes. Todo había sido un malentendido. Las cartas se habían perdido. Le enseñó los justificantes de la chequera para demostrarle que había intentado mandarle dinero. Los cheques los cobraban, le dijo. Por eso suponía que todo iba bien. Se había sentido un poco molesto al no recibir noticias suyas, claro, pero... y apenas tuvo que insinuar nada para convencerla de que su hijo la robaba. Qué curioso. Era como si prefiriera creerse eso que pensar que la habían timado él y Sylvie. Christian alabó lo inteligente que había sido al encontrarlo, con lo difícil que era, y se enteró de que lo había visto cruzando el boulevard Saint-Germain, pero que volvió a perderlo entre la multitud y que había pasado los siguientes cuatro días persiguiéndolo hasta que por fin, después de mucho preguntar, había llegado a su casa de rue de Seine.

Qué alegría le daba comprobar que no se había desmoralizado, le dijo, y ella se ruborizó como una chiquilla. Más difícil fue explicarle por qué utilizaba un nombre distinto. Le dijo que, como asociaba tanto el nombre de Gravot con su terrible pasado, había decidido adoptar el nombre de soltera de su esposa. Se empeñó en contarle lo mucho que le hacían sufrir esos recuerdos; y en sus ojos asomaron lágrimas de verdad. Y luego todo fue por pasar un tiempo en su ciudad natal, le dijo. Un día consiguió visitar la tumba de su madre y la emoción le sobrepasó. Por eso se fueron su mujer y él con tanta prisa. Pero nunca, nunca pretendió dejar en la estacada a su querida amiga la señora Prideaux. ¿Cómo se le pudo pasar por la cabeza semejante cosa? No habría perdido la confianza en él, ¿no? ¿Seguro?

La mujer se sintió encantada de poder estar a bien con él otra vez y se tragó sus hechizos, como néctar puro. Cuando cruzaban por los Campos, él a su lado, diciéndole que la iba a invitar a una copa en uno de los mejores, auténticamente mejores restaurantes para celebrar el reencuentro, ella iba feliz, como una cría... Luego ya fue cuestión de esperar el momento, meterse entre la multitud, entre el trasiego de coches.

Christian pidió otra copa mientras se aflojaba la corbata. Él no tenía interés en que muriera, aunque suponía que a largo plazo era más fácil así. Le habría bastado con una pierna rota, el ruido de las ambulancias, la mujer inmóvil y apartada durante unas semanas. Pero el coche que la atropelló la lanzó por los aires. Y cayó en el carril de al lado justo cuando pasaba otro. Un tanto aturdido, Christian se alejó de la multitud que se había apelotonado en torno al accidente. Matar no era fácil. Y luego Maud. Cómo se le aferraba. Asqueroso, pero necesario. Iban a hacerse ricos, pero... aun así. Malditos brillantes.

Sylvie y él habían llegado a París con intención de llevar a cabo otro «plan de inversión», atraídos por todo ese espléndido dinero americano, que fluía por la ciudad como el Sena. Lo único que había que hacer era poner la mano... Había seducido a la muchacha para que le pasara algo más de información sobre las personas que formaban el círculo de madame de Civray. Luego vio la diadema y se le antojaron las piedras, y ¡con qué ligereza guardó la tiara en el maletín del vestidor! Se la ponía una vez al año, le dijo la muchacha. Todo era muy tentador, superior a sus fuerzas. Llegó a casa y se lo contó a Sylvie. Le explicó sus apetitos. La mujer lo entendió y diseñó el plan para que él pudiera hacerse con los brillantes. Bendita chiquilla. Todo inteligencia. Lo del opio se lo había sugerido él. A los dos les gustaba fumarse una pipa de cuando en cuando, y eso daba consistencia adecuada a la historia del desafortunado desliz de Maud. Todo había salido perfecto. Hasta Lafond, que parecía tan escéptico en un principio, tuvo que aceptarlo, después de oír los testimonios de la dependienta de la tienda y del empleado de la casa de subastas. El cadáver no había aparecido en la

morgue, pero, indudablemente, ya llegaría el día. La condesa había sido un ángel. Pero, ahora, después de dos días intentando venderlos, de dos días en que todos le rechazaban los brillantes como si estuviera ofreciéndoles droga, empezaba a pensar que estaban malditos.

—Oiga, colega, usted tiene pinta de estar como yo.

Un hombre de traje marrón intentaba entablar conversación con él. Otro americano. ¿Por qué se pasaban la vida queriendo hablar con alguien? Es como si se sorprendieran cada vez que se encontraban con un ser humano a este lado del Atlántico.

—¿Me permite invitarle a una copa? —continuó el americano—. Llevo tres días en la ciudad y han sido tres días eternos. Aquí no hay sentido del negocio. No tienen visión. Ni sentido de la oportunidad. Y ¡santo cielo!, ¡la comida! El champán, sin embargo, es bueno. Represento a los mejores hoteles neoyorquinos, pero, por la manera que tiene esta gente de trabajar, parece que me están haciendo a *mí* el favor.

Esto sonaba tan parecido a lo que pensaba el propio Morel del sitio que se incorporó para atender con más interés al hombre de marrón. Después de un par de copas, estaba claramente animado. Y, sintiéndose más seguro con el alcohol, sacó la bolsita de la pulsera y se la enseñó a su nuevo amigo.

—¿Qué estabas pidiendo por esto? —le preguntó Christian, y el hombre se echó a reír.

—Bueno, eso andará en torno a cinco mil dólares, ¿no? Dios, yo veo las gangas al vuelo. Seguro. Te la negocio a ese precio. Vamos mañana por la mañana a mi banco, lo primero.

A Christian se le disiparon todos los nubarrones mientras en el pequeño bar empezaba a entrar la luz del sol. Pidieron otra botella para sellar el trato y su amistad. En ese momento la camarera se acercó para decirle al caballero que tenía una llamada en recepción. El americano se encogió de hombros.

—¡No tardo nada!

Pasaba el tiempo. El champán del americano se había quedado sin burbujas. ¿Quién puede pasar tanto rato al teléfono? Christian se guardó la pulsera y salió al vestíbulo del hotel, donde estaba el mostrador de recepción. La cabina de teléfonos estaba vacía. La encargada lo miró sonriente, haciendo un leve movimiento de cabeza, dándole a entender que estaba a su disposición, por supuesto.

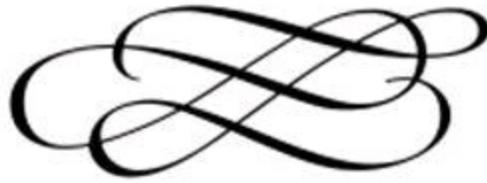
—Ese señor americano salió a atender una llamada. Estábamos tomando una copa juntos. ¿Dónde está?

La recepcionista sonrió, aunque había algo en su mirada que resultaba un tanto desagradable.

—El único huésped americano que teníamos pagó la factura hace unos minutos, caballero.

Morel se contuvo y volvió al bar a liquidar la cuenta. Los billetes le quemaban en la mano. Odiaba esta ciudad.

Capítulo 15



23 de enero de 1910

El tren entró en París muy tarde. Morel había tenido la suerte de ir solo en el compartimento la mayor parte del trayecto, pero al final vio invadida su intimidad por un comerciante de Éperney que no hacía más que suspirar y mover la cabeza mientras leía el periódico. Christian intentó no hacerle caso; aunque era de noche, se puso a mirar por la ventanilla, que le devolvía la imagen deformada de su belleza. ¿Por qué se largaría ese maldito americano? Los brillantes le quemaban el pecho. Cinco mil dólares por la pulsera era un buen negocio; entonces en América por el brillante gordo le darían por lo menos setenta mil; eso sí, si nadie quisiera comprárselos, era como si tuviera adoquines. ¡Eso como mucho! Seguro que la llamada era de uno de los contactos americanos que tenía en la ciudad para decirle que las operaciones que consideraba inviables se habían puesto en marcha de nuevo. Fue una coincidencia. Eso y el extraño recelo que mostraron los joyeros de la ciudad a la hora de conseguir un chollo. No pasaba nada. No podía pasar nada. Sylvie y él habían actuado con mucha inteligencia y, al margen de lo de este viajecito, no había indicios para pensar que se estaba fraguando alguna complicación. La señorita Koltsova se había tragado el cuento, lo mismo que la condesa y que Lafond. Volvía a llegarle el olor a humo y a pólvora de las calles de París; veía a aquel hombre, con las manos llenas de sangre. Ojalá estuviera allí Sylvie. Si la cosa seguía puede que le diera uno de esos episodios en que se le iba la cabeza y al recobrar la conciencia no sabía ni cuánto tiempo había pasado, ni dónde estaba.

—Están subiendo las aguas.

Christian dejó a un lado sus reflexiones.

—¿Perdón?

—Las aguas, caballero. Subiendo. Con la de pérdidas que ha habido en provincias y ahora parece que amenazan París. Hace más de diez años que el río no iba tan alto, y las aguas siguen subiendo.

—Pues sí.

El viajero tenía tantas ganas de hablar que hasta esa respuesta le pareció un buen punto de partida para iniciar la conversación.

—Nuestros pecados nos persiguen. De eso puede estar seguro.

—¿Cómo?

—Nuestros pecados. Mírenos, con luces eléctricas y trenes subterráneos, coches por todos lados. Los pasillos rodantes de la exposición de 1900. Estamos rebelándonos contra la naturaleza y la

naturaleza nos castigará. Con tanta tala, los espíritus del bosque se están enfadando...

Al principio, con las palabras del caballero a Christian le había sobrevenido un brote de terror, pero en cuanto empezó a decir tantas tonterías, se relajó. Pero esto de las crecidas del río en París... El río llevaba mucho caudal el día que se fue, pero ¿inundaciones? ¿Le afectarían? ¿A su escondite? No, ni en cien años podría llegar el agua hasta allí. Empezó a inquietarse. Tendría que irse de París lo antes posible. Se arriesgaría a vender allí la pulsera en todo caso. La posibilidad de que la condesa se enterara de que estaba intentando vender brillantes era mínima, y, aunque se enterara, ¿como iba a importarle a ella si tenía su diadema en el maletín y la mujer que la había robado estaba muerta, en el fondo del río?

Por fin el tren llegó a la estación, con su silbido característico, dejando a su paso enormes nubes de vapor. Morel se bajó, en medio del habitual trajín de maleteros y revisores, fue esquivando sombrereras y notó el frío y la densidad del aire típicos de una húmeda noche parisina. Salió a la plaza que había delante de la estación. Después de tantas horas encerrado en el tren, le apetecía andar, pero llovía intensamente y hacía viento, con lo que le llegaban fuertes ráfagas de agua a la cara, que le caían casi como bofetadas. Cogió el paraguas de la bolsa de viaje que llevaba y se quedó esperando unos instantes. En ese momento alguien empezó a gritar en medio de la plaza.

—¡Me han robado! ¡Mi cartera!

Un hombre vestido con un traje parecido al suyo no paraba de dar vueltas. Parecía un perro buscándose la cola. Vio a un gendarme y se dirigió a él, con el paraguas en alto. Como la mayoría de los caballeros que había entre el gentío, Christian comprobó que tenía todos sus enseres, se metió la mano en el bolsillo interior y vio que la pulsera de brillantes seguía en su bolsita.

—¡Madame Prideaux! —gritó alguien prácticamente al lado de donde estaba. Morel intentó distinguir quién había sido y vio a un hombre mayor que se dirigía hacia una joven que estaba al otro lado de la plaza y la cogía del brazo. Christian no podía ver la cara de la chica, porque llevaba velo y estaba de espaldas, pero la figura le resultaba lejanamente familiar. Antes de que pudiera hacerse una idea más clara, hombre y mujer desaparecieron entre la masa.

¿Era muy común el apellido Prideaux? No conocía a tanta gente que se llamara así, pero la señora a la que asesinó tenía dos hijos casados. ¿Tendría además hermanos? Seguro que habría primos dispersos por distintos sitios. Coincidencia. El viaje a Reims, el disgusto de no vender los diamantes, todo eso le había contrariado y no veía más que fantasmas. Puede que ese señor no dijera exactamente Prideaux.

Christian abrió el paraguas y se agachó para recoger su bolsa de viaje. Iba a irse andando, lloviera o no lloviera. Andar le vendría bien para tranquilizarse, y se tomaría una copa en el Café Procope antes de volver a casa. No quería que Sylvie lo viera en ese estado; le haría sentirse débil ante ella y se pondría a pensar por qué seguía con él; con su inteligencia, con su belleza, podría haberse ido con quien le diera la gana, pero le había preferido a él, lo quería, y eso que antes le había dicho que nunca había amado nada ni a nadie en la vida. Pero Sylvie aún no conocía el tacto de esas telas femeninas, no había sentido la suavidad con que acariciaban las mejillas.

Suficiente.

—¡Se aproxima el desastre! —gritaba el chico de los periódicos, abriéndose paso por entre la gente—. ¡Crecen las aguas!

Christian empezó a caminar tranquilamente por la ciudad y cruzó el río. Estaba alto, sí. Los barcos de vapor estaban parados y el agua parecía llevar más desechos de lo normal. Había barricas de vino y tablones que avanzaban, arrastrados por la corriente, hacia el Pont Neuf. Era una imagen impresionante en la oscuridad. Las farolas se reflejaban en las oscuras aguas turbulentas, que hacían

un ruido sordo, galopante, acompasado por los opacos golpes que producía el flujo y reflujo de la marea al chocar contra las escolleras de piedra. Levantó la vista para mirar el reloj neumático que había en el puente y frunció el ceño: las once menos cinco. Estaba seguro de que había visto esa misma hora al salir de la estación. Uno de los caballeros que cruzaban por el puente se dio cuenta de su extrañeza.

—Son las aguas en acción, señor. Los relojes se han congelado y estamos fuera del tiempo. Pero ¿cuándo hemos tenido mejor excusa para llegar a casa un poco tarde?

Christian trató de sonreír, mientras saludaba con la cabeza. Sacó su reloj de bolsillo. Con el movimiento se le cerró un poco el abrigo y tuvo la sensación de que la ropa se le ajustaba de manera distinta. Echó mano al bolsillo interior y, con la frente calada de sudor, pese al frío que hacía, se paró un momento para descansar. La pulsera había desaparecido.

Levantó la vista y vio una figura de mujer que estaba de pie bajo una farola a unos ciento cincuenta metros detrás de él. Las aguas debían de estar afectando ya a la conducción de gas, porque las sombras se le hacían más profundas de lo normal, pero había algo en aquella mujer, en su figura, en lo erguida que estaba, que le resultaba familiar; lo estaba mirando fijamente. Sintió que le invadía una ola de frío, un pánico que le nacía en el cuerpo y no en la cabeza. Al oír el golpetazo que dio otra barrica contra los pilares del puente, se volvió instintivamente. Cuando volvió a mirar, la mujer había desaparecido, pero a Christian el pánico se le había agarrotado en el cuello. Deshizo con paso rápido el camino andado, mirando el suelo con atención, concentrándose lo más posible, intentando acordarse de las caras que había visto entre la gente con la que se había topado y negándose, negándose a pensar en la silueta del puente. Una joven, una joven cualquiera. Entonces se acordó de la estación, del apellido que alguien gritó al aire, del joven con el que coincidió. El corazón empezó a palparle con fuerza, los latidos le impedían oír sus propios pensamientos. Notó como si las aceras fueran a resquebrajarse bajo sus pies, para mostrarle los cadáveres y la podredumbre que encerraban.



Cuando Maud volvió a Impasse Guelma, Yvette se levantó de un salto y la agarró por los hombros. Maud solo tuvo tiempo de ver que Charlotte estaba sentada junto al fuego, fumándose un cigarrillo y con la Biblia abierta sobre las rodillas.

—¡Maud! Tenías que haber llegado hace horas. ¿Qué te ha pasado? Tenemos los brillantes. ¿Dónde has ido?

Maud se quitó el sombrero, lo puso en la cama y empezó a quitarse los guantes. Tenía las manos ateridas de frío y de humedad. Era raro que las tuviera tan frías con el calor que había sentido por todo el cuerpo al ver lo que sufría Morel.

—¡Mira! —dijo Yvette con la cara toda colorada. Abrió la bolsita de terciopelo para que Maud pudiera admirar la cadena, engarzada con aquellos brillantes gordos, cuadrados. Creaban una extraña colección de luces. El rojo puro, los verdes y los morados parpadeaban según el ángulo, como latidos que estallaban en el corazón de las chicas.

—Son preciosos. Ahora entiendo que estuviera preocupado de que se los robaran.

Yvette la miró, con la boca entreabierta.

—¿Lo has seguido? Ahí es donde estabas. Fuiste detrás de él. —Se sentó de golpe en la cama y estiró el brazo para coger a su amiga de la muñeca sin que esta pudiera evitarlo. Apretó sus delicados huesos hasta que Maud cerró los ojos de dolor—. No has muerto, Maud. No hagas de esto la razón de tu existencia.

Maud retiró la mano.

—No he sido *yo* quien ha hecho de esto la razón de mi existencia. Fue él.

La habitación estaba totalmente en silencio y era como si las palabras quedaran colgadas del aire, entre las dos.

—¿Te gustó verlo? ¿Pensaste en algún momento que podríamos estar preocupadas por ti?

Yvette hablaba con un tono indiferente y monótono.

—Yo no estaba preocupada —dijo Charlotte en inglés—. Sabía que preferías verlo sufrir más que regodearte aquí, contemplando los brillantes con Yvette.

—¿Qué es «regodearse»? Supongo que no lo sé. Pero yo estaba deseando que vinieras, Maud.

Maud se sentó, tratando de pasar el brazo por encima del hombro de Yvette, pero la modelo se lo quitó y se puso otra vez de pie.

—No soy tu perrillo faldero —dijo.

Maud empezó a quitarse el moño.

—No. Creo que la mayoría de las veces somos nosotras, Tanya y yo, las que somos perrillos falderos tuyos. Somos las ingenuas, y tú, la lista de Yvette, la que como se lo sabe todo sobre la pobreza, el opio, el sexo, el delito, se ríe de nosotras. Bueno, voy aprendiendo. Y además, Yvette, tú no sabes lo que es sentirse sola. Tú, si quieres, puedes rodearte de gente que te admira. No sabes nada de lo que es sentirse inútil y sola, tirada sin más ahí, como la basura. Ese hombre me ha desposeído de todo. Ya no valgo nada. Quiero que se le resquebraje la mente y que no pueda dejar de pensar en mí, y no me puedo ocupar de nada más hasta que lo consiga.

Conforme hablaba, iba subiendo el tono de voz, hasta que terminó casi gritando.

Yvette se quedó pensativa, tiró la pulsera de diamantes sobre la cama y se marchó dando un portazo. Charlotte se levantó, dio un suspiro y recogió la pulsera. Maud no se movió.

—¿Y ahora, qué hacemos con esto?

Maud se encogió de hombros.

—Quédatela.

Charlotte la retuvo entre los dedos, girándola poco a poco.

—Pertenece a la condesa, pero supongo que no necesariamente quieres que sepa en qué andas metida. ¿Es así?

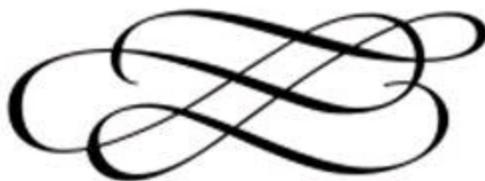
—Supongo que no. Puede que a los de Pinkerton les interese que no siga para que Morel se lleve el dinero a América y ellos puedan arrebatárselo y traerlo de nuevo a Francia. Yo soy como Henri. No tendrían empacho en amordazarme y dejarme encarcelada en una bodega, ¿no? ¡Pues eso, al fin y al cabo, ya estoy muerta!

Charlotte asintió con la cabeza, se subió la manga del vestido, se puso la pulsera y se dejó caer la manga de nuevo para que no se le viera.

—La guardaré de momento y ya veremos qué pasa. Está en manos de Dios. —Recogió su abrigo y se lo puso por encima. Nunca se había parecido tanto a un monje—. Señorita Heighton —dijo—. Quiero creer que se siente culpable. Yvette se metió en un montón de liós para salvarle la vida, y eso de echárselo ahora todo por tierra tan claramente debería remorderle la conciencia. No sea cruel. Sospecho que Yvette habría preferido con mucho haberse criado en Inglaterra en un ambiente

respetable y no crecer entre lobos, en una mala barriada parisina. ¿No lo cree usted así? Si consigue hacerse amiga de todo el que se dirige a ella, es porque tiene un alma buena y generosa, y usted eso se lo devuelve como si fuera prueba de que no *vale* nada. Yvette ha salvado a mucha gente, señorita Heighton. Ha ayudado a la señorita Harris a rescatar a niños que estaban en manos de delincuentes y ha conseguido que mujeres como usted sobrevivan y no se mueran de hambre, o de enfermedad; que no se vuelvan locas, que no se destruyan a sí mismas, aunque no tengan a nadie que se ocupe de ellas. Permítame preguntarle: y *usted* ¿qué ha hecho? —Sonrió, recogió su Biblia y dijo—: Buenas noches, señorita Heighton.

Capítulo 16



Inundación. Óleo sobre lienzo 61 × 46 cm

Parece que el cuadro representa la famosa inundación parisina de enero de 1910, que dejó a la ciudad colapsada durante semanas. Sin embargo, la perspectiva resulta poco habitual; en vez de ofrecernos una amplia panorámica de las inundaciones para que nos hagamos idea de su dimensión, la artista se concentra en las propias aguas, como si con su mirada penetrara en ellas. En el centro del cuadro destaca la base de una farola, y aunque la luz queda fuera del marco, comprobamos su efecto sobre las aguas. En este caso se ha utilizado la técnica impresionista para obtener una pintura de intensidad concentrada. Las aguas están realizadas con trazos gruesos de puro color, en una vertiginosa gama de matices que rodean el negro intenso de la base de la farola y llenan el cuadro casi por completo.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

24 de enero de 1910

Cuando el lunes por la mañana Tanya llegó a la Academia, se encontró a Yvette sentada en el último peldaño de la escalera fumándose un cigarrillo y balanceándose, como si estuviera siguiendo algún ritmo que tuviera en la cabeza. En cuanto apareció Tanya, se levantó de un salto.

—¡Andá, has venido!

—¿Dónde iba a ir, si no? —dijo Tanya—. ¿Por qué?, ¿está cerrado el estudio?

Yvette estiró el brazo hacia atrás destacando con golpecitos la nota que había pinchada en la puerta.

—Hoy no hay clase. El señor Lafond anima a sus estudiantes a que salgan a la calle para ver París enfrentado al desastre.

Tanya, mirando por la ventana, dijo dubitativa:

—Pero si está lloviendo.

—¡Tanya, sé un poco más animada! Da igual, podemos ir en tu coche a dar una vuelta, ¿no? Dicen que van a volar el Pont de l'Alma. Me figuraba que tus tías no te iban a dejar salir hoy. Cinco minutos más y me habría ido sola. ¿No tienen miedo de que te arrastre la corriente?

—Han invitado a comer a Perov para que nos cuente todo, pero ¿es tan grave? Yo creía que había

solo unas cuantas calles inundadas por rue Felicien David. Lila y Vera salieron ayer por la tarde a ver a la gente que iba de un lado a otro en lanchas y trajeron algunas postales. ¿Y Maud? Sé que el jueves iba a casa de la señorita Harris, pero desde entonces no la he visto.

Yvette apagó el cigarrillo y cruzó los brazos, cogiéndose el estómago.

—Ha conseguido una victoria frente a Morel, pero creo que se ha vuelto loca. Hoy no quiero estar con ella.

Tanya seguía en el último escalón, con los ojos de par en par.

—¡Oye, me lo tienes que contar todo!

Yvette levantó los brazos.

—Claro. Y te lo voy a contar. Pero no aquí. ¿Podemos ir por ahí en tu coche o no?

Tanya puso cara de contrariedad, pero poco a poco fue cediendo.

—Bueno, vamos.

Yvette salió corriendo la primera por las escaleras.



Maud la encontró en una de las habitaciones traseras del Bateau-Lavoir, casi dos horas después de que se fuera de casa de Valadon hecha una furia. Como era uno de los mejores sitios que había en Montmartre para fumarse una pipa, Yvette se había refugiado allí para disfrutar de esa paz total y de esa alegría que procura la droga, para sentirse flotar, deleitándose en sus sueños favoritos, reviviéndolos como si fueran ciertos, incluso mejor. Sin miedos, solo una sensación de asombro y de fascinación ante la belleza que se desplegaba en la trastienda de sus ojos entreabiertos.

Tenía también la cesta de ostras y las tres botellas de tinto que la extraña dueña del local siempre cobraba por entrar y había decidido darse el gustazo completo. Si Maud se volvía loca, era su problema. Un día, dos días. Las horas no significaban nada. Sabía que tenía que posar al día siguiente en Passage des Panoramas, y que si no iba a lo mejor la despedían del trabajo, pero en ese momento le daba igual.

La dejaron pasar y la llevaron a la habitación de atrás, que tenía el suelo cubierto de alfombras toscas, y las paredes, de cortinas de seda. Los hombres y mujeres que ya había allí estaban echados en el suelo o sobre unos bancos, tenían la ropa desabrochada y parecían contentos o pensativos. Le ofrecieron un sitio al fondo, en uno de los camastros de madera, y se instaló allí. Las sedas estaban raídas por abajo. Sabía que con unas pipas le parecerían preciosas.

Pasando por entre los fumadores con mucho cuidado y sin hacer ruido había unas mujeres y unos cuantos chicos que preparaban las pipas. Los que estaban en el centro de la habitación, los más ricos, a juzgar por su vestimenta, estaban aparentemente en éxtasis. Hablaban entre sí y se decían cosas en voz baja, pero Yvette se fijó en que había más gente en las zonas más oscuras de la sala. Aunque solo se les veía la cara de vez en cuando a la luz de las lámparas, parecían más enfrascados en su actividad y no hablaban nada. Uno se pasaba los dedos por el pelo y se rascaba la coronilla, con gesto absolutamente beatífico. Yvette sintió una punzada de envidia y tristeza a la vez. Las mujeres que ofrecían las pipas estaban muy delgadas. Se ocupaban de la cuestión más técnica de embolsar las bolitas a cambio de que los clientes les invitaran a fumar de vez en cuando. Lo normal era una pipa

de cada cinco que preparaban.

Se le acercó un muchacho, con la bandeja en la mano; encendió la lamparita y cogió la pipa, sonriendo, ofreciéndose a preparársela. Hacía un mes que no fumaba. Le dijo que no con la cabeza y se incorporó un poco, con la espalda apoyada en la pared y las piernas recogidas. El muchacho se marchó a buscar otro cliente. Cuando Maud llegó, Yvette no había fumado nada. La inglesa se sentó junto a ella y durante un buen rato se quedó mirando sin más a los fumadores que surgían de entre las sombras, igual que Yvette.

—Lo siento, Yvette.

—Deberías estar en la cama. Vas a volver a ponerte mala.

—Ya descansaré mañana.

Yvette siguió observando un rato más. Una de las mujeres que atendían a los del centro de la habitación no era mucho mayor que ella. Tendría treinta, quizá. Yvette observaba cómo inhalaba el humo a través de la boquilla de marfil mientras la bolita de opio tiraba rápido, a la más mínima calada. Yvette pensaba cuánto tiempo más iba ella a aguantar, cuánto le faltaba para claudicar y dedicarse a esto de preparar pipas a desconocidos. Bueno, quizá todavía un poco.

—Vámonos, Maud.

Salieron con olor a humo en la ropa y sin que la propietaria del local les quitara ojo mientras se alejaban. Maud se despidió de Yvette en la esquina de la calle en la que la modelo compartía habitación con otras dos chicas, que la usaban como refugio entre hombre y hombre. Yvette se quedó mirándola: iba bajando por rue Lepic, una figura esbelta y erguida, los copos de nieve ligeramente pajizos a la luz de la farola.



Cada vez más emocionada, Tanya iba dando instrucciones al chófer, que, con inmensa paciencia, iba y venía por las estribaciones del río. Como no había dejado de nevar en toda la noche y hasta bien entrada la mañana, París tenía aún más el aspecto de ciudad extrañamente perdida en una especie de sueño apocalíptico. La nieve se aferraba a los árboles desnudos, porque las aceras habían desaparecido bajo las aguas. Los obreros estaban construyendo pasarelas elevadas, con tablones de madera, para que la gente pudiera ir y venir sin mojarse. Por todos lados había calles cortadas; el agua se había tragado el pavimento, dejando aquí y allá zanjas y baches que llegaban a las alcantarillas.

En el Pont de la Tournelle se bajaron del coche y durante unos minutos permanecieron mudas, contemplando la crecida del río, inmensa, aterradora. Parecía que Notre Dame había encogido, atemorizada por las aguas. El Sena avanzaba arrebatado. Los baños públicos que había emplazados a lo largo de la orilla estaban ya flotando al nivel de los diques. Pero se aferraban a sus fijaciones, como si intentaran resistirse a la fuerza y la rapidez de la corriente. De pie, fuera del coche, Tanya comprobaba el desastre: enormes planchas de madera arrastradas río abajo, a lomos de las anchas espaldas de las aguas; pasaban desbocadas, justo por donde estaban, en dirección a los seis arcos del puente. Los barcos turísticos navegaban todos los días por allí, pero ahora apenas había medio metro de alto entre el agua y la calle. Una barrica más vino a estrellarse contra los muros; pareció que iba a

derribar toda la estructura.

Tanya dio media vuelta, dejando Notre Dame detrás, y cruzó el puente para unirse a la gente que había al otro lado. Yvette la cogió del brazo y así las dos juntas fueron abriéndose paso a codazos hasta llegar a la cabecera de una multitud de curiosos que no hacían más que cuchichear al ver lo que el río estaba arrojando a la ciudad. Muebles, contraventanas, puertas que la corriente debió de arrancar de las casas un poco más arriba: todo venía lanzado hacia ellos y se golpeaba contra los muros del puente. Una procesión de barricadas procedentes del Quai des Vins venía flotando como si fueran cisnes, aparentemente tranquilos, hasta que a medida que se acercaban, se aceleraban y rodaban, dando tumbos por entre los arcos, o se hundían, engullidas por las aguas gigantescas.

Por primera vez Tanya percibió la inundación como algo más que un divertimento en medio de la rutina diaria; era una amenaza. Una de las barricadas estalló justo debajo y se sobresaltó. Era como si alguien estuviera golpeando desde dentro el suelo sobre el que pisaban. Yvette se aferró a su brazo.

—¡Mira!

Un poco más allá había un grupo de hombres colgados del Pont de Sully, intentando sacar las barricadas del agua con unos palos largos. En ese momento, uno de ellos, que estaba mucho más asomado hacia el agua que los demás, consiguió enganchar una con el garfio. Parecía que la barricada iba a arrancarlo de donde estaba, pero otro de los compañeros logró engancharla también, frenando así la fuerza del agua. Cuando rescataron su trofeo de la corriente, se oyó un aluvión de vítores a lo lejos.

La multitud que se agolpaba alrededor de Yvette y Tanya estaba casi en completo silencio; de vez en cuando un comentario en voz baja de quienes veían con terror o con asombro cómo las aguas se imponían a cualquier obstáculo y desgarraban los muros que las contenían.

—El río se va a tragar París —dijo alguien detrás de ellas.

—Ya lo ha hecho —contestó otro.

—Las aceras no aguantan, los sótanos están inundados.

—Hay miles de hogares destruidos.

—¿Cuándo va a parar esto?

—Pues, de momento no. Seguro que viene algo peor.

Justo a sus espaldas alguien se echó a reír a carcajadas. Tanya se volvió. Al fondo, un tipo aún vestido de esmoquin estaba subiéndose al techo de un coche. Cuando lo consiguió, ayudó a otro a que hiciera lo mismo.

—Diez luses a que la cómoda se estrella contra la mesa del puente —dijo el primero.

Era un joven rechoncho, que hablaba francés con fuerte acento inglés. El amigo al que estaba ayudando a subir se sentó mirando al río.

—¿Qué mesa? —dijo con voz aguda y nasal. Tanya refunfuñó; era Perov.

—¡Demasiado tarde! Gana la cómoda. Me debes diez. Doble o nada a que ese árbol llega aquí antes de que cuente veinticinco.

—¡Vale! ¿Tenemos algo de beber?

El inglés, que se había agachado para dar instrucciones al chófer por la ventanilla, se dio cuenta de que había dejado de contar y se apresuró para compensar.

Tanya se fue abriendo camino por entre la gente hasta llegar justo donde estaba el coche; en ese momento llegaba el tronco, cuando el caballero iba por veintitrés. Perov empezó a dar gritos de alegría, pero como le pareció notar que alguien le miraba irritado desde abajo, se asomó.

—¡Señorita Koltsova!

—¡Señor Perov! —dijo con tono severo—, este desastre no ha salido de la nada. Está usted

haciendo apuestas muy frívolas sobre para lo que muchos son terribles desgracias.

Se puso coloradísimo. Tanya hablaba en francés, y muy alto. La mayoría de la gente manifestaba su aprobación entre murmullos.

—Tenemos la ciudad amenazada y ¿eso es todo lo que a usted se le ocurre hacer? —prosiguió con una rabia que iba en aumento cuanto más miraba los desastres que los rodeaban—. Se han destruido fábricas, se han inundado las casas y sigue lloviendo. ¿Ni siquiera ahora encuentra usted un empleo útil?

Se bajó del techo del coche.

—Señorita Koltsova, está usted siendo demasiado dura.

Detrás de ellos se estrellaba algo más contra las piedras. El impacto fue tal que Tanya experimentó como un shock eléctrico. En voz más baja y ya en ruso le dijo:

—No voy a casarme con usted, Mijail Pavlovich. Ya no necesito que me dé más tiempo. Gracias por su ofrecimiento y por la paciencia que ha tenido. Más tarde les explicaré a mis tías por qué no tendremos el placer de contar con su compañía a la hora de comer y yo misma escribiré a mi padre.

Perov se quedó con la boca abierta.

—¿Simplemente porque me haya visto hacer apuestas sobre los desastres que han sufrido las viviendas de unos desgraciados? —consiguió decir por fin, todavía ruborizado.

—No. —Se acercó a él y le dio una palmadita en el brazo—. Porque no somos amigos, y eso no lo soluciona ningún dinero, ni los intereses de ninguna familia.

Perov abrió y cerró la boca varias veces.

Su amigo se había bajado del coche, medio matándose. Se aclaró la voz.

—Qué inquietud hay... Vemos mejor desde un poco más allá.

Perov se recuperó un poco.

—Como quiera, Tatiana Sergejevna. Pero quizá podría haber elegido mejor momento para decírmelo.

Tanya asintió con la cabeza.

—Probablemente, pero no quería mantenerle en ascuas ni un minuto más de lo necesario.

El amigo le tiraba de la manga.

—Deja de farfullar ya en esa lengua extraña y sigamos un poco, ¿no, Micky?

Perov no dijo más. Sencillamente, algo pálido, se despidió con elegancia y volvió a subirse al coche. La gente aplaudió al ver que se iban.

Yvette se abrió paso hacia Tanya, justo en ese momento.

—¿Le has...? ¿Lo has...?

Tanya respiró hondo.

—Sí, le he y sí lo he. Y estoy encantada. —Bajó los ojos hacia el calentamanos de marta que llevaba—. Al menos, creo que estoy encantada. Y como ahora me casaré con Paul, pues, está bien.

—Miró a Yvette, con sus enormes ojos negros, que destacaban más sobre el rosa de su piel—. Tú no crees que a Paul le importará casarse conmigo, ¿no?

Yvette se echó a reír.



Antes de volver a casa para explicarle todo a sus tías, Yvette le contó a Tanya lo que había pasado el fin de semana. Arrellanada en el asiento del coche, no paraba de pestañear.

—¡Pobre Maud! ¿Crees en serio que se ha vuelto loca?

Yvette negó con la cabeza.

—No, al menos, todavía no. Es solo esa manera que tiene de hablar, como si ya estuviera muerta, pero ahí sigue. Y ayer vino a buscarme.

Tanya mantenía una sonrisa triste, con la cabeza asomada por la ventanilla.

—Eso le permite tomarse algunas licencias. Como le pasa a Akaki, en *El capote* de Gógol, supongo. Si se convierte en fantasma, puede vengarse. Y, mientras sea una inglesita andante, no puede hacerlo. ¿Por qué me miras así?

—Nunca pensé que leyeras mucho, Tanya.

Se llevó las manos a la cabeza.

—En Rusia todos tenemos que leer a Gógol. Es una máxima. —Sin dejar de mirar por la ventanilla para no perderse nada de lo que pasaba, Tanya apoyó su delicada barbilla entre los dedos—. Tengo que ir a decirles a mis tías lo de Perov. Bueno, espero no haberme equivocado. —Y se volvió, nada más terminar la frase, con todo su atractivo.

—Claro que no te has equivocado. Después de haber conocido a ese tipo diez segundos, me casaría hasta con el perro de Valadon. Y mucho mejor. —Tanya volvió a sonreír—. ¿Te da tiempo de dejarme en Place Pigalle?



Tenía la carta esperándola, sobre la cama de Maud. Yvette se sentó y abrió el sobre. Hacía frío en el cuarto; la estufa no estaba encendida y fuera seguía a ratos lloviendo y a ratos nevando. Se metió entre las mantas y se tapó bien para leer con calma:

Yvette:

Sé que no te he recompensado lo suficiente por salvarme la vida. Creía que en cuanto consiguiera hacerle ver a la condesa que era inocente, me encontraría mejor y, luego, que me pasaría lo mismo cuando le hubiera quitado algo a Morel. Me dio mucha alegría ver la cara de miedo que tenía por la noche, pero era una especie de alegría sórdida, hambrienta. Cuando nos despedimos, volví a casa pensando que tenía que descansar, como te prometí, y que lo mismo que tú no cediste al atractivo de la droga, yo podría aguantarme las ganas de seguir persiguiendo a Morel y marcharme de París. Pero veo que no. Seguirá intentando convencerse de que fue un accidente. Incluso aunque gracias a Charlotte no conseguirá vender en París el resto de los brillantes que robó, estoy segura de que Sylvie y él reunirán el dinero suficiente para irse a América como sea. ¿Y si la condesa no da con él una vez que se vaya? Yo desaparecería para siempre de su conciencia y él viviría feliz el resto de sus días. Esa idea no me deja dormir.

Tengo que convertirme en su sombra.

Maud

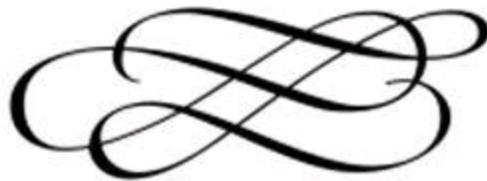
—¡Ay, Maud! —dijo Yvette, dejando caer la carta y arrebuándose aún más debajo de las mantas. Fuera veía caer la nieve por entre los nubarrones. Caía con la suavidad de una pluma: eso es lo que siempre decían en los libros, ¿no? Que los copos eran delicados como minúsculas plumas.

Cuando era pequeña, solía cantar y bailar para los clientes que se sentaban a tomar café en las terrazas de los Campos Elíseos. Otro chiquillo de los que *maman* tenía recogidos iba por las mesas con una gorra, recogiendo lo que le dieran y cualquier otra cosa a la que hubieran echado el ojo, billeteros, baratijas que llevaran las damas en los bolsos, relojes, anillos.

Una vez, una de las señoras que había allí sentadas la llamó para decirle que era una niña monísima, y que tenía un pelo precioso. Yvette se puso muy contenta y se quedó un ratito junto a la mesa, pero vio que llevaba una pluma de paloma en la blusa. Como a lo mejor a la señora le parecería una porquería, fue a quitársela, pero la dama le dijo que no, que daba buena suerte, que era señal de que el ángel de la guarda la estaba cuidando. Cuando Yvette ya pensaba que la señora iba a llevársela a casa, la mujer se volvió y siguió hablando con sus amigas. El compañero de Yvette le hizo una seña indicándole que había terminado su trabajo y se fueron los dos corriendo, ella muy decepcionada, aunque aquella idea del ángel de la guarda no se le olvidó nunca. Pensó en ella la primera vez que un artista de Montmartre le pidió que posara para él y le pagó por el trabajo; la vez que rechazó a un hombre que quería ser su amante y que después supo que maltrataba despiadadamente a la siguiente chica con la que estuvo. También le vino la imagen del ángel a la cabeza la segunda o la tercera vez que fumó opio, esa vez que la droga le permitió apreciar su atractivo; en ese momento pensó que estaba sumida en un abrazo con su ángel, y sintió que sus alas la protegían. Pero eso fue entonces. Llevaba ya mucho tiempo sin creer en él. Y luego, los últimos dos años, como no podía encontrarlo, intentó convertirse ella en el ángel de la guarda de los demás, o quizá no en un ángel, pero sí en un rayo de esperanza. Imperfecto y enfangado, pero, aun así...

Apoyó la cabeza en las rodillas. La gracia del ángel de la guarda es que siempre iba contigo, lo necesitaras o no; que se quedaba a tu lado; que, aunque no pudiera salvarte, estaba allí. Apartó las mantas y salió en busca de Maud.

Capítulo 17



Una buena regañina, amenazas, sermones sobre su falta de seriedad, sobre lo ingrata y lo tremendamente estúpida que era, todo eso es lo que esperaba Tanya, pero al ver que su tía Vera, después de enterarse de la noticia, no decía nada, y que se limitaba a echarse a llorar y a salir disparada de la habitación, se quedó perpleja. La tía Lila no se movió; siguió con las manos recogidas sobre el regazo y tampoco dijo nada durante un rato. La valentía de Tanya empezaba a tambalearse.

—Tiita Lila, por favor, di algo. Lo he pensado muy bien. No puedo casarme con alguien a quien no respeto, y el señor Allardyce es un buen hombre.

Al final, Lila levantó la vista, mostrando un gesto severo y enfadado.

—Me alegra que lo veas así, Tanya. —Se levantó y se estiró bien el vestido de seda—. ¿Sabes por qué ha se ha ido Vera tan precipitada?

—Porque quiere que me case con Perov —contestó Tanya un tanto sumisa—. Ya lo sé.

Lila movió la cabeza de un lado a otro.

—Eres profundamente egoísta, Tanya. Y lo has sido siempre, con tanto desmayarte y tanto suspirar para conseguir salirte con la tuya. Nunca me he creído que fueras tan delicada como pretendías, pero no te ha venido mal, ¿no?, el hacerle creer a tu padre que eres una debilucha a la que hay que tratar todo el tiempo con mucho mimo. Y ahora nos comunicas que eres una mujer moderna, capaz de cuidarte por ti misma, a la que no importamos nada y que no nos considera nada, y tiras por tierra todos los cuidados que te hemos dado.

—Tía, no he querido...

—Cállate y atiende. Has humillado a Vera. Tu padre necesitaba a alguien que se ocupara de ti y ella se ofreció, voluntariamente. Se ganó la confianza de tu padre y ahora ¿qué va a pensar? Que ella le ha fallado. Sabes de sobra que ninguna de las dos tendríamos un duro si él no nos diera dinero. Para mí es más fácil, porque llevo cincuenta años haciendo el papel de florecilla agostada que me ha tocado, así que nadie me va a acusar de nada, pero Vera sí ha intentado hacer muchas cosas en esta vida. Intentó ayudar a su marido en los negocios, y él se lo gastó luego todo en el juego; ha tenido que suplicar muchas veces y halagar a gente para que su hijo tenga una posición decente en el Ministerio y ahora apenas sabe nada de él. Ha intentado orientarte y protegerte en una ciudad extranjera y tú lo único que has hecho es despreciarla y enfrentarte a ella desde el primer día. Cuando solo pretendía quererte, Tanya. Es una anciana muy ocupada, pero su única ambición era ganarse el cariño de su sobrina y el respeto de tu padre. Y tú nunca le has dado lo primero y le has arrebatado lo segundo.

Muy mal hecho, hija. Muy mal, sin lugar a dudas.

Dejó a Tanya allí sentada, sola y abochornada. Su primer impulso fue echarse a llorar, primero porque le parecía injusto y luego porque sospechaba que la dulce y complaciente Lila tenía razón.



Sylvie quería ver las inundaciones. Cuando llegó a casa, a altas horas de la mañana, Christian le contó que no había conseguido nada en Reims y que le habían robado. Atónita, y tras unos minutos de silencio, Sylvie se había echado a reír y le había dado un beso. Nunca terminaría de sorprenderlo. Eran los dioses, que reclamaban su parte de la buena suerte que habían tenido, le dijo, y ahora ya no había nada que temer. Estaba de muy buen humor y quería respirar aire libre. Los días que pasó en el taller de Henri, vigilándolo mientras trabajaba, Christian estuvo preocupado de que Sylvie se aburriera y empezara a tomar más droga de lo habitual, pero no. Tenía una voluntad férrea cuando le convenía. No dio muestras de necesitarla y se pasó los días leyendo novelas inglesas y trabajando en sus bocetos. Con lo que le había enseñado Maud, había mejorado muchísimo con el inglés y con la pintura.

Hoy, lo primero que pensaba hacer Morel era recoger más brillantes del escondite en que los tenía guardados para venderlos en París. Pero ella lo disuadió. París no era París en esos momentos, le dijo. Y no era nada entretenido ir comprando y vendiendo cosas mientras las aguas estaban dinamitando las calles. Mucho mejor si pasaban unos días de vacaciones hasta que disminuyera el caudal y entonces ya organizarían la venta y se irían del país de una manera rápida y discreta, como habían previsto.

Morel se dejó convencer. La pareja salió de rue de Seine después de haber reposado la comida y envueltos en pieles y capotes para obtener una panorámica de cómo París iba ahogándose poco a poco.

La primera vez les pasó mientras subían a las torres de Notre Dame. Fue idea de Sylvie y tenía razón, merecía la pena, con la crecida del río y las aguas en aquella imparable carrera, bajo los puentes. La nieve se había posado en las gárgolas, que contemplaban la ciudad con aterrizada placidez. Sylvie se echó a reír. De vez en cuando el cielo de repente y como por arte de magia se aclaraba y un haz de luz bailoteaba sobre la nieve de los tejados, calentaba la piedra arenosa y teñía de verde y oro al amarillo fangoso del río. Fue precisamente en uno de esos momentos cuando miró hacia abajo y vio la figura en medio de la plaza. Desde esa distancia, no podías distinguir a nadie, desde luego, ni saber exactamente quién era. Las calles estaban llenas de gente. Había muchos trabajadores, que, al haber cerrado las fábricas donde trabajaban por inundación, habían traído a sus esposas y a sus hijos para ver cómo las aguas se abrían paso por la ciudad, pero Morel estaba seguro de que era *ella*, y que tenía la atención centrada en él.

Llamó a Sylvie, extendiendo la mano hacia ella y arrastrándola para que se acercara rápidamente. Se asomó para señalársela, le confesó lo que creyó haber visto sobre el puente la noche anterior, pero... ya no estaba. La gente volvía a configurar la misma multitud de antes, una masa que fluía en oleadas por la plaza, igual que el río.

—¿Qué te pasa, Christian?

—Nada. Nada, mi cielo.

Cuando llegaron al Quai de Passy, viendo a la gente pasar por las calles con balsas y barquitos improvisados que empujaban con palos, ya casi se había olvidado. Sylvie compró unas fotos en un puesto callejero y se colgó del brazo de Morel para contemplar la fuerza del agua y mirar a los obreros que estaban instalando unas pasarelas de madera a los lados de la calzada.

—¡Sí que puedo pasar por ahí! —Morel se volvió. Un señor mayor, que parecía un globo de lo abrigado que iba, estaba discutiendo con buenas maneras con uno de los policías que había justo donde el agua empezaba a salpicarles—. Mire, agente, usted mismo puede comprobar que al lado del árbol el agua no tendrá más de un metro de alto y la carreta tiene un hueco de un metro y..., ¡un metro y una cuarta, probablemente! Mi tía acaba de sacar todo lo que tenía en el sótano de rue des Eaux y no puedo dejarlo aquí en medio de la calle para que los *apaches* se lo birlen según pasan.

—Pero, amigo, ¡el pavimento está como papilla! —le refutó el policía—. Mire, la farola que hay ahí ya está hundiéndose.

Morel miró a donde señalaba. Las farolas seguían encendidas y brillaban a la luz del atardecer. Nadie había conseguido apagarles el gas. Sí que parecía que se inclinaba. El señor de la carreta hizo una voluta en el aire.

—¡Bah! Mi caballo sabe muy bien como evitar un sumidero.

De la multitud surgió una joven, de mejillas sonrosadas por el frío y la misma cara de alegría que Sylvie.

—¡Déjeme montar, abuelo! Quiero cruzar, y así mi marido luego le ayuda con todo eso.

Tiró de la manga a un joven que iba con ella y el chico saludó llevándose la mano a la gorra. Si el gesto iba dirigido al hombre de la carreta o al policía, no estaba nada claro.

El policía se encogió de hombros.

—Tenga cuidado, es todo lo que le puedo decir, y no se queje si termina empapado.

A juzgar por su sonrisa, parecía que se le había contagiado el buen humor.

—¡Estupendo! —dijo el carretero, extendiendo la mano para ayudar a subir a la joven.

Sylvie se adelantó un poco.

—¡Ay! ¡A nosotros también, por favor, amigo! —Morel se dejó arrastrar hasta el lugar en el que estaba la carreta. El dueño la miraba con ciertas dudas, al verla con aquellas pieles. Sylvie se quitó un broche que llevaba en la solapa—. Le daré esto.

Morel frunció el ceño. Era el broche que le había regalado a Maud por Navidad y que luego recogió de sus reducidas posesiones cuando la chica se ahogó en el río. Sintió un escalofrío que le recorría la nuca, pero Sylvie ya estaba subiéndose a la carreta y acomodándose con la otra chica y su marido. Antes de que Morel pudiera siquiera tomar asiento a su lado, Sylvie ya sabía que trabajaba en una de las fábricas que se habían inundado en Bercy. Estaba feliz, haciendo bromas con la joven pareja. Sylvie siempre sabía cómo hacer buenas migas se encontrara con quien se encontrara. No necesitaba pista ninguna. Y eso a él le enorgullecía.

—¿Preparados? ¿Están todos bien? —gritó el carretero. Y arreó al caballo para que echara a andar por el agua. Era como si formaran parte del río. Las mujeres iban riéndose cogidas del brazo, y se levantaban un poco de los asientos de madera para asomarse por la carreta y ver la crecida. La Torre Eiffel se alzaba majestuosa y solitaria en la otra orilla.

—Se ha movido —gritó la otra muchacha de repente. —¿No la habéis visto moverse? ¡Bueno! Por fin, se va a caer y va a pillar a todos los ricos de Suffren.

Le brillaban los ojos. El caballo iba despacio pero seguro, y las aguas eran cada vez más profundas. Le llegaban casi al pecho. Iban salpicando y las chicas chillaban. Morel miró hacia atrás

para ver si la Torre realmente se *movía*, lo cual sería monstruoso. Pero no vio indicio alguno de que hubiera cambiado nada.

La multitud que habían dejado atrás los observaba para ver cómo avanzaban. Los saludaban con la mano, silbaban. Y entonces la volvió a ver. A unos doscientos metros, con su velo, esa figura delgada, tan familiar, de pie, justo al borde del agua. Levantó las manos para retirarse la blonda negra que le cubría los ojos. ¡*Maldito Satanás y todos sus demonios!*

Morel dio un grito. Intentó pasar al otro lado, apoyándose en Sylvie y en la otra chica para no caerse, pero con el movimiento de la carreta terminó en el suelo, de rodillas. El joven intentó cogerlo del brazo, pero Morel lo rechazó con brusquedad. Oyó que Sylvie lo llamaba, pero él no quitaba ojo a la multitud. Seguía allí. La muerta seguía mirándolo fijamente. Desconcertado, intentó apoyarse en la parte trasera de la carreta y cayó al agua. El frío lo apresó, como si tuviera garras; Morel resopló con fuerza instintivamente, echando todo el aire de los pulmones. Alterado por el movimiento, el caballo dio un relincho y avanzó unos pasos al trote, alejándose de Morel. Intentó recuperar el equilibrio, pero el fondo del río estaba fangoso, movedizo, y antes de que pudiera ponerse en pie, se vio arrastrado por una corriente. Cayó hacia delante y casi se asfixia de la bocanada de agua pútrida que se le había metido en la boca. La confusión, el ruido, el aire frío, las aguas gélidas, todo le crepitaba en la garganta. Intentó impulsarse hacia arriba, pero volvió a perder el equilibrio. Por encima del ruido del agua, oía que Sylvie lo llamaba a gritos. De repente alguien lo agarró y lo sacó. Dos hombres, uno de ellos el policía que les había advertido que tuvieran cuidado, y otro, un obrero que estaba trabajando en las pasarelas de madera, lo llevaron medio a rastras hacia donde estaba la gente. Tenía el abrigo tan calado que apenas podía andar. La mujer muerta que había visto entre la multitud ya no estaba, y solo quedaban allí rostros asombrados, asqueados, atemorizados, enojados.

—Pero ¿está loco? ¿Usted está loco o qué? —no paraba de decir el policía.

Morel se soltó de los brazos que lo ayudaban y se tumbó en las frías losas del pavimento. Levantó la vista hacia los que estaban arremolinados a su alrededor sin entender qué pretendían de él. Por entre sus rostros veía un círculo de cielo y el aire lleno de copos de nieve, que volvía a caer de repente. Alguien venía abriéndose paso. Sylvie. En el poco tiempo que había pasado, había conseguido llegar hasta allí corriendo por las pasarelas. Le ayudó a ponerse de pie y lo sacó del círculo de curiosos. Estaba temblando y le castañeteaban los dientes; se sujetó la mandíbula con fuerza.

—Viene a por mí, Sylvie —dijo—. Me odia, con lo bien que me porté con ella.

De repente le parecía injusto. Le había pagado, le había dado de comer y ahora su espíritu lo único que sentía era rabia. Volvió a temblar. Seguía teniendo en la boca el sabor a río, el pelo le olía a río. Si hubiera sido capaz de utilizar las manos, se habría quitado la ropa allí mismo, en medio de la calle, pero las tenía agarrotadas, asquerosas. Quería explicárselo todo a Sylvie, hacerle entender lo que pasaba, pero, en cuanto intentó abrir la boca, se le cerró la garganta y le entraron unas enormes arcadas.

Sylvie llamó a un taxi y, después de una tremenda discusión con el taxista, consiguió que los llevara de vuelta a rue de Seine, eso sí, solo si le pagaban por adelantado y con tarifa extra por el agua.



Cuando los Morel llegaron a rue de Seine, él con la cabeza baja y ella sin soltarle del brazo y metiéndolo en casa lo más deprisa que pudo, Yvette no estaba segura de si debía sentirse orgullosa de Maud o aterrorizada al ver lo que había hecho. Algo había pasado. Estaba claro por el estado tan patético en que llegaba Morel, que apenas podía ni andar, pero ¿dónde estaba Maud? ¿La habrían detenido los gendarmes? ¿Habría sido asesinada? Desde luego la pareja tenía muy mal aspecto, como si los problemas se les estuvieran viniendo encima, igual que en la inundación, pero no estaban finiquitados, así que Yvette decidió confiar. Iba y venía por el boulevard Saint-Germain fijándose bien en las personas que veía. Era el típico día en que la gente no reparaba en una chica como ella. Reinaba una extraña sensación de tensión en toda la ciudad. De las conversaciones que oía captaba retazos de noticias; que se había roto la calzada, que se habían formado unos enormes boquetes en calles alejadísimas del río. El agua empezaba a rebosar por los sumideros y los túneles del metro; todas las estrategias de seguridad de las que la ciudad estaba tan orgullosa el río las volvía en contra. El nivel del agua subía con rapidez; había tanto desecho acumulado contra el Pont de l'Alma que los ingenieros estaban ya hablando de derribarlo antes de que se convirtiera en un dique. Las fábricas cerraban, los basureros no trabajaban.

Llevaba tanto tiempo buscando a Maud que, cuando al final la divisó, le dio un vuelco el corazón. Maud pasó por su lado absorta, sin verla siquiera, con el rostro petrificado. Yvette se apresuró un poco para alcanzarla y le dio un golpecito en el brazo. Al principio, cuando se giró, Maud parecía enojada, como si esperara encontrarse a algún mendigo o a algún pedigüeño y le fuera a dar un manotazo, pero enseguida le cambió la cara; estaba sorprendida.

—Yvette. —Miró por rue de Seine, en dirección al Palais du Luxembourg—. ¿Están en casa?

Yvette no sabía cómo iba a ser el saludo, cuando se encontraran, pero esperaba algo más afectuoso.

—Pues sí —contestó—. Se dejaron caer por aquí hace una hora y desde entonces no se ha movido una hoja. Él vino peor que un perro sarnoso. ¿Qué le has hecho?

Maud sonrió con gesto felino, discreto, pero en aquella cara había tanta satisfacción animal que Yvette se asustó.

—Lo atemoriqué.

Yvette volvió a dudar de que Maud estuviera en su sano juicio. Habló con voz lenta y serena.

—¿Vas a seguir vigilándolo?

—Sí, mientras pueda.

Yvette había calculado bien los tiempos.

—Tienes que hacerlo, bueno. Hay una mujer que vive en la casa de enfrente y tiene una habitación, en el segundo piso. Podemos alquilarla por horas, si quieres, aunque será caro. Yo vigilo mientras tú descansas, caso de que puedas descansar.

Maud miró a su alrededor como si hasta ahora no se hubiera dado cuenta de que el cielo estaba cada vez más pesado; empezaba a oscurecer.

—Bien. ¿Por qué está más oscuro de lo normal?

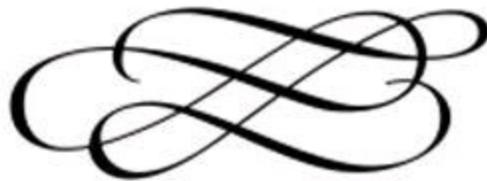
—Las aguas. En las instalaciones eléctricas, los sótanos. Muchos sitios se han quedado sin luz, por

toda la ciudad —dijo Yvette. Otro retazo de información que había obtenido mientras paseaba—. Cógete de mi brazo.

—Yo estaba dispuesta a hacerlo sola —dijo Maud—. ¿Por qué me ayudas?

—No lo sé... ¿porque hay algo que me dice que debo hacerlo? Dios del cielo, el suelo está resquebrajándose bajo nuestros pies. ¿A quién le importa hoy lo que esté bien o mal?

Capítulo 18



Tía Vera estaba en la salita, pero no había encendido las luces y la melancolía de la media tarde había encenagado la habitación con sombras púrpuras. Cuando Tanya entró y se acomodó a su lado, ni se movió. Tanya no quiso tocarla.

—Tiita, creo que el mundo está cambiando, y yo también quiero cambiar. Amo a Paul y creo que seremos felices juntos, aunque tenga que arreglármelas con mucho menos dinero. —Se había llevado el cuadernillo—. Sé que tú lo único que quieres es verme feliz, pero creo que ahora las mujeres como nosotras, educadas y capaces de hacer algo, tenemos más maneras de ser felices que antes. ¿No lo crees tú así?

Su tía seguía sin moverse, pero a Tanya le parecía que estaba escuchando.

—El señor Allardyce me dijo una vez que te consideraba una mujer especial. Y a mí me pasa lo mismo. Y necesito que me ayudes. Con papá, claro, pero también con lo demás. Hasta ahora he tenido una vida muy fácil y tendré que aprender a administrarme el dinero. —Claramente, Vera ahora sí estaba atenta—. Tendremos que salir, pero de manera más modesta, y necesitaré un piso con, al menos, tres dormitorios. Sasha necesitará uno, y me gustaría tener una habitación para ti y tía Lila, que esté siempre preparada, para cuando queráis venir a vernos. ¿Tú podrías ayudarme a solucionar un poco todo esto?

Vera resopló y extendió la mano. Tanya, sumisa como un gatito, le pasó la agenda y oyó que la tía empezaba a pasar las páginas. Pasados unos minutos, le dijo:

—No has puesto que tendrás que pagar los gastos de combustible para mantener la casa caliente, Tanya. En estos inviernos parisinos... ¿Quieres que el piso tenga un baño americano? Él seguro que sí, supongo. Enciende esa luz para que vea qué es lo que tengo entre manos. —Mientras Tanya toda solícita fue a hacer lo que le decían, la tía se levantó y apoyó el cuadernito sobre el escritorio. Se puso a estudiar las anotaciones que había hecho Tanya; después miró un poco a su alrededor y en sus apagados ojos azules asomó un rayo de interés—. ¿Crees probable que te paguen quinientos por un retrato?

—Creo que sí. He preguntado a unas cuantas amigas y todas opinan que es un precio razonable. Supongo que podría hacer uno... más o menos en una semana. Pero, claro, hay que tener los encargos.

La tía cogió una hoja en blanco del escritorio y se la puso delante.

—Me parece que deberías esforzarte para que el año que viene te expongan uno de esos retratos en el Salón. Algo que sea del estilo de lo que tú quieras pintar para ganarte la vida.

Tanya acercó su silla al escritorio y, mientras fuera se iba cerrando la noche, estuvieron las dos

hablando durante un buen rato de costes y profesiones, de personas conocidas que pudieran actuar de mecenas, de si Sasha estaría dispuesta a aprender suficiente francés como para ser el ama de llaves de la pareja.

Vera estaba añadiendo algo más a su lista de cosas, cada vez más larga, cuando levantó la cabeza y dijo:

—Tu padre tiene que modernizarse, Tanya. Está demasiado chapado a la antigua, demasiado anclado a la manera en que antes se ocupaba uno de la familia, de sus mujeres. Tu madre era una buena persona, pero nunca pensó en otra cosa que no fuera estar guapa y leer novelas. Tu padre debe darse cuenta de que las nuevas mujeres también tenemos un sitio.

—Sí, tía.

—Y dile a tu joven caballerito que venga a vernos.

—Estará haciendo un reportaje sobre las inundaciones, tía. Puede que ni sepa cuándo tendrá un rato para cambiarse y todo eso.

—Pero nosotros no somos de esas familias rancias a las que les importan tanto esas cosas. Dile que venga cuando pueda y, si llega el caso, con barro y todo.

—Muy bien, tía.

Tanya se excusó un momento y envió una nota al alojamiento en que se hospedaba Paul. Después se pasó otra hora con Vera, haciendo números. Eran sobre las siete cuando llegó el mayordomo diciendo que una joven llamada Odette deseaba hablar con la señorita Koltsova.



Sylvie no quería ni considerar la idea de que Morel saliera a la calle.

—Sigues temblando, Christian. No te dejo.

Era como si su mujer no entendiera la trascendencia que tenía. Es que iba a venir, sí, ella, se filtraría en el sótano con el agua y como una sierpe se haría con los brillantes y se los llevaría al río. No se lo podía explicar a Sylvie. No le creería. La joven no hacía más que traerle infusiones que sabían fatal, para que descansara, diciéndole que no pasaba nada y que pronto estarían en el barco rumbo a América, olvidándose de ese París sucio y moribundo, que siempre les pareció tan estupendo pero que ahora estaba lleno de agujeros, aceras rotas y pólvora. Iban a vivir en un país donde no había ni tumbas ni túneles.

Intentó levantarse otra vez y otra vez ella le obligó a tumbarse.

—Voy yo a por ellos, Christian —dijo después de mucho—. Por la mañana voy, pero solo si prometes que vas a quedarte en la cama, tranquilito y descansando.

Sus palabras le dieron cierta paz, pero cuando se durmió, soñó que se estaba ahogando.



Paul Allardyce apareció en casa de Tanya esa misma noche, justo antes de las nueve, y enseguida le hicieron pasar a la salita en que le esperaba la señorita Koltsova. Llegaba agotado, porque había estado todo el día indagando por las calles para conseguir noticias de las inundaciones, buscando datos y cifras e intentando hablar con unos responsables que mostraban su preocupación en rostros desencajados. Había atravesado la ciudad media docena de veces, intentando averiguar qué tamaño tenían los socavones y buscando las palabras adecuadas con que describir la extraña viscosidad del terreno. Intentó retener todo lo que le contaban sobre las catacumbas y las excavaciones, las cloacas y los túneles subterráneos; y al rato se puso a escribir rabiosamente durante una hora, para luego ir a la oficina de telégrafos y mandar la crónica completa, que le salió carísima, a Nueva York. Cuando recibió el mensaje de Tanya, estaba en su habitación; había ido un momento a cambiarse de camisa antes de volver a salir para ver por dónde seguía la crecida del río.

Era una mujer tan bella. Después de toda la suciedad y de la preocupación acumuladas, después de ver a tanta gente pobre, que había perdido todo, a la viuda de ese hombre que había preferido suicidarse por no abandonar su casa, solo mirarla ya suponía para él un cierto alivio. Tanya empezó diciéndole lo contenta que estaba de que hubiera recibido el mensaje, ahora que no había sistema *petit bleu* y que la mitad de los teléfonos no funcionaban, que había estado intentando ponerse en contacto con sus amigos pero que no lo había conseguido... Allardyce desconectó por unos segundos. Tanya le hablaba en inglés, pero lo hacía muy deprisa y en voz muy baja. Y tardó un momento en darse cuenta de que el tema de conversación ya era otro. Ahora le estaba contando que había rechazado al millonario ruso y que quería casarse con él; que estaba segura de que podría ganar dinero con la pintura y que, si no había hecho muy mal los cálculos sobre lo que él ganaba, podrían vivir en París bastante cómodamente y ahorrar incluso para los imprevistos. Debía de estar mirándola con cara de tonto, porque, después de unos minutos, Tanya se calló y se quedó mirando al suelo. Como tantas veces, Paul se quedó fascinado al ver aquella melena de intenso negro azabache. Intentó recobrar la voz.

—Tanya. Llevo levantado desde el amanecer. Apenas puedo pensar, pero ¿me estás diciendo que te quieres casar conmigo? ¿Es eso lo que debo interpretar?

Tanya asintió levemente con la cabeza.

—Si crees, o sea... si me quieres como esposa. —Se inclinó para coger un taco de papeles que había en la mesita baja que tenía delante—. Tía Vera me ha estado ayudando con la contabilidad y me ha dicho que me va a enseñar a llevar un cuaderno con los gastos.

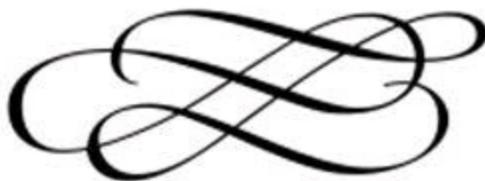
Le puso los papeles delante, con los ojos muy abiertos, como si quisiera que él los viera bien. Paul retiró los papeles, la cogió entre los brazos y la besó ardientemente. En un primer momento Tanya estaba hierática, amedrentada por el abrazo, pero no tardó en devolverle sus besos con una pasión abrasadora. Paul tuvo que retirarse, jadeante. Tanya lo miró, con el rostro enardecido.

—Entonces, Paul, ¿crees que podrías quererme un poquito sin toda esta parafernalia?

Le cogió la mano, sin decir nada; sus sentimientos le desbordaban.

—Tanya, verte sonreír es para mí una de las grandes maravillas del mundo. Es como... como tener delante una inmensa embarcación con las velas hinchadas al viento, o como estar caminando por los Alpes en un día radiante. Se me detiene el corazón. Te quiero mucho, muchísimo. —Se aclaró la garganta—. Y ahora permíteme hacer las cosas bien, porque solo lo voy a hacer una vez en la vida. —Se agachó, apoyando la palma de la mano en la mesita, dobló una rodilla y, arrugando en el proceso varios de los papeles de Tanya, le cogió una mano y, cerrándola entre las suyas, empezó—: Tatiana Sergejevna Koltsova, ¿me haría usted el honor...?

Capítulo 19



La lectora. Óleo sobre lienzo 56,1 × 33,1 cm

Este tema de la joven leyendo junto a la ventana, uno de los favoritos de los pintores costumbristas eduardianos, adquiere notable interés en este caso por la atmósfera nocturna, por el tratamiento de la luz, que incide perpendicularmente sobre la figura, por la relevancia visual que adquiere el cigarrillo encendido y sobre todo por el realismo psicológico con que se retrata a la modelo, absorta en la lectura. Lo que en otros cuadros puede resultar empalagoso deviene aquí el retrato íntimo de una actitud.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

25 de enero de 1910

Maud se despertó sobresaltada. Yvette estaba sentada junto a la ventana, como le había prometido. La melancólica luz de la farola de la calle le suavizaba los ángulos de la cara y le hacía parecer más joven de nuevo. Veía lo suficiente como para leer. Había cogido una novela histórica de la estantería que había en la casa y estaba absorta, con el libro abierto sobre las rodillas, sujetando las páginas con una mano, el cigarrillo en la otra y una jabonera a modo de cenicero improvisado en el suelo. Las volutas de la reja del balcón proyectaban sombras onduladas sobre los pliegues de la falda que llevaba. Aunque oyó a Maud, no levantó los ojos del libro.

—Las habitaciones siguen a oscuras —dijo volviendo la página—. Duérmete.

Parecía que Maud iba a dormirse, efectivamente, pero a los pocos minutos una explosión repentina hizo temblar toda la habitación, un trueno ensordecedor.

—¡Dios! —dijo Yvette, abriendo la ventana. Maud estaba sentada en la cama, con el corazón aceleradísimo—. Al final habrán tenido que volar el Pont de l'Alma. Que Dios nos asista.

Maud se levantó y se dirigió a donde estaba Yvette. La modelo señaló hacia la calle. Había luz en casa de los Morel y estaban abriendo una contraventana. Maud se echó hacia atrás, para que no la vieran, y se quedó observando desde arriba. Sylvie estaba con la mano apoyada en los hierros de la ventana, mirando hacia el río. La luz le bañaba el torso, el azul zafiro del camisón de seda, la melena suelta, rubia, cayéndole por los hombros. En la calle apareció más gente, figuras que miraban todas en la misma dirección. Maud era la única que no miraba hacia el noroeste, donde se había producido

el estruendo. Estaba concentrada en los rasgos del rostro de Sylvie, en la mano extremadamente pálida que tenía apoyada en la reja, pensando en las veces que aquella cabeza se había reclinado sobre ella, las veces que había tenido aquella mano entre las suyas.



Unas horas después llegó Yvette con café, pan y noticias que le había dado la señora del bajo.

—El puente sigue en su sitio —dijo, pasándole a Maud un bollito abierto untado con mantequilla—. Fue una fábrica de Ivry, lo que explotó, pero el fuego no se dispersó apenas—. ¿Algo interesante enfrente?

Maud negó con la cabeza. Las contraventanas de la salita de los Morel estaban entreabiertas, pero ese era el único rastro de actividad.

—Come algo, Maud.

Fue la tristeza que percibió en Yvette lo que le hizo empezar a tomarse el pan, aunque sin apartar la vista de la ventana.

—Quiero mandarle un mensaje a Tanya, si puedo, para decirle que estamos bien...

En la calle apareció la portera de la casa de los Morel, terminándose de poner un pañuelo en la cabeza. Había empezado a nevar otra vez y la nieve caía, derritiéndose sobre las húmedas aceras, como si el suelo se la quisiera beber entera. Maud se incorporó en la silla y la siguió con la mirada. Se quedó así todo el rato, con ojos atentos hasta que la mujer regresó. Volvió con un hombre de gabardina gris clara que llevaba una cartera de piel en la mano.

—Ha ido a buscar al médico —dijo Maud, relamiéndose los labios. Yvette dejó a un lado la novela que había empezado a leer otra vez y se sacudió las migas del vestido.

—Voy a ir a ver si me entero de lo que pasa —dijo dirigiéndose a la puerta. Maud ni se volvió.

La portera parecía encantada de poder contarle cosas. Su hermana mayor casi se muere de fiebres tifoideas, y ahora que su mejor inquilino estaba enfermo, a ella no se le iba aquello de la cabeza.

—Ayer llegó temblando y calado hasta los huesos; que se había caído al agua, dijo su mujer, pero no me gusta nada el ruido que hace al respirar. Como un murmullo sordo. Es como un murmullo sordo. ¿Y si la inundación llega hasta aquí? ¿Qué se supone que tenemos que hacer? ¿Lo dejamos ahí, que se ahogue, o nos lo llevamos como podamos, con todos esos microbios asquerosos?

Todo lo que decía lo expresaba con vehemencia, pero sin alzar la voz y sin apenas abrir la boca, como si estuvieran en el teatro, donde es de mala educación hablar.

—Pero el agua no va a llegar hasta aquí. Estamos seguros, ¿no cree usted? —dijo Yvette, refugiándose de la ráfaga de viento que de repente les llegaba. Sintió como si la reclamara la impaciencia de Maud, como si algo tirara de ella para contarle lo de la fiebre y lo del murmullo.

—¡Pues no apueste muy fuerte, hermosa! No hay que andar ni la mitad hoy para ver cómo viene el río, se lo digo. Vaya a echar una ojeada. Mi Georges ya ha estado ahí por la mañana. Llegó, lo vio y rápido que volvió, para vaciar lo poco que teníamos en el sótano y subirlo al ático. Todo lo que tiene de fuerte lo tiene también de vago. No habría subido el segundo mejor colchón de mi madre al tejado si no hubiera visto que tenía todas las probabilidades de mojarse. Y se lo digo así de claro.

Sin preocuparse demasiado del viento que soplaba a sus espaldas, Yvette decidió ir a

comprobarlo con sus propios ojos. Se quedó paralizada, absolutamente perpleja: el agua lo inundaba todo. Subía por los embarcaderos, ocultaba islotes; árboles desnudos en los sitios más extraños, tiritando de frío con la nieve, arrancados de cuajo por el Quai de Conti. Las calles anegadas. Volvió por la rue Bonaparte y vio su mismo miedo reflejado en todos los rostros. La emoción y el nerviosismo del día anterior se habían convertido en algo peor, más oscuro. París iba sucumbiendo a sus propias aguas; lo que parecía otro espectáculo organizado por la ciudad para distraer a sus convecinos se iba transformando poco a poco en una actuación violenta.



Tanya estaba segura de que Maud o Yvette irían a verla por la mañana temprano. Si no había sabido nada de ellas, era porque habrían recibido sus mensajes demasiado tarde y no habrían podido contestarla, pero no se presentó nadie. No dejaba de mirar al reloj, hasta que pensó que se había roto, y cuando a las diez Sasha entró en la habitación con el té, se encontró a Tanya agitándolo con todas sus fuerzas. La vieja aya se lo quitó de las manos, con gesto de preocupación, y lo puso de nuevo sobre la mesa; sacó un telegrama del bolsillo del delantal y se lo dio a Tanya. La muchacha se lo arrebató y al segundo lo arrugó en la mano y lo lanzó hacia la chimenea.

—Todo bien. *Todo bien*. ¿Eso es todo lo que me tienen que decir?

Sasha se agachó para recoger la nota, la estiró y volvió a metérsela en el bolsillo. Para ella todas esas cosas tenían su valor y había que guardarlas por si acaso, las cuerdecitas de los pasteles, los recortes de papel de estraza.

—Como si yo no tuviera *nada* importante que contarles. Ya está. Creen que lo único que hago es preocuparme de ellas, y claro que me preocupo, pero es que tengo algo *fundamental* que contarles. —Se volvió hacia Sasha, que lo único que hacía era mirarla, y señalándola con el dedo, furiosa, le dijo—: *Que sepas* que estoy comprometida.

—Ya me lo dijiste un par de veces ayer noche, cuando te di las buenas noches, corazón —comentó Sasha.

—¡Pero ellas no lo saben! Yvette solo sabe que le dije que no a Perov.

Sasha bostezó y se sentó en la cama.

—Quizá no puedan decirte dónde están. Si han mandado esto —dijo dándose una palmadita al bolsillo donde guardaba la nota— es porque *están pensando* en ti, así que deja de quejarte tanto. Y ahora vengo a sacarte de la habitación para que hagas algo útil. La Cruz Roja está recogiendo cosas y necesitan que alguien les ayude a organizarlo. —Tanya empezó a protestar, pero al ver los ojos de Sasha se calló—. Mandaremos un sinfín de mensajes de esos tuyos para que sepan dónde encontrarte y dejaremos aquí recado también. Y menos mal que tenemos mayordomos de sobra, hasta que nos arruines, claro. Venga, ponte algo encima que te parezca sensato y nos vamos, ¿quieres?

Volvió a ponerse de pie refunfuñando y sacó del armario uno de los vestidos de diario que encontró, de los más corrientes.

—Sasha, cuando me case, ¿te vendrás conmigo?

Sasha le ayudó a quitarse por la cabeza el camisón que llevaba.

—No sé si esas cosas se estilan ya por aquí, pequeña. Normalmente lo que tendrás es una chica

que vaya a limpiar y que te arregle la casa por horas.

Cuando Tanya sacó otra vez la cabeza por la tela de seda blanca, estaba pálida y algo llorosa.

—Si deseas volver a San Petersburgo, lo entiendo.

Sasha cogió el vestido y se agachó, sosteniendo la falda abierta para que Tanya metiera las piernas. Notaba la mano de la chiquilla en su hombro.

—No temas, pollito mío. Te ayudaré hasta que estés instalada, todavía tienes mucho que aprender. Vera y yo te enseñaremos. —Se puso de pie con el vestido cogido y lo colocó de manera que Tanya metiera sus larguísimos brazos por las mangas—. Y, luego, creo que abriré un pequeño restaurante. —Tanya abrió los ojos de par en par y Sasha suspiró—. En París hay miles de rusos a los que les encantaría comer de vez en cuando algún plato típico, y estos francesitos no tienen ni idea de guisar. Venga salsas y salsas, todo salsas, y al final no sabes ni lo que estás comiendo.

Tanya se dio la vuelta para que Sasha le abrochara bien el vestido mientras pensaba que el mundo era más sorprendente de lo que jamás habría imaginado.

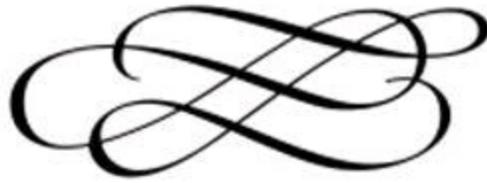


No dejaba de preguntarle si ya los había recogido, aunque a ratos no sabía si lo había dicho en alto o si estaba soñando. Siempre le decía «dentro de un ratito, Christian, cariño, dentro de un ratito. Ahora no me atrevo a dejarte solo». Tenía miedo de haber mencionado al espíritu de la chica, y que a ella le hubiera molestado, pero siempre que abría los ojos, la veía mirándolo amablemente, con una sonrisa en los labios. Sylvie sabía dónde estaban y no parecía importarle. Morel se sumió en una especie de duermevela en que no veía nada, aunque el aire estaba teñido de podredumbre y el ruido de las turbulentas aguas no cesaba.



Maud vigilaba desde la ventana, mientras se tomaba todo lo que Yvette le iba dando, sin quitar ojo a las portezuelas de la casa de enfrente. El día fue pasando lentamente, disolviéndose poco a poco. Esa noche durmió un rato y dejó a Yvette haciendo guardia. Por primera vez no soñó que se ahogaba. Le parecía estar otra vez en la explanada del Sacré Cœur; estaba lloviendo, pero suavemente, como una bendición. Sabía que Yvette y Tanya estaban con ella, en alerta vigilancia, mientras París se consumía, inundada por las aguas, y allí abajo las luces fueron apagándose una a una hasta que la ciudad de la luz quedó oscura y fría. Y la victoria renació en su interior.

Capítulo 20



26 de enero de 1910

Cuando por la mañana Yvette volvió con el café, le dijo que tenía intención de pasarse por casa de Valadon y luego por la suya.

—Me huele la ropa fatal —dijo—. Si insistes en seguir aquí hasta que nos quedemos las dos sin un franco, muy bien, pero al menos hagámoslo con ropa limpia.

Maud asintió con la cabeza por toda respuesta y la modelo se lanzó a la esforzada carrera de cruzar un París devastado. El Cours de Rome era casi un lago, alimentado por los túneles del metro, y decían que la Place de l'Opera estaba hundiéndose. Cuando llegó a su habitación se encontró cuatro mensajes de Tanya pinchados en el hatillo de ropa y otros tantos en casa de Valadon. Consiguió pillar un trozo de cuerda para envolver algo de ropa limpia para Maud. Hizo un nudo y cortó el resto con la navajita. Se la había regalado *maman*, el día que salió del colegio de las monjas. A ella le habría gustado más un libro, porque las monjas solo repartían Biblias y ya había decidido por entonces que en aquellas páginas no había mucho que le interesara. La navajita la había usado para que los demás niños no le tocaran sus cosas, y un par de veces para defenderse. Una de Louis. Y cuando el resto de los tíos de la colina le vieron la cicatriz, se cuidaron mucho de no acercarse si ella no les daba permiso. Como era el único regalo que le habían hecho en la vida, que ella recordara, había grabado su nombre en el mango de asta y nunca se separaba de ella. Aunque tampoco había llegado tan lejos. Se la guardó de nuevo en el bolsillo y salió en dirección a Saint-Sulpice, siguiendo las últimas indicaciones de Tanya.



A la mayoría de los evacuados que se habían visto obligados a salir de las casas que tenían en los alrededores de París, Bercy y Javel los habían concentrado allí, y Saint-Sulpice se había transformado realmente para acogerlos. Había cunitas y colchones por todas partes, miraras donde miraras, y la gente se arremolinaba en pequeños grupos para calentarse con las estufas portátiles. Detrás de la iglesia había una larga cola de hombres y mujeres esperando para recoger cuencos de

sopa que repartían en unas mesas plegables. Reinaba un silencio inquietante, teniendo en cuenta el número de personas. Hasta los niños estaban callados. El aire olía un tanto a podrido. La mujer que estaba en la puerta, vestida con uniforme de la Cruz Roja, sintió un enorme alivio al ver que Yvette buscaba a alguien y no un sitio donde dormir.

—Estamos casi llenos y las aguas siguen subiendo —le explicó—. La primera noche solo tuvimos a cinco y ahora son casi quinientos. Se me rompe el corazón, Dios mío, cuando los veo rezar. Si rezan es pensando en alguien más, porque ellos, ellos ya han perdido todo. La señorita Koltsova está ahí detrás, entreteniéndolo a unos chavales para que sus madres descansen. Váyanse un rato, si quiere. Estuvo más de la mitad de la noche aquí y hoy ha llegado tempranísimo.

Yvette fue acercándose y vio que Tanya, en cuanto la divisó entre la multitud, le dio un beso a una niñita rubia que tenía sentada encima y la dejó en el suelo. Y luego se lanzó a los brazos de Yvette y la abrazó.

—¡Ay! ¡Estás aquí, gracias a Dios! —A Yvette no le dio tiempo más que a sonreír levemente, porque Tanya ya la tenía agarrado del brazo y la arrastraba hacia una esquina, donde había menos ruido—. Lo que tengo que decirte ahora no me parece tan importante como lo que estoy viendo aquí —susurró—. ¡Uf, es terrible! ¿Has ido por el río hoy?

Yvette asintió.

—Sobrepasa la carretera que hay cerca de Concorde. Lo único que lo contiene son los muros. Y hay miles de personas por todas partes... Pero ¿qué es esa noticia que quieres darme, Tanya? ¿Te has comprometido con Paul?

Se sonrojó.

—Sí. Está aquí, hablando con los evacuados. Su periódico ha lanzado un llamamiento de ayuda a su país y el embajador americano ha entregado ya *una considerable cantidad* de dinero. —A Yvette le pareció que se mostraba muy orgullosa de ese hecho, como si la generosidad americana, en general, le sentara bien—. Pero, ¿y Maud? ¿Qué noticias hay?

—Mi enhorabuena, pequeña. Y mira, ahora que has decidido ganarte la vida trabajando, voy a dejar de llamarte princesa.

Tanya estaba contenta.

—Sasha dice que se creará eso de que voy a ganar dinero cuando aprenda a vestirme sola. —Yvette soltó una carcajada y Tanya empezó a hacer gestos con los ojos—. Sí, ya lo sé, pero algunos de esos vestidos tan caros son muy complicados. Estoy segura de que con ropa barata es mucho más fácil. —Intentaba decirlo con toda convicción, pero Yvette no lo tenía tan claro—. Pero, ¿y Maud...?

Yvette le contó todo lo que sabía, hablando en voz baja para que los que pasaban no la oyeran, pero la verdad es que todos y cada uno parecían tan sumidos en sus propios problemas y preocupaciones que podría haberlo dicho igual a gritos.

—Ahora se dedica a vigilarlo y a esperar, no sé a qué. Puede que con verlo enfermo, con ver que él cree que su espíritu lo persigue, tenga bastante, pero... no parece ella. La verdad es que me da miedo.

Tanya asintió.

—Sasha dice que encontró algo aciago en el río y que lo ha sacado a la superficie.

—Ha encontrado fuerzas para vivir, y eso ya es algo. Pero tengo que volver. Dale un beso a tu prometido de mi parte y dile que es un afortunado, incluso aunque su futura esposa no sepa vestirse sola.

Tanya puso una mano para detenerla.

—Yvette, no solo quería decirte lo de mi compromiso. Esa chica, la criada de la condesa, ha

desembuchado, vino a verme. —Yvette siguió donde estaba, con el ceño algo fruncido—. Quería darme las gracias. Va a hacer un curso de estenotipia, pero el caso es que siguió a Morel. Yvette, sé dónde están los brillantes.



Encontraron a Maud en el mismo sitio, junto a la ventana, pero parecía más animada que el día anterior. Les dijo que desde que Yvette se fue había visto al propio Morel dos veces, que no hacía más que mirar angustiado hacia el río, que tiritaba y que también había estado mucho rato avistando uno y otro lado de la calle, como fijándose en los rostros de la gente que pasaba por la acera, ya fueran con paso rápido o, al revés con mucha precaución, temerosos de que la calzada fuera a ceder a sus pies. Saludó a Tanya muy afectuosamente y la felicitó, aunque ni siquiera entonces dejó de volver la cara hacia la casa de enfrente. Cuando Tanya empezó a contarles la visita de Odette, sin embargo, prestó más atención.

—Morel la había llevado una o dos veces al Café Procope, en Cour du Commerce —explicaba Tanya—. Pobre ingenua, estaba bastante enamorada de él, creo, y volvió allí en un par de ocasiones, después de que él cortara.

Tanya tenía cara de cansada; las horas que había pasado en Saint-Sulpice la habían agotado, aunque no había perdido el brillo en la mirada. A Yvette se le hacía raro verla con un vestido tan sencillo, pero parecía más sensata así, con más fundamento que cuando se ponía todas sus sedas y sus chifones.

—Tenía ilusión por verlo y lo vio, metiéndose por Cour de Rohan. Empezó a seguirlo siempre que podía. Aparentemente Morel pasaba allí varias horas al día, y lo vio un par de veces entrando en el sótano. La segunda vez intentó hablar con él, pero Morel fue muy cruel. —Yvette se lo podía imaginar—. Entonces, esa misma noche fue cuando la despidió la condesa.

Yvette se acordó de lo que Valadon decía de que las mujeres son tontas y casi le daba la razón.

—Y ¿por eso crees que guarda allí los brillantes? —preguntó Maud—. ¿En los sótanos de Cour de Rohan?

—Si no, ¿para qué se metía allí? —dijo Tanya mirándolas con sus enormes ojos oscuros—. Cerca, pero no demasiado. Apartados, pero en un sitio donde un tipo como él puede estar normalmente cenando, en cualquier café.

—Y ¿crees que debemos ir a rescatarlos? —dijo Maud, mirando para atrás desde su posición de vigía.

—¡Pues claro! —contestó Tanya—. Se los podemos devolver a la condesa y así él habrá perdido todo, después de tanto esfuerzo. Además, de este modo, Maud, te liberas por fin. Le habrás vencido.

Yvette estaba atenta a la cara de la inglesita. Y percibió un instante de cierta luminosidad, como cuando cambian las nubes en un día tormentoso, como si hubiera captado el aroma de lo que podía ser un futuro libre de todo eso, pero negó con la cabeza.

—Los brillantes no me importan. ¿Qué supone ese robo, quitarle joyas a alguien que sigue teniendo muchísimas, comparado con lo que me hizo a mí?

Yvette extendió la mano y la apoyó en la rodilla de Maud.

—No se trata de lo que sea importante sin más, sino lo que sea importante *para él*, ¿no, Maud?

A ella, por ejemplo, le parecía que lo mejor, sin duda, era recuperar los brillantes. Tanya tenía razón y por primera vez desde que dejó a Henri en el sótano pensó que quizá había alguna manera de terminar con aquello. Y de que Maud lo superara. Maud se quedó pensativa, pero, al final, manifestó su acuerdo sin pronunciar palabra.

—Tenemos que ir ya —dijo Tanya, poniéndose de pie—. Las aguas cada vez están más altas, y dejan todos los sótanos y los sumideros anegados. Si no nos movemos, quizá no tengamos otra oportunidad hasta dentro de quince días, o más, y entonces puede que Morel se haya recuperado y nos lo impida.

Apremiaron a Maud para que se levantara y se pusiera el abrigo y salieron a la calle, aunque la inglesa no dejaba de mirar a la casa. Allí estaba otra vez, asomado a la ventana, la cara grisácea y la boca abierta, con gesto de desesperación. Maud se dio la vuelta, por fin, y dejó que sus amigas la guiaran.



Sylvie aún no quería ir. Por más que él se lo pedía, no iba. Intentó apaciguarlo echándole un poco de láudano en el vino, pero Morel detectó el sabor y lo escupió. Como hoy aguantaba bien levantado, en los momentos en que se quedaba solo se acercaba a la ventana para ver hasta dónde llegaban las aguas. ¿Y si *ella* se presentaba por la noche? Y si las aguas inundaban la calzada, ¿podría llegar de un salto al primer piso y ahogarlo? ¿Se despertaría, cuando ella le agarrara del cuello, con todo el cuerpo chorreando agua repulsiva del Sena? Le veía la cara, lívida, descompuesta, como las de los ahogados que había visto en la morgue. Le enseñaría unos dientes amarillentos y se escurriría la ropa encima de él para que el veneno húmedo fuera inoculándosele por la garganta.

Con el corazón espasmódico, volvió a asomarse. Y la vio mirando para arriba desde la calle, mirándolo con ojos encendidos de odio. Iba a por los brillantes, sus maravillosos brillantes, a por la piedra enorme con talla de esmeralda, la que era cinco veces mayor que las demás, la piedra que lo iba a hacer rico en América. Iba a cogerla y se la haría tragar después, con agua del río, y después le rajaría el estómago para recuperarla. Lo veía en sus ojos. Empezó a sollozar. Sylvie volvería en cualquier momento y le diría que aún estaba mal, que tenía alucinaciones y fiebre alta, pero es que ella no lo había visto, no había sentido el odio de aquel espíritu, y él sí.

Morel se vistió lo más rápidamente que pudo. Le resultaba muy difícil abrocharse los botones con aquellos temblores, y el sudor que le caía por la frente lo cegaba. Cogió el abrigo y esperó escondido detrás de la puerta hasta que estuvo seguro de que no había nadie en el pasillo; y entonces se apresuró a la puerta, cogiendo al vuelo la enorme llave del piso, según pasaba por el vestíbulo de entrada. Tropezó con el jarrón, que se cayó al suelo, pero no se paró hasta estar fuera y cerrar la puerta con llave. Al oír que Sylvie lo llamaba, se quedó un poco dubitativo en el rellano; oía sus pasos, que iban acercándose, y el ruido del picaporte. La oía respirar. Puso suavemente los dedos en la madera de la puerta, sabiendo que ella estaba al otro lado.

—¿Christian? —dijo Sylvie con dulzura—. Christian, mi amor, sé que estás ahí. Vuelve y métete en la cama. Déjame que te cuide, mi cielo, sabes que no estás del todo bien.

Notó que se le saltaban las lágrimas; Sylvie tenía una voz muy dulce, pero no podía protegerlo de los muertos.

—Va a por los brillantes, Sylvie —susurró, apretando la mejilla contra la puerta—. A por nuestros brillantes, y no nos la van a jugar ahora. No, tengo que recuperarlos; luego vuelvo y ya me cuidas. —La cabeza no le funcionaba tan bien como le gustaría, le sudaba toda la frente. —Sé que no estoy bien.

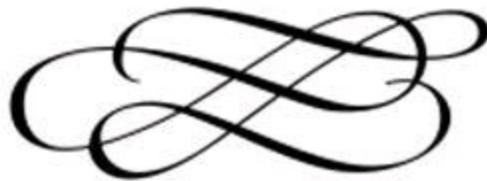
—Christian, abre la puerta. Vamos juntos.

Sonrió, reanimado por ese torrente de amor que sentía por su inteligentísima mujercita, el mismo que había sentido la primera vez que se fijó en ella.

—No, Sylvie. Querrás impedírmelo. Ten paciencia. Los recuperaré y ya seremos felices para siempre, amada mía.

Volvió a apoyar la mejilla contra la puerta una vez más; se dio la vuelta y bajó dando tumbos por las escaleras. Mientras se alejaba, la oía llamándolo, forzando el picaporte, intentando abrir.

Capítulo 21



—Esperadme aquí —dijo Maud en cuanto se metieron en Cour de Rohan.

Yvette frunció el ceño.

—No, vamos juntas. No creo que los tenga metidos en una barrica que ponga *Diamantes*. Necesitarás ayuda para buscarlos, Maud.

—¿Y si viene alguien?

—Todo el mundo está ayudando a los vecinos afectados por el agua —dijo Yvette mirando inmediatamente a Tanya—. Pero de todos modos tú te quedas aquí, Tanya. Por lo que pueda pasar.

Tanya estaba concentrada preparando las lamparillas que habían traído de la ferretería.

—¿Por qué? —dijo indignada.

—¡Porque sí! Y además, Maud y yo tenemos una muda en rue de Seine y tú no. Puede que ahí dentro esté todo medio inundado, y, aunque no lo esté, olerá a humedad y habrá ratas.

—¿Ratas? —dijo Tanya, echándose para atrás.

—Sí —dijo Yvette, dejando escapar cierto regocijo en la voz—. Cuando sube el agua se aterrorizan y salen por los túneles. Seguro que intentan agarrársete al vestido para huir de la inundación.

—Bueno, muy bien. Espero aquí.

Se sentó en el borde de una tubería, con la barbilla apoyada en una mano.

Al sótano se entraba por una esquina del patio. Había una tapa de madera con dos argollas de hierro en medio de una plataforma de piedra. Yvette y Maud levantaron la tapa entre las dos; al hacerlo, los guantes de cuero claros que llevaba Maud se ensuciaron con el polvo de óxido, como si fuera sangre. Yvette se deslizó con agilidad por la escalera y cuando llegó al fondo encendió la lamparilla. Desde arriba, Maud no veía más que sombras, barricas y puntales de madera que resultaban fantasmales con aquella luz cenicienta, amarillo azafrán.

—Venga, baja.

Al final de la escalera el suelo estaba seco, pero los pasadizos olían a humedad, y pese a la penumbra dominante, estaba claro que el pasillo bajaba bastante. El suelo era de tierra, las paredes de ladrillo. A los diez metros el pasadizo se abría en una T. Y delante de ellas había media docena de puertas en forma de arco.

—Tú empieza por allí —dijo Yvette, señalando a su izquierda, mientras ella, muy decidida, tomaba el camino de la derecha. Las puertas no estaban cerradas con candado y parecía que lo que almacenaran allí ya había sido retirado. En las paredes de las dos primeras estancias a las que entró

Maud había botelleros muy bien hechos; en la tercera, unas balditas más sencillas.

Yvette apareció de repente, medio difuminada en la escasa luz, como si fuera un espíritu. Venía emocionada, sin poder casi respirar.

—He visto algo.

—¿Oyes el agua? —dijo Maud. Era un susurro parecido al que hace la lluvia al caer sobre los árboles.

—Los colectores estarán justo debajo. Pero el suelo sigue seco. Bueno, venga, hay otra estancia que sale de esa.

Maud la siguió y entraron en el siguiente recinto de almacenaje. Al principio les pareció como todos, pero detrás había un recodo aún más oscuro. Yvette levantó su lamparilla y vieron que había una pequeña oquedad que llevaba a una cueva más profunda y más antigua.

Yvette se puso a retirar una barrica que les impedía el paso. Frente al miedo que sentía Maud, y que la atenazaba, Yvette parecía estar tan tranquila. Sin mediar palabra, se escurrió por la abertura y volvió a aparecer a los pocos minutos, sonriendo.

—Ahí vuelve a abrirse, Maud. Entra.

Entró. El agua aquí sonaba menos, pero el aire era más pesado; incluso parecía que la lamparilla se iba a apagar. Se irguió para mirar a su alrededor. Estaba en una cueva de unos dos metros de altura en su punto más alto, con paredes cubiertas de ladrillos muy finos y agrietados. Estaba dividida en dos por un muro de grandes bloques de piedra, como si los hubieran cogido de las murallas medievales de la ciudad. No llegaban al techo. Por las paredes había cosas extrañas, que apenas distinguían bien: muebles rotos, barricadas partidas. Era un lugar muerto, un lugar húmedo y abandonado.

—Tú busca por el lado izquierdo del muro —dijo Yvette alborozada—. Mira a ver si hay algo que te llame la atención, como si lo hubieran movido.



Morel se acordó de su revólver justo cuando ya estaba en la calle. No podía volver, pero le horrorizaba tener que arrebatarse los brillantes al espíritu de Maud. Se palpó los bolsillos del abrigo y encontró una moneda de cinco francos; medio cayéndose, entró en la ferretería que había en la esquina de Saint-Germain con rue Grégoire de Tours. El anciano que estaba al otro lado del mostrador lo miró preocupado.

—¿Están aproximándose las aguas? —preguntó—. Hemos vaciado los sótanos y mi hijo ha ido a buscar sacos de arena. ¿Ha entrado ya en la calle?

Christian no le hizo el menor caso. Estaba concentrado en los machetes que tenían expuestos en la pared de enfrente. Los reflejos que proyectaban las lámparas de aceite le turbaban, y además en la tienda había mucho humo. Cogió uno, casi al azar, un machete de caza, de hoja curva, de unos diez centímetros de largo. Dejó la moneda en el mostrador y empezó a irse.

—Señor, ¿está usted bien?

Movió la mano, como si el anciano fuera un insecto, y dando tumbos de nuevo se metió el cuchillo por el cinturón. La gente parecía empeñada en interponerse en su camino. El mobiliario urbano se

empecinaba en ponerle trampas, los hombres le daban empujones. La multitud se había convertido en una marea de miradas hostiles. Se apoyó en el tronco de un árbol, tomó aire y respiró hondo, hasta que el mundo se serenó un poco y consiguió ver con más claridad. Siguió andando hasta que llegó a la esquina de Cour du Commerce. Hasta llegar a Cour de Rohan, la calle era pequeña y estrecha, construida en medio de las antiguas murallas de la ciudad. Allí estaba el cobertizo donde había vigilado día tras día al viejo y sudoroso Henri. Soltó un escupitajo. Y entonces, al notar que alguien le cogía del brazo, se sobresaltó. Una joven morena estaba hablando con él. ¡La chica rusa! Pero ¿qué hacía allí? ¿Es que los espíritus podían tener amigas? Su voz le taladraba el cerebro. Hablaba de las inundaciones, le pedía ayuda de algún tipo. Intentó contestarle algo para quitársela de encima. De repente toda su rabia, toda su desesperación, consiguieron liberarse y le cruzó la cara a la chica con todas sus fuerzas. Cayó al suelo, inmóvil. Como la tapadera que daba paso a la escalera del sótano estaba quitada, bajó sin más hacia la oscuridad, temblándole manos y pies cada vez que pisaba un escalón. En la barrica estaba su candil. Lo cogió, lo encendió y siguió adelante en su acecho.



El sótano de atrás era eterno. La textura del suelo cambió. Ahora estaba resbaladizo. Los bloques aparentemente medievales que dividían la estancia tampoco caían bien alineados con los de esta parte trasera del muro. Al final la pared la habían levantado con ladrillos deslucidos, muy delgados; y el mortero estaba medio deshecho. Maud bajó la lamparita y vio que el suelo de tierra estaba negro y fangoso. Oyó un murmullo seco por la pared y volvió a subir la lamparita. Puso la mano sobre la piedra; estaba fría. Se volvió a apoyar en la pared para oír mejor. No era la corriente del agua; era otra cosa. Sensación de peso, de masa, de presión. Notó, horrorizada, que las piedras se movían al rozarlas y se retiró. Se le enganchó el talón en la voluta de una antigua reja y, al tropezar, se le cayó la lamparita. Se apagó. Por encima del muro que casi dividía la estancia veía el brillo de la luz de Yvette. Se puso de pie, intentando desengancharse de la reja, como si hubiera caído en una zarza.

—Yvette. Me he quedado sin luz.

—Un segundo, ahora voy. Maud, creo que los he encontrado. —Se oyó el ruido de algo que se movía. Luego el repiqueteo como de una sonaja—. ¡Dios del cielo. Son maravillosos! —Lo decía con voz calmada, ceremoniosa—. Ya voy.

Desapareció la luz y Maud fue retrocediendo cautelosamente, siguiendo la pared central. En la oscuridad la presión del agua contenida, represada, cerca de allí se palpaba en el aire. El ruido de las arenillas que caían de la pared parecía más fuerte y se oía algo más, como si estuvieran arañando un ladrillo. Llegó el final del muro divisorio y vio a Yvette que avanzaba hacia ella, pasando por encima de los montones, con la luz en la mano izquierda y una cajita en la derecha. Maud la reconoció por el fénix que tenía en el borde y sintió que toda la rabia se le acumulaba en la garganta.

La cara de Yvette irradiaba gozo. Le mostró a Maud la caja abierta. La piedra grande protegida por sus compañeras más pequeñas.

—Ya lo tenemos, ¿no?

Sin esperar a que Maud contestara, dejó la caja a un lado para encender la lámpara con la de su

amiga y volvió a cogerla. Iba a decir algo, pero en ese momento oyeron un ruido en la oscuridad procedente de la cueva exterior y una blasfemia. Alguien que había tropezado con la barrica que Yvette había apartado.

—Échate para atrás y cubre la luz —le dijo Yvette en un susurro. Maud fue reculando de nuevo por el muro, tapando la lamparita con el abrigo. Oía claramente la respiración pesada y enfermiza de alguien. Maud volvió a rozar con los dedos uno de los barrotes que había allí tirados y esta vez lo agarró.

—¿Mademoiselle?

Era la voz de Morel, algo alterada, pero era él, sin duda. Estaba al otro lado de la división, con Yvette. Maud dejó la lamparilla en el suelo y tiró del barrote hasta que lo desenganchó. Pesaba mucho.

Yvette dio un gritito.

—¡Huy! Caballero, me ha asustado.

—¿Qué? ¿Qué hace usted aquí?

Maud agarró mejor la barra de hierro. El agua estaba muy cerca. Por muy enfermo que estuviera Morel, tenía fuerza suficiente para matarlas a las dos, pero no tanta como las aguas, que ya empezaban a susurrarle cosas desde el otro lado de la pared de ladrillo. Habían devorado París. Ahora tenían que devorarlo a él. Se habían convertido en sus aliadas. Si notaba que las aguas iban a por él, no intentaría hacerles daño. Huiría. Pasó la palma de la mano por los ladrillos para ver dónde se sentía mayor presión.



—¿Qué tiene en la mano?

Yvette estaba congelada, inmóvil, delante de él, con la caja medio escondida en la mano derecha y con la luz en la izquierda, levantada. Descansó sobre una cadera y abrió los ojos de par en par.

—Mi tía jura que se dejó un cuadro aquí entre la basura. Un paisaje, creo, pero no debía de gustarle tanto; si no ¿por qué lo dejó aquí tantos años, estropeándose? Pero hoy quiere salvarlo de la inundación. ¿Me ayuda, caballero? Tiene cara de simpático. Vamos a buscar por aquí, ¿le parece?

Morel tenía la cara gris y sudorosa; no paraba de mirar por todos los rincones. Vio que el sitio donde había dejado la cajita redonda estaba vacío allí estaba la tapa, claramente identificable con la luz. Soltó la vela y se sacó el cuchillo del cinturón.

—¡Démela!

Avanzó un paso en medio del fango.

Maud cerró los ojos y dio un golpetazo en la pared con todas sus fuerzas. Los ladrillos se resquebrajaron y el agua entró a borbotones, jovial, arrastrando con ella buena parte del muro.



El ruido le hizo retroceder y en ese instante el torrente de agua entró por detrás de Yvette. La modelo sentía cómo la empujaba por las piernas, potente, gélida. Gritó y, mientras Morel, horrorizado y confundido, seguía mirando la súbita catarata, le tiró la caja a la cara. Los brillantes salieron en cascada, golpeándole en diversos puntos; el más grande cayó por detrás. El hombre se dio media vuelta y, de rodillas, empezó a rebuscar por entre el flujo de porquería. Yvette salió corriendo, pero él la agarró por el muslo con un brazo, de un golpe brusco, y la hizo caer en medio del rugido del agua. La lamparilla salió volando, hasta que aterrizó dando tumbos en las barricadas rotas. Yvette cayó sobre las manos y tuvo que darse la vuelta para sacar la cara de unas aguas que cada vez se hacían más profundas.

—¡Zorra! —gritó Morel, y mientras la lámpara empezaba a apagarse, ella miraba como hipnotizada el cuchillo que él sostenía con la mano levantada y que se cernía sobre ella en la oscuridad.

—¡Morel! —dijo Maud con voz clara, sobreponiéndose al ruido del agua. Y entonces sacó la lamparilla que llevaba protegida por el abrigo para que le viera bien la cara. Morel se quedó absolutamente paralizado.

Yvette sacó su navaja del bolsillo con mucha dificultad, porque el agua se lo impedía. Le llegaba casi por la cintura, le salpicaba la boca y los ojos y avanzaba rodeando a Morel, que, así agachado, parecía la roca de un río. Consiguió liberar por fin la navaja, enredada entre tanto pliegue mojado de la ropa, y la abrió bajo la corriente de aguas infectas.

—¡Maud! —dijo Morel con un hilo de voz. Entonces Yvette se echó sobre él con el pulgar en la hoja de la navaja. Encontró una enorme resistencia, y luego, cuando el cuchillo se hundió más en el pecho, una distensión. Morel abrió la boca para coger aire, se tambaleó y cayó de bruces. Yvette soltó el cuchillo y fue arrastrándose un trecho, donde él no llegara. Maud la ayudó a levantarse. Morel quedó boca abajo flotando en las aguas.

—¡Dios mío! —gritó Yvette mientras avanzaba hacia él, como si en ese momento pudiera cambiar de opinión. Maud la echó a un lado y se acercó más; en plena crecida, empujó el cuerpo contra los desechos arrinconados y le dio la vuelta para verle la cara. Tenía los ojos abiertos, la mirada ciega.

—Está muerto —dijo Maud. El agua ya les llegaba claramente por encima de la cintura—. ¡Tenemos que irnos ya!

—¡Ay, Dios, mi navaja! —dijo Yvette agachándose rápidamente, rebuscando por el suelo con la mano y escupiendo el agua que se le metía en la boca y en los ojos.

—Ya es *ya*, Yvette. Ya o nos morimos nosotras aquí también.

Maud le agarró del brazo y empezó a tirar de ella hacia la salida que daba al sótano principal. Yvette hizo un último intento y notó algo. Consiguió tocarlo con los dedos. Maud tiraba más fuerte, intentaba levantarla por los brazos, luchando contra la fuerza de las aguas, que ahora corrían más rápidas a ocupar su nuevo espacio. Juntas consiguieron abrirse camino hasta el almacén y tuvieron que ponerse en cuclillas, bajo la fiereza de las aguas, para salir por la hendidura de entrada. Ahí vivieron instantes de muerte, estruendo y oscuridad, con las cabezas bajo el agua y sin luz alguna. *Aire*. Dieron un torpe paso al frente y oyeron que más allá alguien las llamaba por su nombre. Y

entonces gritaron con todas sus fuerzas.

Yvette se agarró del brazo de Maud y avanzaron poco a poco, con las manos sobre los muros, para no caerse. Había ratas a su alrededor, arrastradas por la corriente; otras intentaban subir por las paredes, y muchas de las que andaban por el techo se les caían encima, presas del pánico. El caminito del sótano empezaba a ascender.

—¡Aquí! —dijo Maud intentando gritar.

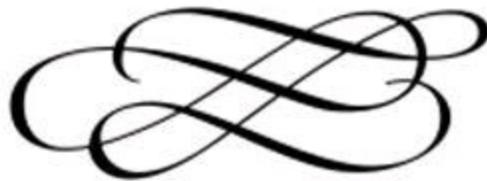
Tanya fue a su encuentro, con el agua por la rodilla, la lámpara bien alta, las ratas rozándole el vestido. Estiró los brazos para agarrar a sus amigas y las arrastró hasta la escalera.

—Yvette primero —dijo Maud sin poder casi ni respirar. Tanya ayudó a Yvette para que se agarrara de la escalera con aquellas manos temblorosas y subió detrás de ella, empujándola hasta que estuvo fuera. Y luego regresó.

—Ahora tú, Maud.

Maud se quedó un momento pensativa. A su alrededor las aguas seguían subiendo y las ratas chillaban, buscando vías de escape a la desesperada. Arriba estaba su amiga, enmarcada en un retazo de pálido cielo parisino. Extendió la mano y dejó que Tanya la sacara de la oscuridad.

Capítulo 22



Pasó tiempo hasta que Tanya consiguió que Yvette se moviera o dijera algo. Con paciencia de madre, al fin consiguió convencerla para que se lavara en la artesa que había en el patio y se quitara al menos parte de los restos pútridos que se le habían pegado a la piel con el agua algo más limpia que aún seguía saliendo con la antigua bomba. Le echó su abrigo por los hombros y luego entró en el Café Procope a pedir toallas y un mensajero que llevara una nota a Paul.

Cuando logró que Maud e Yvette estuvieran lo más abrigadas posible, las llevó a donde vivía Paul, cerca de donde estaban, en rue Racine. Como la portera era amiga del señor Allardyce, sabía quién era Tanya, y al oír que era ella y ver cómo venían sus amigas, dejó a un lado sus habituales escrúpulos morales y las dejó pasar. Les trajo agua caliente, mantas de su casa y sopa. Yvette y Maud se dejaban cuidar. Maud observaba cómo Tanya iba desnudando a Yvette, retirándole la ropa mugrienta que llevaba encima, y empezaba a pasarle la esponja enjabonada por todo el cuerpo, de piel tan blanca, le aclaraba con agua caliente, la secaba y la arropaba con mantas para después lavarle el pelo y quitarle todas las inmundicias que se le habían quedado enredadas. Después sentó a Yvette en el sofá, junto al fuego, y se centró en Maud.

Cuando echó la cabeza hacia atrás para que Tanya le aclarara la cabeza con agua caliente que tenía en una jarra de porcelana, Maud reparó en el cardenal que tenía la rusa en la mejilla. Levantó la mano para tocárselo con los dedos.

—¿Tanya?

La joven sonrió y retiró la cabeza.

—No te preocupes, querida. Me dejó atontada un rato, pero no fue nada comparado con lo malísima que me puse cuando me recuperé y vi que el monstruo había conseguido entrar. No dramáticas. Dentro de un rato llegarán Sasha y Paul y verás cómo al verme empiezan a hacer muchos más aspavientos de los que yo he hecho con vosotras. —Echó otra jarra de agua caliente sobre la cabeza de Maud y fue quitándole los rastros y las hebras de suciedad con los dedos—. ¿Puedes contarme qué pasó?

Maud echó la vista hacia el sillón en que descansaba Yvette, aparentemente sumida en un sueño inquieto, bajo la montaña de mantas que le había puesto Tanya.

—Morel la pilló con los brillantes en la mano. Y la habría matado si no hubiera sido tan ágil con la navaja.

Tanya hizo un gesto con la cabeza mientras cogía otra toalla del montón para secarle el pelo a Maud, masajeándoselo insistentemente.

—¿Pero qué lleva en la mano, que no quiere soltarlo? Todo el tiempo, mientras la lavaba, ha estado con el puño cerrado, como si guardara algo.

—La navajita, supongo —dijo Maud—. Estuvo buscándola por el suelo cuando el agua ya estaba bien alta. Tanya, cuando venga Paul, ¿crees que le importaría recoger las cosas que tenemos en la habitación de rue de Seine y pagar a la mujer? Creo que tengo dinero suficiente en el monedero.

—Claro que no, preciosa.



Paul cumplió su encargo, aunque le llevó tiempo convencerse de que Tanya no estaba malherida. Tanya le dijo que confiara en ella y él accedió, con la misma facilidad con que le había ofrecido su amor. Sasha había llegado con él, después de pasar por la iglesia, y ahora montaba una guardia estricta sobre todos ellos, haciendo punto en un taburete junto a la estufa y levantándose de cuando en cuando para ver si alguna tenía fiebre.

En cuanto Paul trajo los hatillos de ropa, se marchó de nuevo para seguir informando sobre las inundaciones. Mientras se despedía apresuradamente de Tanya en la puerta, Maud observaba sus gestos y la expresión de su cara, y comprendió que su amiga tenía todas las posibilidades del mundo de ser feliz con ese hombre.

Maud se ocultó detrás del biombo para vestirse. Metió los pies en la botas de cuero, frías y húmedas por dentro, y estaba ya abrochándose el último botón cuando oyó que se caía algo y que su amiga lanzaba una exclamación de estupor. Salió de donde estaba y vio que Tanya estaba arrodillada al lado de Yvette. Pensó que al dormir se le habría caído la navajita de la mano y que Tanya se habría impresionado al verla manchada con sangre de Morel..., pero cuando se acercó y Tanya abrió la mano, vio que no tenía la navajita, sino el brillante golconda.

—Maud —dijo Tanya, con la voz agarrotada—, la navajita se quedó allí. Cuando bajen las aguas, encontrarán a Morel y la hoja al lado. Y tenía el nombre grabado. Tiene que huir.

Maud se quedó mirando fijamente la piedra. Al verla allí, en la palma de la mano de Tanya, la manera que tenía de refractar la luz, le pareció absurdo haber pensado siquiera un segundo que el falso era igual. El brillante tenía un poder y una presencia indescriptibles, incontenibles.

Se arrodilló y cerró la mano de Tanya. No quería volver a verlo.

—¿Crees que a Yvette le gustaría venirse conmigo a Inglaterra? A lo mejor necesitamos papeles, pero nos dará tiempo antes de que bajen las aguas.

Tanya tocó la frente de Yvette y la chica murmuró algo entre sueños.

—Sí, sí. Dios mío, sí, creo que será lo mejor.

Llamaron a la puerta y Sasha fue a abrir. Era Charlotte, con aspecto agotado, pero, por lo demás, igual que siempre.

—Me he encontrado con el señor Allardyce en Saint-Sulpice —dijo antes de que nadie le hubiera preguntado nada—. y me ha dicho que estaban ustedes aquí. Así que decidí pasarme y calentarme un poquito antes de volverme con los evacuados. Parece que todo el mundo sabe que están ustedes aquí, por cierto. En la calle había una señora esperando y me ha dicho que le diera esto, señorita Heighton.

Le pasó una notita. Maud notó que, al cogerla, empezó a temblar. No había otra que pudiera estar

esperando abajo.

Ponía: *Pont des Arts, una hora.*

Maud se la pasó a Tanya.

—De Sylvie.

Tanya le echó un vistazo y miró a su amiga.

—Maud, no se te ocurrirá aparecer.

—Pues claro que sí. Voy a ir, Tanya, y tú lo sabes.

Tanya apretó los puños, sumida en la frustración, pero sin poder decir nada.

—Entonces voy contigo. Charlotte, ¿te importa quedarte aquí con Sasha cuidando a Yvette mientras estamos fuera?

Charlotte se acomodó en una de las butacas que había y miró a la joven, que seguía amodorrada.

—Claro que no.

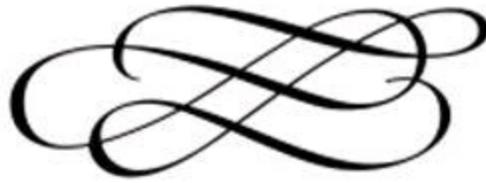
Maud movía la cabeza con insistencia.

—Tanya, por favor, tú tienes que ocuparte de Yvette. Te vas a casar...

Tanya ya se había puesto el abrigo y se estaba abrochando los botones muy enojada.

—No, Maud. No te preocupes, no voy a estorbar nada. Pero, si pasa algo, tiene que haber un testigo. No vas a volver a desaparecer en ese río horrible e insaciable sin que nadie se entere. No te haces idea de lo horrible que fue, siquiera enterarse, enterarse de algo así, y encima que te lo cuente un desconocido.

Capítulo 23



Pont des Arts. Óleo sobre tabla 29,3 × 23,6 cm

Aunque esta pieza también parece recoger la imagen de un Sena desbordado, el foco de atención recae en el reflejo que produce la luz de la farola sobre la nieve que se ha ido acumulando a lo largo de los barrotes, y hace desaparecer los límites de París en la oscuridad que surge detrás. El cuadro reproduce una atmósfera a la vez serena y amenazante. El espectador se ve atraído por una ausencia, adivinada en el centro.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

—¡Mademoiselle! ¡Por todos los santos!

Maud sintió que alguien le ponía la mano en el hombro. Un policía con botas altas y capote de lluvia intentaba retenerla. Maud veía a Sylvie allí delante, sobre el puente iluminado por la luz de gas de una farola que había en medio. El río rugía a su alrededor.

—Déjeme pasar. No me importa mojarme.

—Lo que quiera, mademoiselle, pero la calzada no es segura. Se resquebraja a cada paso, ¡mire!

—dijo señalando con el dedo a una serie de trabajadores que estaban reconstruyendo el dique a la pálida y macilenta luz de las lámparas de aceite. Los árboles estaban caídos hacia un lado, borrachos, y las farolas se habían hundido, o quedaban dobladas, medio arrodilladas, aunque algunas seguían alumbrando, entregadas a su labor de arrojar luz sobre las aguas.

—Esa mujer que está en el puente. La conozco.

El policía se dio la vuelta y, al ver a Sylvie sentada en la barandilla, lanzó una maldición y empezó a tocar el silbato hasta que otro policía, que había unos veinte metros más adelante, hizo un signo indicándole que lo había oído, señalando el puente.

—Déjeme que vaya —solicitó Maud.

—Cruzaremos juntos —respondió el policía—. Si uno cae en algún socavón, el otro intenta sacarlo. Pero va a terminar calada, que lo sepa.

—No me importa.

Tanya retuvo a Maud por el brazo un momento.

—Tienes que regresar con nosotras, Maud. No habrá pasado nada siempre que vuelvas con nosotras.

Lo dijo con tal ternura en la voz que a Maud se le hizo un nudo en la garganta y no pudo contestar.

El agente la cogió de la mano y juntos fueron batallando por las negras aguas en las que se reflejaba el amarillo papiro de la luz de la farola, hasta que alcanzaron las escaleras que subían al puente. Maud iba calada hasta la cintura y tenía la sensación de estar tirando del río al notar la fuerza con que se le enredaba la falda de lana en las piernas, sin apenas dejarla andar. Miró hacia arriba. Ahora había alguien más con Sylvie. Un policía se había detenido a unos metros de la joven, por el lado norte. Estaba inclinado con los brazos abiertos, como quien está intentando que un peligroso animal vuelva a meterse en la jaula. Maud y su centinela se acercaron por el sur.

—Buenas tardes, Maud —dijo Sylvie educadamente, sin quitar ojo del otro policía.

—Sylvie.

—Lleva un revólver —dijo el agente que iba por el norte, con voz serena, pero lo suficientemente potente como para que le oyeran todos.

Sylvie lo confirmó.

—Sí. Es verdad. Tengo un revólver. —Lo levantó para mostrárselo a la luz de la farola, agarrándolo con las dos manos y con el dedo apoyado en el gatillo, pero extrañamente relajado—. Caballeros, deseo mantener una conversación privada con esa dama. ¿Serían tan amables de retirarse un poco?

—Yo no la dejo ahí con un revólver apuntándola al pecho, señorita —dijo el hombre que iba con Maud.

Ella lo miró. Tenía cara amable y probablemente no fuera mucho mayor que ella. No mostraba señal alguna de miedo. Solo decisión. Se lo imaginó un instante, paseando por los Campos Elíseos con su novia del brazo.

—Por favor, hagan lo que les dice —requirió, y al verlo dubitativo, añadió—: Le aseguro que no me va a hacer nada. Déjeme hablar con ella.

—No me gusta nada.

—Ya sé que no le gusta.

La miró a los ojos y ella le mantuvo la mirada, prolongadamente, pausadamente.

—Si la apunta —le dijo—, no lo piense; huya.

Hizo un gesto con la cabeza al colega que estaba por la parte norte y los dos se retiraron unos diez o quince metros, mientras Maud avanzaba hasta la mitad del puente, hasta quedar cara a cara con Sylvie. La mujer de Morel estaba preciosa a la luz de la farola. Iba con un vestido azul oscuro, ajustado, y encima llevaba un abrigo forrado de piel, abierto. La nieve que empezaba a caer se le posaba silenciosa en el pelo y en los hombros y, al tiempo, iba acumulándose a lo largo de los barrotes de las barandillas laterales, mientras el río rugía y lanzaba sus embestidas desde abajo.

—¿No tienes miedo de que te dispare?

Maud se dio cuenta de que nunca había imaginado este momento. Quería que Morel sufriera, y se lo había imaginado sufriendo. Pero las veces que pensaba en Sylvie, siempre era en el pasado. Sylvie caminando por Père Lachaise, Sylvie tumbada leyendo en el cuarto de estar, Sylvie encendiéndose un cigarrillo y riendo. Sylvie pasando por encima de ella. Estaba tan bella como siempre, igual de elegante, igual de amable. Maud se acordó de cuando reclinó la cabeza sobre su hombro, cuando apoyó su peso mínimo en ella para seguir andando.

—¿Cuántas veces puedes matar a una persona, Sylvie? Creo que si disparas, las balas me atravesarán sin lesionarme.

—Ten cuidado, Maud. Me está entrando la curiosidad de ver si es verdad. Qué raro. Eras tan poquita cosa, una chiquilla que iba siempre como de puntillas. Estás distinta.

—¿Qué más me puede pasar? —preguntó Maud.

Sylvie retiró de sus labios la sonrisita un tanto burlesca que mostraba y volvió su mirada hacia las aguas, que bajaban precipitadas; las aguas que bufaban, hostiles, al pasar por los ojos del puente, acarreado con ellas su formidable botín de tablones, barricas, desechos.

—Está muerto, ¿no?

—Sí.

Hizo un gesto y siguió hablando, sin retirar la vista de las aguas.

—Me dejó encerrada en rue de Seine. Tardé una eternidad en que me oyera la portera. Salí corriendo tras él, pero solo te vi a ti y a tus amigas, que os alejabais por Cour de Rohan. Os seguí. Confiaba en que a lo mejor lo habrían detenido, pero no había ni un policía. Volví a los sótanos y vi que ya estaban inundados. —Se detuvo como si estuviera intentando resolver un rompecabezas imposible y le temblaba la voz cuando dijo—: No pude tranquilizarlo. Siempre lo conseguía, pero ese día no pude. Ese día pensaba que había visto tu espectro, que estabas aliada con el río para venir a buscarlo. No decía «el río está inundando los sótanos» sino «es *ella*; ha vuelto a buscarlos y a *llevarnos* con ella». ¡Ay!, yo le decía que eso no era así, que eran todo imaginaciones tuyas. Entonces empezó a ponerse nervioso al pensar que no pudiéramos vender los brillantes y tú comenzaste a dejarte ver. Pero nunca quisiste aparecer ante mí, ¿verdad?

—No. Solo ante él. Fue él quien me arrojó al río, como puro escombros.

—Ya. Pero el plan fue mío.

Aquellas palabras hirieron a Maud en lo más profundo de su ser. Fue como si se desbordara una presa en su interior... y tuvo una sensación de alivio. El dolor le salía de dentro y se lo llevaba el río.

—¿Has querido alguna vez a alguien, Maud? ¿Que no fuera yo? ¿Alguien que te correspondiera?

Maud negó con la cabeza.

—Entonces no puedes saberlo. No puedes saber lo que es amar a alguien y no poder salvarlo. ¡El dolor que eso produce! Te deja sin aliento.

—Creo que sí sé lo que se siente, Sylvie.

La miró con aquellos ojos de pestañas tan largas y le sonrió inopinadamente, con tristeza.

—Ya. Puede que lo sepas. —Levantó la barbilla para asomarse al río—. París está precioso esta noche. Con toda esa agua, y con la luz meciéndose en ella. Notre Dame a tu espalda, cubierta de nieve. Parece un palacio. ¡Ay, Maud! Lo quería tantísimo, a mi hombre, con lo guapo que era. Es raro. Sabía que estaba muerto antes de que me lo dijeras. En el momento en que lo perdí de vista, cuando echó a correr por la calle después de comer, sentí que el corazón se me paraba, que mi alma dejaba de existir en ese instante, como cuando apagas una luz. Sabía que no volvería a verlo.

El agua que escurría de su vestido iba formando un charquito a sus pies, como una sombra extra y más profunda a la luz de la farola. Sylvie emitió un sonido a medio camino entre un sollozo y una risa.

—Por qué poco. Un mínimo movimiento de muñeca y ya. Una gota más de láudano y te habrías ahogado, habrías desaparecido sin más y nosotros estaríamos tan felices. Maldita sea. —Echó la cabeza para atrás y parpadeó unas cuantas veces para que no se le saltaran las lágrimas—. ¡Qué boba fui! Tenía miedo de que lo notaras en el vino. Debía haberme dado cuenta de que, aunque añadiera una botella entera, tú te lo habrías bebido todo, como corresponde a las buenas chicas, y me habrías dado las gracias. ¡Siempre tan atenta! ¡Tan agradecida! Era tan fácil. Me resultaba difícil creer que hubiéramos dado con una bobalicona tan dulce. Y ahora, aquí estás, para juzgarme como soy. Puede que, a fin de cuentas, sí seas un espectro. Puede que estés muerta. Porque seguro que mi querida Maud ya me habría salvado de algún modo, ¿no? En cambio tú no te mueves, solo evalúas. No te

pareces nada a la amable y servicial Maud. ¿Eres real? Eso es lo que me gustaría saber.

Maud la miró fijamente, sin apartar la vista de sus ojos azul grisáceo. Los tenía serenos, demandantes. Se detuvo en la curva de su cintura, en el corte que hacía el vestido en los hombros, el encaje del cuello, los rizos de pelo rubio sobre sus orejitas mínimas, con sus pendientes de perlas, que parecían pequeñas burbujas de humo atrapado en el tiempo.

—Soy Maud Heighton. Tu amante y tú intentasteis asesinarme, pero sobreviví. Le conté a la condesa lo que habíais hecho y conseguimos impedir que vendierais los brillantes. Quise que Morel me viera para que se volviera loco. Y sí, ahora sí estoy juzgándote como eres.

Sylvie tragó saliva, se pasó la lengua por los labios y tomó aire, profundamente.

—¡Qué noche tan maravillosa hace! —Elevó sus ojos al cielo—. ¡Qué gloria! Muy bien, Maud. Tienes derecho. Juzga lo que quieras.

Levantó el revólver, se lo metió entre los dientes y disparó el gatillo. A sus espaldas surgió una neblina encarnada. Maud dio un torpe paso hacia delante, pero mientras el sonido del disparo aún resonaba en el ambiente, el cuerpo de Sylvie se desplomó y cayó para atrás en las oscuras aguas del río. Los policías se apresuraron hasta el lugar. Maud se desmoronó y quedó de rodillas. El policía que la había ayudado a cruzar se agachó para ver cómo estaba.

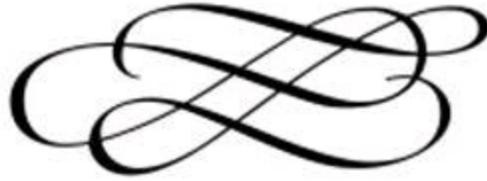
—¿Está herida?

Dijo que no y él se apartó. Apenas podía respirar. Era como si el aire se le quedara en la boca. Puso las manos en el suelo intentando por todos los medios abrir los pulmones para que le entrara algo de vida. El mundo se tambaleaba y nadaba a su alrededor; oía silbatos y a Tanya gritando desde algún sitio. Con enorme esfuerzo, consiguió ponerse de pie y salió del puente corriendo, lidiando por entre las abominables aguas, hasta que se encontró de nuevo en brazos de su amiga, que la sacaba de allí, salvándola por segunda vez.



Cuando Paul Allardyce regresó por la noche a casa, se la encontró llena de mujeres durmiendo. Se había hecho cada una su pequeño nido en los sofás y en las sillas. Su novia estaba acurrucada sobre su segundo mejor abrigo junto a la estufa y la criada roncaba a su lado en un sillón, con los pies apoyados en el baúl de viaje. Fue andando despacito, para no molestar, y se derrumbó en la cama. Así se durmió, sin soñar con nada, y vestido con las mismas ropas sudorosas que llevaba.

Capítulo 24



27 de enero de 1910

El río casi llegaba ya al boulevard Saint-Germain, inundando los sótanos que daban a uno y otro lado de la calle. A Sasha no le resultó difícil entregar una nota a la portera, supuestamente pidiendo algo, para tenerla alejada un rato mientras la entregaba en rue Mazarinne. Había amanecido hacía ya más de una hora cuando Maud cruzó con toda decisión el vestíbulo de entrada y subió al primero. La puerta no tenía echada la llave, como imaginaba. Una de las llaves seguía en el sótano, en el bolsillo de Morel, y la otra la tenía la portera, y ella nunca se quitaba el llavero del cinturón. La imagen de Sylvie apretando el gatillo se le reaparecía permanentemente, como un latido, aquella explosión de rojo a la luz de la farola.

Entró en el piso y encendió la luz eléctrica. El jarrón tirado en el suelo le recordó a la señora Prideaux. Cruzó la salita hasta llegar a la habitación de Christian. Era la única parte del piso donde no había estado nunca. La cama estaba sin hacer, toda revuelta, un hatillo de sábanas y mantas. Su lecho de enfermo. El escritorio estaba al fondo, en la pared de la derecha, madera de cerezo, con persiana. Lo abrió y empezó a registrar los papeles minuciosamente. Reflexionó para ver si tenía alguna sensación de dolor o de duda, de culpa, pero en su interior no encontró ninguno de esos sentimientos tan básicos. Estaba magullada, vaciada, y el corazón apenas le latía; un animal agotado al que se le permitía atisbar su guarida, pero sin haber llegado aún. Lo que tuviera que sentir por los Morel ya vendría, poco a poco. Al menos eso esperaba. Casa. No Alnwick, sino Richmond, quizá, o Darlington. Un sitio honesto, con paisajes abiertos. Campos por los que poder andar durante días, hasta el infinito, donde la luz cambiara a instancias del cielo, y no por los brillos eléctricos de París. Paz. Allí tendría fuerzas para albergar sentimientos, para que se le curaran los cardenales. Las familias de cuáqueros que vivían en Darlington tenían bibliotecas enormes para que Yvette disfrutara durante meses, y James le había dicho que había una mujer médico en la ciudad. Y, por lo visto, no le parecía mal. Si la ciudad aceptaba que hubiera una doctora, también aceptaría probablemente a una pintora y a una francesa.

Suspiró y volvió a su tarea. Había cartas, facturas, en su mayor parte, pero también papeles que necesitaba: un certificado de nacimiento a nombre de Sylvie Morel, nacida el 1 de enero de 1888, en Toulouse. Le había mentado un poco con su edad, pero poco. Lo mismo que no pudo reprimirse de robar un poco, solo un poco, en la joyería, delante de sus narices. Maud lo cogió y se lo guardó en el bolso, junto con otro papel en el que ponía Sylvie Morel. Luego encendió la chimenea y quemó todo

lo demás.

Después fue a la habitación de Sylvie, cogió un par de maletas de debajo de la cama y las llenó con atuendos de la joven muerta; ropa interior de delicado encaje, una camisa clara y faldas largas blancas. Un chal azul oscuro, cuellos y puños. Llenó el joyero lacado de baratijas que había por allí, metió cepillos y peines, medias y zapatos. Todo lo que una francesa respetable podría llevar de viaje cuando se iba a Inglaterra. No le iba a decir a Yvette que se lo pusiera, pero daba buena impresión, y si lo vendían en Londres, conseguirían algo de dinero. ¿Y si viajaran un poco por Inglaterra antes de asentarse?

Pensó en los planes que Sylvie habría estado haciendo con Morel: la imagen de la joven apretando el gatillo volvió a aparecérselo y sintió que el corazón se le encogía. La esperanza y el arrepentimiento la abrazaban juntos, como ángeles gemelos. Sacó las dos maletas al vestíbulo, no sin antes comprobar que los papeles de la chimenea habían quedado reducidos a ceniza y que las ascuas estaban apagadas. De repente las luces titilaron y se apagaron del todo. Cerró los ojos y esperó un poco, espectral entre los espectros, para ver qué era de ella, pero no se oía nada, excepto el ruido de la lluvia golpeando suavemente sobre los cristales. El edificio se había quedado definitivamente sin corriente a medida que iban entrando las aguas. No había más. Los fantasmas habían desaparecido. Volvió al vestíbulo, cogió las maletas y salió.

Retrato de madame de Civray. Óleo sobre lienzo 31,7 × 26,7 cm

Los cálidos tonos arena confieren a este retrato una intimidad poco habitual, a la que contribuye la postura relajada de la modelo. Nótese los juegos de luz sobre el traje de noche y las joyas de la protagonista. De manera excepcional en esta colección de pinturas anónimas de la Colección de Civray, este cuadro ha sido torpemente retocado en algún momento. A simple vista se observa el trazo inconsistente con que se ha aplicado el color en un fragmento de la mesa situada delante de la condesa. El análisis con rayos X parece indicar que la rectificación se hizo para tapar un objeto blanco con forma de huevo que había en el original. Hay quien ha sugerido que se trataba del brillante golconda que en algún momento antes de la Primera Guerra Mundial madame de Civray retiró de la diadema de la emperatriz Eugenia para hacerse un colgante. Hasta después de su muerte no se supo que había sustituido muchas de las piedras originales del aderezo, algo que en Francia se recibió con enorme consternación, dado que la tiara en su día formó parte de las joyas de la corona. Nunca aclaró lo que para algunos era un acto vandálico; solo se encontró una nota en el propio maletín en la que ponía: *fue un acto de comercio justo*. El broche fue donado al Instituto Smithsonian de Nueva York pese a las protestas recogidas en ciertos periódicos franceses.

Extracto del catálogo de la exposición «Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

—Bueno, Tanya. Aquí estoy. ¿Qué es lo que quieres de mí? Habla rápido, cielo. Ya voy tarde.

La condesa repasó con la mirada la sala de estar de rue Chagrin y pareció satisfecha. La habitación estaba iluminada únicamente con velas y el fuego de la chimenea, lo cual le confería un aspecto similar al de los salones dieciochescos. Se quitó las pieles que llevaba y se sentó en el sofá, con el brazo estirado por el respaldo. Tanya estaba de pie a un lado de la chimenea, con las manos juntas, sobre la falda, como si estuviera a punto de recitar o de cantar para un público reducido.

—Quiero que deje en paz a Maud Heighton y a Yvette. Quiero que no las vuelva a mencionar en la vida. Ni a los Morel. Por favor, no contrate a nadie de Pinkerton, ni en Francia ni en ningún otro sitio, para que los busquen o para que indaguen sobre su paradero, y si alguna vez oye a alguien hablar de ellos, le ruego que no dé muestras de saber nada.

La condesa se había ido poniendo cada vez más seria conforme escuchaba a Tanya. Arqueó las cejas.

—Eso es mucho pedir, señorita Koltsova. Y, en vista de lo que me han quitado, no mucho, muchísimo. ¿Por qué me pide usted eso?

Tanya se alejó de la chimenea para poner la piedra que tenía en la mano sobre la mesa, delante de la condesa. La mujer se quedó mirándola, sin cogerla.

—Ese es mi brillante, supongo.

Tanya volvió a la chimenea.

—Sí, aunque no creo que pudiera demostrarlo. Desde luego, no, si Henri ha hecho tan buen trabajo como dicen.

La condesa la miró.

—¿Y las demás, señorita Koltsova? ¿Las otras veinte piedras que Henri desengarzó para dárselas a Morel? ¿Dónde están?

Tanya no podía mirarla a los ojos; mantuvo la vista fija en el fuego.

—Nadie va a hacer negocio con ellas y los dos culpables han muerto.

—Advierto que no quiere contarme ningún detalle. —Tanya negó con la cabeza—. Es perder muchos brillantes, señorita Koltsova. —En la mesita contigua había un decantador de whisky con un vaso. La condesa se sirvió una copa y siguió impertérrita mirando cómo Tanya observaba las llamas mientras se la tomaba. Tampoco tocó el enorme brillante que tenía delante—. ¿Está aquí?, la señorita Heighton, me refiero. —Clavó el dedo súbitamente sobre la mesa—. ¿En este edificio?

Tanya dudó un poco, pero asintió.

—Sí.

—¿Entonces qué hago aquí hablando contigo, cielo? —Miraba a Tanya con una fiereza concentrada.

Tanya se acordó de la doncella, de cómo la despidió, de lo encantadora que podía ser la condesa hasta que dejaba de serlo.

—Porque usted ya no le seduce, madame, y pensó que si volvía a verla, a lo mejor le escupía a la cara, y no quería correr el riesgo. Por eso me ofrecí *yo* para devolverle su estúpido brillante.

La condesa se quedó totalmente paralizada por un momento y entonces se echó a reír a carcajadas.

—¡Ay!, chicas, ¡Dios mío! ¡Me vais a matar! —Se secó los ojos—. No es la primera vez que negocio con gente que quiere escupirme a la cara. Dígale, no, ordénele que pase y que me enseñe cualquier obra suya de las que tenga por ahí.

—No se trata de ninguna negociación —dijo Tanya muy seca.

—¡Diantre, como si no lo fuera! —dijo la condesa sirviéndose otra copa. Tanya seguía sin moverse—. Tanya, por favor. Le estaría muy agradecida si le pudiera decir a la señorita Heighton que entrara.

Tanya no podía negarse si se lo pedía de esa forma; su educación se lo impedía. La condesa se quedó contemplando el brillante que estaba sobre la mesa, observando maravillada la danza de colores que irradiaba a la luz de las llamas, hasta que Tanya volvió acompañada de Maud. Al entrar, Maud se quedó de pie frente a la condesa, la misma inglesita educada y sensata, pensó la dama, que había recibido en su casa antes de Navidad. Se quedó mirándola un rato en silencio. Le gustaba que

la gente que iba a su casa admirara sus cuadros, y la admirara a ella, y se dio cuenta de que probablemente no le gustaba la gente que hacía otras cosas. Bueno, algo más que había aprendido, y eso que su padre le decía que las mejores lecciones son las que te cuestan dinero. Esas no se te olvidan.

Maud puso un óleo sobre la mesa, junto al brillante y el vaso de whisky. Era un retrato de Sylvie Morel con su pipa de opio. La condesa empezó a examinarlo detenidamente, muy concentrada, y después miró a la artista.

—Señorita Heighton. Voy a intentar adivinar un par de cosas y usted me va a decir si tengo razón o no. ¿Se va de París?

—Sí.

—Y creo que esa modelo, Yvette, por la que no puedo preguntar de ahora en adelante, se va también.

—Sí.

La condesa suspiró y se recostó en el sofá, acariciando su vaso de whisky.

—Mi padre me enseñó que nunca saliera de una negociación con lo primero que te ofrecen, y yo sigo ese consejo a rajatabla. Ahora el brillante está sobre la mesa y me dicen que esta señora —dio unos golpecitos sobre el retrato— y su hermano, o marido, o lo que fuera, están muertos. Así que me voy haciendo idea de lo que ha ocurrido. Los culpables no pueden beneficiarse, según dicen, y no creo que ustedes pudieran estar mirándome a la cara si pensarán llevarse el resto a Inglaterra.

Vio que Tanya miraba a Maud, pero la inglesa ni se inmutó.

La condesa estaba impresionada.

—No, borren eso. *Usted* sí podría, señorita Heighton, pero la señorita Koltsova no. —Tamborileó los dedos sobre la mesa—. Veinte brillantes de cinco quilates. —Volvió a señalar el retrato. —Valen una fortuna. No tanto como este, claro, pero una fortuna. Les voy a decir qué. Se los vendo, señorita Heighton. Me quedo este cuadro y a partir de ahora todos los años, durante veinte —si es que las dos vivimos tanto—, quiero que me envíe lo mejor que haya hecho. Y con eso ya tiene mi silencio. Prescindiré también de los rumores que me lleguen y que puedan alterar su tranquilidad y —haciendo un gesto hacia Tanya— le encargará a esta chica un retrato mío y otro de mis hijos. Y luego le contaré a todo el mundo lo buena artista que es. ¿Qué les parece?

Tanya se había sonrojado un poco y estaba mirando a Maud, ahora muy confiada, pero las palabras de la inglesa fueron claras.

—Pintaré para usted, concretamente para usted, cuando tenga ganas. Me comprometo a pintar siempre para usted lo mejor que pueda y usted recibirá veinte cuadros en veinte años, si no en menos. —Se detuvo—. Pero en aras de nuestra seguridad, para que nadie relacione los cuadros, los diamantes y lo que ha ocurrido aquí, no los firmaré.

La condesa se quedó pensativa unos segundos; luego se bebió el whisky de un trago y se levantó.

—Trato hecho. Llegará lejos, señorita Heighton, y me alegro de que no haya muerto. El mundo es mucho más interesante con usted.

Se volvió a poner las pieles por los hombros, cogió el brillante y se lo metió en el bolsillo, con tanta naturalidad como si se estuviera guardando una pitillera.

—Señorita Koltsova, ocúpese de que enmarquen ese óleo sobre lienzo y envíemelo, por favor. Así que solo faltan diecinueve, señorita Heighton. Y ahora, si me disculpan, los de la Comédie Française han organizado una actuación benéfica a la luz de las velas por las víctimas de las inundaciones y va a estar allí absolutamente *todo* París. Buenas noches.

Salió de la habitación y las dos se quedaron solas, abrigadas por el brillo de la chimenea. En

cuanto se cerró la puerta, Tanya se lanzó al sofá, se llenó un vaso de whisky hasta el borde y empezó a beberse.

—¡Uf! ¡Esa mujer me aterra! —Miró a Maud, con gesto preocupado—. ¿Cómo está Yvette?

Maud se sentó a su lado, le cogió el vaso de whisky y se bebió su dosis.

—Nerviosa, pero deseando llegar a Inglaterra y vivir con el nombre de Sylvie Morel. Le he dicho que puede dar clases de francés a los niños del colegio de Darlington si promete no enseñarles tacos. Y dice que eso le parece bastante mejor que lo que probablemente le esperaba aquí. —Le devolvió el vaso a Tanya.

Tanya puso cara de duda.

—Darlington es donde vive tu hermano, ¿no? ¿Y le parecerá bien? Pensé que ibas a ir a Londres o a algún sitio en el oeste de Inglaterra.

Maud suspiró.

—¡Ay, Tanya! Si algo sé, es que ahora ya puedo llevarme bien con mi hermano, y quiero ver crecer a Albert, mi hermanito pequeño. Yo seguiré siendo Maud Heighton y él siempre podrá renegar de mí, pero Londres se parece demasiado a París. No hay aire. —Como vio que Tanya no entendía mucho, le pasó el brazo por los hombros—. Y te garantizo que en Darlington no hay garitos para fumar opio. Lo único, miles de cuáqueros. Yvette ya le está dando clases a tu tía Vera sobre los salarios que hay que pagar a las modelos, dónde venden las mejores pinturas y cómo conseguir los mejores precios. —Tanya se echó a reír—. ¿Vendrás a vernos a Inglaterra? ¿Cuando te cases? Te va a gustar el norte, y además, por muy sencilla que vayas vestida, toda la comarca se va a quedar deslumbrada del estilazo que tienes; no te van a dejar en paz ni a sol ni a sombra.

Tanya le cogió la mano.

—Cuando me case sí que voy a ir. Iré con mi marido y con mis dos, no, mis tres hijos y con Sasha, y dejaremos todos los fantasmas en casa.

Maud se reclinó sobre su amiga, y allí seguían cuando Yvette llegó a los pocos minutos. Reclamó el vaso de whisky y se sentó en el suelo entre una y otra para que le contaran la conversación que habían mantenido con la condesa.

—¿De verdad que no vas a firmarlos, Maud? El riesgo es mínimo, ¿no?

—Ya —respondió Maud, cogiendo el vaso—. Pero sigue sin seducirme esa señora.

Yvette soltó una carcajada.

—De alguna manera es como si le estuvieras comprando los brillantes, ¿no? Un cuadro por cada uno.

—Pues sí, si lo consideramos así, supongo que sí —reconoció Maud.

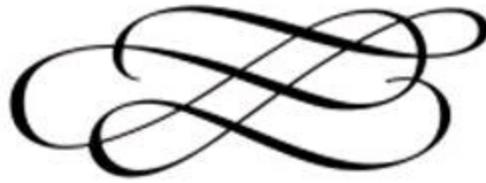
Yvette se dio la vuelta para mirar a sus amigas de frente.

—Eso te convierte en una de las artistas mejor pagadas del mundo.

A Maud casi se le cae el vaso y Tanya se echó a reír a carcajadas, con la cabeza hacia atrás.

—¡Ah, Maud, le vendí a tía Vera ese retrato de Tanya que hiciste en clase! Con eso podemos comprarnos algo de ropa para el viaje, si tú sigues teniendo dinero para los billetes.

Capítulo 25



28 de enero de 1910

Las aguas habían comenzado a replegarse definitivamente. En Saint-Sulpice los evacuados seguían resguardados al calor de los frescos de Delacroix, con sus colchones por el suelo, las madres tranquilizando a los niños pequeños y los hombres abatidos, pensando de dónde iban a sacar fuerzas para empezar a reconstruir todo aquello. Charlotte estaba doblando mantas y clasificando en unos cestos limpios la ropa que la gente había donado. En París, al menos por unos días, se había puesto de moda ser generoso. Los ricos vaciaban sus armarios para ver qué podían dar y se felicitaban de que las aguas fueran perdiendo fuerza, regresaran pronto a su cauce y, como los pobres, volvieran a su curso y siguieran a su servicio.

Charlotte oyó que se acercaba alguien y al levantar la vista se encontró a dos jóvenes muy elegantes, con guantes, vestidas de viaje, con sus bolsos de mano y sus paraguas colgados del brazo. Le costó un poco reconocerlas al principio. Dejó lo que estaba haciendo y se abrazó a Yvette antes de saludar a Maud.

—¿Te has enterado? —dijo Yvette en voz baja. La buena mujer sonrió.

—Como hablabas tanto entre sueños, me enteré de todo, y además ya hay rumores por ahí de una mujer que se suicidó en Pont des Arts.

Parecía agotada, apenas le salía la voz.

—No sé qué pretende el Señor con todo esto. Puede que al final los perdone, y a ti, y a mí por ayudarte. —Se subió un poco la manga del vestido para mostrarles la pulsera de los cinco brillantes gordos. Y esto ¿qué?

Yvette le cogió el brazo y volvió a bajarle la manga.

—La condesa no los va a reclamar. Asegúrate de venderlos bien a una de las chicas esas que tenéis en rue Royale y monta un hogar para mujeres y niños desamparados.

Hizo un gesto con la cabeza.

—¿Donación anónima? Bueno, la señorita Harris ha empezado a ocuparse de unas bailarinas que actúan en París. Les pagan tarde y el alojamiento que les proporciona la compañía es absolutamente indigno.

—Pues muy bien —dijo Yvette—. Mejor que sirvan para dar cobijo a esas chicas que para que se emperifolle la condesa, ¿no crees?

Charlotte se quedó pensativa, aunque estaba de acuerdo. Viéndola, a Maud le recordaba el retrato

que había hecho el español de la señorita Stein. Tenía su misma hermosura límpida, esa hermosura inteligente y segura, bella en medio de tanta mujer galante, meramente decorativa. Sonrió. Al descubrir el carácter de Charlotte en el cuadro, se dio cuenta de que la apreciaba mucho más. Volvió a darle la mano para despedirse.

—Dele a la señorita Harris las gracias de nuestra parte y transmítale nuestro afecto.

—Las tendrá en sus oraciones.

—No lo dudo —respondió Maud a punto de irse. Tanya las estaba esperando.



Yvette no quiso despedirse formalmente de Montmartre, ni de nadie de los que vivían allí, pero sí accedió a acercarse lo suficiente para decir adiós a Valadon en Impasse de Guelma. Suzanne les deseó suerte, de una manera arisca, pero realmente de corazón, y les dijo que pensaba contarles a todos los compañeros de la colina que Yvette había encontrado un mecenas rico que se la había llevado con él a Montecarlo.

—Que os vaya muy bien —les dijo, dándole la mano a Maud antes de besar a Yvette—. Sé que hay más mundo fuera de París, aunque no lo entienda muy bien.

Silbó al perro y se fue colina arriba bajo un sol perlado y el tinte cobalto del cielo.

Vladimir esperaba junto al coche, con el motor a medio gas, para llevarlas a las afueras y que de ahí pudieran emprender el viaje hacia la costa.

—Pero tú me podrás seguir llamando Yvette, ¿no, Maud? Aunque digamos que legalmente me llamo Sylvie. —Hablaba con voz suave y fría como la nieve.

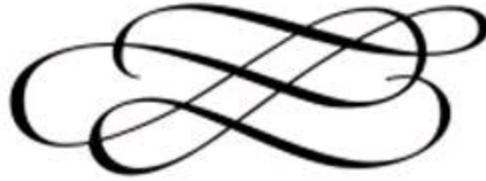
—Claro.

—¿Nos vamos, entonces? —La voz de Yvette era mucho más segura ahora, era mucho más que la de siempre, comparada con la de estos días de atrás, después de salir del sótano—. Pues, venga, a ver cómo es esa Inglaterra tuya.

Maud se dio la vuelta para ver por última vez el boulevard Clichy, *flâneurs*, ladronzuelos, vendedores, dependientas, filántropos, oportunistas y visionarios, todo el encanto de París, la envolvente carcasa que cubre su alma, sucia y desafiante. Cogiéndose del brazo de Yvette, hizo una seña al chófer. Vladimir abrió la portezuela de atrás para que se montaran y saludó con todo respeto.

—Sí, nos vamos.

Epílogo

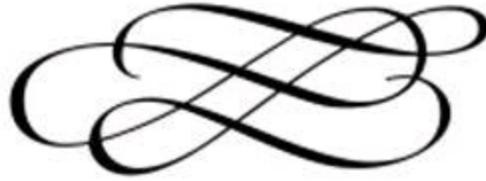


«Invierno en París: Tesoros anónimos de la Colección de Civray», Southwark Picture Gallery, Londres, 2010.

Nota de prensa

Desde que se inauguró la exposición, esta galería y la Fundación de Civray han tenido acceso a cuadernos y bocetos pertenecientes a la familia de Maud Heighton, y todo parece indicar que es ella la artista que se esconde tras esta espléndida colección de cuadros. Maud Heighton estudió en París de 1908 a 1910 y después siguió una larga carrera en Darlington y sus alrededores como retratista. Poco a poco en el mundo del arte se ha ido extendiendo la idea de que Heighton es una de las grandes olvidadas de la pintura inglesa, perteneciente al grupo de los postimpresionistas. La circunstancia actual, que nos permite añadir estas obras a su extraordinario trabajo, no hace sino confirmar dicha tesis. Aunque Heighton obtuvo amplio reconocimiento en su época, parece que fue la popularidad que alcanzaron las novelas que escribía su compañera de siempre, Sylvie Morel, lo que les permitió llevar una vida tan desahogada. Eran melodramas del submundo parisino, que firmaba bajo el pseudónimo de Yvette de Montmartre. Su obra más famosa, *La muerte de Cristophe Grimaud*, fue llevada al cine en 1932, en una película protagonizada por Claude Rains y Janet Gaynor. Las dos artistas poseían una fabulosa casa en Darlington, una finca en Reeth, una villa en el sur de Francia y viajaban regularmente por el continente. Ahora que su trabajo llegará verosímelmente a un público mucho más amplio, los patronos de la Fundación de Civray están muy satisfechos de haber contribuido a que se les reconozca su valía. Por acuerdo con sus herederos, el trabajo de las dos mujeres, incluidos los cuadernos de Heighton y los manuscritos de Sylvie Morel, están a disposición de todos los estudiosos que deseen consultarlos a través de un sistema de cita previa y carta de presentación correspondiente.

Testimonios históricos



La Academia Lafond y todos los personajes que en ella enseñan o estudian pertenecen al ámbito de lo literario, pero la institución en sí está basada en la Académie Julian, que tenía sedes en Passage des Panoramas y rue Vivienne, y ofrecía formación artística a hombres y mujeres, muchos de los cuales son nombres conocidos hoy en día. Sobre la actividad que se llevaba a cabo en estos talleres femeninos, recomiendo *Overcoming All Obstacles: The Women of the Académie Julian*, editado por Gabriel P. Weisberg y Jane R. Becker.

Suzanne Valadon (1865-1938) era modelo y pintora, amiga y musa de Toulouse-Lautrec y de Erik Satie, y madre de Maurice Utrillo, además de estupenda artista por derecho propio. Para quienes deseen conocer su vida, recomiendo *Mistress of Montmartre: A life of Suzanne Valadon*, de June Rose. Vivía en Impasse de Guelma en la misma época en que se ambienta *Invierno en París*, pero, como su piso estaba siempre abarrotado de gente, lo más probable es que no pudiera subarrendar. Amedeo Modigliani (1884-1920) tenía la costumbre de recitarle a Dante cuando pasaba por allí.

Para la descripción de la galería que tenía Gertrude Stein en rue de Fleurs, he seguido su libro *Autobiografía de Alice B. Toklas*. Los cuadros concretos que Maud y Tanya admiran en la exposición son, claro, de Picasso.

La señorita Harris también es un personaje inventado, pero se inspira en Ada Leigh (1840-1931), una mujer excepcional que regentaba una casa, situada en avenue de Wagram, para mujeres americanas e inglesas que vivían en el París de la época. He utilizado mucho su librito *Homeless in Paris: The Founding of the 'Ada Leigh' Homes*, que publicó discretamente con su nombre de casada, Mrs Travers Lewis. En él la autora ofrece una singular descripción de cómo vivían las mujeres desamparadas en el París de la *Belle Époque* y muchas de las anécdotas y de los triunfos de la señorita Harris pertenecen en realidad a Ada Leigh. Su ama de llaves la dejaba efectivamente encerrada en el balcón para que respirara aire fresco.

Para todo lo relativo al opio, reconozco mi deuda para con *Opium Fiend: A 21st Century Slave to a 19th Century Addiction* de Steve Martin, una atractiva descripción personal e histórica de la adicción a esta droga.

El mejor retrato que me he encontrado del asedio de París y la Comuna es *The Fall of Paris*, de

Alistair Horne.

Para quienes deseen saber más sobre cómo fue realmente la inundación de París de 1910, recomiendo *Paris Under Water*, de Jeffrey H. Jackson. Me han servido mucho también los artículos que publicaron *The Times* y *Le Matin*, y el libro *La Vie à Paris*, de Jules Arsène Arnaud Claretie, aunque de vez en cuando he alterado las zonas que resultaron afectadas por la inundación por exigencias de la novela.

Creo que cualquier mujer del siglo XXI que lea *The Modern Parisienne* de Octave Uzanne pensará que le va a dar un infarto, pero a mí me resultó una excelente fuente de información para conocer de qué dinero disponían las mujeres de la época y descubrir la impensable misoginia que se hallaba escondida tras la supuesta «valoración de lo femenino» del momento. Si se quiere profundizar sobre la vida de las mujeres en la *Belle Époque*, recomiendo *Feminisms of the Belle Époque*, editado por Jennifer Waelti-Walters y Steven C. Hause; y *Career Stories: Belle Époque Novels of Professional Development*, de Juliette M. Rogers.

Hay muchos otros libros de viaje y exploración que he consultado para escribir esta novela, pero querría mencionar dos en particular: el encantador relato de Helen Davenport Gibbons, *Paris Vistas*, que incluye una extraordinaria descripción de las inundaciones, y *Magnetic Paris*, de Adelaide Mack, que recoge las celebraciones de Año Nuevo en Bal Tabarin y muchas escenas maravillosas de la vida en las calles parisinas. También disfruté mucho con *Paris à la carte*, de Julian Street, y utilicé en parte la descripción que ofrece de los distintos tipos de tabernas y cafés. Todos estos libros están descatalogados de momento, pero pueden conseguirse on line en www.archive.org. Y ahí está también *The Modern Parisienne*, por si a alguien le apetece leerlo.

Como siempre, todos los errores, malas interpretaciones y anacronismos son responsabilidad de esta autora y de nadie más.

Esta obra ha sido publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2013 por Headline Review, un sello editorial de Headline Publishing Group

Edición en formato digital: 2014

Copyright © Imogen Robertson 2013
© de la traducción: Paloma Tejada Caller, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-206-9175-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es